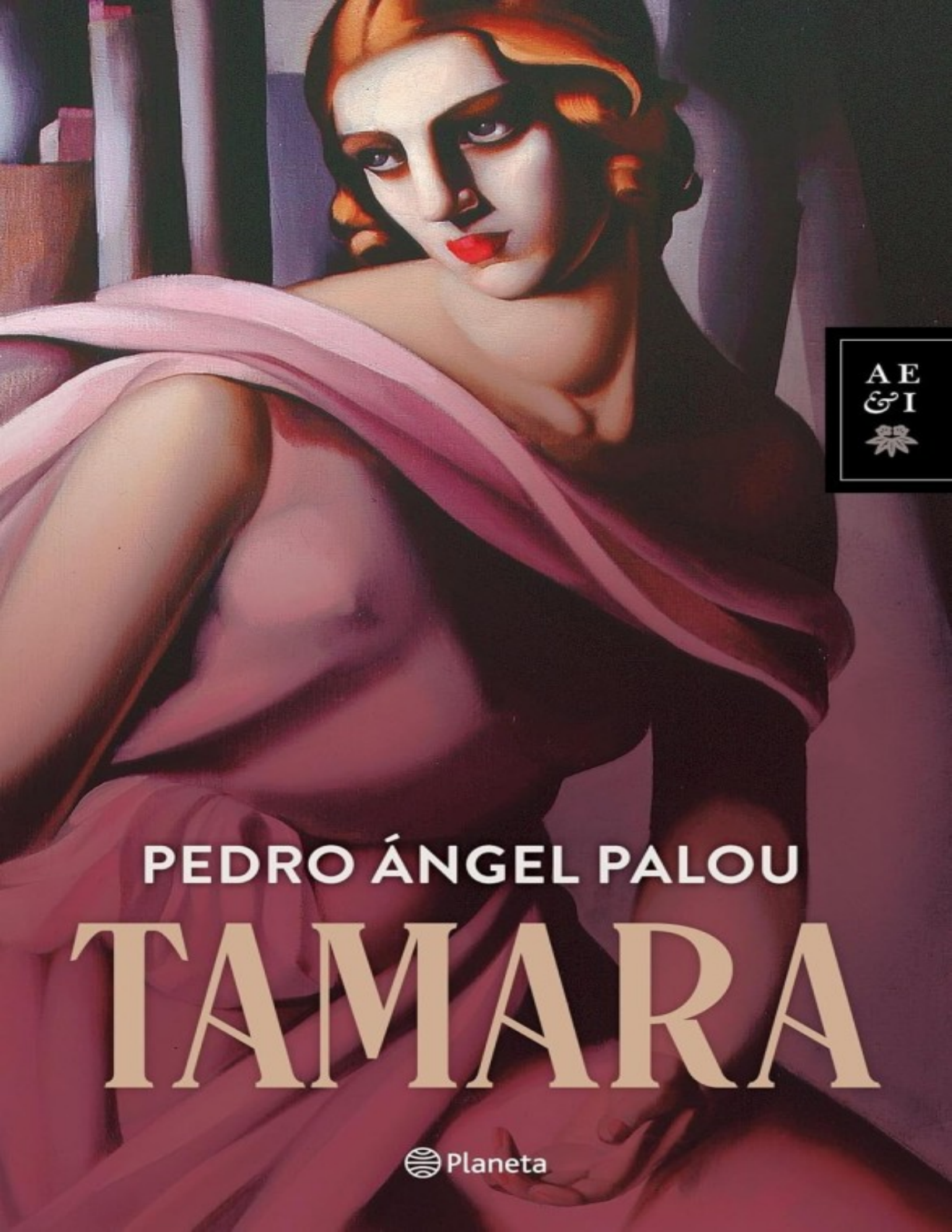




AE
& I
✿

PEDRO ÁNGEL PALOU

TAMARA

 Planeta

Pedro Ángel Palou



Tamara

Cuando Cuernavaca era una fiesta

 Planeta

ÍNDICE

Quauhnáhuac. (18.9242° N, 99.2216° O)

1. Cuernavaca
2. Varsovia, Moscú, San Petersburgo. 1900-1906
3. Cuernavaca
4. Italia, Montecarlo. 1908
5. Cuernavaca
6. Petrogrado. 1914-1916
7. Cuernavaca
8. Petrogrado. 1916-1919
9. Cuernavaca
10. París. 1919-1922
11. Cuernavaca
12. París. 1921-1923
13. Cuernavaca
14. París. 1925
15. Cuernavaca
16. Estados Unidos. 1929
17. Cuernavaca
18. París-Viena. 1932-1934
19. Cuernavaca
20. Hollywood. 1940
21. Cuernavaca
22. Nueva York. 1943-1945
23. Cuernavaca
24. Nueva York. 1961
25. Cuernavaca
26. Houston. 1963-1977

Epílogo

Tabula Gratulatoria

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

*Para Indira, porque el mundo sigue amueblado por sus ojos
y por ser pasión y razón en medio del sinsentido.*

¡Ah, pero todo esto pudo haber parecido razón suficiente para poner el mundo entero entre ellos y Quauhnáhuac! (...) como si, de alguna manera, se hubiera transferido a estas montañas violáceas que se erguían en su derredor, tan misteriosas con sus minas de plata secretas, tan retiradas y, no obstante, tan cercanas, tan inmóviles; y de estas montañas emanaba una rara fuerza melancólica que trataba de retenerlo aquí corporalmente, y era esta fuerza su propio peso, el peso de muchas cosas, pero, sobre todo, el peso del dolor.

MALCOLM LOWRY, *Bajo el volcán*

QUAUHNÁHUAC

(18.9242° N, 99.2216° O)

Nombre original en náhuatl de la ciudad de Cuernavaca, que significa «entre los árboles». Es la capital del estado de Morelos, aproximadamente a ochenta kilómetros de la Ciudad de México. Según el *Código mendocino*, fue uno de los pueblos conquistados por Acamapichtli; más adelante Itzcóatl lo ganó por la fuerza durante su señorío; también está entre los treinta y tres lugares que dominó Moctezuma. Cortés edificó en ella su residencia al obtener el marquesado de Oaxaca. Humboldt la nombró en su diario: «se levanta magestuosa (*sic*) al Sudeste de la ciudad de Cuernavaca (antiguo Cuauhnáhuac), en la pendiente occidental de la cordillera de Anáhuac, región feliz que los habitantes llaman *tierra templada*, por razón de una primavera eterna que disfrutan...». Más tarde Maximiliano la llenó de jardines y pasó largas temporadas allí. Rose King tuvo un hotel, Las Baganvilias, donde los revolucionarios pasaron temporadas. Malcolm Lowry la inmortalizó con *Bajo el volcán*. En los años sesenta y setenta del siglo xx, un amplio grupo de exiliados compartió la ciudad con artistas, actores y políticos mexicanos. Cantinflas, Diego Rivera, Siqueiros, María Félix, el *Obispo Rojo* Sergio Méndez Arceo, Víctor Contreras, Carlos Fuentes, Luis Echeverría y Jacobo Grinberg convivieron con Tamara de Lempicka, Erich Fromm, el abad benedictino Lemercier, Iván Illich, Robert Brady, Charles Mingus, el Sha de Irán Mohammad Reza Pahlavi, Bettino Craxi, Gabriel García Márquez, Jean Seberg, Evelyn Lambert, Héctor Cámpora, Miguel Littin, David Graiver, Timothy Leary, Natasha Gelman y el gánster prófugo Sam Giancana, e hicieron que la ciudad fuera su morada, su refugio y su paraíso.

Todo lo que ocurre en esta novela pudo pasar, todo es ficción; porque, como afirma Antonio Machado, «también la verdad se inventa».

1

CUERNAVACA

Vine a vivir (o mejor, a morir) a Cuernavaca porque sí. Había visitado la ciudad tiempo atrás, invitada por Man'ha Garreau-Dombasle y Barbara Hutton, y por el aire de provincia soñolienta, el clima templado y la luz potente para pintar todo el día; también me cautivaron la cantidad de exiliados o extraviados de todo el mundo que pululaban por sus calles y hoteles. Entonces no se me ocurrió que, un día, yo misma engrosaría las filas de nómadas expatriados tomando martinis, jugando al bacará. En pocas ciudades se respira tal sensación de libertad, de *savoir faire*, de lasitud. Es un mundo aparte del mundo, como si estuviera en otro planeta. Mi viejo cuerpo necesitaba eso: la novedad, la gente distinta, el buen clima, un sabor particular a cosmopolitismo. Desde que vivo aquí me he preguntado de dónde viene esta necesidad; ahora creo saber la respuesta: todos los exiliados que pasan sus días en esta tierra han sido derrotados, como yo. En sus países, en sus vidas particulares. Todos los que nos reunimos a charlar y a beber, en nuestras casas, en Las Mañanitas, en el Casino de la Selva, en el Racquet Club, somos unos perdedores. En esta pequeña capital del mundo hemos venido a lamernos las heridas.

La mañana del 3 de febrero de 1978, mi taxi verde crema se adentró en la avenida Morelos como un pez gordo entre charales. Había solicitado al chofer, un muchacho con bigote de pelusa y camisa de popelina, que encendiera la radio: boleros de Agustín Lara se mezclaban con el zumbido de las cigarras hasta que fue imposible saber cuál de los dos sonidos provenía de dentro y cuál de fuera. Cuando el coche se detuvo frente a la entrada modernista del Casino de la Selva —aquel templo laico donde magnates del petróleo y guerrilleros retirados podían coincidir en una misma mesa—, sentí que el corazón me daba un ligero brinco. Ya conocía el lugar: cuatro años antes, Peggy Guggenheim y yo habíamos dormido aquí dos noches llenas de fantasmas; sin embargo, la memoria suele barnizar los contornos, y el reencuentro me resultó más pesado de lo previsto. Los murales de Josep Renau parecían recién sangrados, los paraboloides de Félix

Candela se arqueaban con erotismo lunar y un perfume de flores fermentadas flotaba sobre los azulejos. Siempre creí que el llamado *Salón de los Murales* era una confusión pictórica. Renau intentaba dibujar la hispanidad toda, desde los fenicios. Un batiburrillo de figuras y escenas. El dueño del casino, Manuel Suárez, a quien conocí por Barbara en mi anterior viaje, le ofreció la cúpula de Candela a un pintor mexicano, Reyes Meza, quien había terminado de complicarlo todo al glorificar el pasado indígena que esos hispanos mal pintados por Renau habían destruido por la Conquista. Pero todo era pastiche en el Casino de la Selva. Al entrar se hallaba una horrorosa estatua ecuestre de Hernán Cortés hecha por un ceramista español: Florentino Aparicio. Desvié la mirada, un poco hastiada. Lo que sí me asombró elegantemente fue el reloj giratorio, no solo por su simpleza, sino por dar la hora de varias ciudades, como si el Casino de la Selva mismo, Cuernavaca toda, estuviera no fuera del tiempo, sino en todos los tiempos a la vez.

El botones se acercó apresurado, tropezándose.

— Bienvenida al Casino de la Selva, señora. ¿Le ayudo con su equipaje?

— Cuidado con esos baúles —dijo y bajé del taxi con el temple que exige un tobillo de ochenta y tantos años.

Tomó las dos enormes maletas. Al atravesar la puerta giratoria, la cúpula de Candela me engulló, una caracola de hormigón que recogía cada paso para devolverlo amplificado. El edificio insistía en recordarle a cada huésped su propio peso. El recepcionista me ofreció la *suite* Morelos sin que yo tuviera que pedirla. Recordaba mi visita anterior; lo supe porque en 1974 había dejado una tarjeta de agradecimiento perfumada con Shalimar y un boceto rápido del vetusto árbol que se veía desde la ventana.

Ya en la habitación, me descalcé. La alfombra era espesa y gris. Me acerqué a la pared que se descascaraba. Deslicé los dedos. Pensé que todo se agrieta. Detrás de mí, el botones dejó las maletas y se marchó agradecido con el billete. Abrí el primer baúl. Era un ataúd lleno de ruidos: apareció el retrato de Kizette, mi hija, atrapada a los once años, con el cabello trenzado, los ojos mirando un futuro que nunca le dejé enfrentar sola. Coloqué el lienzo sobre la cómoda. El cuarto se contrajo.

Afuera ladró un perro, luego otro; el eco se perdió hacia los cerros que

rodean la ciudad. Saqué un vestido de satén malva y lo sostuve a contraluz. Luego apareció una antigua carta de Tadeusz, mi exesposo, amarillenta, quebradiza. Alguna vez me espetó: «No quiero a la mujer nueva, me enamoré de otra que ha desaparecido». Una parte de mí le susurró: «Nadie pertenece a nadie ni a nada, excepto al instante en que decide respirar».

Eran casi las cinco cuando abrí el balcón. El olor de las jacarandas me golpeó. Recordé mi visita de 1974: Peggy Guggenheim, resacosa, insistiendo en que volviésemos al bar. Un grupo de intelectuales mexicanos había organizado un *happening* absurdo en la alberca: flotaban libros de Octavio Paz sobre tablitas de corcho y los rociaban con gasolina para luego prenderles fuego y protestar contra «la mafia». Peggy aplaudió. A mí me daba igual.

Esta tarde esa misma nostalgia me obligó a bajar a la terraza. Pedí un martini con oliva. Un alemán con su Rolleiflex colgada del cuello me preguntó:

—*Entschuldigung*... ¿podría tomarle una fotografía junto al mural de Siqueiros?

—Siempre que me regale un negativo —repliqué sin moverme—. El olvido borra incluso los originales.

Disparó. El obturador sonó como un latigazo. El lugar era un batiburrillo étnico, sacado de *La Montaña Mágica*. Un oftalmólogo húngaro, que llevaba dos tequilas de ventaja, recitaba poemas inentendibles. Enrarecido el aire, mezcla de ron de caña y queroseno. Abrí mi cuaderno para anotar: «Somos cuerpos derrotados que buscan la luz como moscas ebrias». Un trueno nos sorprendió a todos. El primer aguacero del mes se precipitó con furia. El Popocatepetl escupía sus humores sobre la ciudad. Me trasladé al comedor interior mientras las sillas rechinaban y los pavos reales, asustados, aleteaban en el jardín. El camarero apareció con una servilleta en el antebrazo.

—¿Ordenará la señora la especialidad?

—Filete a la tampiqueña, término inglés. Y un armañac —dije.

—¿Como digestivo, señora?

—Tráigamelo pronto. Necesito empezar una conversación conmigo misma.

Comí despacio, con la lluvia repiqueteando en los techos. Brindé en silencio. Hay tantos muertos que uno va dejando. Cuando levanté el rostro, vi mi reflejo en el vidrio del ventanal: mi cabello recogido en un chongo, los pómulos aún afilados, la piel surcada por líneas hondas. En ese momento no se me ocurrió pensar en mi edad, sino en el color del cielo después de la tormenta. Incluso, si esa tonalidad cabría en un tubo de óleo. Me sentí desnuda. Decidí entonces que saldría siempre con una pámela cubriéndome. Mi reflejo se parecía demasiado a la muerte. He mentido tantas veces sobre mi edad que ya no sé en realidad cuántos años tengo. Sé que son demasiados.

Al día siguiente, a las once y veintiséis minutos, se presentó Robert Brady. Vestido en lino blanco, con un panamá ladeado.

—Como decía Wilde, querido Robert, tu impuntualidad es tan exagerada que empezaba ya a disfrutar tu ausencia.

— Te escondes como Garbo, querida —respondió.

—¿Sabías que una vez, en París, me confundieron con ella? Firmé un autógrafo con su nombre.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte atrapada en este acuario?

—Hasta que el cloro se convierta en agua bendita —repliqué.

— Traigo calvados y novedades. Primero: Diego Rivera planea vender un lienzo apócrifo a un banquero incauto. Segundo: conozco a un arquitecto dispuesto a construirte tu templo o tu casa o tu mausoleo.

—¿Cómo se llama el osado?

—Ignacio Landa —respondió—. Un mexicano educado en Kioto. Exótico, te va a encantar.

—Dime una cosa, Robert, ¿has leído a Chéjov? —Brady negó, vehemente—. Lo sabía. Tienes que hacerlo. Nunca explica por qué los seres humanos actuamos como lo hacemos. Solo lo expone, sin juzgar. Me encanta cómo juega con absurdas presunciones. He leído sus diarios, igualmente reveladores. Me recuerdan mis tiempos en Moscú. Pero ahora pienso en un artículo satírico que escribió. Se llamaba, creo, «Tareas de un matemático loco», en el que teje el absurdo con tareas o preguntas imposibles, porque no tienen relación lógica entre sí. En alguna de ellas plantea que, en una Nochevieja, doscientas personas fueron retiradas violentamente del baile de

disfraces del teatro Bolshói; la supuesta pregunta matemática es la siguiente, Robert querido: si los alborotadores eran doscientos, ¿cuántos estaban borrachos, cuántos medianamente borrachos, insultando, y cuántos trataban, pero no podían insultar? Son las preguntas de un matemático enloquecido. No hay correlación alguna, es claro. El escritor y el artista en general podrían ir más a fondo y revelar algunos de estos misterios aparentemente insondables. Es lo que yo he hecho con mi pintura, y espero que tú también con tu arte, tu casa, tus colecciones.

—Quiero seguirte, Tamara querida, pero no entiendo nada.

—Escúchame entonces. La pregunta siete, querido, es la que realmente me ha intrigado siempre. Chéjov dice que el miércoles 17 de junio de 1881, un tren tenía que salir a las tres de la madrugada de la estación A para llegar a la estación B a las once de la noche. Cuando el tren estaba por partir, una orden súbita le solicitó que llegara a la estación B a las siete de la noche. El matemático enloquecido cuestiona entonces: ¿quién ama más, un hombre o una mujer?

—Te dije que me habías extraviado, pero ahora no tengo idea de qué tiene que ver una cosa con la otra, el tren con la cuestión de quién ama más...

—Esa es la pregunta que he intentado resolver toda mi vida. ¿Tú sabes, acaso, quién ama más, querido Robert? Yo creo que una mujer, siempre. Tendré que comprobártelo, ¿no crees?

—Creo, querida Tamara, que ya lo has comprobado hace años. Y quizá Cuernavaca no sea el laboratorio propicio.

Me sirvió un trago. Del otro lado de la terraza, alguien discutía con un sacerdote sobre la conveniencia de traducir a Teilhard de Chardin al náhuatl. Más absurdo que mi recuerdo de Chéjov. Robert alzó la copa.

—Por tu último cuadro, en el que no morirás, sino que matarás la muerte.

—Por los chismes que mantienen vivo el arte —respondí.

Conocí a Ignacio Landa. Llegó, tres días después. Era alto, delgado. Un rostro afilado como hoja de bambú. Llevaba un cuaderno lleno de croquis.

—Baronesa —se inclinó levemente—, es un honor.

—Déjese de baronesa. Soy Tamara y necesito un hogar, no un mausoleo. No sé qué le habrá dicho Robert.

—Un refugio... —abrió el cuaderno—. ¿Qué tal tres grupos de bambús que aíslen la casa del ruido, que la dejen oír su propia respiración?

—Tres Bambús —murmuré—. Me gusta el nombre.

—En medio, una alberca rectangular para reflejar el cielo de Morelos.

—Quiero muros blancos orientados al norte. Mis ojos no toleran el sol directo para pintar.

—El blanco es el color del vacío fértil —apuntó—. Habrá que añadir un muro liso para que usted lo pinte con la sombra de las tardes.

Firmamos un acuerdo verbal; me prometió encontrar un terreno en Palmira. Al estrecharme la mano, entendí que ese hombre era capaz de plantar un horizonte entero de finas líneas.

Un sobre perfumado de Barbara Hutton me esperaba en la recepción. Una invitación a cenar en Sumiya, su casa de Jiutepec. Esa tarde, mientras el Chrysler prestado devoraba la carretera sinuosa con huertos frutales de cada lado, pensé en la primera vez que vi a Barbara. Fue en París en 1935. Llevaba un collar de esmeraldas demasiado grande para su cuello huesudo, en ese entonces vivía con Porfirio Rubirosa, uno de sus siete esposos. Su risa sonaba como un vaso de cristal. Sumiya me recibía con linternas de papel, puentes rojos, además de un mutismo que olía a incienso.

Barbara usaba un kimono verde esmeralda, una de sus últimas transformaciones.

—Tamara, querida, aquí el tiempo no corre. Se sienta solo a contemplarnos.

—O a burlarse.

Nos acomodamos en su sala y compartimos sake caliente. Habló de lo inútil que era su fortuna sin amor. Yo le conté de Ignacio, del proyecto.

—Quédate en Sumiya —dijo—. Mis alcobas vacías necesitan tu personalidad.

Acepté. Un chofer de Barbara fue por mis cosas al Casino de la Selva y se encargó de liquidar la cuenta. Aquella noche escribí en mi cuaderno azul: «Vine a desvanecerme, pero el mundo exige un acto final. Tres Bambús será

mi autorretrato postrero, solo sombra y agua». Luego monté el caballete portátil, dejé que el blanco titanio chocara con el azul turquesa; la primera pincelada cortó el lienzo. Mi vida dividida en dos tiempos: antes y después de Cuernavaca.

A la mañana siguiente, Ignacio me llevó a Palmira en su Volkswagen sedán color mostaza. El motor jadeaba subiendo las cuestas empedradas; las jacarandas y buganvillas arrojaban sus flores violáceas que cubrían el asfalto.

—Aquí pondremos el primer grupo de bambús —dijo Ignacio, clavando un palo en la tierra—. Allí el segundo. Allá, cerca del muro de piedra, el tercero.

—¿Y dónde se reflejará el cielo?

—En el centro exacto —sonrió.

—Nadaré ahí hasta que no me queden más colores.

Firmé los papeles de compra del terreno en una notaría esa misma tarde, feliz, como si hubiese cometido una fechoría.

Volví a Sumiya con los documentos bajo el brazo. Barbara me esperaba en el estanque, lanzando migas de pan a los koi.

—¿Terreno asegurado? —preguntó.

—Sí.

—Brindemos con sake por las jaulas hermosas en las que nos refugiamos.

—Todos estamos enjaulados. La diferencia es que yo pintaré los barrotes amarillos y violetas.

El crepúsculo encendió los muros de Sumiya. Las linternas se balanceaban dejando huellas naranjas sobre el estanque. Observé sus reflejos; las líneas ondulaban como mis propias venas. Barbara me tomó el brazo.

—Si estuviera Peggy, aplaudiría tu terquedad.

—Peggy aplaudiría cualquier cosa con un espejito delante —bromeé.

—Te equivocas. Aplaudiría porque vas a pintar tu tumba y, de paso, el epitafio de todos nosotros.

Nos quedamos calladas. El rumor lejano de un mariachi tocando *La Llorona* llegó desde algún salón de fiestas. «Hay muertos que no hacen ruido, Llorona, y es más hondo su penar». En Cuernavaca todo bullicio

parece venir de fiestas distantes a las que nunca estamos invitados, pensé. Tres Bambús cambiaría esa lógica: sería una fiesta íntima, exclusiva, donde el anfitrión se sienta en silencio a conversar con la luna.

Un hombre hermoso, Eduardo Terrazas, una de las últimas adquisiciones de Barbara, nos sirvió unos exquisitos martinis. Le agradecí sus dotes de barman. Barbara me corrigió:

—Es arquitecto, y de Cornell. Además, es diseñador. Igual nos puede ayudar a conseguir los muebles de tu casa, cuando la termines.

—Encantado, baronesa. Me fascinan las mujeres que viven con estilo.

—A mí los hombres que son capaces de reconocerlo.

Esa noche cenamos juntos, los tres, pensando en el futuro, no en nuestros respectivos pasados. A esos sabíamos dejarlos atrás.

Un mes más tarde, de noche, le pedí a Barbara que me prestara a su chofer. Quería ver Tres Bambús en la oscuridad. Adelante, en la penumbra, el terreno de Palmira esperaba los primeros cimientos. Saqué un Viceroy, lo encendí, exhalé despacio. Me acordé de mi exesposo, recordé su voz entre el humo del cigarro: «Demasiado libre para pertenecerme». Respondí en voz alta, como quien discute con un espectro: «Libre aún, viejo mío. Te demostraré que una mujer ama más porque es capaz de construir su eternidad y, luego, plantar una semilla de luz en medio de la noche». Lástima que no podía escucharme ya.

El chofer, recargado en el viejo Chrysler, fingió no haberme oído. El motor rugió mientras la ciudad dormía. Yo cerré los ojos. Era un último sueño. Pero me faltaban muchas cosas: plantar los bambús, llenar la alberca, abrir las ventanas al norte, pintar en un muro blanco el rostro definitivo. La idea ya estaba en pie. Desde su vértice invisible, la vida me hacía un guiño cómplice. Aguardaba el color con que yo sellaría la historia, la diagonal que rasgara el lienzo y que, al fin, resolviera la absurda pregunta de Chéjov.

2

VARSOVIA, MOSCÚ, SAN PETERSBURGO

1900-1906

La nieve caía con dignidad antigua mientras el cielo posaba sus manos blancas en los tejados y en los abedules que rodeaban la casa de la abuela Clementine. Tamara tenía seis años recién cumplidos, y observaba ese rito desde el gran ventanal de la sala. Una luz grisácea bordaba en el vidrio una memoria que nunca se iría. Tamara pegaba la frente al cristal y absorbía el silencio como una esponja. Las visitas a Polonia de Tamara y sus hermanos eran esporádicas. Ella las atesoraba, sobre todo si incluían un viaje a Sopot, en las montañas. El enorme hotel la había hechizado desde pequeña.

Dentro, el salón olía a cera y madera húmeda, confundidos con el perfume francés de Clementine. El fuego en la chimenea era apenas visible. Las paredes se encontraban cubiertas de retratos: húsares con medallas y bigotes engominados, damas de mejillas rosas y ojos similares a los de Tamara, aunque más sumisos. En un rincón, el piano vertical exhibía sus teclas. Encima, una miniatura de marfil representaba a Napoleón en Austerlitz, escena que su abuela Clementine aseguraba haber heredado de un príncipe bávaro que una vez la cortejó, aunque hubieran sido las propias guerras napoleónicas las que habían obligado a su familia francesa a emigrar a Polonia. Más que un souvenir, era una herida a la que le gustaba volver.

Clementine Decler era una mujer de acero envuelta en encaje y tafetanes, una matriarca a regañadientes. Viuda desde hacía una década, mantenía la cabeza erguida, la cintura apretada en sus corsés, como su mirada, entrenada para detectar cualquier debilidad en los demás. Fumaba cigarros en boquilla de ámbar, corregía a los sirvientes con apenas levantar las cejas y hablaba de los zares como familiares malcriados.

—Ven, Tamara —le dijo aquella tarde, haciendo sonar el timbre de su voz como una campanilla de plata.

Tamara obedeció.

—Si sigues contemplando la nieve de esa manera, terminarás siendo poeta. O peor aún, terminarás casada con un poeta. ¿Sabías que Malvina, tu madre, escogió tu nombre por un poema de Lérmontov? Así se titula, *Tamara*. Trata de un demonio enamorado de una princesa georgiana. Voy a recitarte los últimos versos:

... incluso los rayos de la luna, a veces jugando
entre el aire húmedo,
no se pueden comparar con esa sonrisa
que está viva como la juventud, como la vida misma.

Tamara no entendió nada del poema, pero escuchó muy atenta; se sentó junto a la abuela en un diván de terciopelo oliva.

—¿Quién es ella? —preguntó señalando un retrato de una mujer con perlas.

Clementine se tomó un largo tiempo antes de responder. Dio una calada y exhaló con elegancia:

—Tu bisabuela Françoise, Franka, como tu tía. La única mujer de esta familia que enfrentó a un emperador y vivió para contarlo.

La pequeña Tamara no sabía quién era el tal emperador, pero entendía la palabra «única» como un elogio absoluto. Ante sus ojos esa pintura dejó de ser un retrato: se convirtió en una declaración de guerra.

Las tardes en Varsovia eran lentas. Tamara aprendía a distinguir entre lo decoroso y lo vulgar. Observaba a su abuela dar órdenes, despedir costureras, reprender al cochero por un desvío innecesario. Le encantaban las manos de Clementine: uñas cortas, anillos llenos de piedras, una pulsera de alabastro que hacía ruido al chocar con la porcelana de las tazas.

Una tarde, después del té, subieron juntas al desván. Allí Clementine le enseñó a reconocer las texturas: «Esto es seda, esto es brocado, esto es lo que usaban nuestras mujeres cuando aún había Imperio». Tamara se probaba sombreros. Reía. Dibujaba con carbón sobre papel manila las formas de los objetos. Su abuela la observaba en silencio.

Otra tarde, mientras Tamara dibujaba el ala de un sombrero con una pluma de faisán, su abuela comentó:

—Tienes ojo, niña. Eso no se aprende. Se hereda o no se tiene.

Por primera vez, Tamara sintió que el mundo podía ser suyo si sabía cómo mirarlo.

Un mes duró esa visita a la abuela. Malvina finalmente dijo que había que volver a Moscú, a casa. Tamara había nacido ahí, pero siempre pensó

que Varsovia era su hogar. Su madre era todo lo que Clementine no: nerviosa, esbelta hasta la fragilidad, de voz baja y gestos de resignación. Tocaba el piano con técnica, pero sin alma. Vivía obsesionada con la idea de que Tamara debía ser normal. «Todas las personas sufren, pero la gente sensible dramatiza», le gustaba decir.

—No quiero que mis hijos crezcan convertidos en reliquias —le espetó a Clementine durante la cena de despedida.

—¿Y qué hay de malo en ser reliquia? —respondió la vieja, bebiendo su oporto—. Las reliquias sobreviven. Las modas, no.

Tamara no entendía del todo la discusión, pero sintió que algo se quebraba. Sabía que se iba, que no regresaría pronto. Extrañaba cada vez más a su abuela, eran más esporádicos los viajes a Polonia. En su casa se hablaba en ruso y en francés, y apenas en polaco. Pero no era solo el idioma, era algo más que se perdía en Rusia.

Le gustaba escuchar las historias de Clementine sobre por qué no iba a misa los domingos.

—Yo soy Clementine Baumann. Tu padre, Benno, es hijo de Mojzesz Hurwitz y de Rosa Blumberg. Venían de Courland a Varsovia. Somos judíos de sangre, errantes siempre. No lo olvides, aunque tengas que ocultarlo o borrarlo.

Lo que Tamara Rosa Hurwitz no olvidaba era que Malvina sí iba a misa. Fue también Clementine quien le contó de la conversión de sus padres al calvinismo, en 1891. Por eso ella, su hermana Adrienne —Ada— y su hermano Stanislaw habían sido bautizados; pronto harían la primera comunión. Su madre quería que los tres la hicieran el mismo día.

El viaje a Moscú fue largo y blanco. Desde el tren, Tamara veía pasar los helados sembradíos como paisajes pintados únicamente para su contemplación. Su madre le habló de la escuela, de otras niñas, y de obedecer. Tamara asentía, aunque sus pensamientos estaban lejos, aún en el desván, entre las cajas con encajes y los retratos polvorientos que su abuela le había enseñado.

La casa en Moscú era más moderna, pero fría y silenciosa. Su padre,

Benno, trabajaba largas horas en el banco. Era un hombre cortés y muy distante. Le regalaba libros ilustrados y respondía siempre con monosílabos. Tamara se sentía vigilada, nunca vista. Sus días transcurrían entre las tediosas clases de piano, las lecciones de francés o el té servido en vajilla inglesa llena de figuras chinas. Por la ventana del comedor se veía una hilera de álamos agitándose como viejas damas escandalizadas. La nieve era menos amable que en Varsovia: como si tuviera dientes afilados.

En algunas ocasiones, sobre todo cuando Malvina salía a sus compromisos de sociedad, Tamara se escabullía al estudio del padre. El escritorio de roble estaba cubierto de expedientes sellados; los muros, de retratos de hombres desconocidos, hieráticos. Lo que a ella le interesaba era un libro grueso, con reproducciones a color de arte flamenco. Lo hojeaba con la devoción de una novicia. Un día se detuvo frente a una pintura de Rogier van der Weyden: una mujer de perfil de rostro pálido, tocado geométrico. La suavidad del trazo, el misterio de la expresión, la forma en que la tela caía arrogante. «Esta es la *belleza*», pensaba Tamara, esa palabra que su madre usaba con recelo.

Decidió llevarse el libro a su habitación. Con un lápiz escolar intentó copiar la figura. Sus líneas eran torpes, pero firmes. Pasó horas trazando, borrando, repitiendo. Se hizo de noche. La lámpara de queroseno creaba sombras danzantes en el papel. Cuando su madre entró sin avisar, Tamara la miró con ojos febriles.

—¿Qué haces con ese libro?

—La estoy copiando —dijo Tamara, sin dejar de dibujar.

—No es para niñas —replicó su madre, arrebatándole el hermoso ejemplar.

Tamara sintió que algo se rasgaba por dentro, como si una capa de piel invisible fuera arrancada para siempre, dejándola en carne viva.

Los domingos, después de misa, eran para el paseo. Benno las llevaba al parque Sokólniki o al teatro Bolshói. Tamara detestaba esas salidas. Escenografía sin alma. Prefería quedarse sola, mirando por la ventana o espiando a la sirvienta polaca que bordaba canturreando canciones de Cracovia que ella amaba.

Un día, tras una fuerte discusión entre sus padres, Malvina la llevó a casa

de su hermana Franka. Se trató de una visita larga, de las que se disfrazan de cortesía y huelen a destierro. Allí conoció a Vladek, un primo adolescente que le enseñó a fumar en el jardín, entre las estatuas cubiertas de musgo. También le mostró su colección de postales de París, de actrices de cabaret y bailarinas medio desnudas. Tamara sintió algo nuevo: curiosidad por los cuerpos femeninos. Le gustó observar a esas mujeres que se sabían miradas.

Esa noche se encerró en el baño y se contempló desnuda ante el espejo, como si fuera una de ellas. Se alisó el cabello, se pintó los labios con una fresa machacada y se dijo en voz baja: «Un día seré una de esas mujeres hermosas».

La tensión entre madre e hija aumentaba. Malvina ya había decretado que su hija estudiaría en una *finishing school* en Suiza, como todas sus primas. Tamara intuía que era otra cosa lo que deseaba. No sabía qué, pero no se veía siguiendo los pasos de su madre.

Los problemas entre ellas dejaron de existir cuando Tamara cumplió diez años. Todo pasó como un vendaval frente a su cuerpo regordete. Su madre siempre le había recriminado comer tantos pasteles, robarse comida de la cocina en las fiestas. Una tarde, Malvina llegó de la calle, se encerró en su cuarto y no salió por tres días. Desde lejos la escuchaban llorar, desconsolada. Solo el ama de llaves de Cracovia podía entrar a su habitación. Pronto recibieron sendos vestidos negros para Ada y para ella, además de un pequeño traje para Stanislaw. Se cubrieron los muebles, los retratos. Los niños querían saber qué pasaba. La tía Franka se los llevó, de luto, a su casa. Fue Tamara la que se atrevió a preguntar:

—¿Le pasó algo a padre?

—Es mejor que se olviden de él. Se ha ido. Para siempre. Es una noticia difícil para su madre; tienen que apoyarla, ser fuertes.

Ada intervino:

—¿A dónde se fue? ¿Nos abandonó?

—No puedo decirles más. Tal vez ella se los explique algún día. Lo siento.

El mundo de los adultos está hecho de silencio. Es un muro enorme, inexpugnable. Tamara supo, años más tarde, los hechos. Primero pasó más

de una década sintiéndose culpable, abandonada. Luego de un largo tiempo, cuando era quizá demasiado tarde para que importara, se enteró de que Benno Hurwitz había alquilado la *suite* de un hotel donde, de madrugada, se había ahorcado. ¿Se trató de una deuda, de un tema de honor, de una enfermedad incurable o de simple desasosiego y hartazgo por la vida? Jamás lo sabría. Malvina impuso a Tamara y sus hermanos el peor de los castigos: nunca más mencionar el nombre de su padre.

Quizá esa fuera la razón por la que el luto duró poco. Malvina abrazó la moda de París, las modistas llegaron a la casa de Moscú y, con ellas, los colores. No había vuelto la vida, solo había decidido ignorar la muerte. Además, a Benno no pudieron enterrarlo; fue arrojado, sin ceremonia alguna, a la fosa común.

Tamara, a escondidas, guardó una foto de ella sobre las piernas de su padre. No quería olvidar su cara, sus bigotes, su mirada siempre dolida, ausente. Pero el tiempo arrasa de todas formas con todo.

Una tarde de nieve ennegrecida por los carruajes, Clementine se presentó en Moscú sin avisar. Apareció en la puerta con su abrigo de lobo blanco, un bastón de ébano y varios baúles de piel.

—Vengo por mi nieta —dijo—. Antes de que la aburran con sus rutinas o me la maten de tedio.

A esa declaración la siguieron discusiones de todo tipo. Gritos. Un silencio más elocuente que cualquier escándalo.

Por la noche, Tamara empacó. Pero no iba a ser tan fácil. Malvina sentía que Tamara se le iba de las manos. Al final se selló un pacto. Serían solo unos meses y no en Polonia, sino con la tía Stefa en San Petersburgo. Tamara tendría una institutriz para presentar a tiempo los exámenes con los que acreditaría el año escolar.

El viaje se sintió distinto. No había nostalgia. Solo vagas promesas. Clementine le hablaba de arte, de París, de cómo la vida no es justa, pero puede ser hermosa si se la desafía. Tamara, con la frente pegada al vidrio helado, vio pasar la estepa. Pensó en su madre. Sintió lástima. No arrepentimiento.

—¿Y si no lo logro? —preguntó de pronto.
—¿Lograr qué, mi niña?
—Ser yo misma, no convertirme en una copia de mi madre.
—Te levantarás igual —dijo Clementine—. Como lo han hecho siempre las mujeres que dejan huella.

Gracias al capricho de la abuela y de la tía, una niña como Tamara pudo asistir a su primer baile a tan temprana edad.

Clementine y Stefa se habían empeñado en que así fuera. No uno infantil, sino uno verdadero, con orquesta de cámara, champán, vales interminables.

—Tienes trece años —dijo Clementine, mientras examinaba sus manos delgadas—. Ya es tiempo de que te midas con el mundo.

Una semana antes la había llevado a la casa de madame Béguin, una modista francesa de reputación impecable, instalada cerca del Campo de Marte. Allí, entre maniqués desnudos, retazos de satén y cintas de terciopelo, Tamara sintió por primera vez la embriaguez de transformarse. El vestido que eligieron —un azul noche con bordados plateados en forma de lirios estilizados— la obligaba a erguirse, y caminar como si deslizara los pies sobre mármol pulido. La seda le acariciaba la piel. La costurera ajustó el corpiño con alfileres mientras Clementine, sentada en una silla Luis XVI, sonreía satisfecha.

—Mi pequeña esfinge —le susurró—. Ojalá que nadie te descifre.

El día del baile, la nieve cubría los tejados de San Petersburgo como si fuese polvo de estrellas. Las lámparas de gas proyectaban halos dorados sobre las calles heladas. Llegaron en un carruaje hermoso, tirado por caballos con penachos blancos. Tamara no dijo una palabra durante el traslado. Contenía el aliento, cruzando un umbral invisible.

El palacio donde se celebraba la velada pertenecía al príncipe Félix Yusúpov. El salón, de techos altísimos decorados con frescos mitológicos, resplandecía a la luz de decenas de arañas de cristal. Al fondo, una orquesta tocaba un vals de Glinka; las notas ascendían con elegancia por la escalera central, entre columnas corintias y cortinas de terciopelo rojo. Félix con su

esposa Irina presidían recibiendo a los invitados con exagerada cortesía. Era un cuento de hadas.

Las mujeres llevaban vestidos de raso, espaldas descubiertas, guantes largos. Los hombres, en uniforme de gala, exhibían condecoraciones militares y bastones de marfil. Los meseros desfilaban con exquisitas bandejas: caviar beluga, blinis calientes, langosta en áspic, *petits fours*, vodka helado servido en gruesas copas. Tamara apenas probó un trozo de pastel de avellanas, pero bebió una copa de champán con la seguridad de una mujer de treinta años. Nadie la recriminó por su osadía.

El primer vals lo bailó con el hijo de un diplomático sueco: un niño pálido, con las manos húmedas y la voz quebrada. Después vinieron otros dos niños, igual de jóvenes, igual de torpes. Tamara sonreía, inclinaba levemente la cabeza, respondía con frases en francés y ruso. Luego bailó otro vals con su primo Constantin. Su mirada vagaba por el salón, buscando algo que ninguno le había proporcionado.

Entonces lo vio.

Reclinado junto a una columna, conversando con un grupo de oficiales. Alto, delgado, con el cabello oscuro peinado hacia atrás, lucía el uniforme de la academia militar. No tendría más de dieciocho años. Reía con los ojos sin sonreír. Tamara lo observó embelesada. No sabía su nombre, pero algo en ella se tensó como una cuerda en un chelo. Le pregunto a Clementine quién era.

—Tadeusz Lempicki —respondió su abuela—. Es hijo de una familia polaca venida a menos. Muy bien educado.

—Me voy a casar con él —dijo Tamara, anunciando una decisión irrevocable.

Clementine la miró con atención, sin burlarse. En cambio, pidió otra copa de champán y brindó en silencio con su arrojada nieta.

Tadeusz no la vio esa noche o, si lo hizo, no le prestó atención alguna. Era una niña, por más bello que fuera su vestido. Tamara siguió observándolo, memorizando cada uno de sus gestos, su forma de llevarse las manos a la espalda, el modo en que inclinaba la cabeza al hablar. La orquesta tocó un nocturno de Chopin. La noche se fue diluyendo entre perfumes y risas.

Al regresar a casa, Tamara no pronunció palabra. Se sentó frente al tocador, aún con el vestido puesto y tomó una hoja de papel. Solo escribió una línea: «Hoy he conocido al hombre con el que me voy a casar».

3

CUERNAVACA

Dicen los lugareños que Cuernavaca regala tormentas secas, casi sin agua: relámpagos y un viento cálido que huele a polvo antiguo, jacarandas que tiemblan. Una de esas tardes conocí a Iván Illich. Robert Brady me dijo que el profeta caído, como gustaba llamarlo, solo estaría unos días de regreso en la ciudad. Yo había escuchado tanto de él y de su Centro Intercultural de Documentación, el Cidoc, que deseaba conocerlo. Illich había regresado a México desde Nueva York con su biblioteca portátil, un acento muy marcado, y un afán de cuestionarlo todo. Esas conversaciones con él fueron algunas de las más intensas de mi vejez.

La primera lo invité a tomar té. Llegó puntual, sin anunciarse, con un portafolios atiborrado de papeles y libros. Me asombró una sonrisa que no buscaba simpatía. Era la marca de su lucidez. Si existe el desaliño impecable, así vestía: una camisa arrugada pero blanquísima, sandalias paupérrimas de cuero y un pantalón guango.

—¿Le gusta mi ruina? —le dije señalando la casa.

—Hermosa para ser ruina, y muy nueva. Las ruinas tienen memoria.

Nos sentamos bajo el porche. Le serví té de hibisco con rodajas de naranja y un panqué de almendra que había horneado esa misma mañana. La mesa era de hierro forjado, con manchas de óxido que no me molestaba cubrir. Illich se inclinó levemente mientras tomaba la taza, como en una ceremonia.

—¿Usted todavía pinta? —preguntó, directo y sin prólogos.

—No entiendo por qué siempre me preguntan lo mismo. Como si estuviese demasiado vieja para tocar un pincel.

Mi respuesta lo hizo sonreír con los ojos, apenado. Sus labios casi no se movieron. Illich escuchaba con todo el cuerpo. Cada palabra tenía un peso específico que debía equilibrar con su postura o sus gestos.

Comenzó a hablar de su proyecto de desescolarización del mundo. Decía que las instituciones, nacidas para liberar, terminaban oprimiendo a todo el mundo. Para él un hospital era una cárcel blanca, y la escuela, una vulgar fábrica de siervos obedientes.

—La sociedad moderna padece una enfermedad incurable. Por eso

sostengo, Tamara, que la fe en el progreso es una fe equivocada y ciega. Muy peligrosa.

Yo lo miraba fascinada. Había conocido a muchos hombres brillantes, había conversado también con muchos demagogos, con ególatras, profetas de sí mismos. Illich tenía algo distinto, me pareció que hablaba desde la renuncia. No buscaba discípulos ni siquiera una audiencia o aprobación. Era sobrio, contenido. Un fuego ardiendo hacia adentro.

Como sabía escuchar le conté sobre mis años en París, también de los escándalos y de las mujeres que pinté y amé. Algo en él me llevaba a la confesión más pura. Me sentía un caso clínico o una partitura que él tarareaba mientras me escuchaba. Bajó la mirada.

—Usted, baronesa, siempre ha sido libre. Esa es probablemente su salvación.

—No creo que el mundo quiera ser salvado, ni siquiera redimido.

Se echó a reír, y yo lo seguí. Una risa estruendosa, larga.

Luego hablamos de Cuernavaca. Era igual a diseccionar un animal dormido. Yo la veía como una ciudad hecha de fracturas, un refugio para nosotros los exiliados y los derrotados que habíamos perdido casi todo, salvo el tiempo. Un tiempo que gastábamos bajo las jacarandas o moviendo piezas de ajedrez en patios coloniales o en el Country Club. Él, en cambio, veía en nosotros una estirpe que sin darse cuenta, renunciando, terminó construyendo una ciudad sin centro, sin arrepentimientos.

—En Cuernavaca conviven revolucionarios con fugitivos, santos con cínicos —sentenció—. Es un laboratorio de la conciencia poscristiana. Sam Giancana blanquea dinero de la mafia, según me han dicho. Hay de todo en la viña del Señor.

Yo le hablé del impacto que el silencio tenía en mi nueva vida. Cómo cada mañana, antes incluso del primer sorbo de café, caminaba descalza por el pasillo hasta la alberca. De cómo el agua limpia me miraba retadora. Él parecía entenderme.

Lo invité a recorrer el jardín. Se hacía de noche. Caminamos entre los senderos de piedra flanqueados por buganvillas y plúmbagos. El sol de la tarde se filtraba a través de los árboles altos, vitrales vivos. Iván se detuvo frente a una escultura de bronce que me había regalado Víctor Contreras.

—Parece un altar profanado —dijo.

—Quizá, no lo había pensado. Entonces se parece a mi vida.

Nos sentamos en una banca bajo un framboyán. Yo encendí un Viceroy, aspiré con calma, dejando que el humo saliera por la nariz. Era un frágil dragón en miniatura. Iván no fumaba, pero tampoco me juzgaba. Ni siquiera comentó nada a pesar de mi indómita tos y mi diagnosticado enfisema, tan notorio. Como si lo físico o lo mundano no le importaran.

—¿Usted cree en Dios? —le pregunté de pronto.

Illich no se sobresaltó, ni siquiera parpadeó.

—No creo en el Dios que vigila. Pero sí en el que comprende.

Entonces le hablé del obispo Méndez Arceo. Me parecía tan contradictorio que frecuentara las mismas tertulias que los artistas y los comunistas. Le conté cómo, en una cena en casa de los Ortiz Monasterio, había brindado con tequila mientras citaba a Teilhard de Chardin.

Illich asintió. Dijo que lo conocía bien y lo respetaba mucho. La Iglesia necesita herejes para no morir de hastío.

—Tamara, ¿usted se considera una hereje o una creyente? Veo que tiene una capilla aquí en su casa. Más bien el gesto de una devota.

—Soy una mujer que ya dejó de pedir permiso. La capilla me conforta. No lo pienso, lo siento.

Él volvió a sonreír. Me ofreció una flor que había recogido del suelo. La puse entre las páginas del cuaderno azul que siempre me acompañaba.

Esa tarde, además de papeles, libros y una mirada abatida, Iván había llevado consigo una caja de duraznos frescos. Ahora mordíamos nuestras frutas como dos niños. O quizá dos pecadores proscritos del paraíso terrenal. Cuando terminamos le ofrecí una servilleta. Se limpió con fruición los dedos y los labios, embarrados de almíbar.

—¿No extraña su centro, su utopía? — Me refería a su centro educativo, su gran experimento de integración cultural y religiosa del que tanto se hablaba en Cuernavaca.

—Una ficción. Sueños que uno se hace cuando sabe que no tiene patria.

No hacía falta preguntarle más. Sus ojos cargaban la historia.

—¿Sabe por qué fracasó el CIDOC? —dijo de pronto, sin transición alguna.

Negué con la cabeza.

—Creí que podía cambiar el sistema desde dentro sin convertirme en otra institución opresora. Pensé que bastaba con crear un espacio para la reflexión y la crítica. No medía que el mero hecho de crear ese espacio lo condenaba.

Me miró sin dramatismo, sin orgullo. Él también se estaba confesando conmigo.

—La idea era hermosa: una escuela que no enseñara, un centro para no aprender, una comunidad donde la lengua fuera un puente abierto. Quería entrenar a los voluntarios gringos que venían con el delirio de salvar América Latina, para que se dieran cuenta de que no había nada que salvar. Que la ayuda era una forma elegante de dominación.

Tomó un sorbo de agua. Sus dedos temblaban.

—Durante un tiempo funcionó. Cuatro meses de inmersión: lengua, historia, teología, dudas. Nada de credos, todo consistía en preguntar. Después empezaron a llegar los académicos, los observadores y los oidores del norte disfrazados de peregrinos. Los voluntarios dejaron de escuchar. Todo se fue al carajo.

—La burocracia del alma —murmuré.

Asintió.

—Exacto. Y entonces el centro, mi CIDOC, comenzó a parecerse a una universidad cualquiera. Semejante a todo eso que juraba combatir. Me di cuenta tarde. En 1973 ya estaba todo dicho. Hubo además otra razón.

Hizo una larga pausa, midiendo la profundidad de la herida aún abierta.

—La violencia. No podía proteger a la gente que trabajaba conmigo. América Latina estaba en llamas: dictaduras, desapariciones, el trauma de la tortura. ¿Cómo iba yo a ofrecer un espacio libre sin garantizar la mínima seguridad? Además, México ya daba señales de derrumbe económico. El peso, el petróleo, la brutal inflación. Mi mundo iba a explotar. Yo no quería que el CIDOC muriera de inanición y decidí cerrarlo. No hubo drama. Era igual a apagar una lámpara ya inútil ante la luz del alba.

Encendí otro cigarro. Le ofrecí uno; lo rechazó con una sonrisa apenas culpable.

—¿Y la Iglesia que decía? —pregunté.

—La dejé antes de que me excomulgaran. Los rumores eran cada vez más ciertos. En 1967 me llegó una carta de Roma. Decían que yo era peligroso y que mis ideas hacían daño. Había informes de la CIA sobre mí. Les respondí con una sola frase: «No volveré a hablar como sacerdote». Y así fue. Rechacé todo lo que mi vocación espiritual conllevaba: los ritos, los privilegios. Me negué a bendecir, a absolver, o peor, a servir de cómplice. La fe que no incomoda es solo hipócrita.

—¿Pero cree aún en Dios? —no pude resistir en volver a cuestionarlo.

—Creo en el silencio de Dios. En su negativa a intervenir. También creo en su misterio impenetrable. Nunca en sus ministros.

La luz menguaba. Las jacarandas parecían suspendidas en una bruma violeta. El mundo entero se comprimía en ese instante. La tarde respiraba lento.

—¿No le duele haber fracasado, Iván? —pregunté, casi con ternura.

—El fracaso es honesto. Fracasan los que intentan algo distinto. Los que ceden a los reclamos del mundo, esos triunfan.

Nos quedamos callados. Podía escucharse un búho en la distancia.

—¿Usted sabía —dijo de pronto, en voz baja— que el último día del CIDOC hicimos una fiesta?

Negué con la cabeza, aun sabiendo que era más una afirmación que una pregunta.

—Vinieron cientos. Gente del pueblo, amigos y extraños. Regalamos los libros, cerramos las aulas, repartimos el dinero sobrante. Un acto de amor, no de derrota. Algunos profesores formaron sus propias escuelas con los pupitres y los pizarrones regalados. La biblioteca fue donada al Colegio de México. No dejamos ruinas: sembramos.

—Como cuando pintamos cuadros que nadie mira —dije.

—O tenemos hijos sin poder educarlos.

Nos reímos, cómplices.

—Ay, Tamara. Sigo creyendo que hay otra forma de vivir y que se puede aprender sin diplomas y papelitos, que es posible curar sin hospitales y, por supuesto, orar sin templos. Este mundo no necesita centros ni manifiestos o pancartas. Solo ejemplos, gestos pequeños.

—¿Y si nadie te sigue?

—Entonces, al menos, uno habrá vivido con dignidad.

Se levantó, caminó hasta la alberca. Se quitó las sandalias y mojó los pies en el agua, como un niño que se refresca.

—Usted me enseñó algo, Tamara —dijo sin volverse—. Se puede vivir dentro de la belleza. La estética es otra forma de la ética.

Me acerqué, tocándole el hombro.

—Hay preguntas que son más verdaderas que cualquier respuesta.

Nos abrazamos como se abrazan los que ya han perdido todo.

Antes de irse, me dejó una hoja escrita de puño y letra. Un fragmento de san Juan de la Cruz: «Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes».

Esa noche, sola, en mi estudio, destapé un lienzo. No lograba pintar aún en Cuernavaca. Solo contemplé la tela. Me bastaba saber que estaba ahí. Vacía y disponible igual que el mundo que Iván no alcanzó a construir.

Volvió a visitarme varias veces ese verano. A veces solo caminábamos en silencio. Otras, éramos viejos rivales discutiendo. Una noche trajo consigo a un joven seminarista suizo con mirada de perro herido. Hablaban en alemán entre ellos. O en latín. Yo, con mi francés invencible, me limité a observarlos, apenas interrumpiéndolos cuando comprendía algo.

Cenamos sopa de lentejas y pan rústico. Bebimos mucho vino. En la sobremesa, Iván sacó su libro *Celebration of Awareness* para regalármelo. Había escrito en la primera página: «Para Tamara, que se borra a sí misma y así consigue mirar». El libro era un grito desesperado, acaso su último, con la intención de cambiar las instituciones desde adentro. El grito de un naufrago en medio del océano.

Aún conservo ese ejemplar. Las páginas están manchadas. Dentro hay una flor seca junto con una nota mía: «Conversar con Illich es igual a dormir con una espada desenfundada».

Una tarde lo llevé al Casino de la Selva. Había una exposición de artistas jóvenes —los llamaba «surrealistas tropicales»—. Quería que viera cómo latía, entre ruinas y jacarandas, el corazón plástico de una Cuernavaca viva. Paseamos por la galería improvisada en una antigua sala de cine.

—Mire esta pieza —dije señalando un óleo de una virgen con cabeza de toro.

—Es lo que sucede cuando el símbolo se prostituye. La imagen ya no revela: oculta.

Discutimos sobre el arte y su función, sobre la libertad del trazo frente a la responsabilidad social. Él decía que el arte debía sanar. Yo no lo pensaba terapéutico. El arte debe provocar.

Aquella noche cenamos en Las Mañanitas. El pianista improvisaba una pieza de jazz. Siempre había músicos. A veces tocaban boleros; otras, tangos (mis favoritos; en especial *Uno*). Como aperitivo nos sirvieron escamoles, ese caviar de la tierra tan mexicano. Iván Illich era igual de mesurado en su comida que en sus comentarios. Apenas probó las papas que nos sirvieron de entrada, una delicadeza del local. Pedí pato en mole de higo con una copa de mezcal. Iván, arroz blanco y fruta fresca. Le sugerí un hígado encebollado, que rechazó. Me tentó este platillo, así que, para irritación del mesero, le pedí que me cambiara el mole.

—Usted es sofisticada hasta en la renuncia —dijo Illich.

—Y usted, Iván sigue siendo un monje sin claustro —le respondí.

Nos quedamos en silencio. El jardín iluminado con antorchas y lámparas ocultas. Un pavo real cruzó la terraza con estudiada majestad.

—¿Por qué eligió Cuernavaca? —me preguntó.

—Es un lugar donde se puede desaparecer sin morir del todo. ¿Y usted?

—Porque es un lugar donde se puede nacer sin haber sido concebido.

Me estremecí. Esa frase me persiguió durante semanas.

En una ocasión, al caer la tarde, lo invité a ver mi estudio. Sufría una crisis de fe en mi pintura y lo mantenía cerrado. Por primera vez en mucho tiempo no podía pintar nada. Me dolía tanto pintar. El polvo flotaba entre los caballetes y las telas cubiertas con sábanas. Illich recorrió el espacio como profanando el templo.

—Aquí es donde dejó de ser Tamara para volverse pintura —murmuró.

Destapé un lienzo viejo: un retrato de Kizette a los veinte años. Él lo miró sin pestañear.

—¿El amor de madre fue más grande que el amor de artista?

—No supe ser madre —admití.

—Entonces al menos intentó ser una artista honesta.

Nos sentamos. Le ofrecí calvados, mi digestivo favorito. Hablamos de la muerte, de los rituales, de los gestos que sobreviven a las palabras.

—¿Usted le teme a morir aquí, sola, sin su hija? —preguntó.

—Lo único que temo a estas alturas es no acabar de desvanecerme.

Illich me miró con una ternura sobria. Entendía que algunas almas no buscan redención, sino impermanencia.

La última vez que lo vi fue una mañana de agosto. Había llegado con un ramo de alcatraces y un periódico arrugado. Me los entregó en ofrenda.

—Me voy al norte —dijo—. A Zacatecas. Voy a fundar otra escuela que no enseñe.

—No me queda de otra entonces que volver a pintar, aunque no rece.

Se abrazó a mí brevemente. Sentí su cuerpo huesudo, la tela áspera de su camisa. Sobre todo, su desesperanza.

—Gracias por no creer —me susurró irónico.

Al marcharse, me senté frente a la alberca. Abrí el libro que me había regalado. Escribí en mi cuaderno: «Illich no vino a salvarme sino a recordarme que vivir sin fe también es una forma de coraje».

Me quedé mucho tiempo en silencio, al fin comprendí, gracias a él, que las preguntas son más sagradas que las respuestas.

4

ITALIA, MONTECARLO

1908

Tamara escuchó tras la puerta del salón que su abuela viajaría a Italia y a Montecarlo. No podía perderse esa experiencia, por lo que ideó un plan perfecto. Había leído que el clima más cálido ayudaba a la salud de los pulmones. Fingió por semanas estar resfriada. Tosía como tísica, se desmayaba. Le faltaba el aire. Malvina, desesperada, mandó traer al doctor de la familia. La abuela estaba presente cuando este le diagnosticó una fuerte inflamación de las vías respiratorias, seguramente provocada por la intensidad de sus falsos tosidos y carrasperas, no por causa de alguna enfermedad. Aun así, la abuela sugirió que Tamara la acompañase.

—Sería un hermoso regalo por sus quince años, Malvina. Déjala ir.

—Son seis meses, mamá, es mucho tiempo.

Clementine no discutió más. Daba órdenes con la mirada, lo mismo a Malvina que al médico o a la propia indómita de Tamara. Nadie osaba contradecirla.

No se requirió mucho más. El viaje sería largo, lleno de contratiempos, pesado para una enferma, por lo que el doctor recetó cataplasmas y brebajes que ella fingía tomar durante la travesía. Los trenes siempre le habían parecido románticos. Había leído los infortunios de Ana Karenina poco antes, siempre a escondidas de Malvina. Arrojar a las vías le parecía un exceso de drama, poco digno. Al fin y al cabo, la belleza debe preservarse hasta el final. También los trenes le recordaban un cuento de Chéjov, su escritor favorito de entonces: *Un viaje de novios*. En este, un tonto recién casado, Iván, se equivoca de tren en Bangalore y deja a su esposa subida en otro. Los pasajeros hacen una colecta para que puedan reunirse, lo instan a escribir un telegrama en la próxima estación y a regresar de inmediato. Desde entonces a Tamara le complacía el absurdo.

Contrario al personaje, ella y su abuela llegaron sin contratiempo a su primer destino. Florencia ardía. Un calor denso, envuelto en el aliento de los siglos salía de las paredes. Tamara descendió del vagón con los labios secos y el vestido untado a su cuerpo. Le gustaba el olor a higos macerados.

Clementine había reservado una habitación en el Grand Hotel Baglioni, con sus muros altos, decorados en madera oscura. Desde la ventana, Tamara

podía ver los laterales techos rojizos extendiéndose más allá del horizonte como si alguien hubiera volcado una caja de tejas en miniatura sobre las casas. El Duomo sobresalía con su cúpula de oro. Invisibles cigarras chirriaban sin pausa.

—En Florencia es posible que aprendas a distinguir lo sublime de lo pretencioso —dijo Clementine, sorbiendo de una copa de vermut. A Tamara su abuela le pareció majestuosa, vestida de lino lavanda con una rosa en la solapa.

Salieron al medio día, cuando hacía más calor. Cruzaron la Piazza della Repubblica. Tamara mordía un panino con *prosciutto* crudo, la grasa deslizándose por el pan caliente. Las estatuas parecían vigilar a las dos mujeres desde sus nichos con marmórea indiferencia. Un grupo de niños jugaba con pelotas de trapo cerca de la iglesia de Orsanmichele; un organillero tocaba una melodía triste que Tamara reconoció.

—Todo aquí tiene demasiados siglos para conmoverse contigo —advirtió Clementine con sequedad—. Así que, si quieres llorar, hazlo discretamente.

Llegaron al convento de Santa Maria del Carmine. El interior al fin fresco, envuelto en un silencio mineral. La capilla Brancacci olía a cera. Un anciano guía las condujo sin palabras hacia los frescos de Masaccio. Era la primera vez que Tamara veía una pintura que no buscaba agradar. No pretendía tampoco embellecer, ni entretener. Tamara contuvo un grito de emoción frente a los cuerpos de Adán y Eva, echados del Paraíso. Tenían los rostros torcidos por la culpa y no parecían dibujados sino carne viva.

Tamara permaneció inmóvil. Sentía el aliento caliente de Clementine detrás de ella, impaciente. El guía carraspeó, disimulando su propia prisa.

—Esta escena se adelantó al dolor moderno —dijo su abuela—. Se acabó la Edad Media y empezó el temblor, Tamara. La soledad de los seres humanos.

Tamara sacó su cuaderno con manos temblorosas. Apoyó la espalda contra una columna. No quería copiar, más bien traducir. Dibujó otra cosa: un rostro sin boca, un vientre sin ombligo, una sombra.

Después caminaron por la ribera del Arno. El agua turbia llevaba hojas secas. En una terraza al aire libre, frente al Ponte Vecchio, Tamara pidió una

granita de limón. El hielo le raspaba el paladar; el sabor ácido la hizo cerrar los ojos de placer. Clementine se distraía hojeando *Il Corriere della Sera*. Tamara seguía pensando en la mirada de Eva, una mirada que desconocía el pudor.

—¿Te ha gustado el fresco? —preguntó al fin la abuela.

—Me ha dolido en el alma, abuela.

Clementine sonrió por primera vez en todo el día.

—Quiere decir que puedes seguir mirándolo todo.

En el hotel, por la noche, Tamara se desvistió lentamente. El cuarto olía a lavanda, al cuero viejo de las enormes valijas de la abuela—su olfato siempre se adelantaba a los otros sentidos, incluso a la vista—. Meditó sobre su propio cuerpo de hombros aún finos y costillas apenas insinuadas. Luego se sentó en el suelo, abrió el cuaderno y anotó: «La belleza acusa, no nos consuela. Las sombras, cuando se dejan solas, terminan por hablarnos».

Floencia fue apenas el inicio de su «aprendizaje italiano» —así lo llamaba su abuela—. Venecia se presentó con su falsa promesa de quietud, una mentira hermosa. No había ciudad más ruidosa en sus silencios. Desde el andén donde las recibió el *vaporetto*, Tamara escuchaba el crujido de las cuerdas, el gemido de los remos y el murmullo espeso del agua golpeando contra los muros centenarios. Todo le susurraba: «Recuerda o finge lo que fuiste».

Llegaron al hotel Danieli al atardecer. Clementine había reservado una *suite* que daba al Gran Canal. Desde la terraza se veía el reflejo de las solemnes farolas. Tamara respiró hondo.

—Venecia es el único lugar donde uno puede vestirse de pasado sin parecer ridículo —declaró Clementine, mientras desabrochaba sus enormes guantes de encaje.

Esa noche asistirían a un baile de máscaras en el Palazzo Grimani. Clementine había pasado dos días decidiendo qué antifaz usar. Eligió finalmente uno de terciopelo negro, bordado con falsos diamantes. Llevaba un vestido de satén púrpura con escote; en la mano, su bastón más afilado. Tamara, en cambio, había optado por la sencillez audaz: un vestido blanco marfil con mangas transparentes y una máscara de piel dorada, tallada con

líneas geométricas que imitaban las de un compungido rostro humano.

—Pareces un acertijo que ha olvidado su enigma —le dijo su abuela.

—O que nunca lo tuvo —respondió Tamara, ajustando su antifaz.

Se trasladaron por los canales. El gondolero, canturreaba algo en veneciano que Tamara no comprendía. La ciudad se reflejaba rota en el canal. El mármol húmedo del *palazzo* exhalaba su frío aliento. Un vals sostenido las recibió dentro.

El salón principal estaba decorado con guirnaldas de hiedra artificial, candelabros de Murano y enormes cortinajes. Todo detenido en el tiempo. La aristocracia centroeuropea, junto con exiliados y diplomáticos italianos, se mezclaba en un perfume intoxicante.

Nadie se presentaba ni decía su nombre. Esa era la regla.

—Somos máscaras, no personas —susurró Clementine—. Por una noche, eso es suficiente.

A Tamara la abordó por un hombre alto, de barba negrísima, y traje de lino oscuro. Su antifaz era de cuero sin adornos. Le ofreció una copa. Ella aceptó. Nadie podía intuir su edad.

Bailaron. Sin hablarse ni mirarse directamente. La mano de él era firme, pero no pesada. Tamara notó su olor a vetiver, el mismo aroma que usaba su tío. Se movían lentamente, como si en otra vida ya hubieran ensayado ese baile. Cuando se separaron, él se inclinó levemente y ella produjo una media reverencia, torpe. Tamara sintió que el mundo, por un instante, estaba perfectamente ordenado.

Al volver al hotel, Tamara se desvistió sin encender la luz y se dejó la máscara. Se sentía una versión desconocida de sí misma. En su cuaderno anotó: «La máscara no oculta. La máscara desnuda porque deja fuera lo innecesario. También revela otro rostro que el cuerpo no se atreve a enseñar».

Durmió poco. A mitad de la madrugada salió descalza al pasillo. La alfombra amortiguaba sus pasos. Desde la terraza del hotel, Venecia dormía. Una góndola vacía y el viento helado. Tamara recordaba la mano del desconocido apretando su espalda.

Amanecía con dificultad entre las tupidas nubes. En la plaza alguien afinaba un violín. Tamara garabateó otra línea en su cuaderno: «Esta ciudad

es un espejo. Nos miramos cuando no nos buscamos».

Irían a Nápoles. Un capricho de última hora de Clementine:

—Ya viste el pasado, ahora debes absorber el presente.

Nápoles la golpeó como una bofetada. El aire estaba hecho de humo y sudor. Los gritos de los vendedores en la estación silenciaban cualquier pensamiento. Clementine frunció el ceño, ofendida por la vitalidad.

—Esta ciudad huele a peligro —murmuró mientras descendían del tren, su bastón golpeando el andén con autoridad.

Tomaron un coche de alquiler tirado por caballos. El cochero no dejaba de hablar. Tamara no entendía casi nada, pero le gustaba cómo pronunciaba las vocales con la boca abierta. El sol caía de lado sobre los balcones con ropas colgadas como banderas.

Se alojaron en una antigua villa, cerca del Lungomare, reconvertida en hotel. Desde su habitación, Tamara veía el Vesubio, oculto por una bruma rosada. El mar golpeaba la costa una y otra vez, enfurecido.

Esa tarde Clementine llevaba un sombrero de ala ancha, con tul negro de funeral. El mercado de Porta Nolana parecía absorberlas. Era como entrar en la boca de la ballena: chillidos de pescadores, olor a sangre y a limón. Tamara caminaba con los ojos más abiertos que nunca.

Un hombre ofrecía calamares que todavía palpitaban, otro rebanaba sandías de un tajo. Más allá, algunas mujeres con delantales floreados gritaban los precios de sus mercancías. Tamara aceptó un trozo de mozzarella de búfala que le obsequiaron desde un mostrador. Era una caricia en su boca.

—Vámonos, antes de que te conviertas en una plebeya —dijo Clementine, tirándole de su guante.

Tamara se había quedado quieta. Frente a ella, un joven descargaba sacos de harina. El torso desnudo, los músculos húmedos. Tenía la piel tostada por el sol y el cabello cubierto por un pañuelo rojo. En la clavícula, un tatuaje borroso: *Amore e morte*. Habrá tenido diecisiete, máximo veinte años.

Cuando los ojos de Tamara se cruzaron con los suyos, algo dentro de ella se encendió. No era el llamado de la lujuria. Era algo más primario aún,

como si su cuerpo, hasta entonces silencioso, entendiera de pronto que era también instrumento digno de ser tocado. Unas calles después, Clementine vio que Tamara trazaba los rasgos del muchacho en su cuaderno.

—¿Quién es ése? —preguntó su abuela, sin volverse.

—Nadie, solo un dibujo.

Siguieron caminando entre frituras y cestas de albahaca. Pero Tamara llevaba la imagen del muchacho grabada en la retina. Esa noche se encerró en su habitación a oscuras, con solo la tenue luz del crepúsculo. Sacó su cuaderno. Vio el boceto que había dibujado en la calle sin mucho éxito. Quería atrapar el temblor que le había dejado ese cruce de miradas. Dibujó un cuerpo masculino. El torso hecho de líneas rotas, como si el corazón palpitara más allá del papel. La boca entreabierta, pero muda. En la clavícula escribió: «Propiedad del instante».

Al ver el dibujo, Clementine, que entró sin anunciarse, comentó:

—¿Y ahora dibujas obreros y pescadores?

—Dibujo lo que siento que respira.

Su abuela, por una vez, no replicó. Se limitó a alisar su falda y retirarse.

Durante la cena les sirvieron pasta *alla genovese* con carne deshebrada y cebolla. Tamara apenas comió. La textura le incomodaba. Más tarde, sola en la terraza, escuchó a lo lejos un coro de pescadores bebiendo. Cantaban a varias voces, desafinados, gloriosos. El mar seguía lamiendo las piedras. Tamara se abrazó las rodillas. Luego escribió: «Hoy me deseó alguien que no sabe mi nombre. Aun así, siento que ya me he perdido para siempre».

No durmió bien. Imaginaba torsos, bocas, espaldas. Y un tatuaje borroso: *Amore e morte*.

Un barco lentísimo las regresó a Roma, donde pasarían nuevamente unas semanas antes de salir por fin a Montecarlo. Llegaron exhaustas. La ciudad bulliciosa en un mediodía espeso, perfumado por el olor a café recién molido que escapaba de las *trattorias* de Trastevere. Tamara descendió con una lentitud premeditada, consciente de su abrigo de lino claro, de su sombrero ladeado como un ala rota, del leve resplandor de su collar de perlas auténticas. Clementine la había transformado en su doble. El cabello

larguísimo cubriendo toda su espalda. El sol, al reflejarse en los ventanales del hotel Excelsior, le arrancó una mueca de satisfacción.

Clementine flotaba sobre el empedrado irregular de la Via Veneto con su bastón de puño de jade y su voz ronca de fumadora.

—Aquí, mi querida Tamara, los hombres te miran como si fueras una obra del Renacimiento. No lo olvides nunca, disfrútalo.

La nieta sonrió con educación. En realidad, ya se sentía como una obra de arte inacabada. La *suite* del hotel era hermosa, pero su abuela insistió en que debían salir de inmediato, después habría tiempo para descansar. Decía que los hoteles eran solo para los perezosos.

Entraron a la Galleria Borghese por una puerta lateral, guiadas por un amigo de Clementine, un noble arruinado que ahora se hacía llamar «conocedor del arte» para vivir de pequeñas comisiones. Tamara se detuvo largamente frente al *David con la cabeza de Goliat*, de Caravaggio. El contraste entre la luz y la sombra la dejó muda.

—Otra herida abierta, abuela.

—Por eso te gusta Caravaggio —interrumpió el guía—, porque pinta como si se estuviera vengando del mundo.

Tamara no respondió, pero algo en su mirada se endureció, intentando explicarse lo que sentía. Años después podría expresarlo: «Caravaggio inventó el drama en la pintura».

Después del museo y de despedirse del improvisado guía, su abuela insistió en llevarla a almorzar al café Aragno, en la Via del Corso. El local olía a tabaco rubio. Les ofrecieron antipasto de berenjena, pasta con trufa negra y un vino blanco del Lazio.

—Los italianos no saben ser pobres —dijo Clementine mientras enrollaba la pasta entre la cuchara y el tenedor con maestría—. Lo disimulan envueltos en su espléndida ruina.

Tamara no contestó. Estaba observando al camarero: sus gestos eran casi coreográficos. Le fascinaba el lenguaje del cuerpo en los hombres que no se sabían observados.

Al terminar el almuerzo, pidió un *gelatto*. La ciudad vibraba: carretelas, algunos automóviles ruidosos, niños descalzos, mujeres envueltas en pañuelos de colores. «En Roma —le dijo su abuela—, la belleza y la

desesperanza se dan la mano como viejos amantes».

Al regresar al hotel Tamara se encerró en su habitación. Abrió su cuaderno para apuntar: «Vi la muerte en un cuadro de Caravaggio. No la muerte ideal. Vi la muerte sucia, íntima. Quiero pintar así».

Esa tarde, al cambiarse, examinó sus hombros, su clavícula, sus caderas. No era una belleza perfecta, pero tenía algo distinto, una intensidad que todavía no sabía utilizar. Decidió que eso era lo que iba a hacer con su vida: dominar esa fuerza nueva, avasallante.

Cuando su abuela tocó la puerta a las siete para ir a la ópera, Tamara ya estaba vestida de terciopelo azul. En el lobby del teatro Costanzi, Tamara observó el desfile de la aristocracia decadente. Le bastaron diez minutos para entender que, en ese mundo, el arte no servía para consolar: servía para impresionar.

Durante la primera aria de *Tosca*, Tamara lloró. No por la música, por hambre. El hambre de todo lo que aún no tenía: fama, dinero, amantes, escándalos.

El barco partió del puerto de Civitavecchia al amanecer, cuando el cielo aún se debatía entre el gris y el abismo. Tamara apoyó los codos en la barandilla del camarote de cubierta y respiró hondo. El mar tenía un olor metálico.

Había pocos pasajeros, lo que hacía el trayecto más íntimo. En la biblioteca del barco, Tamara hojeó libros de arquitectura veneciana; apenas leía una página, volvía a mirar por la ventana. Le fascinaban los reflejos del agua al impactar contra el casco, como si el mar estuviera pintando también.

Una marquesa la abordó en el salón de té.

—¿Es usted polaca? —preguntó con un acento cargado de ginebra.

—Creo que no soy de ningún lugar.

—Eso es lo más interesante que he oído en semanas.

La marquesa se presentó como *lady* Holloway, viajera empedernida, exesposa de un diplomático británico destinado en Constantinopla. A su lado, un médico argentino llamado Elías se unió a la conversación. Pasajeros en tránsito, como si aquel barco fuera una sala de espera flotante para los que no tenían patria. En realidad, todos iban a Montecarlo a perder fortunas

fingiendo que tenían suerte.

En la cubierta superior el sol golpeaba inclemente. Tamara se protegió con un sombrero ancho y unas gafas redondas que la hacían parecer una actriz de cine mudo y se sentó a dibujar. Un hombre la observaba desde lejos. Era un violinista polaco, le dijo luego. Había tocado en Varsovia, en Praga, en París. Hablaban en francés, con la soltura de quienes han sobrevivido al exilio.

—¿Y qué pinta usted? —preguntó él, mirando su cuaderno.

—No sé lo que pinto. Sé lo que siento.

Le fascinó la cena de esa noche: sopa de cebolla gratinada y bogavantes. El violinista tocó una pieza de Dvorák. Lady Halloway se durmió con la cabeza sobre su copa.

Antes de dormir, Tamara salió al pasillo a caminar hasta el extremo contrario del barco. El viento le arañaba la cara. Se preguntó si alguna vez lograría pintar todo eso: el miedo, el deseo, la nostalgia. Sintió que la pintura era el único país posible.

A mitad de la noche se despertó debido al sonoro crujido de la madera. Había soñado que el barco no la llevaba a Montecarlo, sino a un lugar fuera del tiempo y que todos los pasajeros estaban muertos y la observaban pintar desde el fondo del mar. Sudorosa, abrió el cuaderno; dibujó un rostro perdido con los ojos abiertos y la boca llena de perlas. Lo juzgó hermoso.

Montecarlo olía a rosas y sal. El mar golpeaba contra las rocas como una bestia domesticada. Clementine bajó del barco con la gracia de quien ha sido criada entre espejos. Tamara le ofreció el brazo, pero ella lo rechazó, apoyándose en su bastón.

Se hospedaron solo una noche en el Hotel de París, con vistas a la plaza del Casino. En la *suite*, las cortinas eran de terciopelo verde botella; la cama, un altar. Tamara se dejó caer sobre una butaca y pidió, con voz firme, una botella de Perrier-Jouët enfriada al punto exacto. El mayordomo asintió, sin mirarla.

Decidió tomar un baño. En la habitación pensó en que algún día se pintaría a sí misma desnuda. Se metió en la tina y cerró los ojos.

La noche comenzó en el Café de París. Una orquesta tocaba música de salón. Tamara llevaba un collar de perlas y un vestido plateado, que le dejaba la espalda al aire. A su lado, Clementine lucía un conjunto azul marino con un broche de zafiros. La cena parecía una ópera de cuatro actos: ostras, bisque de langosta, filete en salsa de trufas, suflé de Grand Marnier. El vino corría con llaneza. No parecían reconocer la edad de Tamara. Por vez primera no se sintió niña ni se quejó de la condescendencia de los mayores.

Al día siguiente partieron en tren a Menton, donde se alojarían mientras la abuela jugaba en Montecarlo. Aquella ciudad francesa olía a limoneros. El calor era un susurro persistente que empapaba las cortinas y adormecía los relojes. Desde la ventana de su habitación, Tamara podía ver la línea borrosa donde el mar se fundía con el cielo. A esa hora, la frontera entre Italia y Francia no era más que una sugerencia. Se alojaban en una villa modesta, con un jardín de buganvillas. Clementine la había elegido por su cercanía a la estación: todas las mañanas tomaba el tren hacia Montecarlo, envuelta en sedas. Su ritual era inalterable: dos cafés negros, su bastón de mango de jade, un sombrero de paja oscura, luego el viaje. Siempre salía a las nueve en punto. Siempre regresaba después de las cinco. Siempre perdía dinero, pero nunca la compostura.

Menton era demasiado tranquilo. Los días se dilataban; la aburrían. A veces, Tamara caminaba hasta el puerto para sentarse a dibujar los barcos pesqueros que se balanceaban ebrios. Otras veces esperaba a Henri, el muchacho que su abuela había contratado para hacerle compañía y enseñarle a pintar.

Llegaba puntual, con su mochila al hombro, el cabello despeinado por el viento. Henri tenía diecinueve años y los ojos del color exacto de las algas. Pintaba con acuarela sobre tablas viejas.

Tamara lo había visto de lejos la primera semana, en la escalinata de la iglesia Saint-Michel. Él dibujaba un retablo improvisado. Ella se le acercó en silencio y él no dijo nada.

—La madera es más honesta que el papel —le explicó Henri una mañana—. Tiene memoria. Si no la tratas con cuidado, te lo recuerda.

Pintaban frente al mar, bajo una pérgola. Él le enseñaba a controlar el agua, a domesticarla: le explicaba cuándo dejarla correr, cuándo contenerla. Tamara pintó frutas, rostros, manos que no tocaban nada. Henri la observaba sin corregir.

Un día, mientras Tamara intentaba capturar la curva de una ola, Henri le regaló su caballete.

—Quiero que lo tengas tú. Yo lo fabriqué. Es tan ligero como tú.

Tamara acarició la madera.

—No lo merezco. Soy muy torpe con la acuarela.

—No se trata de merecerlo, sino de usarlo.

Se quedaron en silencio. El mar respiraba acompasado.

Una tarde, Clementine anunció —con un dejo de fastidio en la voz— que Tamara debía acompañarla a Montecarlo.

—Por una vez necesito que alguien sostenga mis cosas mientras viajo, estoy muy cansada. Te portarás como una estatua, ¿entendido? Callada, por una vez silenciosa.

El tren serpenteaba. Tamara iba con un vestido de lino azul y un lazo blanco en el pelo. Llevaba su cuaderno para no aburrirse.

Montecarlo era tan distinto a Menton. Más limpio, brillante. Aunque falso.

El casino del Hotel de París era un templo pagano. Recibieron a Clementine con reverencias. Tamara, por supuesto, no podía entrar. Se quedó sentada en un banco, junto a un naranjo de la plaza, dibujando a los transeúntes.

En su bolso llevaba el diablo: una cuerda atada a dos palitos de madera, con una pieza de caucho que giraba cuando la lanzaba al aire. Era un juego que ella misma había redescubierto en Menton, mientras Henri se burlaba de su destreza. En la plaza, indómita, lo lanzó al aire; el diablo ascendió con fuerza, era una luciérnaga ebria que se elevó por encima de los setos del toldo del casino, incluso por encima de la entrada principal.

—¡Se va a meter en el salón de juego! —gritó un valet contemplando el ventanal abierto.

Tamara rio. El diablo cayó en una fuente cercana, salpicando a un par de niños que reían también.

Cuando Clementine salió, horas después, no mostraba en el rostro la derrota de siempre. Llevaba un cigarro sin encender entre los dedos.

—¿Jugaste con esa cosa endemoniada otra vez?

—Todo mundo tuvo que ver con él —respondió Tamara, sin atreverse a contarle.

Esa noche, en el tren de regreso, mientras su abuela dormitaba, Tamara revisó su cuaderno. Tantos bocetos: rostros anónimos, retratos de Henri. Hombres y mujeres que se parecían a nadie o eran todos. Había escrito también: «He aprendido a pintar, miro sin pedir permiso, entro en el alma de quienes dibujo».

Menton dormía cuando llegaron. El cielo, un trapo azul lleno de agujeros. Tamara se sentó en el balcón. El caballete de Henri estaba junto a ella. Colocó una tabla que él también le había regalado y comenzó a trazar, poseída. Nunca había sentido tanta felicidad como esa noche pintando, insomne.

Regresaron a hospedarse en Montecarlo, de allí partiría el tren de regreso a Moscú. El casino recibió una última vez a Clementine. Tamara otra vez se quedó afuera y solo supo lo que su abuela le contó: que apostó con seguridad y que ganó tres veces seguidas en la ruleta para después perderlo todo de nuevo.

Había belleza en todas partes, pero también tristeza. Damas de mirada vacía. Hombres buscando algo que no pueden nombrar.

Esa última noche, Tamara no pudo conciliar el sueño. Comenzó a dibujar una mujer solitaria frente a una ventana. Venía de regreso de un naufragio.

A las cinco de la mañana se asomó al balcón. Montecarlo parecía una acuarela. Los jardines desiertos. Solo una pareja discutía junto a una fuente, borrachos.

Volvió a entrar a su habitación. Recogió el vestido del sillón y lo guardó en la valija con delicadeza.

Cerró el cuaderno y se acostó junto a su abuela mientras esperaba que el alba desplegara al fin su calor sobre el mundo.

5

CUERNAVACA

Cuernavaca recibe a los exiliados: flores y rumores. En 1979, el Sha de Irán, Mohammad Reza Pahlavi, se había convertido en un huésped incómodo para el mundo. México, a petición de Kissinger, le ofreció un rincón tropical. Su esposa, Farah Diba, el joven príncipe Reza y un séquito de médicos, guardias, asesores y traductores que parecían salidos de una novela rusa lo acompañaban.

Robert Brady, como casi todo en esos días, fue quien me lo anunció.

—¿Has oído? El Sha. Palmira. Cena. Van a servir treinta platillos. Y tú estás invitada.

—¿Seré adorno? —pregunté.

—Mas bien testigo —respondió—. Del final de los tiempos.

La invitación vino del gobernador, un médico priísta de apellido Bejarano que se creía el Hipócrates de Morelos, pero era solo el médico personal del presidente López Portillo. Su esposa, Gloria Almada, organizaba cenas fastuosas. Me enviaron una nota groseramente escrita a máquina. Acepté sin pensarlo. No por reverencia al emperador caído. Por el puro placer de asistir a una velada donde el exceso se confunde con el lujo. Así era la casa de gobierno, yo había asistido a varias reuniones falsamente elegantes.

La cena comenzaría a las ocho, pero todos sabíamos que el Sha llegaría cuando sus dolores se lo permitieran. La Revolución islámica no solo le había arrebatado el trono: también la digestión y se quejaba permanentemente.

A media tarde mandé que me prepararan un baño con aceite de lavanda. Saqué del armario un vestido verde esmeralda que guardaba para ocasiones cada vez más escasas. Vestiría también una capa de gasa negra, guantes hasta el codo, tacones bajos y mi boquilla de marfil. Un gesto de guerrera que aún quiere dar batalla.

Llegué al anochecer. Entre los invitados había diplomáticos, escritores, algún actor venido a menos y una condesa italiana. Me sentaron junto al secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda —su voz de flauta, dedos enormes de lagarto— y una poetisa que ya no escribía, pero arrancaba

suspiros.

Los camareros iban y venían en una danza ritual. Los manteles eran de lino bordado por reclusas de la penitenciaría de Acapantzingo; los cubiertos, de plata. Los menús se leían en cuatro idiomas diferentes: inglés, español, francés, persa.

La comida empezaba con una espuma de flor de calabaza, seguía con caldo de bagre, luego medallones de venado en salsa de cacao, y así hasta llegar a un sorbete de albahaca con pétalos de buganvilia. Todo exquisitamente ridículo.

Cuando el Sha entró, parecía un espectro. Venía pálido, con los ojos vidriosos. Llevaba un traje gris perla que le colgaba de los hombros. Su esposa, Farah, era otra historia: erguida, serena, con una mirada que lo mismo helaba que desnudaba.

Hubo murmullos, inclinaciones, algún intento de reverencia. Yo simplemente asentí con la cabeza. Era lo que se esperaba de una baronesa jubilada que había dejado Europa antes del tercer acto de una ópera bufa.

Nos sentamos. Los camareros comenzaron su interminable desfile de platos. El Sha tomó asiento lentamente. Farah se sentó a su lado.

Entonces, el desastre.

—*Stomach not well. Too many receptions. Need something... simple. Yogurt with blueberries* —se quejó el Sha en su inglés desganado.

Hubo un silencio glacial. El secretario particular del gobernador se atragantó.

—¿Tenemos yogur con arándanos? —preguntó alguien.

—No —respondió el chef, lívido—. Tenemos *mousse* de higo con reducción de azafrán.

El pánico recorrió el salón como una plaga cortesana. Alguien propuso improvisar un plato con crema ácida y zarzamoras. Otro mencionó un yogur artesanal traído de Tepoztlán. Pero no, el Sha quería lo imposible en su simpleza.

Brady tocó el codo del gobernador y le susurró:

—Hay una Comercial cerca, en avenida Morelos. Mando al chofer y nadie se da cuenta.

Veinte minutos después, un ayudante regresaba con un bote de yogur

natural y una cajita de arándanos algo ajados. Pero había otro problema:

—¿Dónde lo servimos? —preguntó el *maître*.

No había un plato «suficientemente sencillo». Brady volvió a encontrar la solución:

—Tengo un cenicero de plata en mi coche. Manías de coleccionista.

Lo limpiaron con esmero. El Sha aceptó el cuenco con una leve sonrisa. Comió en silencio. Parecía feliz. Farah, por su parte, no probó bocado. Solo se retocó los labios con un espejo redondo de nácar. Me miró. Le sonreí.

Después del escándalo gastronómico resuelto con un cenicero, los invitados siguieron cenando. El secretario de Relaciones Exteriores retomó su anécdota, un chiste sobre la embajada de México en Argelia y un mono titi extraviado.

Los platos seguían llegando a la mesa ante la mirada aburrida del Sha: un timbal de hongos con aceite de trufa, servido sobre una loseta de ónix; cordero con polvo de almendra y espuma de menta.

Al llegar al postre —una esfera hueca de chocolate negro rellena con helado de tamarindo y bañada con tequila caliente—, el Sha se había retirado discretamente a un salón lateral, acompañado del gobernador, su traductor y uno de sus perros afganos. Farah, con elegancia y una sonrisa eterna, se quedó en la mesa, apenas conversando.

Me acerqué a ella en un momento de distracción general. Su perfume era denso. Un vestido de seda color marfil con bordados plateados enmarcaba su cuerpo perfecto.

—Majestad —dije, con un leve asentimiento.

—Baronesa —respondió en francés impecable—. Gracias por estar aquí. Esta cena... es una farsa encantadora.

—La mayoría de las cenas. Algunas se esmeran más en no parecerlo.

Sonrió. Era una sonrisa entrenada en la corte, pero no por eso falsa. Me tomó del brazo y caminamos hacia afuera. El jardín mostraba sus luces cálidas, fuentes y plantas tropicales que escuchaban nuestras confidencias.

—Me siento una figura de porcelana —dijo ella—. Hermosa, vacía, sobre todo frágil.

—Yo prefiero pensarme como una escultura de mármol.

Reímos en voz baja; dos mujeres que han visto todo.

—¿Algún día podré admirar sus pinturas? —preguntó.

—Pinto poco ahora, como si el tiempo me hubiese arrebatado los pinceles.

—A mí el tiempo me robó los sueños —dijo, y miró el cielo.

Volvimos al interior poco antes del brindis. El gobernador, con voz engolada, agradeció la presencia del Sha, ensalzó los vínculos «milenarios» entre México y Persia y alzó una copa de champán.

—Por la paz, la dignidad y la memoria —dijo.

Nadie supo a qué se refería, pero todos brindamos.

Antes de marcharme, me acerqué al Sha. Su rostro parecía más tranquilo. Le agradecí la velada. Él, con una voz apenas audible, me dijo ahora en francés:

—*Vous êtes une statue vivante.*

Incliné la cabeza como si hubiera sido tocada por un cetro. Su mirada era la de alguien que ha visto el mundo arder y aún conserva una inútil dignidad.

Ya en casa, en Tres Bambús, encendí un cigarro. Me serví un coñac. Luego abrí el cuaderno azul y escribí: «Los reyes ya no gobiernan. Solo digieren, y mal, símbolos vacíos. Una mujer puede vivir mil vidas y seguir pareciendo una anomalía. El poder siempre ha tenido gastritis. Solo los verdaderos artistas sabemos usar un cenicero».

Antes de dormir, pensé que esa cena no había sido un banquete, sino un epitafo. Una coreografía enmascarada.

A la mañana siguiente desayuné en Las Mañanitas. El pianista tocaba una versión melancólica de *La vie en rose*. Pedí huevos a la mexicana y un café negro.

—¿Estuvo en la cena de anoche, señora baronesa? —me preguntó el mozo—. Todos hablan de la gran comilona.

—Sí —respondí, sin levantar la vista del periódico—. Estuve donde siempre: en el lugar más absurdo posible.

Sonreí.

6

PETROGRADO

1914-1916

La nieve comenzaba a derretirse en los aleros dorados del Palacio de Invierno. San Petersburgo, ahora Petrogrado, recuperaba su rostro barroco, húmedo y pétreo. Tamara sostenía un pesado abrigo de terciopelo azul y observaba por la ventana del vagón que la conducía a su nuevo hogar: la casa de su tía Stefa, en la avenida Moika. Tenía dieciséis años y ya comprendía que la infancia era un vestido que le quedaba pequeño.

Stefa la recibió con estudiada frialdad. La besó en la frente, le indicó al mayordomo que subiera las maletas y no volvió a hablarle hasta que entraron al comedor, donde un samovar silbaba. La servidumbre, más austera que la de su familia en Moscú, la trató con deferencia. Petrogrado no era una ciudad sensiblera.

—Has crecido —dijo Stefa, observándola de perfil—. Te pareces un poco a tu madre.

Tamara sonrió con cortesía, molesta. Su nuevo cuarto le encantó. Las paredes estaban decoradas. Antes de apagar la lámpara de gas, hojeó una edición antigua de *La dama de las camelias*, que había sacado de la biblioteca de sus tíos. Se quedó dormida con el libro abierto sobre el pecho, soñando con amantes silenciosos.

La tía Stefa tenía una voz que sonaba a reproche, incluso al ofrecer bocadillos. «Los modales son una feroz armadura», le había dicho la noche de su llegada, mientras les servían borsch en los tazones de porcelana Wedgwood. Tamara apenas probó bocado, mareada aún por el largo viaje. Stefa la observaba, estudiándola.

En las noches, el viento soplaba desde el Nevá y se colaba por las ventanas, lamentándose de los tiempos. Tamara dormía poco y soñaba mucho. La imagen de su padre saliendo por la puerta sin volver la cabeza la despertaba con sobresalto.

—En esta casa no lloramos ni nos quejamos —dijo Stefa una mañana, al encontrarla con los ojos húmedos frente al espejo—. Las lágrimas son un lujo reservado a las niñas mimadas. Tú eres una mujer.

Tamara empezó a fingir que era adulta.

Una mañana gris, con el Nevá color plomo fundido, Stefa la llevó a la casa de modas de madame Chéreau, en la calle Sadovaya. La modista era una francesa enjuta que la midió sin hablar, del mismo modo que si vistiera a una estatua. Mostraba un abanico de telas hermosas: muselinas, sedas, brocados. Stefa eligió *chiffon* de color amatista para su sobrina; a Tamara la tela translúcida, casi impúdica, le fascinó. Usaría el nuevo vestido en el baile de primavera organizado por la Academia Imperial de Bellas Artes.

—Todo es apropiado si quieres pronto debutar; mientras tanto, se trata de divertirse —dijo Stefa.

—Así será, tía, no voy a desperdiciar un solo baile—respondió Tamara.

La noche anticipada, los candelabros devolvían un reflejo gótico sobre las columnas del salón principal. Los jóvenes oficiales de la Guardia Imperial hablaban en susurros y las debutantes caminaban creyéndose flores recién abiertas. Tamara descendió las escaleras, convencida de que nadie la miraba.

Bailó un vals con un oficial rubio de bigote prusiano. También con un estudiante de arquitectura. Cansada de los vales, inclinó su espalda contra una fría columna.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó un joven alto. Sus ojos no la miraban, la estudiaban.

—Tamara.

—Pareces una muñeca.

—Creo que estás mirando de más.

Así se despidió de él. Sabía que se trataba de Tadeusz Lempicki, con quien juró que se casaría cuando lo vio por vez primera. Él parecía no prestarle mayor atención. A Tamara le dolió que el joven no se acordara de que hubo otro encuentro anterior a este en una escalera; no podía seguir pasando desapercibida. Lo detestó por un instante.

Al siguiente baile, ella llegó disfrazada de campesina. Llevaba un ganso sujeto de una correa de piel. El ave enorme e iracunda graznaba y defecaba mientras ella la arrastraba por el gran salón. En aquella ocasión, Tadeusz se apartó del grupo de amigos con el que siempre estaba y comenzó a aplaudir el espectáculo. Los demás lo siguieron. Todo el salón aplaudía la audacia de Tamara. ¿Tanto había cambiado ella como para que no reconociera en la adolescente a la niña juguetona que solo quería atraer su atención? Dejó

pasar el pensamiento, concentrada en fijar en su mente los rasgos de quien pronto sería su prometido, de eso estaba segura.

Petrogrado siempre estaba nevado. Esa semana la nieve caía con una inusual lentitud. Un manto de blanca dignidad lo cubría todo. El invierno anunciaba el inicio de la temporada de eventos sociales y todos los nobles de Moscú se trasladaban a la ciudad.

Cada mañana Tamara despertaba con el sonido de los coches de caballos sobre la avenida Nevsky; las ruedas hundiéndose en la escarcha. Desde la ventana de la enorme casa de su tía Stefa, observaba cómo esparcían sal y arena frente a las tiendas más elegantes: los escaparates de moda francesa, los salones de té y los puestos de flores traídas del sur.

Los días eran largos e interminables. Una rutina estricta señalaba las horas. Tamara alternaba clases de francés, piano y dibujo. Después del almuerzo, salía a pasear por el Nevá, escoltada por su institutriz, una mujer delgada y rígida como un vetusto abedul.

Por la tarde, la tía Stefa organizaba tertulias de té con sus amigas o arrastraba a Tamara al café Singer, donde bebían chocolate caliente y hojeaban revistas ilustradas de París.

—Recuerda que no estamos aquí solo para buscar marido —le dijo Stefa en una ocasión, con sorna pulida—. Las mujeres como tú y yo debemos aprender a sobrevivir con gracia.

En las tertulias se quejaban del zar, del precio del trigo, Tamara escuchaba sin poder participar.

—Mi sobrina quiere ser artista —les contó una vez su tía.

—¿Pintora? ¡Dios nos libre! —respondió una de ellas, sofocando la risa.

Tamara no se ofendió. Desde los quince años vestía con gravedad adulta, pero no había renunciado al alma de espía que había desarrollado en casa de su madre. Observar y registrar la cadencia, las conversaciones, el mínimo detalle de los botones en las blusas, la risa contenida. Petrogrado era un museo vivo para ella.

Cuando lograba escapar, recorría un museo de verdad acompañada por su primo Constantin. Se había formado entre ellos una camaradería

espontánea que los vinculaba casi como a hermanos. Frente a los lienzos de Repin o de Serov, Tamara permanecía horas enteras.

Constantin y Tamara eran inseparables. A él le fascinaba tomar fotografías y tenía varias cámaras; revelaba sus placas en un cuarto oscuro del departamento que tenía en el centro de la ciudad, en un edificio a cuatro cuadras del teatro Mariinski. Constantin había adecuado una habitación para su empresa y Tamara era la única a quien permitía entrar en su *sancta sanctorum*. Ella le correspondió confiándole que quería conocer a Tadeusz.

—No sé si a mis padres les parezca —soltó Constantin—. Es guapo, no te lo niego. Pero tiene fama de mujeriego, de *bon vivant*. Su familia, como la nuestra, es de banqueros —Stefa estaba casada con uno, Maurice Stifter—, pero digamos que no están en la mejor de las situaciones. Muy venidos a menos.

—Tal vez, entonces, si tu padre le ofrece una dote considerable, sea más fácil atraparlo —dijo ella con picardía.

—Eres incorregible, Tamara. Veo que lo tienes todo previsto.

En una exposición de retratos, Tamara se cruzó con una chica rubia de su edad; esta la observó fijamente, con una mezcla de admiración y superioridad. Tamara sostuvo la mirada y se dijo, deteniéndose ante un retrato del conde Orlov: «Así debo aprender a mirar. Como quien ya ha sido pintado para la posteridad».

Malvina, desde Moscú, insistía en que su hija fuera pianista, igual que ella. Tamara no se rebelaba aún del todo. En su interior sabía que nunca pasaría de ser una concertista promedio. En casa se hablaba mucho de mandarla a Lausanne el siguiente año, a un internado. Seguía con las clases de dibujo que su tía Stefa le había conseguido tres veces por semana. Plasmaba la naturaleza o copiaba esculturas. La profesora apenas corregía. A veces se acercaba, le ponía una mano sobre el hombro y murmuraba:

—Dibujar es aprender a ver lo que permanece en silencio.

La verdadera educación de Tamara ocurría cuando Stefa recibía a un puñado de amigos artistas. La sobrina no se atrevía a hablar, pero escuchaba, tomaba nota de los distintos acentos, las palabras nuevas. Un violinista le

regaló un ejemplar de Baudelaire. Un pintor bohemio le enseñó a mezclar vermut con ginebra a escondidas de su tía y le preguntó qué soñaba.

—Ser mirada —dijo ella— y mirar con la misma osadía.

Un día de diciembre, Stefa la llevó a una costurera distinta en la calle Liteyny para que le confeccionaran otro vestido de gala. No para presentarla en sociedad, sino para asistir a un baile de caridad. Tamara eligió un satén azul con aplicaciones de encaje. La costurera murmuraba elogios a su buen gusto.

—No sé si es un vestido o una trampa —dijo la costurera en un ruso quebrado—. Los hombres no sabrán si besarla o rezarle.

Stefa miró a la mujer con enojo. Tamara era aún muy pequeña para provocar esas reacciones. O eso creía ella.

Esa noche, Tamara se peinó con esmero. Un coche tirado por caballos los llevó hasta el palacio Yusúpov. Al bajar, su tacón se hundió brevemente en la nieve. Levantó la cabeza y tomó aire, complacida ante el espectáculo.

El baile estaba lleno de nobles, amigos del zar y del conde. Los trajes eran perfectos. Tamara caminó entre ellos con la seguridad de quien ha triunfado.

Un joven con uniforme blanco y guantes de cabritilla la invitó a bailar. Ella aceptó. No hablaban. En cada giro, Tamara entendía que todo lo que había vivido hasta ese momento —la muerte de su padre, la mudanza, la soledad, el silencio reprobador de su madre— había sido apenas un ensayo general. La vida estaba en otra parte. Aquí o en el sueño.

Al terminar la música el joven se inclinó, respetuoso.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó él.

—Tal vez...

Pensó: «Algún día seré una mujer que se recuerda como una ciudad».

Después de las lecciones de francés y bordado, todo dictado con meticulosa disciplina por una institutriz húngara, madame Ilonka —quien hablaba mascando piedras, tan cerrado era su acento—, venían las largas sesiones de piano. Ilonka le corregía la postura con una varita de bambú y la hacía

repetir nombres de compositores.

El único momento que disfrutaba eran las tardes de lectura. Le permitían escoger un libro de la biblioteca de Stefa, que era enorme y desordenada. Ahí descubrió a las hermanas Brontë, a los poetas simbolistas rusos; los leía con voracidad. Empezó a llevar un cuaderno donde copiaba frases, dibujaba rostros inventados.

Petrogrado, esa ciudad de palacios congelados y tranvías lentos, se fue transformando en una escenografía de su imaginación. Una tarde, mientras esperaba a Stefa en la entrada del teatro Alexandrinsky, vio a un niño arrodillado frente a una anciana, pidiendo pan. Nadie se detuvo a ofrecerle nada. Tamara contuvo la rabia.

En febrero la nieve se volvió hielo. El río Nevá se congeló y los coches de caballos trotaban sobre él. Tamara empezó a salir solo acompañada de la institutriz. Una vez entró a una tienda de antigüedades donde vendían camafeos franceses, dagas, viejos mapas. El joven vendedor le habló de Grecia, su patria.

—No hay invierno allá y las mujeres no son estatuas.

—Me encantaría conocer su país —murmuró Tamara.

—Entonces necesitas que alguien te acompañe.

Salió de la tienda veloz, con las mejillas ardiendo.

Esa noche anotó en su cuaderno: «Los hombres creen que las mujeres ruegan. No saben que, a veces, solo observan».

Al fin llegó el día del baile de gala. Tamara estaba orgullosa de su vestido. Un escote era apenas insinuado y el talle marcando su cuerpo. Sabía que ya no era una niña. Nada que ver con la fingida campesina del ganso.

—No son los hombres los que deciden el destino —le había dicho la modista mientras ajustaba la tela—. Son los vestidos quienes marcan la pauta de la historia.

El salón del palacio donde se celebraba el baile estaba cubierto de espejos. Enormes candelabros parecían enjambres de abejas. Las notas de un

vals flotaban en el aire oliendo a perfume antiguo. Las damas conversaban con risitas estudiadas entre copas de champán rosado. Los caballeros saludaban con mínimas inclinaciones.

Tamara entró del brazo de Stefa. Caminaba con el aplomo de una princesa, como le había enseñado su tía. Su vestido azul se movía al andar; llevaba guantes blancos hasta el codo y una gargantilla de nácar.

Al cambiar la música, un joven se le acercó con timidez. Llevaba el uniforme de cadete naval.

—¿Me concede esta pieza?

Tamara asintió sin decir palabra. Él intentó conversar, hablaba de su reciente viaje a Crimea y de una ópera en Odessa que no había entendido. Tamara solo respondía con sonrisas.

Bailó con otros dos. A cada uno le ofrecía una versión distinta de sí misma: más grave o más liviana. Descubrió que su rostro podía transformarse en una máscara viva. Bailar no solo era dejarse llevar, sino convertirse en otra. Ser muchas.

Al final del baile, un hombre mayor se acercó. Primero saludó a Stefa, le susurró algo al oído, y luego miró a Tamara con descaro. No era guapo.

—Se trataba de un amigo de tu padre —le dijo Stefa con voz neutra—. Un banquero. Viene de Varsovia. Quiere conversar contigo.

—¿Y debo hacerlo?

—No hay necesidad. Pero tampoco hay razón para negarse.

Tamara se acercó. El banquero le ofreció su brazo. Ella le dijo que le interesaba la pintura y él le habló de París, de las nuevas corrientes, del auge de la inversión en ferrocarriles.

—Usted debería ir a París, viajar. Ver el mundo de la mano de un hombre sensible, pero estable, que le enseñe.

Ella lo miró con frialdad.

—¿Y usted me ofrece esa estabilidad? ¿No le parece prematuro?

Tamara se sorprendió de su respuesta. Detestaba esa conversación. Él sonrió.

—Solo le advierto que la belleza, sin voluntad, se marchita como una flor sin agua.

—Y la voluntad, sin belleza, no tiene vida. Siento haberle hecho perder el

tiempo.

El banquero alzó su copa en señal de respeto. Tamara se alejó sin despedirse.

Cuando regresaron a casa, Stefa ya dormía. Tamara se despidió de Constantin, quien la había acompañado hasta el final, con un beso en la mejilla. Se descalzó en la escalera. Caminó hasta su cuarto. La conversación con el banquero la había dejado molesta: demasiado viejo para ser su pretendiente. Escribió en su cuaderno: «Creo haber entendido hoy el horrible lenguaje del poder. Insinúa en lugar de gritar».

Al día siguiente, Petrogrado amaneció cubierto de niebla. El invierno aferrado a los aleros. Tamara necesitaba salir, se sentía sofocada. Caminó hasta la librería inglesa del canal Griboedova. Compró un cuaderno nuevo. Luego se sentó en una confitería, pidió té negro con limón y observó a las mujeres. No quería convertirse en una de ellas.

Todas parecían muñecas de porcelana. Comenzó a escribir su primera carta imaginaria a sí misma. No tenía destinatario. No decía «querida Tamara» ni «para mi yo del futuro». Era solo una voz que le hablaba con ternura, como nadie lo había hecho nunca.

¿Y Tadeusz? ¿Cómo acercarse a él si ni siquiera asistía ya a los bailes? Constantin era su único camino. Su primo la calmó días después, él mismo se encargaría de que Tadeusz bailara con ella en la última gala de la temporada.

Tamara llegó tarde al palacio Beselsky. No para hacerse desear, sino para asegurarse de ser vista. Un vestido de satén verde oscuro como un bosque, y un broche de esmeraldas. Caminaba como si todo lo que hubiera soñado alguna vez ya le perteneciera con una determinación peligrosa: ese sería el baile del cierre de la temporada y también del comienzo para ella.

Tadeusz Lempicki ya estaba allí. De pie junto a la fuente de ponche, rodeado de las risas de sus compinches. Llevaba un frac oscuro y ese aire de hombre que juega a estar aburrido para no parecer vulnerable.

La descubrió apenas entró. Pero no se le acercó.

Durante una hora jugaron a no verse: hablar con otros, danzar con

extraños. Finalmente, justo antes de la penúltima pieza de la noche, Tadeusz cruzó el salón.

—¿Me concede esta contradanza, ahora que no trae a su ganso?

Bailaron sin timidez. Él era un maestro llevándola apenas sin dejarse sentir.

—Mi madre cree que usted es demasiado joven para casarse.

—Y la mía cree que usted es demasiado pobre para merecerme —respondió Tamara sin parpadear.

—Entonces estamos a mano.

—Nunca—dijo ella, girando con intención.

—¿Sabe que tengo muy buena memoria? —dijo él, casi suspirando.

—Ah, sí. ¿Y qué recuerda exactamente?

—El momento preciso en que dejé de querer ver a otras mujeres en esta sala.

Tamara bajó la mirada, ruborizándose un poco.

Se quedaron quietos cuando la música cesó. Nadie aplaudía.

—¿La podré ver mañana, señorita Tamara? ¿O en otra ocasión, sin tener que esperar una nueva temporada de bailes? No podría aguardar un año entero —preguntó él, usando por primera vez su nombre.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si solo quiere bailar otra vez o una vida entera.

Tadeusz soltó una carcajada ante la desfachatez de Tamara. Le gustaba que fuera tan directa.

El cortejo duró apenas tres meses. A pesar de la inicial renuencia de Stefa y de su tío, incluso de Malvina, que tampoco aprobaba a Tadeusz, todos comprendieron al final que Tamara haría, como siempre, lo que le diera la gana.

La negociación tuvo lugar no en un despacho ni en el salón principal, sino en la biblioteca, entre ejemplares polvorientos y tratados de comercio. Maurice Stifter, impecable en traje oscuro, sostenía una copa de Chartreuse. A su lado, Tadeusz parecía poco convencido de estar a la altura de la escena,

temeroso.

—No la voy a vender, si es lo que cree —dijo Maurice, sin levantar la voz.

—Yo no he venido a comprarla —respondió Tadeusz—. Solo a demostrar que, aunque no tenga un apellido ilustre, sí sé lo que Tamara necesita.

Maurice lo miró con condescendencia, fingiendo interés. El silencio pesaba.

—Ella necesita libertad —dijo por fin su tío—. No se la puede dar cualquiera. Y menos si ese cualquiera no sabe el precio de la libertad.

Tadeusz se acercó al librero. Siguió sin mirarlo directamente.

—Mi familia tiene lo suficiente. Pero lo esencial estaría cubierto para ella. Yo poseo algo más valioso.

—¿Juventud? ¿Esperanza?

—No, señor. La costumbre de no rendirme.

Maurice lo estudió antes de asentir. «Al mal paso...», pensó.

—Bien. Hablemos de arreglos, pero sin vulgaridad.

—Lo escucho —dijo Tadeusz.

—La dote no será simbólica —continuó Maurice—. Suficiente para que la transición no sea indigna y que no se le olvide, muchacho, que ella merece una vida de privilegio.

Tadeusz se inclinó apenas.

—¿Cree que me intimida?

—¿Le agradecería que lo intentara? —Maurice bebió un sorbo de su licor, dándose cuenta al fin de que no le había ofrecido de beber a su invitado, su inevitable sobrino político. Con un gesto lo invitó a acompañarlo y le sirvió a Tadeusz una copa, mientras rellenaba la propia. Luego añadió:

—No se trata de números. Me interesa saber si usted soportará el hecho de tener una mujer que nunca podrá permanecer enjaulada. Desde niña fue así.

Maurice le pasó una nota doblada con la cantidad. Tadeusz sonrió por primera vez.

—Podemos ser esa pareja que usted sugiere, pero yo siempre seré el hombre de la casa. No se necesita dar órdenes para mandar, usted lo sabe mejor que yo.

—¡Qué poco conoce a mi familia política, Tadeusz! ¡Las mujeres siempre tendrán la última palabra!

Tadeusz no respondió, pero le devolvió una mirada que parecía decirle que no aceptaría ninguna negativa. Maurice dejó la copa sobre un libro.

—Entonces, adelante. Digámosles a las mujeres que inicien los preparativos, mientras ustedes se cortejan. Recuerde esto, Lempicki: las flores que crecen solas arrancan las raíces de quien intenta atarlas.

Cuando Tadeusz salió de la biblioteca no llevaba documento alguno. Tamara lo esperaba impaciente.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tu tío negocia con el tacto de un emperador.

—¿Y tú?

—Tengo poco que ofrecer, pero soy el hijo de un banquero, no te preocupes.

Ella le dio la mano. Sentía que al besarla, la sostenía.

7

CUERNAVACA

Cuernavaca es una palabra y una promesa. Desde que vine por primera vez, la ciudad me pareció una fotografía lentamente expuesta al sol: su verdosa humedad, las buganvillas y las jacarandas, el perfume de los jazmines. En la Plaza de Armas los enormes laureles de la India. Más que un lugar para despejarme, Cuernavaca me permitió volver a respirar. Al fin podía levantarme cada día sin deberle nada a nadie.

Esa mañana, desayuné en Las Mañanitas. Los rituales son lo único que uno puede conservar cuando se ha perdido casi todo. Iba vestida de lino blanco, pamea de ala ancha y mi larga boquilla de carey en la mano, al cabo que aquí aún podía fumar con estilo.

Los pavos reales giraban lentamente sus colas de abanico. Parecía una coreografía ensayada para mí. El personal me recibió con la discreción acostumbrada. Pedí mi mesa junto a la fuente para escuchar el agua.

Llegó Víctor poco después. Siempre sin avisar, el destino obedeciendo a sus horarios.

—Baronesa —dijo con una reverencia ridícula—. Su mesa es el único lugar en Cuernavaca donde uno puede desayunar todavía con dignidad.

—Siéntate, genio andante. Pero no me taladres con Apollinaire antes del primer sorbo de café —le advertí, haciendo sonar las pulseras que tintineaban en mi muñeca como si aún estuviera en Saint-Germain.

Nos trajeron café cargado y pan dulce. Yo pedí huevos benedictinos; él, cecina de Yecapixtla. Los dos, nuestras copas de Moët con jugo de naranja recién exprimido.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó de pronto, lanzando su habitual anzuelo sin carnada.

—¿Martes?

—No. El aniversario de aquella noche en París. ¿La recuerdas?

Lo miré. Por supuesto que la recordaba. No hay muchas noches en la vida que puedan competir con una cena organizada por Félix Yusúpov en su salón del Faubourg Saint-Honoré. Era 1958.

—Recuerdo que tú no sabías usar corbata —le dije, sonriendo.

—Tú fumabas como personaje de Cocteau.

—Era mi manera de firmar en el aire.

Yusúpov había organizado aquella velada para presentarme a su nuevo protegido, un joven escultor mexicano de ojos oscuros y manos torpes que aún no sabía cómo sostener una copa de champán. Esa noche lo escruté y lo intuí todo. Me quedó claro que no se trataba de uno más. La vida, de vez en cuando, te envía personas como botellas perdidas en el mar.

—¿Te conté alguna vez lo que me dijo Yusúpov al día siguiente?

—Dudo que se pueda repetir sin causar un escándalo.

—Dijo: «Ella te miró como se mira a los que aún no saben que serán imprescindibles».

Guardamos silencio.

—Félix era un hombre trágico. Siempre tan consciente de que su gloria venía del asesinato de un monstruo. Rasputín fue su cruz o su boleto de entrada para convertirse en leyenda.

—Tú eras su salvación estética—dijo Víctor, tomándome la mano.

—No seas patético. Yo nunca salvé a nadie.

—No es necesario.

Miré el cielo: limpio, sin nubes ni promesas. Me llevé el cigarro a los labios. En Cuernavaca se fuma distinto, cada exhalación es una memoria imposible.

—¿Recuerdas lo que me dijiste esa primera noche, Tamara?

—¿Yo? ¿Qué podría haber dicho que no sea olvidable?

—«Si yo tuviera unos años menos... y tú, unos años más... hablaríamos otro idioma».

Víctor se rio con ese sonido grave que siempre me pareció que tomaba prestado de algún dios azteca.

—Y remataste tu frase lapidaria con tu habitual mirada azul Lempicka: brutal e inmisericorde.

—Me alegra que no hayas cambiado en todos estos años, Víctor.

—Tú tampoco, Tamara. Aunque tu mirada diga otras cosas.

—Tal vez mis ojos estén cansados de mirar.

Éramos dos personajes que ya han dejado de esperar el avance de la

trama. Pidió mezcal.

—Brindemos —dijo él.

—¿Por qué?

—Por estar vivos.

Dijimos salud dos veces.

Esa misma tarde, después del desayuno que se prolongaba como un tango, fuimos juntos a Tres Bambús. Mi casa era mi único refugio. La terraza bañada por sol. El Popocatepetl insinuándose entre las nubes como dios antiguo que insiste en que todo, incluso la belleza, puede explotar.

—¿Quieres ver algo? —le dije a Víctor, tomándolo del brazo.

—Si es uno de tus secretos, nací preparado para él.

Lo conduje al estudio. Allí estaban mis lienzos, algunos cubiertos, otros a medio terminar.

—Me acuerdo tanto de ese retrato que me dejó sin palabras —dijo, acercándose a uno con un fondo esmeralda.

—El de la princesa María Beatriz de Saboya, nuestra querida amiga.

—Exacto. La hiciste parecer parte de otra especie.

—Lo es, no pertenece a este mundo.

La memoria encontraba la cuerda justa de la nostalgia. Víctor se sentó en el diván de terciopelo gris. Esperaba una revelación.

—¿Recuerdas cuando fuimos al bautizo de su nieta? Toda la realeza europea se trasladó a Cuernavaca.

—Realeza destronada, querido Víctor.

—¡Qué más da! Por eso llamo a la puerta de mi jardín «la entrada de la corte rusa». Yo también recibí a viejos amigos en esos días. Tú acompañando a la princesa, yo con mis zaristas sin zar que seguir venerando.

—Hice otras amigas cercanas a Beatriz, como la condesa de Agusta, Francesca.

—Creo que te gustaba más el conde que ella. Además, tu *contessa* solo tenía ojos para su amante, Bettino Craxi. Par de locos.

—Siempre te ha encantado el chisme, Víctor.

—La vida sería aburridísima sin las de los otros, baronesa. Bien lo sabes.

Hablando de chismes, ¿qué crees? Acabo de cenar con Farah en el Raquet Club. Quiere comprar varias de mis obras. Dice que debería ser igual de famoso que Rivera. No la culpo.

—Eres un vanidoso. Farah llegó a Cuernavaca como si aún viviera en Isfahán. Y tú le serviste licor en una taza de porcelana imperial en tu estudio, seguro.

—Es que el poder necesita descolocarse para volverse humano.

—¿Y lo lograste?

—Solo un poco. Me confesó que se sentía como una flor de invierno sembrada en tierra ajena.

Yo la entendía, me había dicho lo mismo.

—A veces pienso —dije, bajando la voz— que Cuernavaca es ese lugar donde uno viene a prepararse para la muerte. El ensayo general de una desaparición elegante y digna.

—Tú has sido su mejor actriz —respondió él, acariciando la madera pulida de mi mesa de trabajo.

En la pared colgaba un nuevo retrato de Kizette, mi hija. Lo había pintado una madrugada después de discutir con ella por teléfono. Lo hice a partir de una fotografía tomada en Houston, ese horrible lugar donde vive. Víctor se acercó y lo observó en silencio. Muchas esculturas de él se encontraban expuestas en Texas; por lo visto, los petroleros ignorantes supieron valorar su arte más que sus compatriotas. Quizá por eso se refugió en Cuernavaca al regresar de Europa y no volvió a Jalisco, su lugar de nacimiento. Lo miré contemplar mi cuadro. Luego me preguntó:

—¿Aún te duele Kizette?

—Siempre. Los hijos duelen como si en lugar de nacer te los hubieran extirpado sin anestesia.

Nos quedamos callados. Afuera, las buganvillas celebraban su velorio invisible. Saqué una caja de madera repleta de cartas, recortes de revistas, fotografías. Una de ellas nos mostraba a mí y a Kizette en París. Yo, con un abrigo de astracán; ella, con su hermoso aire de princesa. Mi niña.

—Cenemos aquí esta noche —le dije de pronto—. Sin excusas. Un

banquete digno de un zar.

—¿Y debo venir vestido de gala, zarina?

—No. Trae solo tu impecable memoria. Me habitan los recuerdos.

Me besó la mano como si yo fuera una reliquia y se fue por el portón cubierto de enredaderas. Me quedé sola. El estudio parecía contener el aire enrarecido que él dejaba tras de sí. Me serví un coñac y me senté frente al caballete. La tela blanca me miraba. Pensé en Félix Yusúpov. En cómo había influido en mi destino sin siquiera saberlo. Fue él quien me había unido a Víctor y fue él, con su vida de opereta, quien trazó la línea invisible que unía el fin de un imperio con una amistad permanente.

Mientras se cocinaba un estofado de cordero con romero y salsa de higos, puse música de Ravel. Me vestí con una bata de seda negra y tres collares discordantes. Víctor trajo una botella de vino español y un libro de poemas.

—¿Qué lees? —le pregunté mientras servía las copas.

—Una edición ilustrada de *Eugenio Onegin*.

—¿Crees en el amor fatal?

—Solo si hay música de fondo y el vino es caro.

Cenamos bajo la pérgola iluminados por velas. El volcán parecía vigilar nuestra decadencia. Hablamos de arte, de política, de los museos que soñamos fundar. En un momento, le pregunté:

—¿Te arrepientes de algo?

—De no haberte esculpido antes —respondió—. Siempre pensé que era yo el aprendiz y tú la obra maestra.

Me reí.

—Yo he sido muchas cosas, Víctor. Musa, arpía, mujer que no supo ser madre, amante inconstante. Déjame ser contigo solo Tamara.

—Suficiente para cambiarme la vida.

El silencio era una seda sobre la mesa. Víctor puso la mano sobre la mía. Había un pacto secreto entre nosotros.

—¿Lo harás? —le pregunté.

—¿Qué?

—Cuando muera, ya lo sabes: el helicóptero, las cenizas, el Popocatepetl.

—Sí. Pero tú prometiste hacer lo mismo por mí, ¿recuerdas?

—Lo prometí, claro. No seas insensato: tú sabes que yo moriré primero. Es así, simplemente.

—Tu amiga, la *contessa* Francesca, me puede prestar uno de sus helicópteros.

Agusta... no se me había ocurrido antes.

Nos miramos con la certeza de que el arte y la vida se daban la mano sin discutir.

Esa noche, en mi recámara, abrí mi cuaderno: «Esta casa ya no es mía. Víctor no lo sabe aún, pero ya es de los dos. Cuando el tiempo se vuelva polvo, será de nadie». Luego me dio por recordar. Cada día era más raro que mis recuerdos se fijaran en algo reciente. Me trasladaba al pasado más remoto, a mi infancia en Moscú, a mi adolescencia en San Petersburgo. Pero, acicateado por la conversación con Víctor, esta vez me vino el recuerdo del bautizo de la nieta de Beatriz de Saboya.

No sé bien si era sábado o domingo. En Cuernavaca los días pierden sus bordes. Recuerdo el calor. Un calor apacible, con un dejo mineral que subía desde la piedra volcánica. Me desperté tarde; a cierta edad la conciencia exige una dosis diaria de tregua. Las jacarandas, rendidas de sol, cubrían entera la ventana de mi recámara.

Ya dije que hacía calor, pero no el calor desesperante de Houston. Un calor conocido. El de San Remo durante los veranos con Raoul, mi difunto barón, mi segundo marido.

No había casi servidumbre en casa. Había despedido a la mucama por insolente. Me preparé un café yo sola. En el aire flotaba un silencio cortado apenas por el zumbido de algún insecto.

El bautizo sería primero en la catedral, monseñor Méndez Arceo había accedido a officiar. Luego la fiesta en los jardines de la princesa, que nos recordaban a los viñedos del Piamonte.

Me vestí de gris perla, guantes cortos, mis pendientes de esmeraldas. Me perfumé con un frasco casi vacío de Jicky, de Guerlain: bergamota, lavanda.

Víctor Contreras llegó puntual a recogerme. Vestía un traje de lino azul claro, apenas arrugado. Llevaba consigo un bastón que no necesitaba, por pura coquetería, y un anillo de plata que había fundido él mismo en su taller.

—Tienes el aura de un retrato de Holbein esta mañana, Tamara —me dijo.

—No seas ridículo. Vamos antes de que Beatriz decida bautizar también al padre mismo.

La catedral tenía un aire romano esa mañana, como si la hubiesen sacado del Trastevere y plantado allí, entre framboyanes y zopilotes. Méndez Arceo llevó la ceremonia con rigor casi barroco. La pila bautismal estaba cubierta de gardenias blancas.

La princesa Beatriz de Saboya, de pie junto al altar, recta como un ciprés. Vestía un traje con detalles en hilo de oro, sin una sola arruga, y el velo breve de su sombrero. No hablaba. Apenas dirigía con mínimos gestos: un asentimiento, un roce en la mejilla de su hija, una corrección sutil al moño del moisés del bebé.

La madre de la criatura sostenía con visible esfuerzo la dignidad de su linaje depuesto. Era una mujer joven, frágil, con labios delgados. La niña, dormida y ajena a todo el espectáculo. El nuevo brote de un árbol trasplantado a esta tierra telúrica.

—Presenciamos el eco de otra época —murmuró Víctor a mi oído, mientras nos sentábamos en los bancos laterales—. ¿Crees que esta niña sabrá un día lo que significó el escudo de Saboya?

—No podrá—respondí— pero lo llevará consigo, como una lápida.

Durante el rito, pensé en la primera vez que me retrataron. Un joven, con las manos manchadas de óleo y el alma embriagada con poemas de Rimbaud, me pidió que posara con los hombros descubiertos. Yo tenía veinticuatro años y la arrogancia exacta para saber que el cuerpo era mi argumento, no mi secreto. Supe que la belleza no era una cualidad, sino una estrategia.

La niña fue rociada con agua bendita. Una gota de agua cayó, casi en cámara lenta, sobre su frente. Sus párpados temblaron y luego se cerraron de nuevo. No lloró. El órgano entonaba un *Te Deum*. La princesa cerró los ojos por un instante, único gesto de emoción visible, y al abrirlos de nuevo, algo en la atmósfera había cambiado. La ceremonia no solo había consagrado a la niña: parecía también habernos bendecido esa mañana a todos nosotros.

Salimos de la catedral en discreta caravana. Una hilera de automóviles

europeos recorría en silencio las calles aún húmedas de la ciudad. La policía local había cerrado discretamente los cruces cercanos a la plaza de armas.

Víctor y yo íbamos en un auto prestado. Por la ventanilla, los árboles del boulevard Gálvez parecían testigos aburridos.

—Es curioso —dijo Víctor, mirando hacia la banqueta—, vivir en un lugar repleto de ruinas que aún no han sido construidas.

No respondí. No entendía sus palabras, o no quería. Había en la imagen de Beatriz de Saboya que se me había quedado en la cabeza algo de estatua veneciana. La recuerdo de perfil, junto a la pila bautismal, y pienso que así nos recuerdan a nosotros los muertos.

La residencia de la princesa estaba escondida tras una tapia de piedra. La entrada principal se abría con lentitud, del mismo modo que en un palacio de provincias. Los mayordomos recibían a los invitados con silenciosa cortesía mientras revisaban sus listas.

Los jardines eran vastos, no ostentosos. Cipreses altos, limoneros, camelias de flor cerrada, senderos de piedra musgosa y pequeñas esculturas. Entre dos fuentes había un pequeño templete de columnas dóricas donde un cuarteto de cuerdas tocaba piezas de Corelli y Boccherini.

Beatriz apareció entre los naranjos. No se trataba de una entrada triunfal: surgió simplemente con esa naturalidad con la que solo las figuras en verdad regias atraviesan el tiempo. Caminaba lentamente, sin apremio, saludando con la mirada más que con la mano. Algunos se inclinaban un poco. Otros, como Craxi, se limitaban a llevarse la copa a los labios y esperar a que ella pasara. Nos acercamos. Víctor me ofreció su brazo y me susurró:

—Camina sobre un mármol invisible.

Cuando llegamos frente a ella, la princesa detuvo el paso. No sonrió, pero sus ojos se suavizaron. Nos tomó a cada uno de la mano, por separado.

—Tamara —dijo—. Sin ti, esto no habría sido lo mismo, gracias por asistir.

—Beatriz, sin tu presencia Cuernavaca sería solo un recuerdo de flores desordenadas —respondí, intentando halagarla. Ella bajó la mirada un segundo. Lo más cercano a una sonrisa.

Víctor, siempre en su elemento con mujeres que no necesitaban ser seducidas, hizo una leve reverencia.

—Altísima señora, hoy no me atrevería a ofrecerle una escultura, solo mi admiración.

—La admiración es una forma lenta de esculpir el alma —respondió ella.

Víctor quedó en silencio, petrificado.

Nos condujeron hasta una pérgola donde un grupo reducido de invitados ya había tomado asiento. Las mesas eran pequeñas, redondas, con centros de flores silvestres perfectamente dispuestos. Los meseros, de blanco impoluto, servían champán en copas antiguas, con escudos apenas perceptibles: Saboya, Borbón-Parma, Hohenberg.

Tomé una copa. Sentí la efervescencia en la garganta como un suspiro de otros tiempos. El sol, ocultándose, cubría el jardín con suaves resplandores. La conversación fluía en varios idiomas.

Víctor señalaba discretamente las esculturas.

—Todo aquí se siente fuera de lugar —dije.

En un banco de hierro forjado reconocí al barón Di Lampedusa, primo lejano de Giuseppe Tomasi, el autor. Estaba rodeado de artistas. Seguro les hablaba de la noble enfermedad que es el fracaso. Augusta, la condesa, se mantenía recostada bajo una sombrilla.

La niña, ahora en brazos de una institutriz, dormía plácidamente bajo una higuera. Sobre su moisés, un pañuelo de encaje con iniciales bordadas en azul: *B. de S.* Víctor se perdió entre un grupo de invitados. Yo preferí apartarme. Me deslicé con mi copa hasta una glorieta circular cubierta de madreselvas, donde el aire era más fresco. Tenía muchas veces que apoyarme en un bastón, así que prefería que nadie me viese.

Sentada en un banco de hierro con la mirada perdida estaba Beatriz de Saboya. Nieta de reyes, hija de exilios; una mujer que no había cedido jamás a la vulgaridad de la desesperación. En sus rasgos se leía la longevidad dinástica y en la comisura de sus labios, si una sabía mirar, descansaba una ironía apenas contenida, una nota disonante en una pieza de Pachelbel.

Me acerqué sin hacer ruido. Ella no se volvió de inmediato. Dejó que mis pasos la alcanzaran porque ella misma dictaba en silencio el protocolo.

—No hay pájaros esta tarde —dijo, sin mirarme—. Solo sus sombras.

—Quizá sea suficiente —respondí.

Entonces giró el rostro observándome con esa mirada suya, plateada y

exacta.

—Tamara —dijo—. Tú sabes mirar y eso te ha salvado de la ruina. Yo me siento más muerta que viva. Incluso con la felicidad de este bautizo a cuestas.

Me senté a su lado. De cerca, la princesa mostraba huellas leves del tiempo. Su dignidad era la de las columnas dóricas, inmune al tiempo.

—¿Y a usted? —le pregunté—. ¿Algo la ha salvado?

Ella miró hacia el jardín.

—No buscar salvarme nunca. No llegar al fondo y tampoco flotar. Vivo imaginando que cruzo una sala llena de cristales. Mantengo el cuerpo recto y los pasos medidos.

Callamos. Una brisa leve trajo olor a lavanda y ecos de risas desde el otro extremo del jardín.

—Mi madre me decía que las fiestas elegantes no deben parecer velorios —dijo de pronto—. Este bautizo es en su honor.

Sonreí.

—Mi abuela decía lo mismo de los retratos. Que el mejor es aquel donde la modelo parece aún viva.

Beatriz soltó una breve risa.

—He pensado muchas veces en que nos parecemos más de lo que aparentamos. Las dos fuimos educadas para durar y no quebrarnos en público. También para disimular el dolor. Usted ha hecho algo más porque ha dejado que la belleza le sirva.

—No siempre—le dije—. Siento que he dejado que me traicione.

Me miró con una franqueza inusual.

—¿Sabe lo que más temo, Tamara?

—Dígamelo.

—Que un día ya no haya nadie que recuerde cómo se vivía con lentitud. Cómo se doblaba un pañuelo o se descendía de un coche o cómo se abría una carta con estupor. Todas esas cosas inútiles que son el esqueleto del mundo.

—Entonces este jardín —dijo—, esta niña, esta ceremonia ¿son un intento de preservación?

—No me alcanza para ello —respondió, bajando la vista—. Son mi

despedida.

Nos quedamos nuevamente en silencio.

Pensé en su figura como si fuera una miniatura pintada sobre marfil. Una reliquia que aún respiraba. La princesa que pinté en París cuando aún vibraba. Pensé en Hamlet y en el destino de todo príncipe: la más intensa melancolía. Al fondo sonaba una pavana. Lentísima, casi extinta. La princesa se incorporó con naturalidad. Me tendió la mano. Se la tomé: tenía los dedos finos, fríos.

—Vuelva a verme, Tamara. No nos quedan muchas tardes así.

Asentí. La vi alejarse flotando sobre un recuerdo. Un mayordomo se acercó para preguntarme si deseaba otro champán. Lo rechacé con un gesto y cerré los ojos. Luego regresé lentamente al corazón del jardín. Las conversaciones eran ahora más bajas. Los camareros recogían discretamente las copas vacías y los platos de porcelana con miniaturas de higo, jamón y queso de cabra. Los árboles habían adquirido una densidad dorada, todo el jardín se había convertido en un óleo veneciano. Víctor apareció detrás de mí con dos copas.

—Perdí la noción del tiempo entre un duque siciliano que asegura haber sido amante de Isadora Duncan y una actriz española amante de Alfonso XIII.

—Alfonso XIII era un pesado. Lo pinté casi a pesar suyo en el exilio. Me consuela que se haya perdido ese retrato que detesto. Pero seguro ambos te mentían.

—Hay mentiras piadosas y verdades que hieren —respondió, ofreciéndome una copa.

Bebimos en silencio. Sobre un pedestal de piedra rosada descansaba una escultura pequeña, abstracta. Quise creer que se trataba de cuerpos entrelazados. Supe que era de Víctor.

—La llamé *Memoria sin ojos* —dijo él.

—¿Por qué sin ojos?

—Porque ya nadie mira. Todo lo que queda es lo que se nombra o se repite. No lo que se ve.

Tenía razón. La mirada, incluso la mía, estaba fatigada. Se nos acercó Craxi. Vestía de gris marengo.

—Señora Lempicka —dijo con esa cortesía que en él era un arma política—. Hoy he comprendido que el exilio no es una ausencia. Es una forma de exceso. El exceso de los recuerdos.

—Quizá sea cierto —respondí—. Cuernavaca está llena de diplomáticos sin país.

Craxi sonrió.

—Beatriz ha hecho de esta tarde un retablo. No sé si para su nieta o para nosotros.

—Para la memoria y la nostalgia —intervino Víctor.

—No —respondí—. La nostalgia nos traiciona. La memoria nos redime.

Craxi levantó su copa.

—Entonces brindemos por la redención.

Brindamos. La luz se apagaba lentamente. Los invitados comenzaban a dispersarse. Un joven, apenas más que un muchacho, con una libreta de croquis entre las manos, se acercó con timidez, pero sin dudar de sus acciones. Me reconocí en él.

—Madame Lempicka —dijo, con un acento que no supe identificar del todo—. No quiero interrumpir. Solo... solo quería preguntarle si me permitiría dibujarla. Aquí. Ahora. Solo un bosquejo. No me tomará más de cinco minutos.

Víctor lo miró con reprobación. Craxi bajó la cabeza.

—¿Y por qué querías hacerlo?

—La luz que cae sobre usted no se repetirá.

No pude evitar sonreír. Asentí.

—Entonces siéntate. Hazlo. Pero sin apurarte. Nada que valga la pena se ha hecho en cinco minutos.

El joven se arrodilló con la libreta sobre una pierna. Tomó su lápiz. Yo no me moví. Al final, cuando el dibujo estuvo hecho y el jardín comenzaba a vaciarse, le agradecí con un gesto. El joven, sin decir nada más, extendió el cuaderno. Le hice un ademán para guardar el dibujo.

—Los mejores retratos —le dije— son los que uno guarda.

Caminamos hacia la salida. La princesa ya se había retirado. En la entrada, un mayordomo me ofreció el brazo y lo rechacé con aplomo. Caminé sola hasta el automóvil, apoyada en el bastón.

Me recosté un poco en la ventanilla, exhausta.

—Víctor —dije, sin abrir los ojos—, esto no fue un bautizo.

—No.

—Fue una elegía sepultada con flores frescas.

Otra mañana, después del desayuno (habíamos cambiado nuestra cita habitual en Las Mañanitas por La Parroquia; me apetecía café turco), no volvimos directamente a casa. Víctor insistió en que pasáramos por su estudio en el callejón Borda, «aunque sea para abrir las ventanas al recuerdo», dijo.

El estudio estaba ordenado en su caos. Cuerpos a medio gestar, herramientas diseminadas como piezas de un altar moderno. Todo coronado por una fotografía en blanco y negro de la madre de Víctor en una repisa.

—Aquí he urdido mis mejores traiciones —me confesó mientras limpiaba con un trapo el polvo sobre un torso esculpido.

—¿A quién traicionabas?

—A todos —rio—. A mis maestros, a mis amantes. A la voluntad de la forma.

Me senté en una butaca desgastada. El sonido de la ciudad atenuado. Cuernavaca también se había detenido a contemplar nuestros años.

—¿Recuerdas esa vez que vino a verte Octavio Paz? —le pregunté.

—Claro. Llegó sin avisar, con Marie-Jo en tacones de corcho y ese aire de princesa rusa en el exilio.

—Se sentó justo donde estoy yo, con su silencio de mármol.

—Y leyó en voz alta ese poema que nadie entendió.

—Yo sí —dije—. Hablaba del deseo y de cómo nos rompemos.

El sol se filtraba por la persiana, dibujando líneas como costillas sobre el suelo. Víctor se acercó ofreciéndome una copa de vino tinto.

—No es una cosecha de 1958, pero lo he guardado para un brindis especial —dijo—. Brindemos por los que supieron caer con gracia.

Bebimos despacio. Yo me quité los guantes de encaje y miré mis manos: las mismas que acariciaron cuerpos, empuñaron pinces y firmaron

cuadros millonarios.

—¿Alguna vez pensaste en irte de Cuernavaca? —le pregunté.

—Cada vez que llegaba alguien con falsas promesas. Al final, esta ciudad me retiene. Es como un viejo amante: no me seduce, pero conoce todos mis secretos.

—A mí, Cuernavaca no me recuerda nada. Es como un bendito purgatorio antes del final.

—¿Qué crees que pasará cuando ya no estés, Tamara querida?

Lo miré fijamente. A mi edad, esa pregunta hiere.

—Espero que me recuerden por lo que no dije. Los silencios que pinté y las promesas que no cumplí. ¿Tú qué esperas, Víctor?

Él sonrió con su mestiza melancolía.

—Yo solo quiero que alguien, un día cualquiera, mire una de mis esculturas y sienta que el mundo se detuvo para respirar.

Al salir del estudio, me tomó del brazo:

—Mañana iré al Raquet Club. Quiero que me acompañes, como aquella vez que planeamos esparcir tus cenizas desde el helicóptero.

—Todavía estoy viva, por si no te has dado cuenta.

—Pero ya elegiste tu epitafio.

—«Aquí yace una mujer que supo usar un cenicero». ¿No es perfecto?

—Solo tú podrías morirte con una frase célebre en lugar de con un suspiro. Lo que me perturba es que no creas que haya nada después de la muerte. Yo no toleraría vivir sin esa certeza. Sé que he de reunirme con mi madre en el cielo.

—A veces puedes ser terriblemente cursi, Víctor. No hay nada. Ni más allá ni más acá. Tal vez ni siquiera inmortalidad artística. Seremos solo ceniza y olvido. Mucho olvido.

Nos reímos. La tarde caía como una tela bordada, y la ciudad entera parecía escucharnos conversar.

Al día siguiente cumplimos lo prometido. Víctor me pasó a buscar en su viejo Mercedes color oliva. Fuimos al club, tomamos café en la terraza y miramos el Popocatepetl.

—Allí terminaremos los dos —dije—. Mezclados con la ceniza, como dos trazos sin firma alguna.

—Yo solo pido que nos lleve una brisa discreta—respondió.

No había cenizas aún. Se trataba solo del eco de una vieja conversación, pero los dos sabíamos que un día sería verdad.

Me trajo un regalo. El boceto de una mujer sin rostro con el torso de mármol partido en dos.

—La llamaré, cuando la funda, *Tamara en la penumbra* —dijo.

Lo abracé, me temblaron las piernas. Estábamos cada vez más cerca del final de todo.

No pude dormir esa noche. Caminé descalza hasta el estudio. Encendí una lámpara. El caballete estaba cubierto, la tela aún fresca. Me senté. Encendí un cigarro mirando al vacío. Apunté en mi cuaderno: «Hay amistades que no necesitan pasado ni futuro. Solo un largo presente compartido. Víctor es mi espejo. A él le he confiado lo que ni al arte le conté. Cuando muera, no recen por favor. Repitan una frase mía. Una de las buenas. Y si no recuerdan ninguna, invéntenla. El mundo necesita honestas imposturas».

Cerré el cuaderno. Apagué el cigarro en una concha de abulón que me regaló Colette. Me recosté vestida, imaginando que aún faltaban siglos para el final.

8

PETROGRADO

1916-1919

Petrogrado era un vanidoso transatlántico ignorante de su próximo choque con el iceberg de la historia. Primavera de 1916. Los árboles florecían en los patios interiores con obstinación. En las avenidas, los oficiales se cruzaban con soldados heridos. Los rostros pálidos de las mujeres ocultos tras velos de tul. En los periódicos se publicaban listas de fallecidos como si reseñaran bailes de sociedad.

Se casaron en medio de la tormenta que fue la Gran Guerra.

Había pedido un vestido sin adornos, perlas o bordados. Su abuela la peinaba antes de que le colocaran el velo. Una calesa esperaba.

—No es el vestido lo que te hace parecer mayor —dijo su madre contemplándola desde el umbral—. Es tu mirada.

Tamara no respondió. Giró el rostro, lo suficiente para que su madre advirtiera una chispa de desdén.

La ceremonia se celebró en la capilla de los Caballeros de Malta. Abarrotada con invitados de honor de las dos familias. «Medio San Petersburgo está aquí», decía Malvina una y otra vez, por fin emocionada.

Tadeusz se veía impecable. Su jaqué planchado con esmero, la mirada de siempre, distante. Besó a Tamara despacio.

—Ya eres una Lempicka —le susurró mientras salían—. ¿Será que eres mía?

Ella le apretó el brazo, pícara:

—Tú tampoco eres ni serás mío, Tadeusz. Somos dos náufragos que se casan para no hundirse del todo.

Él ya se había acostumbrado a las frases contundentes de ella. Se alojaron en un departamento amplio en la orilla sur del Neva que veía la cúpula de San Isaac. El portero se santiguaba cada vez que veía a Tamara subir sola por la escalera. A ella no le gustaba la compañía y Tadeusz trabajaba desde la mañana: decía que su padre le estaba consiguiendo trabajo en un bufete de renombre. Regresaba tarde para compartir con ella noticias de arrestos.

Tamara fatigaba las mañanas en las tiendas y por las tardes asistía a cafés y tertulias. La avenida Nevsky hervía en un rumor continuo. Lenin en el exilio, Kerensky pronunciaba discursos en los que no podía prometer nada.

Los trenes no llegaban puntuales nunca. El pan escaseaba mientras el imperio crujía, desmoronándose.

Una tarde, Tamara regresó del teatro. Había visto *El pájaro de fuego*. A pesar de la novedad, la música de Stravinski no fue lo más memorable de la noche. Al llegar a casa encontró a Tadeusz dormido en el diván con una botella vacía a sus pies. Tamara comenzaba a recelar de su esposo, de sus secretos y silencios. Pero el mundo la tenía más preocupada aún.

Tadeusz solo hablaba del asesinato de Rasputín en el castillo de los Yusúpov, en el río Moika. Se rumoraba que había sido a manos del propio príncipe Félix Yusúpov, miembro de la familia imperial por su matrimonio con Irina, sobrina del zar Nicolás II. La familia de Tamara, los Stifter, eran sus cercanos y encontraban al zar más melancólico que nunca; solo hablaba de sus hijos Olga y Aleksei. Quizá él sabía, más que nadie, que todos vivían el *début de la fin*, como repetía resignada la tía Stefa. Todo se va por la borda, decía Tadeusz.

Tamara levantó la botella vacía. No quiso despertarlo. Se desmaquillaba con lentitud. Debajo, en la piel ya desnuda, no había cansancio. Solo una mujer que se percataba con dolor de que aquel matrimonio sería una especie de armisticio silencioso. Poco después, descubrió que se hallaba encinta.

El invierno siguiente fue oscuro y pesado. Dentro de su pequeño departamento, Tamara había transformado una recámara en una habitación infantil. La asistía una vieja partera de la familia.

Tadeusz no estaba presente, para variar. Tamara se aferró a las sábanas mientras la contracción la partía en dos. Maldijo, jadeando. La partera le colocó un trapo húmedo en la frente canturreando. Así nació su hija, como un milagro.

La niña no lloró de inmediato.

—Es hermosa —dijo la partera, limpiándole el rostro.

Tamara la recibió en sus brazos. El diminuto cuerpo le devolvió la felicidad. La miró a los ojos, y le dijo en voz baja:

—Te llamarás Marie Christine, pero te diré Kizette, porque naciste igual a una caricia en medio del dolor insoportable.

Durante días no se movió del lecho. La alimentaba, le cantaba canciones polacas y la observaba dormir con ansiedad. El mundo podía arder, podía incluso desplomarse el imperio. No importaba nada porque, en ese rincón apartado del mundo, las cosas volvían a tener sentido.

Una tarde, Tadeusz regresó achispado. Traía consigo una muñeca de porcelana.

—Para mi zarina —dijo, dejando el oso junto a la cuna.

Tamara le hizo un gesto para que se acercara, obligándolo a cargar a la niña.

—Aunque ella no parezca necesitarte, al menos no le estorbes.

Él no replicó. La sostuvo con torpeza. Con el tiempo, el departamento se llenó de pequeños gestos infantiles. El sonido de una cucharita contra el borde de una taza. Era una paz frágil. Una paz que se podía quebrar al menor soplo.

Y el vendaval llegó: la revolución de octubre.

No lo hizo de golpe, los rumores de huelgas y manifestaciones se habían vuelto comidilla de todos los días. Una mañana el estruendo fue diferente. Gritos y disparos y marchas y consignas. Tamara vio columnas de obreros cruzar la avenida Nevsky con sus rostros endurecidos, los puños alzados, crispados. Cerraron las tiendas, los tranvías se detenían, los ricos se encerraron en sus mansiones.

Tadeusz no volvió esa noche, ni la siguiente. Al tercer día llamaron a la puerta: un viejo amigo, todo nervios, le dio la noticia.

—Se lo llevaron anoche. Confiscaron documentos de su despacho, papeles comprometedores. Lo acusan de colaborar con los zaristas.

—¿Dónde lo tienen?

—En una prisión provisional de la avenida Liteyny. Hay que apurarse, dicen que hay ejecuciones todos los días.

Tamara cerró la puerta temblando. Fue hasta la habitación de Kizette. La niña dormía en su cuna, ajena a toda perturbación.

Se sentó en el suelo, abrazada a sus rodillas. Lloró por primera vez desde que era niña: con los dientes apretados para no despertarla. Lloró con furia,

desesperada.

¿Qué hacer? Tenía una joya muy valiosa que Clementine le había regalado en Montecarlo. Un camafeo montado en oro blanco con un grabado de Eros y Psique. Era la única joya de su abuela que poseía. Era un talismán y su posible moneda de cambio.

A la mañana siguiente se presentó ante el destacamento del comité revolucionario. Llevaba el camafeo envuelto en un pañuelo de encaje. Se lo tendió a un oficial que la recibió después de una larga espera.

—Vengo a negociar la libertad de mi esposo.

El joven la miró sin pudor, con burla. Era apenas mayor que ella, pero la cinta roja en el brazo le confería una autoridad nueva.

—¿Es usted noble?

—Soy una esposa desesperada, es lo único que importa —respondió, midiendo cada palabra.

El oficial fumaba cigarrillos sin filtro. Tenía las uñas negras.

Tamara colocó la joya sobre el escritorio, deslizando la tela del pañuelo para dejar al descubierto el brillo tímido de supreciado camafeo.

—Esta joya vale un año de salario —dijo sin levantar la voz.

El comisario la observó sin parpadear, sin tocar tampoco la joya. Se incorporó caminando con lentitud hacia el ventanal. Miraba indiferente la calle.

—¿Sabe cuántas joyas así han llegado de las manos de mujeres como usted esta semana?

Tamara no respondió.

—¿Y sabe qué es lo que hacemos con ellas?

Tampoco pudo responder. Sus dedos se cerraron alrededor del pañuelo vacío.

—Las enviamos al nuevo tesoro del pueblo —continuó el oficial—. Usted ya no posee nada, ciudadana.

Extendió la mano anunciando, ufano:

—Confiscado.

Tamara apretó la mandíbula. Se le escaparon las lágrimas y le previno:

—El futuro de la revolución será muy oscuro si empieza con hurtos.

El comisario mostró su sonrisa torcida.

—El futuro ya comenzó. Salga por donde vino, señora.

Volvió a casa con el alma destruida. Escalofríos en el cuerpo.

Tamara pasó días enteros sin poder probar bocado. Dormía mal, vigilaba a Kizette como una loba acorralada. Ya no lloraba ni sonreía. Su rostro había cambiado, más severo y anguloso.

Después de unos días abrazó a su hija, apretándola. Le susurró:

—Nos iremos, mi amor. No sé cómo ni cuándo, pero nos iremos.

Esa misma tarde se mudó de regreso a la casa de Stefa. Ellos también hacían preparativos para salir de Rusia a Estocolmo. Maurice lo tenía todo arreglado. Tamara debía acompañarlos, quedarse era peligroso. Malvina estaba con Adrienne en Varsovia, los alcanzaría después.

—No puedo dejar a Tadeusz preso, tía. Nunca me lo perdonaría. Tampoco puedo dejar a Kizette sin un padre.

—Las acusaciones en su contra son severas —intervino Maurice—. Ni su padre ha podido sacarlo de la cárcel. Parece que ha estado conspirando con un grupo de contrarrevolucionarios.

Su única alternativa era recurrir a la diplomacia. El cónsul de Suecia conseguía visados, ayudaba a salir a gente desesperada como ella. Además, el hombre la miraba siempre con lascivia. Quizá cierto coqueteo ayudara en la empresa de rescate. El consulado sueco se hallaba cerca del puente Troitskiy. Desde afuera parecía intacto.

Tamara pidió ver al cónsul. «Señora de Lempicka», dijo. El secretario le indicó que esperara. El reloj marcaba las tres.

El cónsul sueco, Mattsson, era un hombre voluminoso, de mejillas abultadas. Tenía voz pastosa que parecía provenir de sus entrañas. La había visto antes, en recepciones diplomáticas antes de la guerra, y no la había olvidado.

—¿Entonces, por lo que me dice, su esposo está detenido por cargos políticos?

—Sí, pero le juro que no tienen pruebas. Lo acusan de contrarrevolucionario.

Mattsson la miró desde detrás de su escritorio, los dedos entrelazados sobre el vientre. Tenía vodka en su vaso.

—¿Qué espera de este consulado, señora Lempicka?

—Que lo declare ciudadano protegido o al menos gestione un visado. Usted tiene contactos en la prisión de Liteyny. Solo usted puede intervenir. Ya lo ha hecho antes con otros, es un secreto a voces.

El cónsul aspiró teatralmente, lamentándose de su impotencia.

—Los tiempos han cambiado, señora, y también los procedimientos. La neutralidad sueca no produce milagros.

Hubo un silencio largo. Ella no se movió ni un centímetro.

—Seamos francos —continuó el cónsul, bajando un poco la voz—. Yo puedo ayudar. Pero usted sabe bien cómo funcionan estas cosas ahora. No basta con solicitar favores, hay que persuadir, compensar incluso.

—¿Qué clase de compensación imagina?

El cónsul la miró con la sonrisa de los hombres mediocres y se levantó con lentitud.

—Pase por el Hôtel d'Angleterre esta noche a las ocho y pida la llave de la habitación 314. Allí conversaremos con calma, donde nadie nos escuche. Quizá entonces pueda encontrar una forma de ayudarla.

Ella no dijo nada, pero sostuvo su mirada.

—La libertad de mi esposo vale más de lo que usted imagina.

—Eso espero —dijo él, volviendo a sentarse.

Tamara salió del consulado con paso firme. Caminó hasta su casa sin prisa. No le dijo nada a Stefa ni tampoco lloró. Fue a ver a su Kizette dormida. Le rozó el cabello con la punta de los dedos. Asqueada, eligió el vestido más sencillo que encontró, negro y sin adornos.

La habitación 314 tenía las cortinas cerradas y el aire viciado. El cónsul ya la esperaba con un batín de raso verde oliva. Sonreía. Tamara entró sin decir palabra. No hizo preguntas, ni negoció. El trato implícito. Había una mesa llena de comida, Mattsson la invitó a acompañarlo en su atracón. Ella solo bebió un poco de champán y comió un par de blinis con caviar. El cónsul eructó, se limpió la boca con la servilleta y bebió de un sorbo su copa. Se le acercó con torpeza y le apretó el brazo con su húmeda mano. Ella no lo apartó. Nada fue sensual o romántico. Una burda coreografía ejecutada con desganó frente a un hombre medio borracho.

Una hora después, cuando la humillación había concluido y el cónsul estaba dormido, ella sintió un asco primitivo. Se vistió con prisa sin atreverse a mirar en el espejo.

Tenía que despertarlo. El cónsul, espabilándose, habló sin ningún pudor:

—Haré todo lo posible, madame. Mientras, tome ese sobre del escritorio. Son los visados de usted y su hija a Suecia. No espere a que su marido salga de la cárcel, quizá sea demasiado tarde para todos. Él podrá alcanzarlas, espero pronto.

Tamara, impasible, se aseguró de que todo estuviera en regla. Salió de la habitación sin siquiera cerrar la puerta.

El viento le golpeó el rostro. Caminó hacia la esquina. Se apoyó apenas contra la pared y vomitó con una arcada interminable.

Cuando terminó, se limpió los labios con un pañuelo y luego caminó hasta la casa de Stefa. Entró sin atreverse a saludar, no quería ver a nadie. Fue hasta la cuna de Kizette y la miró dormir. Sentía algo parecido al alivio.

Ahora solo quedaba sobrevivir, aunque el horror no hubiera pasado. Tres días después su familia entera subió en el tren rumbo a Finlandia. Suecia era todavía un sueño. La travesía tardaría dos días, con transbordos en medio de aldeas devastadas por la guerra. Era imposible sentir consuelo.

Durante las primeras horas, Tamara no habló. Al inicio del trayecto, se limitaba a mirar por la ventanilla con Kizette dormida en su regazo. De vez en cuando pensaba en Clementine, en su camafeo confiscado y las crueles palabras del comisario: «Usted ya no posee nada».

El edificio de Kommendörsgatan, donde se instalaron los Stifter, tenía algo de navío varado. Desde el exterior era adusto y claro. Por dentro no tenía el olor de familia. Era más bien un hogar provisional, sin alma.

Maurice Stifter, impecable aun en la derrota, lo había conseguido por medio de un banquero amigo suyo. Creía que la estancia sería breve, tres meses a lo sumo. Se quedaron medio año.

Habían empacado lo justo, pero conservaban la dignidad. Tamara y Kizette ocuparon una de las seis habitaciones. Adrienne y Malvina compartían otra; habían llegado ya de Varsovia. Maurice y Stefa dominaban

los otros cuartos.

Era difícil adaptarse al idioma y a la falta de certezas. El nuevo modo de vivir sin servidumbre, sin recepciones fastuosas. En la cocina, Tamara cocinaba papillas para Kizette mientras escuchaba los cuchicheos de Adrienne sobre «un París lleno de rusos con hambre de futuro».

Cada mañana, alrededor de las ocho, se reunían en el comedor para lo que Malvina insistía en llamar «un desayuno táctico». El pan negro se partía con solemnidad. Adrienne leía los periódicos en voz alta: cientos de exiliados cruzando Finlandia, rumores de una inminente guerra civil, avances del Ejército Rojo.

Tamara rara vez intervenía. Su rostro, cada día más afilado, parecía el de otra persona. Apenas mencionaba a Tadeusz, aunque todos preguntaban en cuándo podría salir de Rusia.

Una noche, ante la primera nevada de diciembre, organizaron una cena con otros refugiados rusos. Una docena de sombras a la mesa:

—Estocolmo es una estación de tren para quienes apenas alcanzamos el último vagón —brindó Maurice con ellos.

—O para los que aún sueñan con una carta que los alivie —susurró Malvina, sin atreverse a mirar a Tamara.

Aquella noche, Tamara volvió a dibujar, algo que no había hecho durante años. Trazaba a lápiz el contorno de un ojo enorme. Cuando Adrienne miró el boceto le dijo:

—Es el ojo del tiempo.

Los días pasaban con maldita parsimonia. Tamara paseaba con Kizette por Djurgården, sin rumbo, con su cuaderno azul en el bolsillo del abrigo. Escribía: «Tadeusz no solo está preso. Está suspendido en el tiempo». «El exilio es un espejo que te niega».

Un lunes de julio, Adrienne irrumpió en la cocina blandiendo un periódico. Había fiebre en sus mejillas.

—Mataron al zar, qué espanto. Hay rumores de que también mataron a la

zarina y a los niños...

Se hizo un pesado silencio. Maurice soltó la taza de café. Malvina se llevó la mano al cuello.

—No hay vuelta atrás —dijo Maurice al fin—. Terminó el imperio.

En febrero corrió el rumor de una posible salida. Maurice, después de semanas de gestiones y visitas al consulado francés, regresó a darles la noticia:

—Se abre la vía Copenhague. Pronto estaremos en París.

Stefa, siempre pragmática, empezó a empacar mientras Adrienne hacía listas interminables de pendientes. Malvina escribió cartas que no llegaría a enviar.

—¿Volveremos a Rusia alguna vez? —preguntó Adrienne.

—Tal vez —dijo Stefa—. Pero no seremos los mismos.

El vapor zarpó sin nadie que pudiera despedirlos. Las gaviotas sobrevolaban el casco y ellos abandonaban la esperanza de volver.

La travesía hacia Copenhague fue corta pero violenta. El mar estaba enfurecido. Tamara apenas dormitó. Sostenía a Kizette envuelta y cálida. Copenhague los recibió helado, nieve en los tejados, canales congelados. Una enfermera polaca, amiga de Stefa, les ofreció alojamiento temporal en una casa parroquial cerca de Østerbro.

Se quedaron menos de dos semanas, Tamara paseaba con su hija por las calles de Nyhavn. Se detenía frente a las vitrinas con abulia.

Una de esas mañanas entró en una iglesia luterana. Sin poder rezar, se sentó, con la niña dormida en su regazo, y dejó que el silencio hiciera las preguntas. Sobre todo una: ¿volvería a ver a Tadeusz?

París, el nombre sonaba a conjuro. Todos hablaban de la ciudad luz como último refugio. Una estación final. Llegaron el primer martes de abril de 1919. Llovía, siempre llueve en las primeras páginas de una vida nueva. Tamara vio aparecer una ciudad que era una larga mancha gris entre la neblina.

Vivieron unas semanas con Stefa y Maurice. Cuando pudieron se mudaron a una pensión de paredes húmedas con una sola ventana que no

cerraba bien. Tamara colgó el único dibujo que había traído de Rusia: un retrato a lápiz de Adrienne, pintado en su adolescencia.

Kizette estaba dormida. Tamara se sentó junto a ella, apoyando la espalda contra la pared. Afuera se oía todo lo que pasaba en el edificio: la tos de los vecinos, el silbido de una tetera. No podía pensar en el futuro. Solo sentía que París era tangible, real. Habían llegado y sobrevivido. Por primera vez en meses se abandonó al sueño.

9

CUERNAVACA

Puse un pie en Cuernavaca por vez primera el 13 de junio de 1974, un día de calor inmóvil. Viajaba con dos mujeres imposibles: Peggy Guggenheim, que vivía pegada a sus gafas oscuras hasta para dormir, y también con Barbara Hutton, una de sus mejores amigas. Ya se había cansado de coleccionar hombres y joyas y se contentaba con luminosos atardeceres.

Escapábamos las tres. En mi caso, de Houston y de Kizette, que se me había vuelto una desconocida; Peggy, de sus galerías como mausoleos; Barbara, de una soledad tan grande que su fortuna no amortiguaba. Veníamos desde Acapulco y llegamos a una hacienda blanca, con corredores interminables. Era una mansión prestada en la calle Nezahualcóyotl. Tenía una piscina minúscula y un jardín maltrecho donde me encantaba fumar mirando el cielo.

La primera noche dormí tan profundo que no pude recordar si había soñado. La segunda noche, en cambio, soñé con San Petersburgo, tan lejana en el tiempo, a donde nunca había vuelto. La mañana siguiente la ciudad entera amaneció conmocionada. Desperté con el ruido de las sirenas de policía. Luego, un helicóptero que rompía el habitual silencio del pueblo. Abrí la ventana y miré el humo sobre la plaza y la gente corriendo. Peggy, con sus gafas puestas, no se inmutaba. Barbara preguntó, aburrida, si debíamos cancelar el desayuno. Caminé descalza hasta el balcón y encendí un cigarro, tosiendo. No supimos nada durante ese día, no quisimos salir.

A la mañana siguiente, un muchacho del servicio llegó con el periódico. Barbara tradujo la nota principal:

«Comando armado asalta Banamex en pleno centro. Se presume vínculo con la Liga Comunista 23 de Septiembre. Dos policías heridos, un civil grave. Operativo de cerco y búsqueda». Cuernavaca me decía que la calma es otro mito.

Se dijo que entraron a la sucursal Banamex de la calle Morelos pasadas las once. Un comando de seis jóvenes, todos con fusiles M1, se mezclaron entre clientes y empleados. Gritaron consignas, rompieron vidrios, dispararon al techo. Un guardia intentó desenfundar su pistola: lo encañonaron tirándolo al suelo. Un cliente que quiso huir fue golpeado con

la culata de uno de los rifles. Vaciaron las cajas, veloces, y se subieron a un coche viejo, perdiéndose entre las calles coloniales.

Yo escuchaba todo desde una distancia que no era tal. Reconocía el olor. No estaba en Cuernavaca sino en San Petersburgo. Vi la nieve roja, a Stanislaw, mi hermano comunista besando la traidora bandera. Recordé los rostros de los revolucionarios: jóvenes, convencidos, capaces de ensuciarse las manos para limpiar el mundo. Barbara se sentó a mi lado, temblando. Peggy reía presa de su propio miedo:

—¡Un *happening*! ¡Todo esto es un *happening*! —decía, agitando su mano llena de anillos.

Apagué el cigarro y miré afuera la calle acordonada. Un vendedor cerraba su tienda con un candado. Otro helicóptero giraba sobre la catedral. Las revoluciones vienen y van, solo dejan muerte y desolación a su paso.

Dos de nosotras salimos corriendo de allí. Peggy se refugió en Venecia con sus perros y sus colecciones. Yo volví a Houston, pero soñaba con México. Sabía que algo mío se había quedado en Cuernavaca, como una astilla incrustada en la piel. Barbara se enamoró para siempre de la ciudad. A diferencia de nosotras se mandó construir una hermosa casa japonesa que bautizó como Sumiya.

Regresé cuatro años más tarde. Barbara vivía casi todo el año en Cuernavaca. Viajé solo con mis baúles y sombreros. Compré este terreno y construí mi casa: Tres Bambús. Un portón discreto, un jardín bajo la brisa, un corredor fresco con olor a tabaco. Perfecta para clausurar la entrada a quienes ya no queremos ver.

Vine a Cuernavaca porque volver a París era inútil, nadie hablaba ya de mis cuadros. Kizette vivía atrapada en su propia telaraña de silencios en la odiosa Houston. Yo necesitaba un exilio total. Cuernavaca me ofreció su calor quieto y una ansiada tregua.

Un domingo cualquiera fui a la catedral. Las misas del obispo rojo eran famosas, todos hablaban de sus homilías. Yo recordaba a Sergio Méndez Arceo por las fotos de los periódicos. La sotana sencilla, la voz serena.

Habló de justicia, de los campesinos sin tierra, de los desaparecidos. Habló también del asalto al Banamex sin nombrarlo. Describía la desesperación, la injusticia que se convierte en balazos cuando la ley protege

solo a quienes llamó los «dueños del miedo». Mientras lo escuchaba, sentí que no hablaba de México, sino de mí misma. Me acerqué a saludarlo a la sacristía. Me interpeló antes de que yo pronunciara palabra.

—Baronesa Lempicka —dijo, inclinándose apenas—. ¿Nos confesamos o solo conversamos?

—Conversemos, monseñor. Me he confesado yo sola durante toda mi vida.

—¿Es usted católica?

—Soy polaca, ¿no es lo mismo?

Sonrió levemente. Me invitó a su casa diciéndome que todos en Cuernavaca hablaban de mí. Decía que era un honor para él conocerme. La residencia era modesta, presidida por un crucifijo de madera sin ornamento. Me ofreció agua de pepino con limón. Nos sentamos en el patio.

Ese día hablamos de todo un poco, como si fuésemos dos viejos amigos que continúan una conversación: San Petersburgo, París, mi hija, mis cuadros. Entonces, sin ceremonia, desplegó carpetas llenas de recortes de periódico hablando de la teología de la liberación.

—Muchos dicen que se trata de comunismo disfrazado de fe —le dije, encendiendo mi cigarro—. ¿De verdad cree que Jesús bendeciría a un joven armado?

Méndez Arceo se quitó los lentes, limpiándolos con su paliacate:

—Cristo no cargaría armas, caminaría descalzo entre quienes sí las empuñan y les lavaría los pies. Para que recuerden que hay muchas formas de ensuciarse las manos.

Lo miré largo rato.

—La fe no da de comer —le dije—. La revolución tampoco. ¿Qué puede otorgar la teología, entonces, a los pobres que busca salvar?

—El consuelo —respondió—. A veces solo eso basta. La presencia divina allá donde nunca hubo nada. Usted, Tamara, sabe lo que es pintar para salvar del olvido.

Me reí con amargura:

—Mi pintura nunca sangró.

Méndez Arceo suspiró. Cerró la carpeta de recortes.

—Pero sí gritaba, ¿o me equivoco?

Al regresar a Tres Bambús encendí una vela. Saqué un lienzo en blanco. Dibujé primero una silueta: un Cristo sin cruz, suspendido sobre una ciudad que ardía en silencio. Abajo, una sucursal de banco: Banamex. Una grieta de humo subía hacia el cielo. Pinté un pájaro negro. Se llamaría *El testigo invisible*. Sentía, aunque parezca absurdo, que Méndez Arceo estaba detrás de mi hombro vigilando que no traicionara a ese Cristo sin cruz, suspendido en el cielo.

Nunca terminé ese lienzo. Me da pereza completarlo.

Méndez Arceo vino a ver el cuadro inconcluso. Bocona de mí, le había comentado que nuestra plática me había inspirado una nueva obra. Llegó sin aviso, con un pan de pueblo envuelto en papel y el libro de un poeta nicaragüense, Ernesto Cardenal. Se quedó largo rato de pie en mi estudio, sin acercarse demasiado al lienzo.

—Usted pintó una plegaria inusual—dijo por fin—. Termínela. Termine de orar.

—Quise pintar mis dudas. Nunca he sabido rezar.

Nos sentamos en el jardín. Hablamos de Romero en El Salvador, de los campesinos de Morelos, de los curas que se sumaban a las brigadas clandestinas. Hablamos de la Liga 23 de Septiembre y del eco de aquel asalto que me seguía aterrorizando.

Abrió el libro de Cardenal y me leyó unos versos:

Bienaventurado el hombre que no sigue las consignas del Partido
ni asiste a sus mítines
ni se sienta en la mesa con los gánsteres
ni con los Generales en el Consejo de Guerra
Bienaventurado el hombre que no espía a su hermano
ni delata a su compañero de colegio
Bienaventurado el hombre que no lee los anuncios comerciales
ni escucha sus radios
ni cree en sus slogans.

Me miró atento. Esperaba un golpe irónico, que no le negué.

—Hermoso—dije—. Prefiero a Ajmátova. La pólvora no salva. No hay

libertad dentro del dogma, eso ya debía usted saberlo, monseñor.

Méndez Arceo sonrió de nuevo. Bendecía incluso mi cinismo al reír.

—El arte es comunión. Usted comulga mientras pinta.

Nos quedamos en silencio. Solo se oía el siseo de los bambúes mecidos por la brisa. En esos silencios que puntuaban nuestras conversaciones parecíamos realmente entendernos.

Esa madrugada el jardín era un concierto de grillos. El Popocatépetl era un animal dormido. No como yo, que no duermo cuando remuevo recuerdos.

Busqué en el cajón de la mesa de noche mi ejemplar de *Nadja*, de André Breton.

Encendí un nuevo cigarro. Abrí el libro, mi nombre garabateado con tinta azul. Leí en voz alta, casi susurrando, invocando un conjuro roto: «¿Quién eres tú? Nadja. Porque en ruso, es el comienzo de esperanza».

Breton creía que la locura era una llave. Yo siempre supe que la clave descansaba en la carne. El delirio no está en los sueños sino en el cuerpo que se deja traspasar por otro. Lo escuché leer parte de su novela en una taberna. El mismo bar de Montparnasse donde Suzy Solidor se sentaba conmigo después de sus noches cantando en Le Bœuf sur le Toit. Su cabello era un insulto de tan corto, y su voz profunda, un puñal envuelto en terciopelo. A veces me tocaba el cuello mientras yo hacía garabatos en la servilleta. Decía que París era una máscara. Y que su verdadero nombre, Suzy, no era más que un alias para escupirle un rotundo «sí» a la noche. Disfruté y paladeé el cuerpo de Suzy como el narrador el de Nadja.

En cambio, Tadeusz fue mi primer altar. Recuerdo el invierno de Petrogrado, su mano temblorosa bajo mi abrigo. Aún ahora no sé si lo amé por su nobleza antigua o para escapar de mi madre. Lo quise igual que a un puente que permite cruzar el río. Fue carne y consuelo.

Después vino el barón, mi añorado barón, con su voz envuelta en tabaco inglés. Raoul tenía ese silencio de los hombres que saben que todo tiene un precio. Hacíamos el amor como quien firma un tratado, sin arrebatos.

Tuve también a Rafaela. Ah, Rafaela. Una gata con ojos crueles. La pinté desnuda: cada trazo, un orgasmo. Aprendí con ella que la distancia arde

como una hoguera. Me esperaba en un pequeño hotel, bajo sábanas luidas. Nos besábamos sabiendo que al amanecer había que mentir, sobre todo mentir.

Este es un recuento de mis años y mis daños. Por eso no puedo dejar de recordar a Ira Perrot, la más pequeña de todas y menos breve. Tenía manos de niña. Le gustaba hablar de poesía. Recitaba a Apollinaire con voz rota. Me gustaba desnudarla, sin quitarle los zapatos. Ira era un pecado. Nunca hubo promesas. El amor de la piel se volvió, con el tiempo, la amistad más profunda. Nunca dejó de haber amor. Un amor que soportó el fracaso de los cuerpos y la vejez. Junto a Ira Perrot lo conocí todo. El tacto como lenguaje. Hicimos un pequeño filme mientras la pintaba, con escenas de las dos tomando café en el parque. Yo bajando la escalera como diosa. Locas, pero locas felices.

Y la *duchesse* de La Salle, arrogante, incorregible. Lo nuestro fue un duelo de dagas afiladísimas. La primera vez que me tocó me dijo: «Si me pintas, me posees, pero si me exhibes, me matas». Y yo la pinté y la exhibí junto con *Irene et sa sœur*, en el Salon d'Automne, en noviembre de 1926. Miraban el cuadro sin comprender que aquella hermana era yo misma. Su doble invencible. Su retrato me acompañó en mi recámara de la *rue Méchain*. No quería dejar de admirarla con sus pantalones de equitación y su cabello cortísimo. Todo retrato es al final un autorretrato.

Nunca le conté de mis amores a Méndez Arceo. No tuve el valor de pronunciar estos nombres delante de su sotana. Jamás le dije que, si alguna vez creí en un dios, fue el cuerpo humano. El único templo que no miente cuando lo recorres con las manos. «Todo en el mundo gira en torno al sexo, salvo el sexo. El sexo es solo poder». Cuánta razón llevaba Wilde.

El sexo no me hizo libre, pero sí invencible. Convertí cada muslo, cada nuca arqueada en un manifiesto. Mi manera de dejar escrito que nada me pertenecía. Todo poder es solo préstamo.

Breton buscaba fantasmas. Yo coleccioné la piel de mis amantes. Si cierro los ojos ahora puedo sentir los labios de Rafaela resbalando de mi hombro. Puedo oír a Suzy cantarme al oído. Puedo incluso sentir las manos de Tadeusz, torpes y hambrientas de victoria. Unas manos que no supieron defenderme de mí misma. El amor para mí no fue un pacto con hombres y

mujeres, era una herejía. Mi evangelio hecho solo de cuerpos, no de mártires. Cuerpos que, aunque se marchen, se queden dibujados para siempre. Recordé un poema de Cavafis:

Cuerpo, recuerda no solo cuánto fuiste amado,
no solo los lechos donde te acostaste,
sino también aquellos deseos, que por ti
brillaban claros en los ojos
y con la voz temblaban —y algún inesperado
freno los reprimió—.
Ahora que ya todo pertenece al pasado,
casi parece cual si a esos deseos
te entregaras también —cómo brillaban,
recuérdalo, en aquellos ojos al mirarte;
cómo temblaban con la voz, por ti, recuerda, cuerpo.

Apagué el enésimo cigarro. Tantos recuerdos. Cerré *Nadja*. Algún día Méndez Arceo vendrá de nuevo, pensé. Me hablará de justicia, de campesinos. Yo sonreiré, hipócrita. Mi única cruz es este corazón que ya no sangra.

Semanas después se presentó ante mí con una extraña solicitud:

—Hoy quiero su confesión completa.

Me reí.

—¿Otra vez? Ya le he contado todo.

—Esta vez en secreto.

No sé por qué accedí. Mi capilla en Tres Bambús le había intrigado siempre. Él acercó una silla frente a mí y se colocó una estola. Hizo la señal de la cruz y pronunció su letanía.

Hablé entonces. Contándole mi vida.

Le conté de mi antiguo amor por Tadeusz, le conté del cónsul sueco, de la joya de mi abuela Clementine. Le narré cuando una noche en Nueva York casi me lancé por la ventana, desesperada. Le hablé de Kizette, de la

distancia. De Stanislaw, mi hermano. Vivo o muerto convertido al comunismo en Polonia. Le hablé de mis amantes y de mis crisis nerviosas.

No me interrumpió. Al final susurró:

—*Vous êtes déjà un évangile.*

Me recliné con la espalda más ligera; el peso de mis pecados se había esfumado.

En los días siguientes miraba mi cuadro inconcluso. *El testigo invisible*. En Cuernavaca el sol no perdona.

Méndez Arceo insistía:

—Debería terminarlo para poder colgarlo en la catedral.

—No, Monseñor. Este es un cristo humano, no divino.

—Precisamente por eso.

Volví a misa cada tanto. Allí, bajo la cúpula agrietada, me gustaba oír su voz. Méndez Arceo predicaba sangrando.

A veces me acompañaba Víctor, ilusionado, creyendo que había vuelto a mí una fe que nunca tuve.

Ese verano me visitó Kizette con sus hijas y mis dos bisnietas. Venían cargadas de nostalgia, de risas. Se bañaban en la piscina, corrían como locas por el jardín. Llenaban la casa de vida.

Una noche, lo recuerdo bien, Kizette y yo bebíamos vino. Se quedó mirando el volcán. Tenía la misma expresión de cuando era niña, en París, y temía que la dejaran sola.

—Me acuerdo —dijo en voz baja— cuando me dijiste que, si morías, tus cenizas debían arrojarse al cráter.

Asentí.

—Me lo prometiste, ¿no?

—Lo cumpliré, mamá —dijo. Su mano sobre la mía, sin lágrimas.

Los días que siguieron fueron hermosos. El clima estaba aún más templado. «El mejor vergel del mundo», llamaba Maximiliano a Cuernavaca. Las jacarandas derramaban su púrpura. *El testigo invisible* seguía allí, inmóvil, vigilante, sin terminar. Kizette se despidió llevándose a sus niñas. Cerré la puerta y me senté cansada con otro cigarro entre los labios.

En Cuernavaca encontré algo que ni San Petersburgo ni París me pudieron dar: la certeza de que uno puede quedarse quieto, pero nunca rendirse. Como escribió Breton, «la belleza será convulsiva o no será».

10

PARÍS

1919-1922

París se había vuelto una ciudad rota, sacudiéndose el polvo de la Gran Guerra, recuperándose con dificultad de la gripe española. Lastimada, apenas en pie. Los tranvías, repletos de soldados que regresaban maltrechos, sin triunfo o derrota claros. Un mosaico de contrastes: las marquesinas anunciaban obras de teatro sin que importara el hecho de que una generación entera había quedado sepultada en las trincheras del Somme. En ese paisaje incierto se abrió una rendija por donde Tamara y su familia lograron colarse, con audacia y fortuna.

Tamara alquiló un cuarto en la rue Saunière a donde se mudó con la pequeña Kizette. Era minúsculo, con las paredes húmedas. Kizette dormía en una cesta improvisada. La niña era su ancla.

Cada mañana caminaba hasta el mercado y regresaba con pan duro, leche y dos frutas.

Compartían el baño con dos familias de emigrados rusos. Por las noches, el llanto de los bebés se confundía con los estornudos de los ancianos. Las paredes, finas como papel arroz, dejaban pasar los sonidos del vecindario: discusiones en polaco, carcajadas en árabe, música de acordeón y pasos de bailarina. Cada dos o tres semanas, Tamara vendía alguna de sus últimas joyas. Cada pieza, una amputación muda.

Por fin Tadeusz pudo salir de Petrogrado y alcanzarlas. Si ellas habían llegado a París exhausta, él, en cambio, era casi un fantasma. A pesar de lo pequeño, a Tamara no le importaba otra cosa que la presencia de su esposo. El departamento de la Rue Saunière se había llenado de esperanza.

—Es tu padre —se lo señalaba a Kizette—. Dile cómo lo extrañamos.

Tadeusz estaba deshecho. Todo aquello en lo que había basado su identidad había dejado de existir. En París no era sino otro refugiado. Intentó conseguir trabajo haciendo traducciones. Se ofreció como abogado en oficinas donde lo miraban con lástima. Cada tarde salía sin dirección fija y regresaba de noche, con olor a alcohol.

Tamara se acostumbró al caos. Vivían con lo justo. Empezó a dibujar de

madrugada, iluminada por una bombilla desnuda y azuzada por Adrienne. Su hermana se acordaba no solo de la cantidad de dibujos y acuarelas de Tamara, sino de una ocasión, en la infancia, en la que Malvina contrató a una gran pintora polaca para que hiciera su retrato. Semanas de tortura posando. Cuando la obra estuvo terminada, Tamara la rechazó y se encerró en su cuarto a llorar.

—No se parece a mí. Cuánto tiempo y dinero desperdiciado.

Pidió a su abuela pinturas y un lienzo. Usó de modelo a Adrienne. Tamara tardó apenas tres días en completar su primer cuadro. A su hermana le encantó, igual que a la abuela. La artista recién descubierta anunció así su logro:

—Tal vez tampoco se parece mucho a Ada, pero sí logré capturar su alma.

Ahora Adrienne, recién inscrita en arquitectura en la École Spéciale d'Architecture, fue quien la empujara a inscribirse en talleres de arte. Le consiguió contactos, le tradujo formularios, incluso le prestó sus útiles de dibujo. Tamara se inscribió primero en la Académie Ranson. Tomó lecciones con Maurice Denis, quien la hartaba con su estilo ampuloso y su condescendencia. Se quejaba de sus alumnas mujeres. Más tarde se matriculó en la Académie de la Grande Chaumière. Mientras tanto, había que sobrevivir. Empezó diseñando sombreros e incluso ilustrando revistas, copiando el estilo de otros. Era su ganapán.

En la Chaumière, Tamara comenzó a adquirir su estilo. Cada mañana dejaba a Kizette al cuidado de una vecina del edificio, tomaba su carpeta, caminaba por el boulevard Montparnasse con paso firme.

Tadeusz, al principio, la observaba con una mezcla de indiferencia y perplejidad. A veces la acompañaba, cargaba los bultos. Pronto comenzó a desaparecer. Pasaba días sin hablarles, sumido en su tristeza. Despertaba de sus pesadillas gritando en polaco.

Tamara no lo culpaba, era un animal indefenso.

Ella pintaba en silencio durante las largas noches mientras Kizette dormía en su moisés. El estudio improvisado en la cocina. Decían sus profesores que su estilo evolucionaba rápido: cuerpos casi geométricos, claroscuros novedosos. Huía del realismo chato. Intentaba encontrar su voz.

Tadeusz seguía ausente. A veces se ofrecía a cuidar a Kizette, le leía cuentos, le cantaba canciones. A los pocos minutos se iba a dormir, desesperado.

Una noche, sin mediar palabra, se encerró en el baño para afeitarse el bigote. Al salir, tenía los ojos rojos. Se sentó frente a Tamara, que dibujaba un torso femenino con carboncillo. Ella se sorprendió al verlo lampiño como un adolescente.

—¿Qué te has hecho, Tadeusz?

—No sé quién soy —dijo.

Ella lo miró, con calma.

—Eres mi amor, eres el padre de Kizette. Estás aquí, vivo.

—¿Cómo has podido renacer?

—Por necesidad, cariño, para sobrevivir.

Tadeusz no le respondió. Se levantó, se fue a la habitación y se dejó caer en el colchón como un fardo.

Mientras él se apagaba, ella parecía arder con nueva vida. En 1922, Tamara consiguió exponer con otros jóvenes artistas polacos en una galería modesta de la rue La Boétie. Fue la primera vez que algunos críticos notaron su firma. Uno de ellos, intrigado por el contraste entre sus colores fríos y su temática erótica, escribió: «Monsieur Lempitzki no pinta, disecciona». Estaba convencido que el cuadro había sido pintado por un hombre.

La frase se convirtió en un eslogan involuntario. Atraía a marchantes, provocaba a periodistas, irritaba a sus profesores. Y ella, lejos de desmentirlo, lo asumía, divertida.

Tadeusz permanecía en casa la mayor parte del día o hablaba con viejos compatriotas en los cafés. En el fondo, sabía que su esposa había dejado atrás el dolor. Al verla salir del departamento con un abrigo nuevo y una carpeta de bocetos, le reclamó:

—Has aprendido a vivir sin mí.

Ella se detuvo, sin voltear a verlo.

—Aprendí a vivir de nuevo. Tú ya te olvidaste de cómo hacerlo.

La Académie de la Grande Chaumière fue su primer acto de supervivencia. Comprendía al fin que en París sin un maestro no eres nadie. La luz entraba por unos ventanales enormes ante los caballetes de los alumnos. Maurice Denis les decía que el color tenía alma.

Tamara probaba su talento con un desnudo. La modelo posaba sin ganas. Cuando el maestro vio los trazos le recriminó:

- Líneas demasiado frías —dijo, sin mirarla.
 - Prefiero la frialdad a la cursilería —replicó ella.
- Denis la miró, condescendiente:
- Tiene usted una lengua afilada. ¿Su nombre?
 - Tamara —respondió, y siguió dibujando.

Pronto Tamara cambió de maestro. André Lhote y ella se entendieron bien desde el inicio. Era menos severo, pero más moderno. Hablaba de composición con gestos exagerados. Un día, mientras ella corregía un estudio de figura, Lhote se acercó y le preguntó:

- ¿No va a firmar sus cuadros?
- Nadie quiere comprar pinturas hechas por una mujer.
- Le recomiendo que firme sus cuadros con el apellido de su esposo. Va a vender mejor que con un nombre de mujer.

Ella asintió. Usaría el de Tadeusz. Ese invierno vendió su primer dibujo.

Con ese dinero compró una manta para Kizette, pan de centeno y nuevos lápices.

Luego vinieron las primas exposiciones colectivas. Tamara presentaba sus obras como: «L. T., Lempitzki». Incluso le gustaba asistir y no comentar con nadie que esos cuadros eran suyos. Le gustaba ver cómo alguien se detenía con curiosidad.

Algunas noches Tamara salía a caminar por el Barrio Latino. París era un mapa vivo, una ciudad prometida.

Sus cuadros comenzaron no solo a ser vistos, sino admirados.

El dinero de las primeras ventas le permitió a Tamara contratar modelos.

Lhote la ayudaba en cada paso.

—Pintas combates, batallas de los cuerpos.

—Me gusta que lo veas así —dijo Tamara, sin levantar la vista.

—Creo que estás lista para exponer en el Salon d'Automne.

Ella lo abrazó, fascinada con la invitación.

Tadeusz estaba cada vez más ausente y hosco. Se burlaba de «su mujer, la pintora», que creía que podía sostenerse pintando putas y vagabundos.

En la inauguración del Salon un periodista de *Le Figaro* se le acercó. Ya no podía ocultar que era mujer, que era Tamara. Curioso, sin embargo, que la siguieran etiquetando:

—Se dice que su estilo es masculino. ¿Considera usted ofensiva la idea?

—Más bien se trata de un cumplido.

La nota sobre ella rezaba: «La polaca que pinta como hombre». Lhote lo consideró un insulto. Ya con las ventas estables pudo al fin alquilar un estudio. En una antigua fábrica reconvertida. Techos altos, buena luz y silencio. Allí comenzó a retratar casi a destajo, tenía que llevar el pan a la mesa.

—Tus mujeres parecen hechas de acero —le decía Lhote.

—Se parecen a mí, saben cómo sobrevivir.

Una tarde, mientras pintaba, le llegó un mensaje. Era de Kiki de Montparnasse. Quería posar para ella. Tamara accedió, con la condición de que viniera sola, sin su famoso séquito. Kiki entró al estudio, se detuvo frente al caballete. Una pintura inconclusa.

—Con razón dicen que eres dura.

—Lo mismo he escuchado de ti.

Esa primera sesión fue casi un duelo. Kiki hablaba y la provocaba. Tamara no quería conversar, solo pintarla. Pintó a la musa de Man Ray con los labios entreabiertos.

Tamara presentó ese cuadro y otros dos retratos en el Salon des Indépendants. Ya firmaba sin tapujos como «Tamara de Lempicka». El día de la inauguración temblaba con miedo. No podía saber que París empezaba a rendirse a sus pies.

Llevaba un vestido negro sin adornos. Caminó sola hasta la galería. Sus cuadros colgaban en un rincón modesto, pero bien iluminado.

—¿Por qué no pintas también hombres? —le preguntaron.

—Quizá porque los hombres no me inquietan.

París la estaba forjando. Se acababan los días de hambre, sin calefacción. Adrienne la invitó a un bar donde tocaban jazz para festejar su éxito.

Ella pintaba día y noche, posesa. La niña de Moscú, la heredera de la nada de Varsovia, se convirtió en Tamara de Lempicka.

A los pocos días, André Lhote la detuvo después de clase. Había observado un estudio que ella había abandonado. Era un torso masculino dibujado con líneas tensas y hostiles.

—¿Conozco al modelo? —preguntó él.

—No. Es uno de mis amantes.

—Mientes muy bien, Lempicka.

Se sentaron en el patio húmedo de la academia. Lhote le preguntó:

—¿Sabes por qué pintas, Tamara?

—No me lo cuestiono. Solo sé que no quiero parecerme a nadie.

—Entonces ya lo conseguiste. Al principio me preocupaba que se notara mi influencia en tus cuadros. Es un alivio que no suceda así.

Le habló de una exposición colectiva en la galería Colette-Weil. Ella aceptó a pesar de no tener suficientes cuadros.

—No quiero que me sigan llamando la pintora masculina.

—Tus desnudos los van a escandalizar, te lo aseguro.

—¿Y si me odian?

—No importa, todo es parte del negocio.

Las buenas noticias no duraron mucho. Esa misma noche, al regresar a casa, encontró a Tadeusz cabizbajo, con una carta enfrente y una botella de vodka a medio consumir.

—Es de Varsovia —dijo señalando el sobre—. Ha muerto mi madre.

—¿Vas a ir?

—No, creo. No me queda nada allá.

Se veía de golpe viejo. Se sentó frente a él en silencio.

—¿Quieres que te prepare un té?

—No. Quiero que pares tu trote, que te quedes en casa y cuides a tu hija.

Deja de actuar como si París fuese tuyo. ¿Crees que ya has ganado?

—No es una carrera, Tadeusz. Solo he conseguido no morirme en vida.

Es por Kizette, precisamente, que salgo a pintar todos los días.

Él apretó las mandíbulas, dio un golpe en la mesa.

—¿Y para mí qué queda?

—Lo que desees, solo te pido que ya no des lástima.

Tamara lo dejó hablando solo. Tenía pocas certezas, pero sabía que allá afuera la vida seguiría su curso. Ella no se iba a quedar contemplando la ruina.

11

CUERNAVACA

Tengo una edad en la que ya nada me sorprende, aunque haya dos o tres cosas que aún me seduzcan. Hay algo insolente en la luz de los amaneceres de Cuernavaca.

—Eres una leyenda viviente, Tamara —me dijo Brady una noche, mientras bebía ron, como siempre.

—No me molestaría ser una leyenda muerta.

Robert Brady organizaba fiestas con el mismo desorden de sus colecciones. En su casa nada era simétrico. Aquella noche de marzo los variopintos invitados se confundían con los jarrones de flores. Yo llegué tarde, como siempre.

—¡Baronesa! —me gritó María Félix desde el otro lado del jardín, saludándome con aspaviento—. Si hubieras llegado cinco minutos antes me hubiese robado tu entrada triunfal.

María vestía un traje de piel rojo. Le di dos besos sonoros.

—María querida, con tu porte la entrada es lo de menos. Eres demasiada mujer.

—Somos, querida. Somos —respondió con esa risa suya que sonaba a látigo.

Estaba también Natasha Gelman, impecable, perfumadísima. Su marido platicaba animadamente con Cantinflas. Le ponderé su colección, aunque no tenía ningún cuadro mío.

—Puede que no sepa mucho de arte, Tamara —me dijo Natasha—, pero puedo reconocer cuando alguien miente con sus pinceles. Gunther Gerzso compra todos los cuadros por mí. Confío en su gusto o más bien en su inteligencia para invertir mi dinero.

—Querida, adoro tu sinceridad —le dije, brindando.

Víctor Manuel Contreras estaba ya también allí. Saludaba a todos como si fuese el anfitrión.

—¿Cómo estás, mi diosa del Popocatepetl?

—A punto de explotar, como el volcán —le respondí, guiñándole el ojo.

—¿Vienes a la fiesta en Sumiya la próxima semana? Barbara va a echar la casa por la ventana. Dice que conseguirá que el Sha baile con ella.

—Iré si no me obligan a hablar de política o de arte.

Era imposible, la política siempre se colaba en las fiestas de Barbara. Se hablaba del sandinismo, de los montoneros, de Betino Craxi que regresaba a Italia. Se hablaba del comunismo como si fuese inevitable. A mí la palabra *comunismo* me crispaba.

Un joven crítico, amigo de Brady, me preguntó si todavía pintaba. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo en cuestionar mi vejez o mi oficio.

—Solo cuando me irrita algo —le contesté—. Hay tanta estupidez en el mundo que me aburro más de lo que me indigno.

Se alejó, tímido, sin saber qué más decir.

Todo era excesivo la semana después en la fiesta de Barbara Hutton. La casa de Sumiya parecía una escenografía de Fellini. Antorchas, estatuas orientales, Barbara me recibió con un beso oloroso a vodka. Eduardo Terrazas la llevaba del brazo. Como si hubiésemos estado conversando antes me increpó:

—Tamara querida, ¿aún crees en el amor?

—Si tiene cuenta en Suiza.

Barbara reía, lo heredó todo, y lo dilapidó en hombres. El último, Eduardo Terrazas, se ofreció a prepararnos unos martinis.

Esa noche, Cantinflas improvisaba un monólogo cómico entre las esculturas de hielo. Yo conocía la casa de Cantinflas, frente a la de Cortés, y la alberca que le había diseñado Diego. Como estaba puesto en su personaje no era Mario Moreno, sino alguien hilarante. Hablaba de la muerte, del arte, de los elefantes. Nada tenían que ver. Todos reían. Tenía los ojos tristes de los payasos, aunque los cubriera con sus enormes lentes oscuros.

Como Cuernavaca era una fiesta interminable, no me podía quedar atrás. Organicé en Tres Bambús mi propia *soirée*. Era abril, y no el mes más cruel. Las jacarandas teñían de púrpura los caminos, y el tequila debía correr como una revolución. Llegaron todos mis invitados: coleccionistas, diletantes y

escritores. Octavio Paz vino con Marie-Jo, su mujer, quien llevaba un vestido azul cobalto vaporoso.

—Baronesa —me dijo Octavio, con un beso circunspecto en la mano—, esta noche no hablaré de poesía, solo de tus cuadros.

—Será la mejor noche del año —le respondí.

Con Octavio siempre conversaba en francés. Me fascinaban sus historias con Bretón y los surrealistas.

—Eres una poeta con pincel —me dijo—. Yo me limito a jugar con las palabras.

—Haces malabares, Octavio.

Marie-Jo hablaba poco, pero miraba mucho, con sus ojos de renacuajo. Le hablé de mis años en París, y ella escuchaba con atención religiosa.

—¿Y sigues pintando? —preguntó con la misma insidia de tantos otros.

—Solo si me duele algo. O alguien.

—Yo hago *collages*, pero Octavio los ningunea. No le gustan mis obras.

—Nunca dejes que un hombre te diga lo que vales, Marie-José —le respondí.

Víctor me ayudó a apagar las velas del jardín cuando se fueron los invitados.

—¿Sabes quién eres, Tamara? —me dijo—. La última gran mujer del siglo xx.

—No seas ridículo —respondí—. Aún no termina el siglo.

En ocasiones despertaba entre las sábanas de Tres Bambús —mi última trinchera— con la impresión de habitar una pintura inconclusa. Los pájaros imitaban afuera el silbido del viento, y adentro, el lento ventilador apenas producía brisa. En Cuernavaca el tiempo no transcurre, se desliza.

Cuernavaca era una fiesta interminable. Otra vez festejábamos nuestros exilios en casa de Brady, rodeados de sus recuerdos de Josephine Baker. Estuvieron incluso a punto de casarse para ocultar ambos su homosexualidad. Aquella noche fue de las más salvajes que recuerdo. Robert había colocado candelabros sobre máscaras ceremoniales de Michoacán. En el jardín, un cuarteto de jazz interpretaba una melodía que me recordaba a

París y a Boris Vian.

Víctor me llevó en su coche destartelado, vestía un esmoquin de chaqueta blanca que contrastaba con mi vestido de chiffon oscuro. Mi pamelita era exagerada.

—Sigues siendo la reina de la noche, Tamara —me dijo María Félix apenas me vio cruzar el patio. Su voz ronca cortaba el aire. Éramos los mismos habituales que beben y bailan y buscan olvidar.

—Tú eres la única emperatriz, María querida.

Nos besamos en las mejillas como dos espadachines que reconocen mutuamente su destreza antes del duelo. Estaba también, como siempre, Natasha Gelman con su marido.

—Baronesa, qué gusto. ¿Cómo toma usted el tequila? —me preguntó llamando a un mesero.

—Derecho, como a los hombres que se respetan.

Se servía salpicón de venado, ceviche morelense y un postre espantoso, la capirotada.

—Acabo de recibir una postal de nuestra amada Peggy —me comentó Robert, entre copa y copa—. Dice que extraña Cuernavaca mientras descansa en Venecia, la mentirosa.

—Nunca entendí por qué no me invitó a exponer en su galería en Nueva York. Le tengo guardado el reproche.

Barbara estaba especialmente inquisitiva:

—¿Cómo has logrado mantener intacto tu aire de escándalo?

—Se regenera solo.

A los pocos días ofrecí otra *soirée*. Inevitablemente con casi idénticos invitados. Como dicen en México: pueblo chico, infierno grande. Servimos chiles en nogada y pastel de guayaba. Me gustaba sorprender con guisos locales cuando esperaban alguna delicia europea. Los jardines estaban iluminados con antorchas. La piscina estaba rodeada de antorchas, reflejaba las sombras de mis amigos, su estudiada languidez.

Víctor me trajo una copa.

—No veo genios ni máscaras hoy en esta casa.

—No te subestimes —bromeé.

La fiesta se interrumpió por una llamada de Octavio Paz. Estaba alarmado y me estropeó la noche.

—Necesito advertirte algo, Tamara. El catálogo de tu retrospectiva en Milán incluirá un texto escandaloso. Me ha hablado mi editor para contármelo.

—Si es una crítica no me importa. ¿Has visto alguna vez la estatua de un crítico?

—No, nada que ver. Es personal. Se trata de una pieza firmada por la antigua ama de llaves de D'Annunzio. Asegura que fuiste amante de su patrón.

Me reí sin ganas. Con una seña pedí que me sirvieran otra copa.

—¿Creen que eso va a vender más cuadros?

—Tenía que contártelo. Igual ya está en imprenta y no puede detenerse.

—A estas alturas no me pueden hacer daño los chismes de una mucama.

—Me agrada tu elegancia, querida.

Siguió hablando de otras cosas. Yo ya no lo escuchaba. Por primera vez después de tantos años pensé en Gabriel D'Annunzio y su horrible palacio. No podía regresar a la fiesta. Le pedí a Víctor que se encargara y me fui a acostar, contrariada.

Solo podía pensar en el mármol blanco del Vittoriale, en las habitaciones oscuras, en los perfumes artificiales de aquel verano en Gardone Riviera. Ay, D'Annunzio, aprendiz de don Juan. Recordé sus manos regordetas de reptil y su voz engolada. Nuestras historias personales son siempre un campo de batalla. Debía haber desmentido esa historia hace tanto tiempo. No me asusta que me llamen amante de nadie. Me asusta ser olvidada. Si es necesario que hablen de mentiras para recordar mis cuadros, entonces que mientan al menos con gracias. Nunca me rendí ante sus nulos encantos. Ahora resulta que voy a ser otro de sus tantos trofeos sexuales, qué hastío. Nunca pinté el retrato de D'Annunzio. Demasiadas cosas se interpusieron.

El arte no sirve para vengarse, de lo contrario, pintaría ahora un cuadro ridiculizándolo, enteco como era. ¿Quién era yo entonces para creerle a ese cerdo fascista y haber ido no una, sino tres veces al Vittoriale? Una estúpida, o una mujer hambrienta de fama.

Lo que no saben los editores italianos es por qué fui tres veces a visitarlo. La primera, por admiración. La segunda, en plan desafiante y la tercera, por simple lástima. Que lo escriban, si quieren. Pero que lo escriban tal como fue.

La primera vez que llegué a Gardone Riviera era verano, y el lago de Garda era un espejo bajo el sol fascista. Me habían hablado de D'Annunzio igual que de un monumento viviente. Su fama bien ganada de poeta, aviador, amante de reinas, no era nada comparada con su ego habitado por el demonio. Me pareció fascinante, por ingenua. Era 1925, y yo aún creía que se podía seducir al poder sin que te hiciera añicos. D'Annunzio me recibió en una sala tapizada con telas de terciopelo. Las cortinas eran tan pesadas que el aire no circulaba. Vestía una túnica negra, iba perfumado, con anillos en casi todos los dedos. Me besó teatralmente la mano y dijo:

—Mi alma enmudece al verla, Tamara.

—Espero que su cuerpo no se quede callado, me aburre el silencio — respondí sin pensarlo.

Le divirtió mi insolencia. A mí, su pantomima. Me mostró su colección de espadas, sus cartas con Mussolini, su enorme biblioteca: un laberinto a través de su vanidad. Yo fingía interés. Él directamente me pidió que lo retratara.

—Lo pensaré —dije.

—Las mujeres que piensan demasiado no pintan bien.

—¿De cuánto tiempo dispone para posar?

—Debo consultarlo con mi secretaria. La buscaré en su hotel.

Nos despedimos con falsa cordialidad. No encontró ningún espacio esa semana y yo me aburrí en mi hotel. Volví a París enojada, no regresaría jamás.

Pero regresé al año siguiente, por orgullo o quizá para desafiar al destino. Esa segunda visita fue aún más incómoda. D'Annunzio me trató como otra de sus conquistas. Me mostró el lugar en su castillo donde, según él, colgaría

mi cuadro. Me habló de la posteridad y de sus libros. Aélis Mazoyer —su ama de llaves, su sombra, su cancerbera— me reprochaba con la mirada que yo era una intrusa. Y lo era. En ese mundo hecho de pompa hueca cualquier mujer libre era sospechosa.

Cenamos en el patio interior. Él me recitó un fragmento de su *Notturmo*. Me tocó la pierna. Le quité la mano, pesada. Me pareció tan burdo.

—No vine a acostarme con la historia, Gabriel —le dije.

—Entonces, ¿a qué viniste?

—Tu retrato. No me interesa ser otra de tus fugaces amantes. No vale la pena el mito.

D'Annunzio ya sabía que cedería, pero insistió. Me mostró la sala de los sacrificios, me leyó versos en voz alta, me llamaba «mi diosa». Intentó besarme más tarde con una solemnidad obscena. Yo me aparté, me reí, le dije: «Si te correspondiera, dejarías de respetarme». Respondió que solo se respeta la venganza. Estaba furioso. Todo el Vittoriale era un mausoleo de su ego, un teatro con un único actor. Me había hospedado con él, incauta. Le dije que prefería una habitación en el mismo hotel de la primera vez. Dio órdenes y no se despidió de mí.

No entiendo cómo pude regresar una tercera ocasión. Imaginaba su retrato o lo necesitaba. Accedí ante su insistencia, sus cartas y telefonemas. D'Annunzio estaba enfermo y el Vittoriale parecía más una tumba que un castillo. Su voz seguía igual de teatral, pero sus gestos eran más lentos. Me hablaba de amor y no parecía importarle que respondiera con monosílabos. Él hablaba como si aún tuviera veinte años. Postrado, me parecía de cien. Por la noche bajó a cenar vestido de oficial, con una capa negra y medallas en el pecho. Le llevé de regalo un dibujo mío, un desnudo. Lo miró y dijo:

—Tus mujeres tienen poder. Como tú. ¿Ahora sí vas a pintar mi cuadro, Tamara? ¿Vas a aceptarme en tu cama?

—Me habían hablado de tus artes de seducción, Gabriel. Veo que han desaparecido. Deberías saber que tu insistencia solo provoca rechazo. Tres veces he venido a pintarte, nunca a compartir tu cama.

Me marché esa misma tarde, sin mirar atrás. Aélis me seguía con su mirada de buitres detrás del enorme ventanal de la sala. Supo que yo no volvería. Aélis, esa mucama que se soñaba musa ahora se atrevía a contar su

testimonio, mintiendo que fui su amante. Poco le faltaba decir que también era yo seguidora del *Duce*. Si hubiese necesitado un amante, entonces no habría sido él. Antes de partir, Gabriel me mandó una carta al hotel, con un enorme anillo, disculpándose. Lo acompañaba con un poema. No me quito el anillo desde entonces, pero quemé el poema y la carta.

Supe después que había dicho a sus amigos que nos habíamos acostado. Nunca lo desmentí. Ahora tampoco me correspondía hacerlo con su ama de llaves. Las mujeres como yo no necesitamos defendernos de la maledicencia. El silencio es otra forma de la sobrevivencia, esa verdad intacta. Que publiquen lo que quieran. Yo también he inventado mis propias mentiras, siempre más hermosas. Octavio Paz decía eso siempre de María Félix, que nació dos veces, el día de su alumbramiento y cuando se inventó a sí misma. Yo la supero: he nacido al menos cuatro veces, con cada exilio.

Antes de volver a París, pasé por Milán, merodeé por sus galerías, que se abrían a los modernos más que en París. Pronto expondría allí, lo sabía. Necesitaba abrirme camino en Italia.

Ahora, aquí, en Cuernavaca, nadie sabe quién realmente soy. A nadie le importa ya un poeta fascista.

En el fondo, aún me duele no haber pintado el retrato de D'Annunzio. No por él. Sino por lo que yo habría podido ver detrás de ese rostro de mármol. Cuando el catálogo italiano llegue, lo leeré entero, como quien repasa el obituario de un antiguo enemigo.

En Cuernavaca la «estación» de fiestas y bailes no terminaba con la primavera, como en San Petersburgo. Quizá porque a esta ciudad la llaman la de «la eterna primavera» o quizá porque todos los fines de semana llegan decenas de personas de la Ciudad de México a sacudirse su tirantez en medio de la naturaleza y el calor. No lo sé. Carlos Fuentes me dijo un día que esta ciudad solo es bella detrás de sus bardas, en los jardines. Yo vivo en lo que fue Palmira, la hacienda que el presidente Cárdenas construyó para su mujer, Amalia, y luego regaló al pueblo. Menudo pueblo que somos los ricos y exiliados que construimos nuestras mansiones aquí. Nadie sabe para quién trabaja o para quién regala nada. Otro domingo, otra fiesta. Esta vez en casa

de Cantinflas. Todo el mundo iría. Su casa era un circo sin carpa, para decirlo con la broma que siempre me hacía Mario Moreno. Tenía una rocola, y nos divertíamos echando monedas y escogiendo la música. Lo que más me gustaba era la alberca mural de Diego Rivera. Serpientes de fuego, puños alzados, flores que se movían bajo el agua.

Cantinflas me abrazó preguntando por mi traje de baño.

—Aquí viene uno a mojarse, chata, no a guardar secretos secos.

—Tamara, llegas tarde a tu propia revolución —dijo Carlos Fuentes, quien ya nadaba con grandes brazadas. Pronto estábamos todos en el agua. Fuentes era, como decían incluso sus enemigos, endiabladamente guapo con ese rostro coronado por un hermoso bigote zapatista. Nos trajeron bebidas a la alberca. Se escuchaba un bolero que no entendía, pero me parecía triste. Me costó trabajo salir del agua; me ayudaron, solícitos, esos hombres seductores y simpáticos. Nos secamos al sol.

Rivera apareció. Botella de tequila en mano y camisa empapada. Gritó:

—¿Quién dice que no se puede mojar la revolución? Si el agua lava pecados, que el alcohol nos cure de traiciones.

Fuentes encendió un cigarro.

—Diego, me preocupa más la realidad que tus discursos. Mira Chile, Argentina, Kissinger.

Cantinflas no quería hablar de política. Dijo:

—Todos nos mojamos. Pero el gringo siempre se seca primero.

Encendí otro cigarro. Pensaba que la única revolución consiste en no dejar que el agua me borre cuando todos naufraguen.

Me pusieron un bello rebozo en los hombros, obsequiosos, y pasamos adentro, a cenar. Cada fiesta era como otro cuadro inconcluso. Mis pinceles cada vez más inútiles.

12

PARÍS

1921-1923

París había dejado de ser, para Tamara, un idioma ignoto. La ciudad y sus aromas: tabaco de Gauloises, el susurro de la lavanda asomándose por los balcones. Se había terminado el hambre disimulada tras el *rouge* perfectamente trazado sobre los labios. Ahora era todo ambición, promesa.

En 1923, Tamara no era aún conocida por sus enormes retratos o sus desnudos. Tampoco se había convertido en la gran sacerdotisa del *art déco*. Era simplemente Tamara, una joven exiliada que había escapado de la revolución rusa con una hija a cuestas y su apellido de condesa de Tolstói.

El alquiler y la leche de Kizette se pagaban con figurines, todavía no con sus pinturas. Tamara pegaba recortes de la *Gazette du Bon Ton* y calcaba portadas de *Vogue* para estudiar la geometría de los cuellos y los intrincados sombreros que serían durante un tiempo su única firma. Le fascinaban el trazo elegante de Helen Dryden y la curva esencial de Eduardo Benito. En su archivador conservaba, podados y clasificados, el célebre número de *Vanity Fair* de 1919 y la cubierta que Benito diseñó para *Vogue*. Aquellas láminas eran atlas portátiles para su creatividad.

Cuando el dinero escaseaba, Tamara se plantaba en la esquina de la rue de Buci con un cuaderno bosquejando ideas para nuevos vestidos. Ejercicios que le enseñaron el valor de la disciplina y la sensualidad.

Con cada figurín podía pagar dos baguetes y la bombilla de la escalera, pero lo más valioso era controlar sus trazos, aprender. Obstinada en traducir la textura de una tela sin saber que eso la marcaría cuando reemplazara los lápices por el óleo.

Un día cualquiera comenzó una nueva suerte. Le llegó una nota escrita con tinta violeta:

Ma chère amie,

La photographie est un miroir, et j'aimerais que le vôtre soit réfléchi chez moi. Jeudi, à huit heures. Tenez-vous prête.

Avec tendresse,

Dora

Dora Kallmu, madame *d'Ora*, residía en la rue Rabelais, cerca de la

Madeleine. Retrataba actrices, bailarinas, mecenas caídos en desgracia y a todo aquel capaz de posar con el alma. Su cámara era sinónimo de prestigio.

Tamara llevaba ese día un *tailleur* de lana grafito y un collar-lazo de raso negro. El salón atiborrado de luces, salones y espejos. Dora, menuda y eléctrica, contemplaba a sus modelos.

—El espejo más cruel es aquel que nadie mira —dijo, aplaudiendo—. Incline el mentón. Un poco más, así. Perfecto.

Comenzó a retratarla sin más preámbulo. La luz directa modeló los pómulos de Tamara. Cuando terminaron, Dora le señaló el sillón y se sentó junto a ella.

—Eres un templo, Tamara.

Tamara guardó aquella frase por siempre.

Una semana después, Dora le pidió que accediera a otra sesión: quería fotografiarla con un vestido de Coco Channel que mostraba desnudos los brazos y los hombros. Tamara se adoró enfundada en él. Dora la miraba con aprobación.

—Ese verde murmuró— me recuerda las salas de malaquita del Hermitage.

—Es el verde del deseo y la codicia, querida.

Entre destellos de magnesio, Tamara aprendía una nueva lección. El color y la luz dialogan y se desafían.

La tarjeta de visita de Dora le abrió puertas que el talento habría tardado años en conseguir. Un anuncio minúsculo en *Le Figaro artistique* la condujo a la redacción de *La Vie parisienne*. La editorial era un caos de pruebas de impresión colgadas con pinzas. Monsieur Azaïs, un hombrecillo con lentes circulares, hojeó sus bocetos.

—Dora me habla maravillas de usted, me dice que es polaca.

—Lo era. Ahora soy de donde consiga sobrevivir.

Azaïs le encargó una ilustración semanal para la revista. Lo mismo mujeres en bañadores, parejas que se espían o leves faldas. Tamara bailaba por las aceras, presa de la emoción de un trabajo fijo, bien remunerado.

Los viernes entregaba sus dibujos: una *flapper* en suéter de cuello vuelto, otra con sombrero de ala ancha. Dos amantes que comparten un cigarrillo.

Un mes después, Azaïs le pidió una mujer jugando al tenis. Tamara trajo

el dibujo audaz de una deportista con falda corta, el cuerpo en ángulo con la raqueta en movimiento.

—Demasiado moderna —rezongó Azaïs.

—Entonces, llega justo a tiempo, ¿no cree? —replicó ella. Empezaba a mostrar su voz propia.

Una tarde tibia de mayo, subiendo los peldaños de su casa, Tamara escuchó un violonchelo tras una puerta entornada. La *suite* de Bach se interpretaba con torpeza apasionada. Golpeó.

—Perdón, no quise interrumpir, pero la música me detuvo.

La mujer que apareció tenía labios rojos y unos ojos abiertos en eterno asombro.

—¿Le gusta Bach?

—Me fascina su tristeza disfrazada de alegría.

—Pase. Soy Ira. Ira Perrot, ¿somos vecinas?

Tomaron té sin azúcar entre partituras y postales. Tamara observó el cuello largo de Ira, la manera en que sostenía la taza con ambas manos, y pensó: «Puedo dibujarla de memoria». Esa noche la retrató: intentaba atrapar la melancolía escondida en esa mirada.

Ira resultó ser poeta. A la semana, Tamara le pidió que posara para ella. Fue su primera musa y su mejor amiga, la primera de verdad en París.

Con tal de pagar sus cuentas, Tamara alternaba figurines con encargos diversos: un *cloché*, un cartel para una perfumería. Aplicaba la máxima de Maurice Denis: «La belleza es la suma de armonías que aún ignoramos». Lo que más adoraba era confeccionar sombreros. Añadió una pluma de garza al fieltro. Una casa de la rue du Faubourg Saint-Honoré lo aceptó a consignación. No ganaba fortunas, pero se hacía un nombre.

A finales de mayo, Tamara decidió agradecer la solidaridad de Ira y otros artistas con una cena. Su departamento, al que llamaba la Maison Verte por el reflejo esmeralda que el follaje del patio proyectaba en sus paredes, se inundó de voces. Compró terrina de *foie*, baguettes y vino tino.

Ira anunció entre los invitados a André Gide.

—¿El autor de *L'Immoraliste*? —preguntó Tamara, conteniendo la alegría.

—Dice que ha visto tus fotos en casa de Dora, quiere conocerte.

Cambió su vestido gris por uno rojo mate, de amplio escote.

El escritor llegó con retraso, acompañado de Jean Cocteau. Gide, tan delgado como un hiato, examinaba las ilustraciones de Tamara sobre la chimenea.

—¿Son para alguna revista?

—*La Vie parisienne*.

—Me encantan. Pasión, sensualidad y sobre todo una elegante distancia.

Sirvieron sopa de cebolla. Tamara se atrevió:

—He releído *L'Immoraliste*. Michel desea sin freno, pero solo se atreve cuando ya es demasiado tarde.

—Entonces entendió el libro, Tamara.

—No lo juzgo, quizá todos ansiamos lo que no debemos.

—Y usted, Tamara, ¿qué desea?

—Pintar sin temor. Y que miren mis cuadros con asombro, intentando explicárselos.

—¿Me retrataría?

—Por supuesto, sería un honor.

Cocteau aplaudió, teatral. Ira observaba la escena entendiendo que la osadía era el verdadero idioma de Tamara.

Al día siguiente, Tamara asistió, invitada por Dora, a un *défilé* privado en la *maison* de Jean Patou. Las modelos portaban conjuntos desafiantes. Tamara tomaba notas mentales de la manga raglán, un corte que liberaba el movimiento de las caderas.

—Mira este *velvet* negro, divino —susurró Dora.

Tamara pensó en la serie que preparaba para la revista: mujeres que ya no piden permiso y viajan a toda velocidad.

Dos días después, una carta de Gide. Le ofrecía posar tres sesiones de dos horas para su retrato. Proponía una cifra poco modesta. El dinero pagaría varios meses de alquiler. El reto artístico era mayor. Sintió el peso de la responsabilidad: capturar la ironía de su mirada, retratar su alma.

Gide recibió a Tamara en su departamento de la rue Vavin. La condujo a una sala forrada de libros. Vestía un traje de franela claro. Tamara dio órdenes. Lo sentó en distintos lugares.

—Allí, la luz es más cruel —pidió Tamara.

—¿Quiere hacerme sufrir?

—La vanidad sangra. Yo quiero pintarlo como es, no como desea ser visto.

Esas dos primeras horas, Tamara intentó dibujar el rostro, la amplia frente como protagonista. Los ojos intensos. Realizó tres dibujos distintos. Gide asentía, fascinado y temeroso.

Entre una sesión y otra, Tamara ojeaba escaparates. En la Place Vendôme, el de Van Cleef & Arpels. Recordaba la huida de San Petersburgo con las joyas cosidas en el forro del abrigo, y cómo tuvo que venderlas una a una los primeros meses en París para mal comer. Con el adelanto de Gide compró un anillo de esmeralda pequeño. Lo miró lucir en su dedo y se juró que un día lo cambiaría por una gema que gritara todas sus victorias.

Más adelante, pasó por la vitrina de Revillon, que mostraba una estola de zorro plateado. Pensó en retratar a Ira con una estola similar.

Las semanas transcurrían enloquecidas. Tamara dormía tres horas, fumaba Gauloises y se alimentaba de café y *croissants*. En el caballete avanzaba un óleo que nadie le había pedido: una figura femenina reclinada en un edificio larguísimo. Quizá un autorretrato disfrazado.

Una madrugada de junio, Tamara terminó el retrato de Gide. Lo firmó con aplomo, sabiendo que había logrado su propósito. Estaba segura de que le encantaría.

Se sentó, tomó carbón y trazó la silueta de una mujer con pámela de ala ancha.

—Trabajaré hasta que amanezca —se dijo en voz alta. París le ofrecía un cruel pacto: vencer el cansancio a cambio de un lugar en la historia.

Al alba, cuando la campana de Saint-Sulpice marcó las cinco, Tamara cerró los ojos un instante. Sobre la mesa, las láminas de *La Vie parisienne* esperaban el toque final: tinta; el retrato de Gide, solo su aprobación y el resto del dinero. Dos sombreros sin terminar en la mesa raquítica del comedor improvisado.

Era de todo un poco: figurín, musa y pintora, todo a la vez. Comprendía al fin que la moda no era adorno ni mero sustento: se trataba del idioma de lo moderno. Reflejo y máscara. Un idioma que estaba dispuesta a hablar

hasta quedarse sin aliento.

París en primavera, el aire esparcía el polen y se estornudaba sin tregua. Tamara estaba radiante. Contemplaba las paredes temporales de madera clara, recién erigidas para el Salon des Indépendants. Un rumor de voces y las piadas de los invitados presagiaban críticas, aunque ella no sabía si serían positivas.

Tamara recorría el salón con pasos lentos, intentaba conocer la respuesta ante sus obras. Vestido azul tallado, una estola teatral. Su rostro de mandíbulas tensas, labios rojísimos, no mostraba nerviosismo; sus dedos, en cambio, arrugaban sin misericordia el pequeño catálogo enrollado.

Su obra colgaba en un rincón al que la luz favorecía. Un retrato femenino con algo desafiante en los ojos de la modelo.

—Es fuerte, provocador —murmuró una voz masculina a su espalda.

Se giró a mirarlo.

Era Dufrène, uno de los organizadores del salón. Llevaba una copa de vino blanco y una lista de nombres. La observó con minuciosa curiosidad.

—Es usted la autora, ¿verdad?

—Tamara de Lempicka —dijo ella, tendiendo la mano con lentitud.

—He visto otras obras tuyas antes, cuando los críticos pensaban que usted era un pintor polaco. Una confusión deliciosa.

—El arte no debería tener género, ni pasaporte —dijo Tamara.

Dufrène sonrió, asintiendo sin comprometerse, con su instinto de taxidermista.

En ese momento, una voz grave y musical interrumpió la conversación.

—¿Ese cuadro es suyo?

Frente a ella se hallaba una mujer de cabello oscuro y labios gruesos sin maquillaje que miraba sin pedir permiso.

—Rafaela —dijo, extendiendo la mano enguantada—. Una admiradora. Vi sus cuadros en el Salon d'Automne. Vivo en Montreuil, pero me escapo a París cuando puedo.

Tamara estrechó su mano.

—¿Le agrada el cuadro? —preguntó Tamara.

—No sé si es agrado lo que siento —respondió Rafaela—. Me incomoda y eso me gusta.

Ambas rieron, disipando la inicial tensión del comentario.

Rafaela se colocó a su lado, observando el retrato con mayor detenimiento.

—Esa mujer no me parece una musa. Parece alguien a quien le acaban de compartir una dolorosa verdad.

—Eres una pitonisa. Exactamente eso ocurrió.

—¿Cómo lograste plasmarlo? Me lo tendrás que contar un día.

—O pintarte a ti, a tu verdad.

La risa de Rafaela fue ronca y honesta. Dufrène se alejó, aliviado de librarse de un diálogo que no entendía del todo.

Siguieron conversando. Tamara descubrió que Rafaela vivía con dos gatos; Rafaela, que Tamara amaba el té, pero prefería un buen coñac.

—¿Tienes un estudio? —preguntó Rafaela, con voz neutra.

—En Montparnasse, es pequeño.

—Entonces invítame a verte pintar —dijo Rafaela.

Tamara escribió en una tarjeta su dirección y quedaron en llamarse pronto.

La voz de Tadeusz interrumpió el coqueteo. En ocasiones se aparecía así, en público, para perturbarla.

—Tamara.

Había envejecido mal en esos años, parecía una estatua de cera. Se acercó y abrazó a Tamara sin esperar reciprocidad.

—No me habías contado que exponías aquí —dijo él, sin mirar a Rafaela.

—No sabía que seguías en París, como ya nunca llegas a casa... —replicó ella.

—¿Podríamos hablar después, ir a tomar una copa?

—No bebo de recuerdos, me dan resaca —dijo Tamara.

Tadeusz titubeó, no se atrevió a responder. Observó finalmente a Rafaela y se alejó con estudiada molestia.

—¿De quién se trata? —preguntó Rafaela, sin fingir interés.

—Era mi marido, Tadeusz. Se ha convertido en un fastidio.

Se miraron con intensidad, sin pudor. Como si solo existieran ellas dos y

la posibilidad suspendida.

Tamara estiró la espalda, felina.

—Mañana a las ocho. Lleva vino, o lo que quieras.

Rafaela asintió.

—A mí misma.

Tamara miró su cuadro una última vez, luego caminó hacia la salida con la certeza de que algo nuevo iba a nacer en ella.

El taller de Montparnasse estaba bañado por la luz pálida de la tarde. La ventana filtraba un resplandor lechoso. En el centro de la habitación, una mujer joven permanecía de pie, desnuda, con los brazos alzados sobre la cabeza, sosteniendo una rama seca de olivo. La llamaban Odette, aunque Tamara dudaba que ese fuera su verdadero nombre. Tenía la piel blanca como leche entibiada y un lunar en la clavícula. Estaba muy entrenada a posar, no se movía, ni siquiera pestañeaba.

Tamara trazó una línea de sombra sobre el lienzo. Cruzaba la base del cuello hasta el inicio del seno. Retrocedió unos pasos, inclinó la cabeza observando en silencio.

—Relaja la mandíbula —murmuró.

Odette obedeció. El gesto la transformó; dejó de parecer una estatua para volverse humana y vulnerable. A Tamara le agradó el cambio. Siguió trazando.

Tamara no hablaba mucho al pintar, embriagada por los olores de los pigmentos y la trementina. Pintaba descalza con una blusa de algodón y una falda oscura manchada de pintura.

—¿Tienes frío? —preguntó sin dejar de mirar el lienzo.

Odette negó con la cabeza.

Tamara sonrió apenas. Era el mismo tipo de mujer que había posado para Ingres, pensó. Modelos que conocían el lenguaje del cuerpo y hablaban con los omóplatos, con la curvatura de la cadera.

Dejó el pincel y se le acercó. Con el dorso de la mano le acarició el hombro, apenas rozándola.

—Quiero pintar lo que se disuelve entre tu cuerpo y el aire, relájate —

dijo, casi para sí misma.

Odette no supo qué decir, pero sus ojos se fijaron en un punto invisible en la pared. Respiró hondo.

Tamara volvió al caballete y mezcló los colores. Con la espátula, trazó una curva más audaz sobre el torso. El cuadro empezaba a latir.

En un rincón del estudio, Kizette dormía sobre un sofá cubierto de mantas bordadas. Había pasado la tarde jugando con carbones y papeles en el suelo, y ahora descansaba. Parecía un ángel exhausto, rodeada de juguetes.

El reloj marcaba las seis. Afuera, los pasos de los vendedores de lotería se mezclaban con el murmullo de las hojas secas arrastradas por el viento. París exhalaba una lentitud dorada y luminosa.

Tamara se secó las manos en un trapo manchado.

—Puedes cubrirte ya —le dijo a Odette con suavidad.

La joven tomó una bata gris y se envolvió con ella, sin prisa.

—¿Terminado?

—No. Apenas comienzo.

Odette la miró con intensidad.

—¿Puedo verlo?

Tamara dudó un segundo, luego asintió. La mujer se acercó al lienzo y lo observó sin hablar. Lo que vio no era exactamente su cuerpo. Era más bien insinuación de un deseo contenido.

—No soy tan hermosa —dijo la modelo.

—No, quizá —respondió Tamara—. O quizá desconoces tu belleza.

Odette sonrió.

La modelo se vistió. Se despidió con un gesto mínimo y se fue, dejando tras de sí un aroma a bergamota. Tamara permaneció en silencio frente al cuadro. Era una pintura feroz y cruda que le gustaba mucho.

Se sirvió una copa de vino blanco y caminó hacia la ventana. Lo encontró tibio, como el cuerpo de Odette. Afuera, los tejados de zinc brillaban con la luz del crepúsculo. Escuchó el sonido lejano de un saxofón. París, pensó, nunca dormía.

Entonces volvió al lienzo. Con la punta del pincel, en una esquina inferior, escribió con firmeza: «Tamara de Lempicka».

La fiesta se celebraba en un *hôtel particulier* del boulevard Haussmann, residencia de un matrimonio de coleccionistas italianos, el conde Emanuele di Castelbarco y su esposa. Todo París envidiaba sus cenas extravagantes, y su cercanía con la vanguardia artística. También tenían una editorial. Aquella noche, la casa resplandecía. En los muros colgaban cuadros de Chirico, de Modigliani y uno, tímido y reciente, firmado simplemente «Lempicka». Dudaba aún de su nombre artístico.

Tamara llegó sola, envuelta en un abrigo largo de terciopelo. Entró sin mirar a nadie, acostumbrada a ser vista. A su paso, los murmullos se alzaban como vapor. Se quitó los guantes con lentitud y los dejó caer en su bolso.

En el gran salón, una orquesta de cámara tocaba con brío. Los invitados se agrupaban como cuadros vivos.

Tamara fue directamente al bar. Pidió un martini seco. Mientras esperaba, sintió una mirada clavada en la nuca. Se giró.

Era Tadeusz, de nuevo. Se aparecía como un fantasma en todos sus actos públicos. Sus intromisiones comenzaban a molestarla.

Apoyado en la chimenea, con el rostro más delgado que la última vez. El mismo traje de siempre, aunque con las hombreras vencidas. Su mirada era una mezcla de nostalgia y orgullo herido.

Tamara recibió su copa con elegancia.

—¿No vas a saludarlo? —le preguntó la anfitriona.

—Ya nos saludamos demasiadas veces —dijo Tamara y bebió un sorbo.

Avanzó entre los invitados como si flotara. Intercambió frases con un crítico de la *Gazette des beaux-arts*, sabía ya de memoria la coreografía de esas fiestas y su papel cada vez más protagónico.

—¿Todavía quieres vivir conmigo?

—Contigo sí, no con esta otra mujer en la que te has convertido.

—Es la única posible. La tomas o la dejas.

Tadeusz apretó los labios y como siempre se alejó, enfurecido. La anfitriona se acercó ofreciéndole a Tamara una copa de champán. La miró a los ojos.

—¿Lo sigues queriendo, querida?

—No. Pero le agradezco haber existido, le agradezco por Kizette.

—Tú cambiaste, Tamara. Es el efecto de la ciudad luz, te encuentras o te

pierdes para siempre.

—Apenas y me reconozco.

En el patio interior, iluminado por guirnaldas de luces blancas, encontró a Rafaela. Estaba recostada en una *chaise longue*, con una copa de vino en una mano y un cigarro en la otra. Su vestido de satén negro brillaba como una ola nocturna.

—No pensé verte acá, he esperado tu llamada —dijo Tamara.

—Y perderme este espectáculo... Jamás.

—¿Te refieres a los cuadros o a mí?

Rafaela sonrió.

—A ambos. Solo uno de ellos se irá conmigo esta noche.

Tamara se sentó a su lado. Ninguna de las dos habló durante un largo rato. El viento movía las hojas del jazmín. La noche les proporcionaba una pausa perfecta.

—¿Sabes qué me volvieron a decir? —dijo Tamara finalmente—. Que mis cuadros tienen algo masculino. Que se nota que no los pintó una dama.

—¿Qué respondiste?

—Que, si mis pinceles poseen testículos, es porque se los han cortado a él.

Rafaela soltó una carcajada seca. Luego le tomó la mano.

—Peleas una guerra adentro de ti, Tamara.

—Me gustaría que fuera más bien un desfile.

—Será lo que tú desees, siempre —susurró Rafaela, besándole la mano con lentitud.

Se detuvo el tiempo. No existía la guerra ni el exilio, ni siquiera su matrimonio arruinado. Solo el deseo puro, esculpido en la noche parisina. Tamara cerró los ojos un segundo. Sintió que, por primera vez, todo cobraba sentido: incluso su rabia, su ambición.

—Vamos —dijo—. Quiero mostrarte algo en mi estudio.

Se perdieron en la noche, con la certeza de que el arte y el amor, al menos durante esa noche, hablaban la misma lengua.

Tamara bajó las persianas de madera para filtrar la luz de la mañana, permitiendo apenas un resplandor dorado que acariciaba los contornos del estudio. Todo estaba dispuesto: la silla tapizada con terciopelo azul, la jarra de agua, el espejo inclinado, los óleos organizados con esmero. Su bata de seda crujía al moverse. Había un silencio que no era vacío, sino expectativa.

Rafaela estaba particularmente guapa esa noche. Traía un vestido sencillo, sin sujetador, con el cabello recogido de forma improvisada. Sus pasos eran seguros, pero sus ojos traían una pregunta sin formular. Se descalzó sin que se lo pidieran y esperó.

—¿Quieres té? —preguntó Tamara, más para romper el aire que por cortesía—. Lo prepararé en el samovar que traje de Rusia.

—Prefiero que empecemos —respondió Rafaela, y se sentó en la silla con una naturalidad desconcertante, como si ya hubiera posado desnuda en esa habitación muchas veces.

Tamara la observó en silencio. Primero los brazos, de una musculatura suave pero firme; luego el cuello, largo y con una vena azulada que latía apenas. Pero fue el rostro lo que la detuvo: la forma en que Rafaela no evitaba la mirada, tendiéndole un puente sin condiciones.

—¿Te importa si dibujo antes de pintar? —dijo, ya con el carboncillo en la mano.

—No. Pero no me trates como a un objeto. Quiero que veas lo que soy.

Tamara esbozó una sonrisa.

—Eso intento hacer desde que llegaste.

Los trazos comenzaron: rápidos, enérgicos. El contorno de los hombros, la clavícula, los pezones apenas sugeridos. Era una lucha entre deseo y geometría. Pero pronto se dio cuenta de que no estaba dominando la figura: era la figura la que la conducía. Cada línea provocaba un escalofrío. Cada sombra era un suspiro retenido.

—¿Siempre dibujas así? —preguntó Rafaela en voz baja, sin moverse.

—No. A veces dibujo como si quisiera vencer algo. Hoy dibujo como si no quisiera perder nada.

Hubo un silencio prolongado.

—Me estás deseando —dijo Rafaela.

—¿Te molesta?

—No. Me tranquiliza.

Tamara dejó el carboncillo. Caminó hacia la modelo. Le tocó apenas el brazo, luego el mentón. Los ojos de Rafaela se mantuvieron fijos, sin desafío, sin rendición. Solo un acuerdo tácito de mutua exploración.

—No quiero solo poseerte con el pincel —susurró Tamara.

—Entonces no pintes por un rato —dijo Rafaela, y se puso de pie.

Se besaron sin prisa, como si el tiempo fuera un elemento líquido en el que podían sumergirse sin ahogarse. Las manos de Tamara temblaban no de inseguridad, sino de asombro. Había amado cuerpos antes. Había deseado antes. Pero esto era otra cosa. No una conquista. No un juego de poder. Era vértigo. Era reconocimiento.

Se tendieron en la alfombra, entre telas, pinceles y una jarra de agua que se volcó sin que ninguna lo notara. El estudio se llenó de una mezcla de aromas: piel, óleo y un perfume leve a gardenia que parecía venir del recuerdo.

Más tarde, cuando el sol estaba por ocultarse y la ciudad murmuraba desde la ventana, Tamara volvió al caballete. Rafaela dormía en la silla, envuelta en una sábana como una estatua antigua. Tomó el pincel y comenzó a trazar el contorno de un rostro que ya conocía, pero que necesitaba reaprender. No para eternizarlo. Sino para agradecerle. Por primera vez, el cuerpo femenino no era una excusa para el estilo. Era un lenguaje completo.

Y en el trazo que unía el hombro al cuello, Tamara de Lempicka encontró una voz nueva. No era masculina ni femenina. Era suya. Era deseo convertido en forma.

Y eso, comprendió, era lo más revolucionario que podía pintar.

La casa en la rue de Lille era una joya del Segundo Imperio: techos altos con molduras doradas, espejos envejecidos que multiplicaban las lámparas Baccarat, y alfombras persas tan gastadas como selectas. La anfitriona, la *signora* Belloni, era viuda de un fabricante de cristal de Murano y coleccionista compulsiva de pintura contemporánea. Su obsesión reciente eran los artistas de Europa del Este —mejor si sufridos, ambiguos y con un

toque de escándalo. Tamara cumplía con los tres requisitos.

La invitación había llegado en una tarjeta escrita a mano con tinta morada. «Querida Mme. de Lempicka —decía—, su arte no solo me intriga: me inquieta. Es usted imprescindible en mi próximo salón».

Era marzo. París olía a humedad y aguardiente. Tamara se presentó con un vestido negro satinado, escote asimétrico y guantes hasta el codo. Llevaba el cabello recogido en ondas duras, delineador impecable y una sonrisa impenetrable. Rafaela la acompañaba, pero no como pareja: en calidad de aliada estética. Ambas parecían esculpidas en la misma paleta de sombras.

Los salones estaban llenos de ruido controlado. Se hablaba de la Bauhaus, de la política del Vaticano, de un suicidio reciente en Montmartre que todos fingían lamentar. Había jazz en vivo: una banda de tres músicos negros que tocaban como si no quisieran estar allí, pero no supieran hacer otra cosa mejor.

Tamara se paseó entre los grupos con la lentitud estudiada de una pantera en galería. Saludó a poetas, escultores, banqueros exiliados. Aceptó una copa de champán, declinó una invitación a Deauville, se rio a medias de un chiste misógino de Cocteau.

—¿Sabías que Belloni ha comprado ya dos de tus obras? —susurró Rafaela mientras se inclinaba hacia ella para encenderse un cigarrillo.

—Sí. Y sospecho que no es por amor al arte.

—¿Y si lo fuera?

—Entonces sería aún más peligrosa.

París empezaba a pronunciar su nombre con respeto, y hasta con un poco de miedo. La madrugada disolvía la ciudad hecha de sombras. El taller olía al perfume dulzón de Rafaela. El caballete frente a la gran ventana con el lienzo aún en blanco.

Rafaela se sentó en la banqueta, las piernas cruzadas, el torso envuelto en una camisa blanca robada del perchero. El negro cabello suelto, húmedo por la lluvia reciente.

—Hasta ahora nunca había posado para nadie. Me intriga, pero me gusta cómo me miras —dijo, jugando con sus dedos.

—Siempre hay una primera vez —respondió Tamara, encendiendo una lámpara de pie.

—Para ti claro que no es la primera vez.

—Te equivocas, sí es la primera vez que pinto sin necesidad de pintar.

Tamara tomó un carboncillo y lo acercó al lienzo. Luego lo soltó, insatisfecha. Se acercó a Rafaela y le alzó el mentón con dos dedos, observándola. No había en su gesto pudor alguno. Le pidió que mejor se recostase. Sentía por ella un deseo ritual, primitivo.

—¿Te incomoda que te mire así?

—No. Me incomoda más que no digas lo que estás pensando.

—Estoy pensando que hay mujeres que rompen, que dejan cicatrices. Tú eres de esas.

—Me gustaría ser todas las mujeres que has pintado.

Tamara sonrió apenas. Rafaela seguía hablando:

—Mírame entonces cuanto desees.

Se acercó, tomó una manta del diván y la colocó en el suelo. Luego la ayudó a tenderse, con movimientos firmes pero delicados. No había prisa, la lenta ceremonia de la mirada. Sus manos rozando el hombro. Un par de suspiros. Tamara dejó los pinceles y se tumbó junto a ella, sin tocarla aún, solo observándola en el claroscuro.

—¿Tú crees en el amor? —preguntó Rafaela, irónica.

—Creo en lo que deja en sus ruinas.

—¿Y en el deseo?

—Por el deseo soy incluso capaz de rezar.

Las manos de Tamara finalmente buscaron las de ella. Se entrelazaron. Con movimientos lentos, se acercaron hasta que de la brisa de su aliento se impregnaron para siempre sus entrañas. La piel parloteaba sin promesas. Solo había el roce primigenio, el temblor agónico. Un mundo suspendido por unos minutos entre sus dos bocas, como si hubiesen estado juntas desde el inicio de los tiempos.

Después, cuando el silencio volvió a llenarlo todo, Tamara se levantó desnuda. Observó su cuerpo, el torso anguloso, las caderas estrechas. Y se sintió completa. Vio sus propios senos, sus nalgas.

Rafaela se le acercó por detrás y la abrazó, apoyando el mentón en su

hombro.

—¿Te pintarás así algún día?

—Ya lo estoy haciendo —respondió Tamara, pícara—. Ya terminé el cuadro que expondré en el Salon d'Automne, se llama *Perspective*. ¿Lo quieres ver?

Lentamente lo develó.

Se quedaron allí, mirando el cuadro y luego su reflejo compartido en el azogue, como si ellas dos fueran también una pintura recién terminada.

13

CUERNAVACA

Llegar a la casa de Luis Echeverría en Cuernavaca equivalía a entrar en un teatro. Todos parecían haber ensayado su papel, excepto yo misma. Las Brisas quedaba lejos del centro, subiendo por una colina frondosa donde las buganvillas parecían conspirar. La residencia tenía algo de cuartel disfrazado de mansión colonial: líneas severas y guardias en la entrada.

Me recibieron con una cortesía tan estudiada que rozaba la farsa. Esther Zuno, su esposa, salió a encontrarnos en el vestíbulo. Llevaba un rebozo de seda y sandalias. Luego supe que su colección de vestidos folclóricos era envidiada.

—Baronesa —me dijo con afecto impostado—, qué gusto tenerla en nuestra casa. Cuernavaca es más luminosa con usted.

—Es un honor, doña Esther —le respondí—. Nadie puede opacarla.

No se inmutó. Las primeras damas mexicanas parecen entrenadas para resistir la ironía. Me ofreció agua de horchata con canela y me condujo al jardín, donde comenzaba ya la velada.

El presidente Echeverría estaba junto a la alberca, rodeado de una corte improvisada de poetas, pintores menores y exiliados argentinos y chilenos. Deseaba a toda costa parecer relajado y amigo de revolucionarios. Vestía guayabera blanca, pantalones negros planchadísimos. Su sonrisa era tan amplia y vacía como su frente.

Me acerqué a pesar de no tener nada que decirle. Él sí.

—Tamara, Tamara. Cuernavaca está de fiesta. Usted trajo París a nuestros pies.

—Eso pensaba decirle yo, presidente —le respondí—. Pero en voz baja, para que nadie me acusara de nostálgica.

Se rio como si no hubiera entendido, y quizá no lo había hecho. La ignorancia en los políticos es una defensa tan eficaz como el cinismo.

Apareció, salvándome, Felipe Ortiz Monasterio. Tan elegante, con esa mirada de los que no temen aún perderlo todo. Su esposa, Gaby, nos saludaba desde su silla con copa en mano. Felipe se me acercó con respeto y curiosidad.

—Baronesa —dijo, bromeando—, ¿puedo raptarla?

—No vengo del Imperio austrohúngaro, Felipe. No hace falta pedirme permiso.

Elogié una casa que él recién terminado en Palmira, apenas a una cuadra de Tres Bambús. Le dije que construía emociones, no edificios.

—Lo suyo también —me dijo él— es una pintura emocional. Mujeres que se sostienen apoyadas en sí misma, con una tensión apenas visible.

—Como la tensión de esta fiesta falsa—le murmuré.

—No sea severa, Tamara. Nadie sabe a qué ritmo bailar con un expresidente.

—Me parece coreografiada. Detesto el ballet.

Nos reímos. Su esposa se unió a la conversación. Hablamos de Cuernavaca, de cómo la ciudad resistía y absorbía.

A lo lejos, Echeverría contaba anécdotas sobre su supuesta cercanía con Salvador Allende. Se lamentaba de su suicidio, forzado por el golpe de Estado. Lo escuchaban sin atreverse a disentir. Al caer la noche, se encendieron antorchas en el jardín. Sonaba música vernácula suavizada por cuerdas. Víctor Contreras se juntó también con nosotros. Odiaba el mariachi, que a mí me sonaba siempre infantil.

—¿Y este jolgorio? —me preguntó con media sonrisa.

—Celebran el poder fingido.

—Ah, qué fastidio. ¿Y tú celebras algo, querida?

—Mi lucidez. O lo que queda de ella.

Brindamos, fingiendo que bebíamos.

La fiesta estaba en su punto más soporífero cuando hizo su entrada Pita Amor. Llegó una hora tarde, envuelta en un caftán color esmeralda con lentejuelas. El tiempo y el decoro eran conceptos menores frente a su voluntad de romperlo todo. Caminó por la terraza sintiéndose sacerdotisa del calor y la humedad. A su paso, los hombres se incorporaban y las mujeres fingían indiferencia. Solo Esther Zuno la abrazó con cariño sincero, aunque le retiró discretamente un cigarro que llevaba encendido.

—¡Oh, mi Tamara! —exclamó al divisarme, sin haberme visto nunca antes—. Qué lujo oriental tenerla entre nosotros.

Yo no supe si responder. ¿Oriental? Ya me habían prevenido de sus locuras. Se sentó sin invitación en el sillón contiguo, pidió coñac «del bueno,

no de esos para diputados pobres», y cruzó las piernas con gesto dramático. Se le transparentaban las medias. Una vena azul, grotesca, escapaba de su piel de pergamino.

—He escrito un poema —anunció sin mirar a nadie en particular—. Hoy a mediodía. La hora exacta en que recordé que no he muerto del todo.

Se hizo un silencio incómodo, casi de misa.

Pita se levantó y, sin esperar el permiso de nadie, declamó:

Soy la que es,
la que no fue,
la que jamás se irá.
Soy la risa,
el veneno,
la lujuria con los pies helados.
El espejo sin reflejo,
la mujer sin perdón,
la musa que escribe su propio canto
porque ningún poeta la supo sostener.

Hubo aplausos y murmullos tibios. Echeverría sonreía distante. Pita me miró directamente y me lanzó un dardo:

—Usted, con esos retratos suyos de vírgenes frías, seguro no entiende lo que es amar a los hombres sin red de seguridad como un trapealista suicida.

—Con esa necesidad de que el mundo la aplauda de pie —respondí sin levantar la voz—, usted, seguramente, nunca ha amado más que a su eco.

No supe de dónde salió mi ira frente a esa mujer pequeña y ridícula. Pita bebió su coñac de un trago, dejó la copa en la mesa con estrépito y soltó:

—Este país es una tragedia escrita con sangre. Nosotras, apenas notas al pie. Pero usted, baronesa, usted escribe con carmín, y el maquillaje siempre se corre o se borra.

El presidente Echeverría salió de la cocina portando él mismo una charola con paletas de agua de sabores: pitaya, sandía, tamarindo, guayaba. Las anunciaba no como político, sino como vendedor callejero. Los

invitados reían y solicitaban los sabores de su agrado. Odio mancharme las manos. Ni por equivocación me chuparía una de esas paletas heladas. Además, con el enfisema, lo que peor me hace es toser. Encendí un Viceroy.

Los Ortiz Monasterio intervinieron antes de que la tensión escalara.

—Baronesa, ¿nos permite acompañarla a casa? Podemos llevarla en el coche —dijo Felipe con gentileza.

Yo asentí, pero al salir por el portón de la residencia, me detuve.

—¿Y si en lugar de Tres Bambús, vamos a tomar una copa? He pasado con frecuencia frente a una cantina a la que no me atrevo a entrar sola. Siempre quise cerrar una noche ahí.

Aceptaron encantados. Subimos al coche y rodamos por las calles silenciosas de Cuernavaca hasta una cantina de paredes de adobe con sillas de madera desvencijadas.

Allí pedimos mezcal y chicharrón prensado, mientras hablábamos de arquitectura, de mujeres que inventan su destino, de artistas que venden su alma por una portada en *Vogue*. Brindamos por los que no estaban y por los que nunca debieron haber llegado. Me encontraba feroz esa noche.

—Tamara —me dijo la esposa de Felipe con una dulzura grave—, no debió haberle contestado a Pita, es una insolente.

Me solté el cabello y pedí otra botella.

Y así, entre humo del cigarro y mezcal barato, la madrugada nos encontró bailando un danzón sin música, bajo la mirada impasible de un retrato del general Zapata. Un humo denso semejaba telarañas sobre nuestras cabezas. Apareció un violinista ciego, viejo, afinando su instrumento con una torpeza entrañable. Le llamaban don Severiano.

Sin previo aviso, tocó los primeros compases de *Una furtiva lagrima*, esa aria imposible de *L'elisir d'amore* que siempre me partía el alma por la mitad. Me puse de pie, tambaleante, levanté una copa invisible y comencé a cantar, pronunciando cada sílaba con la vehemencia de una diva olvidada: *Una furtiva lagrima, negli occhi suoi spuntò...*

Los pocos parroquianos, indiferentes, apenas voltearon. Don Severiano, sin verme, me siguió con una devoción temblorosa. En ese instante éramos solo él y yo: dos vestigios de un tiempo olvidado.

Volví hacia la mesa con una reverencia exagerada, como si hubiera

estado en La Scala. Di dos pasos y resbalé. El piso de piedra me recibió con brutalidad. Sentí el golpe seco, una punzada en la sien, y luego, el calor húmedo de la sangre bajando por mi mejilla.

—¡Tamara! —gritó la esposa de Felipe, arrodillándose a mi lado.

Don Severiano seguía tocando, inmutable.

Felipe pidió ayuda.

—Llévenme a la Cruz Roja —logré murmurar—. Nada de hospitales privados.

Me subieron al coche entre risas nerviosas y la promesa de que todo quedaría como una anécdota.

Seis puntos de sutura y dos inyecciones más una recomendación inútil: «Reposo absoluto, por favor».

Salimos de la Cruz Roja y Felipe sugirió ir al mercado López Mateos a tomar un plato de pancita; según él, la única manera de curarse la resaca.

Qué obsesión la que tienen los mexicanos con las cúpulas, quizá porque los españoles llenaron sus pirámides de iglesias con cúpulas. Lo mismo la enorme de Candela, en el Casino de la Selva, que ahora está que me dejó atónita. Adrienne, mi hermana, se hubiese fascinado con este nuevo tipo de *brutalismo* mexicano.

—Es de Mario Pani, baronesa —dijo Felipe al ver mi cara de asombro.

Lo que me llenó más de asombro fue la famosa pancita. Según Felipe es el menudo de otros lados de México, o los callos a la madrileña. Casi no tolero el picante de los mexicanos, pero esta sopa era una delicia; la delicadeza del sabor, lo suave de la carne. Vi cómo Gaby doblaba expertamente en cuatro una tortilla y le daba mordidas mientras con la mano derecha metía la cuchara en su boca. Al intentarlo yo misma se me escurrió el líquido; apenas y tuve oportunidad de limpiarme. Mis amigos reían, cómplices. En un brote extraño de nostalgia se me antojó estar tomando Zurek, la sopa agria de mi infancia en Varsovia. No dije nada y ellos pensaron que lloraba porque me había enchilado.

De regreso a Tres Bambús, el cielo ya clareaba. Las jacarandas parecían avergonzadas de florecer tan temprano. Los Ortiz Monasterio me

acompañaron hasta mi recámara. Felipe cargaba mi bolsa. Yo, la vergüenza apenas.

—Esta ciudad, un día de estos, me va a matar —les dije, con media sonrisa y la venda aún fresca en la cabeza.

—No, baronesa —respondió ella—. Esta ciudad no tiene ese poder.

Entré sin mirar atrás. En la sala, las pinturas me observaban como jueces silenciosos. Me sentí vieja y, al mismo tiempo, gloriosa. Me dije que la caída no fue por la sangre ni por el alcohol, sino por la certeza de que aún me pertenece una última ovación.

Muy de madrugada, todavía con dolor de cabeza, escribí en mi diario: «El poder baila con los pies pesados. Prefiere los discursos a los abrazos. Pero Cuernavaca lo desnuda. Aquí, incluso el presidente parece un actor secundario en su propia obra. La belleza, en cambio, nunca necesita explicación».

Una de las cosas terribles de la nostalgia es recordar lo que antes habías olvidado. No porque duela —aunque duele—, sino porque te revela que fuiste más de lo que ahora eres, y menos de lo que entonces creíste ser. Ira. Ira Perrot. Poeta sin patria, vecina por accidente, amante como un incendio que no da tiempo de buscar la salida.

Vivíamos en pisos contiguos, en el número 1 de la Place de Wagram. Era 1924 o 1925, ya no lo sé con precisión. París aún no había elegido a qué siglo pertenecer. Yo pintaba para comer, Ira escribía para sobrevivir. Nos conocimos gracias a Bach, al chelo. No queríamos separarnos.

Desde entonces compartimos más que un edificio. La leche o el pan. El silencio de las seis de la tarde cuando ninguna tenía con qué pagar la calefacción. Me observaba pintar con una quietud que nunca volví a ver en otra mujer. Como si al posar estuviera desnudando mi pintura, no su cuerpo.

A Ira la pinté más de veinte veces. Con ropa y sin ropa, despierta y dormida. Después del amor y antes de la traición. Nunca le gustó ninguno de mis retratos.

—Me haces parecer culpable.

—Lo eres —le decía—, culpable de sobrevivirme.

La primera vez que dormimos juntas fue después de una noche de vino

agrio. Ella llevaba una blusa blanca abierta hasta el esternón. Sus pechos eran pequeños, casi andróginos, pero su cuello, su cuello era una oración blasfema. La amé con hambre, el asombro que da el sentirse fuera de toda ley.

Fuimos al Le Monocle por primera vez una noche de enero. Ira iba vestida como un joven príncipe. Yo con un vestido negro de satén.

Le Monocle no tenía letrero. Solo una puerta negra en rue Pigalle y un portero malencarado. Dentro, mujeres vestidas de *tuxedo*, música de jazz, olor a coñac, a cuero, a deseo sin pretextos. Bailamos. Con otras y entre nosotras, como si estuviésemos a solas.

A la tercera copa, me arrastró al baño y me besó con rabia.

Un mediodía, tras haber hecho el amor con la desesperación de quienes ya saben que todo va a terminar, me pidió que la pintara como jamás lo había hecho.

—Sin ropa, sin sonrisas —dijo.

La pinté sentada en una banqueta, con la espalda curva y los ojos cerrados. La titulé *Nu gris*.

Semanas después, encontré bajo mi puerta una nota con su letra pequeña y filosa: «*C'est ta faute, toujours. Ira*». Abajo, una nueva dirección en el Marais. Y un poema, dedicado: «A la mujer que me enseñó a no temer el espejo».

Era ella. Era su manera de decir adiós. De recordarme que lo nuestro no fue un accidente ni un capricho, sino una forma de nombrar el mundo cuando todo lo demás fallaba. Pero no rompimos, seguimos siendo amigas, las dos casadas, las dos con hijos. Las dos cercanas o distantes, siempre pendientes la una de la otra.

Nadie sabe quién fue Ira. Pero yo aún puedo oírla recitar a Tsvetáieva acariciando mis senos. Recuerdo su perfume. Siento su aliento en mi espalda, escribiéndome como si mi piel estuviese hecha de papel.

—No me pintes más —me había dicho—. Esa ya no soy yo.

No le hice casi y la pinté en cada mujer que vino después, en cada trazo y cada sombra.

A veces, muy tarde en la noche, cuando el flamboyán del jardín sueña sobre el agua de la alberca, me parece verla sentada en mi estudio, con su

cigarro eterno y su risa ronca. Ira Perrot. La mujer que nunca fue mía y aún vive en mí.

14

PARÍS

1925

Tamara regresó a su departamento a pie, habiendo olvidado su paraguas, empapada. Había pasado toda la tarde caminando sin rumbo por Montparnasse, observando escaparates, sentándose en algún café. París le parecía más indiferente que nunca; la ciudad la coronaba una tarde y la olvidaba a la siguiente.

Tadeusz estaba en la sala, esperándola. Tenía el gesto de un hombre desesperado.

—Has vuelto de nuevo tarde —dijo, esperando el enfrentamiento.

Tamara dejó el abrigo sobre una silla, se descalzó caminando hacia el salón.

—¿Te preocupa que algún vecino me haya visto? —preguntó ella.

—Lo único que me preocupa es que ya no te importe.

Tamara se sirvió una copa y la bebió de un solo trago.

—Tadeusz, ya no tengo edad para pedirte permiso. Tú vienes y vas como te da la gana y nadie te exige cuentas.

Él se incorporó con dificultad. Ya no era el joven apuesto de San Petersburgo. Estaba mal vestido y había dejado de afeitarse.

—Yo no pedí vivir así, Tamara. Ni esta ciudad ni tú me pertenecen. Tú me arrastraste aquí.

Ella lo miró con frialdad. Nadie salva a nadie, pensó Tamara. Cada quien elige el infierno o un sucedáneo de paraíso. Nos inventamos a diario.

—¿Crees que yo soñaba con vender mis joyas y criar sola a una niña? —le reprochó—. Si estás aquí, si no te fusilaron, se debe a que hice por ti algo que tú jamás habrías hecho por mí.

Tadeusz retrocedió un paso. La habitación parecía más oscura.

—¿Qué hiciste? —preguntó, incrédulo.

Tamara respiró hondo. Se acercó al ventanal, la lluvia seguía inmisericorde.

—Has vivido recluido en tu orgullo —le dijo sin mirarlo—. Ahora te atreves a preguntarme cómo logré sacarte de aquella prisión. ¿De verdad quieres saberlo?

Él no contestó.

—Pues bien, me entregué. Me acosté con el asqueroso cónsul de Suecia. ¿Te satisface que me hubiera vendido como tu moneda de rescate? Tu princesa sí supo caer para levantarte.

El silencio se volvió insoportable.

Tadeusz esta vez no se puso violento, a pesar del alcohol. Algo se había quebrado en su interior. Se puso el abrigo, abrió la puerta.

—No esperaba ese sacrificio, pero sabes que lo agradezco—murmuró apenado.

—Por cierto, me voy a Italia, a Milán. Tengo mi primera exhibición individual.

—Y Kizette, ¿piensas dejarla sola?

—No, se va a ir este mes con Malvina, descuida. Tú puedes seguir con tus aventuras, sufriendo tu derrota.

Tadeusz se puso el sombrero y escapó de esa conversación. Huía, como siempre. Tamara sabía que no volverían a hablar con sinceridad, esa sería su última verdad compartida.

En el silencio de la noche, la voz de Kizette, despierta a causa de la discusión, resonaba desde el pasillo del fondo. A la niña le gustaba cantar sola, jugando con sus muñecas. Fue a darle un beso y arroparla. Ese instante de ternura la sostuvo para no venirse abajo.

Se quitó los guantes, los arrojó sobre el diván y caminó hasta un improvisado estudio donde pintaba las cosas íntimas. El enorme retrato de Tadeusz descansaba, inacabado, desde hacía meses. La mirada en el cuadro le dolió. Esa mirada que la contempló alguna vez, devota, y ahora solo le reprochaba. Tamara sabía bien que lo que viniera entre los dos no sería ni traición ni venganza, pura sobrevivencia.

Por la mañana, Kizette se metió entre sus sábanas. Tenía la cara embadurnada con mermelada. Ella se la limpió a lengüetazos, como una perra a su cría. Reían. Tamara la despeinaba, se hacían cosquillas.

—¿Ayer pintaste mucho, mamá?

Tamara la besó en la frente, y le dijo:

—Creo más bien que hoy terminé algo muy importante.

Dejó a Kizette con su madre y comenzó su viaje a Italia. Llevaba las *Crónicas italianas* de Stendhal. Se sentía exhausta, casi al límite. Cuando se comprometió con Castelbarco no podía prever el cansancio físico y espiritual provocado por pintar más de cincuenta cuadros para una exposición. Se lo estaba jugando todo, como cuando Clementine apostaba en Montecarlo y ella se divertía arrojando su diablo afuera del casino. Solo que ahora habían subido las apuestas.

El tren se detuvo en Termini a las seis de la mañana, Roma amanecía airosa, hosca. Llevaba semanas sin dormir bien, pintando poseída, a una velocidad inimaginable, para llenar hasta el último muro de la Bottega di Poesía, del conde de Castelbarco, en Milán: su primera gran oportunidad. Cincuenta y un cuadros o exorcismos que compraban su libertad o al menos la hipotecaban.

Tomó un taxi al hotel Excelsior, donde se había alojado tantos años atrás con su abuela. No deshizo la maleta. Abrió la carpeta con sus dibujos sobre la cama, pero su cabeza seguía pintando hasta con los ojos cerrados.

Salió a caminar por Roma. Dieciocho años atrás, su abuela Clementine la había llevado de la mano por esas mismas piedras. En 1907, Roma tuvo el valor de una epifanía. Clementine, severa, diciéndole: «Aprende a mirar la luz. Lo demás viene después».

Tamara se detuvo frente a la iglesia. Allí estaba de nuevo *La crucifixión de san Pedro*: carne y sombra, la fe pintada sin decoro. Sintió un cosquilleo en la nuca. Lo que había pintado en París era hermoso, pero aún no alcanzaba esta verdad viva.

Se quedó casi una hora, tomando notas. Entendió que había decidido pasar por Roma no para descansar, sino para recordar dónde había nacido el primer impulso. Encontró un café junto a la Piazza del Popolo, pidió un *espresso* y sobre una servilleta comenzó a trazar, casi sin quererlo, el contorno de un torso masculino.

Al día siguiente se despertó empapada en sudor, con la garganta reseca por la calefacción y un leve temblor en las manos. Se sentó en la orilla de la cama, prendió un cigarro. El rumor de la Via Veneto llegaba amortiguado por el pesado cortinaje.

Pensó en Kizette; estaría durmiendo ahora, tal vez soñando con la voz de

Malvina, que sustituía la suya. Tadeusz quién sabe en qué andaría. Roma no le exigía nada. Solo se sentía la nieta de Clementine, la joven deslumbrada frente a Rafael.

Faltaba poco para Milán. El tren saldría en dos días a Florencia, su última parada. Esas escalas para descansar o para ir a la raíz, a encontrarse con la niña que fue, a recuperar su confianza en la pureza de la pintura.

Desde la ventanilla del taxi veía la cúpula de San Pedro recortarse contra un cielo gris de invierno. Se prometió no volver a Roma hasta tener algo verdadero que ofrecerle a su amado Caravaggio.

El tren serpenteaba por la campiña y Tamara seguía sin poder dormir. Hojeaba un viejo catálogo de la Uffizi, anticipando el estupor y el asombro.

Anotaba, codiciosa: «Botticelli, *La primavera*. Rafael, *Madonna del Cardellino*. Bronzino: todos los rostros, los cuellos, las manos».

Llegó a Santa Maria Novella poco antes del mediodía. Un mozo cargó su baúl hasta una pensión discreta cerca del Ponte Vecchio. Su habitación amplia, de techos bajos y una minúscula ventana que mostraba majestuoso al Arno. El río le recordó de nuevo la frase de su abuela: «El agua arrastra todo lo que no resiste la belleza».

Tomó una cartera pequeña y caminó hasta la Piazza della Signoria. Cada paso, una anticipación del gozo. Entró a la galería Uffizi sin detenerse a mirar a nadie, su cita era con Venus.

Frente a *La primavera*, de Botticelli, sintió un latido sordo en la sien. Recordó la mano de Clementine apretándole el hombro cuando tenía apenas diez años: «Mira la piel, Tamara. No hay pincel que invente esa luz, Sandro la hurta de Dios». Ahora sabía bien lo que era robarse luz. Botticelli, sin embargo, le enseñaba ahora, madura, que la fragilidad de la carne venía no del deseo de morir por la belleza, sino de desconocer el pecado.

Pasó de sala en sala como sonámbula. Rafael, Bronzino, la piel translúcida, los rostros casi parlanchinos.

De vuelta en el hotel, encendió una lámpara y escribió sendas cartas a Adrienne, a Malvina y Kizette. No pensaba enviarlas, les pedía perdón, prometía volver y quedarse. Sintió que se partía en dos y nadie podía pegar los pedazos en que se había quebrado para siempre. Fue la primera de varias crisis nerviosas. Pintar y desbordarse eran lo mismo. Temblaba con

escalofríos. Se sentía sucia, le costaba trabajo respirar. Las lágrimas resbalaban inevitables y lo que empezó como un sollozo se volvió un llanto interminable. Finalmente pudo dormir, exhausta.

De Florencia a Milán decidió viajar en tercera clase para sentir Italia como una paisana. Rodeada de vendedores, un par de monjas adormiladas y una madre con tres hijos traviesos y escandalosos.

Llevaba consigo solo un enorme baúl con sus vestidos más audaces y un par de sombreros que ella misma había diseñado para la ocasión. Se sentía desnuda, pues sus cuadros habían viajado antes, solos con una etiqueta prometedora: «De Lempicka, París».

Milán la recibió aún más ventosa que Roma. La galería estaba a pocas calles del Duomo: un salón pequeño, paredes blancas, sin grandes pretensiones. Pero para Tamara era la frontera a cruzar. Del otro lado quizá la libertad, dejar de sobrevivir con retratos por encargo, pintar lo que le diera la gana para siempre.

Durmió de un tirón; no lo hacía desde hacía meses. Por la mañana un joven ayudante del conde la esperaba con un coche de alquiler. Cuando entró al local, vio el suelo aún cubierto aún de polvo, andamios desarmados. Pensó proponerle a Castelbarco un color para pintar las paredes antes de colgar su obra, necesitaba controlarlo todo.

Supervisó todo el montaje dando órdenes. Cada embalaje que abría llevaba dentro una parte de sí misma. *El retrato de Tadeusz* (se había rehusado a terminarlo, dejando las manos apenas trazadas, como su relación). Mientras el ayudante clavaba los ganchos de montaje, Tamara caminaba entre los lienzos apoyados contra las paredes. Sentía el latido de sus modelos. La respiración de Rafaela. Un leve mareo la obligó a sentarse y dejar que los ayudantes terminaran de colgar.

Por la tarde, pasó revista a la iluminación. Una sola lámpara mal orientada podía arruinarlo todo. Quería que la luz apenas descansara sobre la piel de los cuadros.

Encendió un cigarrillo. Miró alrededor y le sobrevino un pánico desconocido. ¿Qué diría la crítica? ¿Al fin dejarían de verla como hombre, la señalarían por explícita, por demasiado moderna, reconocerían a sus maestros antiguos, la alabarían?

Tamara apagó el cigarrillo en el suelo pulido poniéndose de pie y sacudiendo la falda de su vestido.

—Estamos listos para el matadero —dijo, bromista, a Castelbarco más tarde.

Cuando, al día siguiente, abrió de par en par la Bottega di Poesia, la luz de marzo se derramó sobre los cuerpos suspendidos en las paredes. Los sintió tan vivos que parecían mirarla, hablarle. Había trabajado tanto para llenar cada muro. Ahora, solo faltaba ver quién los compraría. Castelbarco le aseguraba que sería un éxito.

Milán no era París, pero entendía el valor de lo nuevo. Tamara vestía un traje sastre sombrero ladeado. Recibía junto con el conde y su esposa a los invitados, como si fuese una debutante.

Hubo fascinación, no escándalo. Los críticos murmuraban frente a sus desnudos. Escuchaba adjetivos al aire: «moderna», «atrevida», «parisina». Tamara apenas era capaz de dar un sorbo a su copa mientras intentaba recordar los nombres de los asistentes y recibía elogios del brazo de Castelbarco.

Al final de la tarde, seis cuadros estaban vendidos; otros, reservados.

A pesar de lograr apenas estar en pie, no podía rehusarse a una cena en el *palazzo* Castelbarco. El propio conde la llevó en su auto, La recibieron con murmullos de curiosidad: Beatriz de Saboya, Guido Pignatelli, el marqués Guido Sommio Picardi, damas enguantadas y nobleza que se atrevían a hablar de arte y de viajes como si fuesen intercambiables.

Tamara sabía cuándo asentir, cuándo dejar que su acento extranjero se volviera adorno. Se permitía de pronto deslizar una frase irónica. Brillaba, con fascinación controlada. Esa noche tejió amistades que durarían décadas. Beatriz de Saboya le prometió abrirle puertas en Turín. Pignatelli la contrató para realizar un retrato de su hermana menor. Tamara asentía, fascinada. Casi al final de la velada Tamara salió sola a la amplia terraza del *palazzo*. La luna enorme iluminándolo todo. Por primera vez en mucho tiempo sintió que no le debía nada a nadie.

A la mañana siguiente, sin pensarlo, Tamara reservó un billete en el primer tren de regreso a París. Dejaba atrás invitaciones, promesas de nuevos retratos. Ya habría tiempo para eso. Ahora solo necesitaba

desaparecer, descansar. Sus anfitriones lo entendieron. Castelbarco le prometió que todos los cuadros terminarían vendiéndose, que vendría mucho más para ella. Mientras el tren se sacudía comatoso, pensó que lograría llegar antes de navidad con Kizette. Ni media centena de cuadros vendidos, ni toda la realeza podía más que un abrazo tibio que la esperaba detrás de una puerta cerrada.

Le dio permiso a su fatiga y cerró los ojos. Volvía a casa.

Un nuevo cuadro la perturbaba. Sabía que era un paso adelante en audacia. Eva. Tamara llevaba semanas trabajándola gracias a una joven actriz que tenía la espalda más hermosa que había pintado jamás. La piel parecía irradiar luz propia. Sus caderas le otorgaban un extraño poder. Se trataba de una Eva sin inocencia, presa del deseo. Entendió que para que el escándalo fuera total solo faltaba Adán.

Recorrió la ciudad durante varios días con la mirada entrenada. Los modelos que le proponían no eran suficiente contrapunto a su Eva real. Demasiado frágiles, demasiado ego detrás del cuerpo. Ella necesitaba alguien que cediera frente a Eva, entregándose. En el boulevard Raspail lo vio. Un agente de policía, de pie. Ayudaba al tránsito. Era joven, de mandíbula clásica. Pero era la serenidad del rostro lo que la cautivó. Lo observó más tiempo de lo prudente. Él se volvió a mirarla, Tamara le sonrió y sin pensarlo le preguntó:

—Perdone, ¿usted tiene tiempo libre durante las tardes?

Él frunció el ceño, desconcertado.

—Depende de para qué.

—Para el arte. Estoy pintando un Adán y usted me parece perfecto.

El silencio fue largo.

—Soy pintora —le dijo, quizá demasiado tarde—. Tamara de Lempicka —y le extendió la mano. El policía la examinó. No había oído hablar de ella. No parecía una excéntrica peligrosa. O si lo era, algo le pareció atractivo en la oferta.

—Si está pintando un Adán, supongo que tengo que posar desnudo.

—Sí, o a medias—dijo Tamara, sin un pestañeo—. Pero no hoy. Venga

primero a mi estudio, vea el cuadro que estoy pintando, conozca a mi Eva y luego decida.

El policía aceptó. Se llamaba Lucien. Había sido boxeador *amateur*. Cuando vio el cuadro, se acercó tanto que sus nudillos rozaban la pintura aún fresca en el muslo de Eva.

—¿Ella también posará desnuda?

—Sí, pero no al mismo tiempo, no se preocupe.

—¿Y si lo hiciéramos juntos no sería mejor?

No era solo su cuerpo lo que buscaba, sino el contraste de energías: la Eva de mirada ambigua y el Adán que apenas entiende lo que es ser observado. No se trata de un diálogo, busca una tensión nueva.

Pasados unos días se dio el encuentro que anticipaba su Adán. Ya no lograba imaginarlo vestido de policía. La luz color amarillo; Eva se quitó la ropa sin pudor. Lucien se despojó de la suya con mayor lentitud, inexperto. Tamara ayudó a colocar sus cuerpos bajo el gran ventanal. La pose no sugería contacto alguno.

—No se dirijan la vista el uno al otro —ordenó—. El paraíso no precisa ser mirado.

Ella aplicaba el óleo sobre la superficie callada. A veces se levantaba a cambiar la inclinación de los cuerpos. La tensión era perceptible. No los tocaba, dirigía sus movimientos como coreógrafa. Se acercaba a un brazo, les alzaba la mejilla. Dibujaba con la espátula una sombra en el abdomen cuando regresaba al lienzo.

A media sesión, el silencio se volvió insoportable. Lucien rompió la quietud.

—¿Y si nos tocáramos? ¿Apenas un roce?

Tamara lo observó.

—¿Tú deseas tocarla?

—No lo sé, siento que mi cuerpo lo pide.

Eva, aún inmóvil, sonreía.

—No me parece mal —dijo— si la artista lo aprueba.

Tamara guardó silencio. Caminó hacia ellos. La luz definía el cuerpo de Lucien. Eva posaba como si ya estuviese pintada. En lugar de contestar, Tamara tomó sus manos y las colocó distintas, con delicadeza: un dedo

sobre el ombligo, las caderas que apenas se rozan. Las rodillas son la línea de fuga.

—No se muevan ya.

París no existía afuera. En el interior, solo una vibración en los cuerpos, la inclinación perfecta que sugiere el deseo. Esa verdad que Tamara intuía y no encontró ni en el matrimonio ni en la fidelidad.

Tras varias horas, los tres estaban fatigados. Mireille solicitó un vaso de agua, Lucien cubrió su cuerpo con una manta, estiraba los brazos, sentía dolor por haber sostenido tanto tiempo la postura. Tamara seguía muda. Abrió la ventana y dejó que entrara el aire helado. El lienzo frente a ella vibraba, parecía vivo. Aunque las figuras representadas estaban incompletas, se adivinaba la expresión final. Profanos, herejes modernos.

Lucien se le acercó, envuelto apenas en la manta.

—¿Hemos terminado la sesión?

—Sí —dijo ella sin mirarlo—. Pero tienes que volver. Algo me dice que no has mordido la manzana.

Él sonrió, sin saber si se trataba de una broma o una orden.

—¿Y yo necesito volver? —preguntó Mireille, ronca.

Tamara la observó un instante y le acarició la mejilla.

—Estás desnuda sin pudor, ¿te dice eso algo?

Los tres rieron. Tamara recogió los pinceles y los sumergió en aguarrás. Luego, les ofreció una copa de vino a manera de despedida.

—Brindemos por la belleza y por la desobediencia.

Se trataba de la última sesión. Ni abriendo las ventanas se soportaba el calor. El lienzo esperando el final. Los cuerpos transfigurados en símbolos. Adán, de pie, con la cadera apenas torcida; Eva con la boca entreabierta; la serpiente, apenas insinuada en el trazo. El inexistente abrazo, una amenaza.

Tamara dejó caer el pincel al suelo sin querer. Estaba agotada, pero su cuerpo aún pedía más. El piso cubierto de pintura seca. Ella miró el cuadro, satisfecha.

—Vengan —les dijo, sin levantar la voz.

Lucien la miró, confundido. Mireille se estiró con cierto vértigo. Tamara

no explicó. Fue a sentarse en un taburete. Los tres, contemplando la pintura enorme, comenzaron a tocarse. Se besaron.

No fue solo sexo, sino algo más antiguo. Rítmico y ritual, ajeno a toda urgencia. Depuestas las armas, sus cuerpos rendidos. Luego al fin quietos, despojados de sí mismos.

—¿Estás bien? —susurró Mireille.

—Nunca estuve mejor —contestó Tamara.

Entonces Tamara se puso de pie. Caminó hasta el cuadro, lo contempló como si lo viera por primera vez. Tenía el torso erguido, las manos manchadas, el cabello suelto. Se supo desnuda y fue a cubrirse con un batín.

—Este cuadro es mío, no de ustedes. —dijo— Pero sin ustedes no existiría.

Tamara los besó a ambos en la frente y les indicó la puerta. Se vistieron recuperando el pudor, mientras el sol hería el suelo manchado. Al quedarse sola volvió a mirar el cuadro. Lo había logrado. No sabía cuándo podría exponer ese cuadro. París no estaba preparado. Al ver uno de sus desnudos, mucho menos provocador, un crítico había escrito que solo los hombres podían pintar mujeres desnudas, que había algo perverso en ella. Aún resentía esas palabras. Y estaba por supuesto el tono blasfemo. Adán y Eva en su cuadro habían decidido no arrepentirse, prolongaban el deseo.

Apagó la luz.

15

CUERNAVACA

Charlie Mingus llegó a Cuernavaca para curarse de la enfermedad que lo mantenía postrado. Creía que una influencia sobrenatural producto de un embrujo africano era el causante de su mal. En el pasado su sola presencia física ocupaba todo el espacio. Por la gravilla del jardín de Tres Bambús las ruedas de su silla de ruedas emitían un sonido agudo y bajo. Susan Graham, su esposa, lo empujaba con dificultad. Era actriz y el amor la había convertido en enfermera.

—Me han hablado tanto de usted, baronesa. Nuestro mutuo amigo Arthur Rubinstein se deshace en elogios —me dijo Charlie, deteniéndose a la sombra del vigilante flamboyán del patio—. Gracias por su hospitalidad.

Su voz era la única parte de su anatomía que recordaba la intensidad de sus años de músico. Le di la bienvenida y Víctor nos abrió de par en par la puerta de la casa.

—Pase, maestro —indicó él con una cortesía reservada a quienes sufren.

Nos reunimos esa primera tarde bajo la terraza de Tres Bambús. Víctor me había ayudado a montar una mesa sencilla, llena de frutas y aguas frescas.

Los Ortíz Monasterio asistieron en el horario acordado. Felipe y Gaby se habían vuelto tan cercanos. Sin protocolos, se sentaron como parte de mi familia. Detrás de Charlie, Susan apoyaba sus manos en los hombros, impidiendo que la silla se moviera. Su camisa de algodón blanco ondeaba.

—¿Qué lo trae hasta nosotros? —preguntó Víctor, mientras servía las aguas.

—Una bruja —dijo—. Gerry Mulligan me aseguró que este país es el destino de quienes ya no creen en la medicina.

—Pachita es la persona —murmuró Gaby, quitándose el sombrero para abanicarse—. Vive allá por Tepoztlán, junto al cerro. Habla más náhuatl que español. He ido un par de veces y siempre me cobra distinto sin dar explicaciones.

—Es ella la indicada, entonces—respondió Charlie—. ¿Me ayudan a conseguir una cita?

Comimos despacio, quizá porque el calor hacía lentos los movimientos.

Susan le partía trozos de papaya y los ponía en su boca, para evitar que se ensuciase. Me faltaba música, solo era posible escuchar la respiración dificultosa de Mingus.

—¿Tocará algo? —me preguntó Felipe en voz baja, evitando que lo escucharan.

Le indiqué que eso no sucedería. Charlie había dejado de tocar hacía tiempo.

Mencionamos Nueva York recordando los bares del Harlem. Él se quejaba de la cantidad de veces que no querían las aerolíneas transportar su contrabajo.

—¿Usted confía en la capacidad de una bruja para curarlo? —se atrevió Víctor, con cautela.

Charlie lo interrumpió, con una tos seca.

—Aunque no me cure, me consuelo con saber de qué demonios me estoy muriendo.

Susan y Charlie alquilaron una vieja propiedad en el centro a la que llamaron Casa Verde. Estaba llena de plantas. El patio era hermoso. La pareja no podía usar más que la primera planta debido a la enfermedad de Mingus, pero la habitaban con la gracia de haber vivido allí por siempre. A mí me parecía un pequeño palacio vegetal.

Fui invitada a cenar con ellos la segunda semana. Felipe y Gaby llegaron conmigo, y Víctor se ofreció a traer vinho verde, su favorito. Susan abrió la puerta apenas con una sonrisa. Detrás de ella, el sonido de un tocadiscos con la música del contrabajo de Mingus.

Charlie estaba en su silla, frente a una mesa de hierro.

—Baronesa —dijo sin casi alzar la voz—. Bienvenida a mi hospital tropical.

Sirvieron mole y arroz. Charlie nos contó que le encantaba la comida mexicana que le preparaba su cocinera. Susan nos atendía, a ratos colocándose detrás de Mingus para preguntarle con ternura si podía traerle algo más.

—¿Qué escuchamos? —pregunté.

Charlie me miró.

—*Let My Children Hear Music*. Una vieja grabación mía.

Cuando terminó el disco Charlie pidió una copa de mezcal, pero Susan solo le sirvió la mitad. Él la bebió ritualmente, con los ojos vidriosos.

—¿Sabe qué ocurre si ya no puedes tocar? —me preguntó, sin mirar a nadie más—. Nunca dejas de ser músico. Escuchas tus propias notas como poseído.

Nadie se atrevió a comentar nada. El calor no cedía. De la nada escuchamos a Charlie llorar. No era un llanto dramático: era un sollozo que parecía surgir de lo más profundo de su pecho. Susan se le acercó, puso una mano en su cara, otra en su nuca. No dijo nada. Solo lo sostuvo. Cuando se calmó, nos miró pidiendo disculpas en silencio.

—Creo que ya sé cuánto tiempo me queda —murmuró—. A ver qué dice la bruja.

Felipe cerró su cuaderno de golpe.

—Entonces aprovechemos los días, que valgan la pena —le dije, tendiéndole mi mano. Charlie la sostuvo, tembloroso, como si le costara recordarse fuerte.

Cuernavaca es imprevisible. Una tormenta nos sorprendió en el patio. Víctor ayudó a Susan a llevarse a Charlie a su habitación.

Desde el umbral, lo escuché murmurar algo. Susan le respondió en voz tan baja que solo se escuchaba el ritmo, no las palabras. El tocadiscos seguía girando en el comedor, un surco rayado que repetía un mismo acorde roto.

Susan salió a despedirse.

—No sé si hice bien trayéndolo aquí. En Nueva York, la ciudad lo ahogaba a pesar de estar feliz porque el presidente Carter lo recibió en la Casa Blanca. Cree que un enemigo muy poderoso lo envenenó en África.

Le ofrecí un cigarro y fumamos en silencio. Se escuchaban solo las ranas.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué harás cuando...?

—Cremarlo e irme a la India —dijo—. Tengo que cumplir su promesa de arrojarlo al Ganges.

Nos preparamos para el viaje a Tepoztlán a ver a Pachita como si nos embarcáramos en una expedición. Felipe insistió en que usáramos su camioneta. Gaby adelante, el cabello cubierto con una pañoleta. Víctor y yo en la tercera fila para dejar libre el espacio más amplio para Susan y Charlie.

Charlie no se quejaba, a pesar de la estropeada carretera.

—Dicen que en este cerro viven aún dioses antiguos —comentó Felipe, girándose un segundo.

Charlie soltó una risa ronca, pero enseguida tosió. Susan le ofreció agua.

A lo lejos, el Tepozteco parecía emerger de la nada, enorme. Cada tanto nos cruzábamos con camionetas cargadas de flores hasta desbordarse o camiones de redilas con barriles de pulque.

La casa de Pachita estaba detrás de un cerro pelón. Gaby era la única que conocía el lugar y nos conducía sin titubeos. Tocó tres veces con los nudillos.

Pachita apareció detrás de la verja de madera, pequeña y canosa. Sus pies descalzos parecían raíces que la pegaban a la tierra. Tenían su mismo color.

Su dedo artrítico señaló a Charlie.

—Este —dijo sin saludar— trae fuego negro en la panza.

Contuvimos la respiración. Charlie parecía un toro cansado. Susan empujó su silla unos pasos más. Seguimos el camino detrás de la curandera.

El cuarto olía a copal, velas a medio consumir, imágenes de santos colgadas en las paredes. Un gallo negro dormía encaramado sobre una viga.

Pachita nos pidió que colocáramos a Charlie sobre un petate. Susan y los hombres se ofrecieron, Gaby yo nos quedamos en silencio. Pachita se arrodilló junto Charlie. Le levantó la camisa y apoyó la palma de su mano seca sobre el vientre enorme. Luego la hundió con fuerza. Charlie cerró los ojos.

—¿Qué puede ver, Pachita? —preguntó Gaby, impaciente. Le había dicho al concertar la cita que Charlie había sido embrujado en África.

Pachita no dijo nada. Se limitó a mover los dedos, trazando un círculo sobre la piel oscura de Charlie, y murmuró algo en su idioma.

Luego abrió los ojos, sin soltar el vientre.

—No es brujería —dijo despacio—. Tiene la carne podrida Su sangre se envenena solita. No hay amarres. La muerte crece en tu cuerpo, hermanito.

Charlie sostuvo la mirada de Pachita:

—Un viejo brujo me echó la maldición en África. Me quería arrancar la música.

Gaby le traducía todo a la curandera y luego sus respuestas a Mingus.

Pachita retiró la mano. Se limpió la palma en su vestido, como si la carne de Charlie le hubiera dejado hollín.

—No hay maldición, ya te dije —repitió—. Es tu propio fuego el que te quema. Quieres culpa para no cargar peso.

Susan mantenía la mano sobre la cabeza de Charlie, consolándolo.

—No —insistió Charlie—. Usted no los vio hacer el conjuro. Dibujaron un círculo con sal y cantaron toda la noche.

Pachita se levantó despacio. Caminó hacia su altar. Tomó unas ramas de ruda, un cuenco de agua y un puñado de un polvo rojizo.

Regresó al petate, se colocó tras Charlie y empezó a golpearlo suavemente en el abdomen con la hierba. Rezaba, tragaba agua de su cuenco y la escupía al suelo de tierra. Al final untó el polvo en la frente de Charlie y se agachó frente a él de nuevo:

—El fuego que traes no vino de otro. Lo sembraste tú y ahora quieres que otro lo apague.

Charlie negó con la cabeza, furioso.

—Entonces, ¿qué pretende? —señaló la ruda—. ¿Para qué sirve todo eso que me hizo?

Pachita abrió su boca sin dientes.

—Sirve para que escuches. Lo demás es nada. Si quieres vivir un poco más deja de culpar a otros.

Felipe intervino desesperado.

—¿Cuánto le queda? —preguntó.

Pachita lo miró con una severidad que le cerró la boca.

—Tres meses si se cuida. Menos si sigue bebiendo. —Miró a Susan—. Ella sabe qué hacer.

Susan bajó la cabeza.

Pachita nos señaló la puerta.

—No vuelvan —dijo sin despedirse.

La tarde caía sobre Tepoztlán mientras descendíamos en la camioneta. Nadie se atrevía a decir palabra. El cerro se recortaba ahora contra un cielo violeta. En la carretera, Charlie respiraba con dificultad. De vez en cuando, Susan se inclinaba para susurrarle algo. Cuando volvimos a Casa Verde era ya muy noche. Entre Víctor y Felipe lo cargaron como a un hermano mayor. Susan nos despidió con la mano, deshecha.

Charlie quería conocer el Raquet Club. Insistía en observar de cerca a los poderosos que detestaba. Lo dijo así, con la copa de mezcal en la mano. No había dejado de beber.

Nadie tuvo el coraje de discutirle. Víctor se ofreció a manejar, como siempre que intuía que alguno de nosotros bebería más de la cuenta.

Nos instalaron en un lugar discreto, pero desde donde Charlie podía ver la mesa catorce, la más vigilada, la más codiciada. La mesa del Sha, siempre acompañado de su esposa Farah y rodeados de sus perros afganos.

Charlie no apartaba la vista. Susan, a su lado, mantenía una mano en el respaldo de su silla de ruedas. Gaby se reclinó para susurrarme:

—¿Crees que el Sha sepa quién es Mingus?

—El Sha, no —respondí—. Pero Farah se moriría por pedirle un autógrafo.

Al destino parecían gustarle mis ironías: Farah Pahlavi, impecable en un vestido de seda crema, se levantó de su mesa y caminó hacia la nuestra.

—Baronesa —dijo, posando apenas la mirada en mí, toda su luz reservada para Charlie—. Señor Mingus... es un honor conocerlo.

Charlie, inmenso, apenas levantó la cabeza.

—¿De veras? —roncó Charlie—. ¿Cuál disco prefiere?

Farah apenas parpadeó.

—Oh... todos —respondió—. Su música es tan moderna.

Contuve una carcajada, bebiendo de mi copa. Charlie la miró de arriba abajo. En Irán lo hubieran colgado por menos.

—Moderna —repitió—. Eso también se dice de las bombas.

Farah inclinó la cabeza y se despidió, segura de sí misma.

—Me gustaría recibirlo en casa, si le es posible. Pondré uno de sus discos

esperando que no explote —. Ella no solo era un as contestando con su raqueta de tenis.

Charlie se acomodó en su silla, mirándola regresar a su mesa, como flotando. Murmuró apenas:

—En otras circunstancias incluso hubiera pedido mi contrabajo.

Víctor, que había seguido todo, comentó:

—¿Te imaginas esa mujer bailando *Haitian Fight Song*? Se nos deshace.

Felipe levantó su copa.

—Brindemos, entonces, por tu música eterna, Charlie.

—Y moderna —se atrevió a bromear Susan.

La sopa era insípida, y el filete, anodino. El pianista de fondo se defendía con algo de Gershwin. Charlie lo escuchaba con desprecio. Cada tanto se inclinaba hacia mí para comentar.

—Este tipo —gruñó— tiene las manos de un gorila. No deberían dejarlo cerca de un piano.

—Ni de un tenedor, si me apuras —respondí.

Gaby soltó una risita nerviosa, mirando hacia la mesa catorce. Farah hablaba con el impertérrito Sha, quien parecía preferir conversar con su vaso de whisky.

Charlie se removió:

—Míralo, Tamara. Un rey sin reino. Yo soy un músico sin instrumento. Tocamos todos en la misma maldita orquesta.

Víctor pidió más mezcal. Susan se tensó, pero no dijo nada. Sabía que discutirle a Charlie la bebida la arriesgaba a perder.

—Quiero hablar —dijo Charlie, de pronto, clavando la mirada en mí como si pidiera permiso.

—Habla, entonces —contesté.

Charlie rio con esa risa breve que le quedaba. Pidió el micrófono al pianista. Los mozos detuvieron su danza. Algunos socios cuchichearon nombres y fechas. No tenían idea quién era ese hombre en silla de ruedas. Charlie no tocó, claro.

—Cuando uno muere lento —dijo—, descubre que el silencio es un privilegio. La música es para otro tiempo, cuando las notas duelen. Yo toqué siempre para recordarles que estaban vivos.

Nadie se movió. Al fondo, el Sha lo escuchaba absorto.

—Si aún tuviera mis dedos, tocaría para abrirles el corazón y sembrarles nuevas heridas —continuó Charlie—. Pero no puedo tocar más y, como ustedes, tengo que escuchar esto.

Miró al pianista con desdén. Se le cayó el micrófono. Aplaudieron tímidamente. Al día siguiente los periódicos darían cuenta de la elegía de Charlie Mingus y el desconcierto de los socios.

Susan se inclinó y puso una mano en el hombro de Charlie. Salimos en medio del aroma de las gardenias y subimos a Charlie como a un santo herido a la camioneta.

Mientras arrancábamos, Charlie, con la cabeza recostada en el respaldo de su silla, murmuró algo apenas audible para Susan. Ella lo compartió más tarde:

—Dijo: «Si pudiera volver a tocar una sola nota, haría que hasta el Sha se arrodillara».

Nos alejamos del Raquet Club. La brisa cálida de Cuernavaca nos arropaba; la ciudad no podía comprender que albergaba a un dios moribundo.

Después de aquella tarde en el Raquet Club, Charlie ya no volvió a salir de Casa Verde. Fue como si hubiera dejado caer algo en ese salón de mesas blancas y mozos inquietos y ya no tuviera energía para ir a buscarlo.

Los Ortiz Monasterio lo visitaron una vez más, invitándonos a todos. Le llevaban un inmenso ramo de flores, como si en su casona se necesitaran más plantas. Gaby, siempre con su abanico, se sentó junto a Susan en la terraza, como una hermana improvisada.

Charlie estaba allí, inmenso, en su silla de ruedas con las piernas cubiertas por una manta. Picoteó un poco de queso, mordisqueó un pedazo de pan. Bebía mezcal con una lentitud ceremonial.

—Hoy no hablemos de doctores ni de brujas —dijo, de pronto, golpeando la mesa con la base de su copa—. Hoy hablemos de pájaros o de nada.

Felipe alzó su copa de vino, riendo:

—Brindemos por nada, entonces.

Víctor contaba una historia improbable de un arquitecto millonario que quería forrar una piscina con mármol travertino traído de Egipto. Gaby escuchaba a medias, pelando un mango con la punta de un cuchillo. Susan me confesó: «Anoche no pudo dormir. Se despertó llamando a su madre». Había algo infantil en la forma en que Charlie giraba la cabeza para seguir nuestra conversación. A ratos cerraba los ojos y parecía dormirse sentado. A ratos se despertaba con un leve sobresalto.

Cuando la luz empezó a quebrarse sobre las hojas, Susan pidió ayuda para acostar a Charlie. Había una grabadora portátil y Charlie pidió que la acercaran. Susan puso un casete virgen. Él se mojó la garganta con un último sorbo de mezcal:

—Para ti, baronesa. Y para Susan.

Luego continuó:

—En Nueva York me decían que era un toro. Aquí, en Cuernavaca, aprendí que puedo ser un ave frágil también. —Tosió—. Quiero que cuando me cremen no tengan miedo y que se bañen todos en el Ganges con mis cenizas.

Respiró hondo.

—Gracias por escucharme sin contrabajo. Nuestras pláticas eran música también.

Susan detuvo la grabadora y lo besó en la frente. Era una despedida. Salimos de la habitación para dejarlo descansar. La noche era espesa, cargada de grillos.

Charlie se apagó en enero, sin sobresaltos. Susan me llamó por teléfono, una llamada breve, práctica, con la voz quebrada solo en el segundo exacto en que dijo «Ya no está». No hubo ceremonia, solo un crematorio anónimo en la Ciudad de México. Ninguna funeraria de Cuernavaca brinda el servicio.

Le ofrecí acompañarla con Víctor, pero se negó. «Esto me toca a mí sola, Tamara».

Volvió a Cuernavaca una semana después. Llevaba la urna, pequeña. Increíble que en esa vasija cupiera entero el inmenso Charlie Mingus. La colocó junto a la grabadora y la manta que cubría la silla de ruedas.

—Es liviana —me dijo—. Pero es lo más pesado que he cargado nunca.

Nos sentamos. Abrió una botella de mezcal, la misma que Charlie había dejado a medio vaciar. Bebimos.

Me mostró los boletos: un viaje sola a la India, un contacto en Benarés, el río sucio. Me contó que había elegido un rebozo de seda para envolver la urna: «Charlie odiaba la seda, decía que no era para hombres. Así se irá riendo».

Meses después recibí una postal. Una fotografía barata de un templo sobre el río. En el reverso, solo dos líneas de Susan: «Ya reposa entre vacas y flores podridas, como quiso el loco». Nunca retraté a Charlie. Su rostro era más un recuerdo, un acorde que ahora se me pierde también.

16

ESTADOS UNIDOS

1929

Tadeusz desapareció sin decir nada, sin siquiera enviar un telegrama. Había dicho que iba a Varsovia a resolver un asunto familiar, pero simplemente no regresó. La ausencia no extrañó a Tamara el primer mes; cuando pasaron dos, sobrevinieron la ansiedad y la rabia. Nunca la resignación.

Los amigos comunes no sabían de él o fingían no saber. Algunos aseguraban haberlo visto en Cracovia o mencionaban Viena. El nombre de Irene Spiess comenzaba a aparecer con timidez en esas comunicaciones esporádicas. A pesar de no estar juntos desde hacía tanto tiempo, decidió ir a encararlo. Le habían mandado un anónimo que rezaba: «Varsovia. Calle Wilcza. Irene Spiess».

Llegó a Varsovia solo para asegurarse de que estaba con otra mujer. Dio la dirección. Un edificio de tres pisos, imponente. Tadeusz estaba allí. Salía desprevenido con un sombrero en la mano, el rostro despejado. No la reconoció al principio. Luego se detuvo, el cuerpo tieso.

—¿Qué haces aquí? —dijo sin acercarse.

—Eso mismo te pregunto yo.

La invitó dentro, para explicarle. Irene apareció por el pasillo. Tamara casi ni la miró. Solo se quedó de pie como una visitante en casa de un muerto.

—Podrías haber escrito —dijo Tamara—. No soy una criada.

—No quería herirte —respondió él, torpe.

—Lo has hecho igual, sin el menor estilo.

Irene desapareció.

—¿Y Kizette? —dijo él.

—¿Me preguntas por Kizette? Eres un descarado.

Repitieron los reproches de siempre. Él la acusó de irresponsable y ella lo llamó cobarde. Él le recriminó abandonar su matrimonio y a su hija por la pintura.

—¿Crees que he vivido para mí? —gritó ella—. ¿Tú crees que a mí me resulta fácil vivir de esto? ¿Sabes lo que es entrar a un salón con hambre y fingir que estás ofreciendo tus cuadros cuando solo estás vendiendo tu propio miedo?

Tadeusz la miró sin responder.

—No te vine a suplicar nada. Vine a cerrarte la puerta para siempre. No se te ocurra volver a París a buscarme. Y nunca le digas a mi hija que la dejaste por su bien. Somos libres, grandísimo canalla.

Bajó la escalera sin mirar atrás. En la esquina, vomitó.

Al regresar a París decidió primero ir a su estudio. Ya iría a recoger a Kizette después. Era invierno. Se quitó el sombrero y el abrigo y los dejó caer sobre una silla. Se sacó los guantes, la bufanda y se quedó descalza. Se sentó junto al caballete vacío que le pareció de pronto una tumba. Encendió su sempiterno cigarro. Las primeras caladas le ardieron en la garganta, quizá porque llevaba días sin fumar. Pensó en Tadeusz, sus silencios más crueles que cualquier insulto, en que nunca la había mirado como ella necesitaba. Lo amaba, estúpidamente. O creía haberlo amado. ¿De qué le había servido todo lo que había conseguido como pintora si ahora se sentía tan infeliz sin él? Se culpó, idiota, de las infidelidades de Tadeusz.

No entendía por qué demonios lo necesitaba tanto, si no lo tuvo nunca. ¿O era puro orgullo? ¿Un orgullo maldito, como el de Malvina cuando Benno se ahorcó en un hotel de Moscú? Su madre también había llorado tres días sin parar. Entonces decretó tres días de duelo. Solo eso.

Tres días después, en el medio del dolor, vino el recuerdo de Milán y lo que le dijo un crítico:

—Usted ha creado un estilo. Ya no depende de los hombres.

Ella lo creyó y volvió a París con los bolsillos llenos. Creyó que la gloria sustituiría lo demás. Ahora comprendía que la gloria no sirve cuando no tienes a quién contarle el triunfo o con quién compartir la derrota.

Se levantó. Abrió una ventana y encendió otro cigarro. Dejó caer la cabeza contra la pared y se dijo en voz alta:

—No soy tan fuerte como creí.

Lloró de nuevo. No tanto por Tadeusz sino por el amor que nunca tuvo. La madre que la crio con furia y la hija que veía tan poco.

Al día siguiente aceptó el encargo de pintar a una pareja en Nueva York. No la movía la ambición, necesitaba de nuevo huir.

El barco atracó bajo una lluvia tenue. Desde la cubierta, Tamara distinguió el perfil de Manhattan, con sus torres altísimas que desafiaban el cielo. La Estatua de la Libertad le pareció más pequeña de lo esperado.

Bajó del vapor con un abrigo de lana gris perla, enormes guantes blancos. En la terminal la esperaba un chofer con uniforme negro y un cartel: «Mme. Tamara de Lempicka». Un joven sostenía un gigantesco ramo de flores.

—Del señor Bush —dijo con una amplia sonrisa que ella no dejó de calificar como estadounidense.

Tamara tomó el ramo, aspiró su perfume y las arrojó al asiento del Packard.

Las avenidas con ríos de automóviles moviéndose con lentitud. Tamara pensó que en esa ciudad no había espacio para la melancolía: todo era presente, iluminación y promesa.

Se instaló en el Plaza, frente a Central Park. Su *suite* tenía tapices pálidos y una bañera enorme como piscina. El *concierge* le entregó una carta manuscrita: una invitación de los Bush a cenar en su *penthouse* en Park Avenue esa misma noche. «No hay duelo posible cuando te esperan con champán», pensó. Y se dejó caer sobre el diván, como una actriz que ensaya su entrada en Broadway.

El ascensor subía lentamente, igual que el ritmo ceremonial de un vals. En el piso dieciocho, un mayordomo la recibió con una reverencia que no le pareció servil. Rufus Bush era más joven de lo que imaginaba. Cabello negro peinado hacia atrás, mentón de jugador de tenis y una mirada penetrante, de lince.

—Madame de Lempicka. Mi prometida ha soñado con este retrato desde que vio sus obras en *Vogue* y *Die Dame*. Entenderá usted que cuando una mujer se enamora de un cuadro, no hay discusión posible.

Tamara lo examinó con rapidez: heredero del petróleo, modales de Harvard, nerviosa seguridad. Luego apareció Elaine, la prometida. Apenas veinte años. Un vestido de lamé dorado que hacía juego con la luz. Ojos redondos y su belleza cuidadosamente inofensiva.

—Quiero que me pinte como si no fuera yo —dijo, sentándose en un diván *art déco* con las piernas cruzadas—. Como si fuera otra, más peligrosa.

Me fascinan sus retratos, quiero ser una de esas mujeres.

Tamara arqueó una ceja.

—Puedo hacerlo —respondió—. Pero no será barato.

Rieron. Él más fuerte.

El estudio que le habían preparado se ubicaba en el ático de una galería en el Village. Tenía una vista parcial del puente de Williamsburg. El primer día, Tamara se dedicó a tensar los lienzos. Abrió sus cajas de óleos y alineó sus pinceles.

Elaine podía posar tres tardes por semana, debido a todos sus compromisos sociales. Tamara la observaba corrigiendo sus posturas, indicándole con un gesto hacia dónde debía mirar.

El retrato avanzaba con deliciosa lentitud. Todo lo contrario de París: aquí nadie la interrumpía. Nueva York parecía entender que el arte solo tenía que cobrarse.

En las noches recorría los bares. La prensa empezaba a hablar de ella. Rufus la llevó a cenar al Waldorf para presentarla con algunos coleccionistas. Uno le pidió que retratara a su madre en el lecho de muerte. Se negó con cortesía.

Harper's, *The New Yorker*, incluso *Time*, anunciaban su llegada.

Rufus Bush le duplicó el pago, complacido cuando Elaine le contó que lloró al ver el cuadro inconcluso.

—¿Quién es ella? —preguntó, tocando su propia cara en el lienzo.

—La mujer que serás cuando no esperes que nadie te mire.

Tamara no podía dormir. En la *suite* del Plaza, entre almohadas de plumas y telegramas, solo pensaba en Kizette. En el ganso de juguete que había dejado en el borde de su cama, en sus cartas escritas con faltas de ortografía y ternura salvaje. Pensaba inevitablemente también en Tadeusz, en Irene Spiess, su nueva mujer, en ese otoño polaco donde el amor se había congelado para siempre.

Una noche bajó a caminar por la Quinta Avenida. Pensó en el retrato de Elaine, ya casi terminado, y en sus manos, que había delineado con parsimonia. Pensó entonces en voz alta, frente al Hudson:

—Ningún país me puede salvar, pero este me permite naufragar con dignidad.

Después partiría hacia Pittsburgh. Cuatro meses en Estados Unidos bastarían para alejar por siempre el fantasma de Tadeusz.

El tren se detuvo con un silbido agudo. El vapor y la neblina industrial de Pittsburgh se fundían. La ciudad exhalaba desde las entrañas de sus fábricas. Tamara de Lempicka descendió con paso firme, su sombrero ladeado. La seguía su copioso equipaje, adquirido en su mayoría en la Quinta Avenida.

Un olor violento, viril lo impregnaba todo. Había algo en esa ciudad que se alzaba entre colinas y chimeneas. Las fábricas, con sus esqueletos de acero, provocaban horribles cicatrices en el cielo.

La estación atestada de viajeros con maletines y periódicos bajo el brazo. Nadie la reconocía y eso le dio una extraña libertad. En París ya la miraban con una mezcla de envidia y desprecio. Aquí era solo una mujer bien vestida con acento europeo. Anónima.

Un joven del museo la esperaba. El muchacho la condujo hasta un coche negro que aguardaba en la salida. En el trayecto atravesaron puentes metálicos y calles flanqueadas por tiendas modestas y anuncios multicolores. El cielo, un techo de nubes sucias.

—¿Primera vez en Pittsburgh, madame? —preguntó el joven.

—Primera vez en América —respondió ella, sin sonreír.

El hotel estaba en el centro, frente a un parque donde los árboles aún portaban hojas del otoño tardío. Un botones abrió la puerta del coche y otro se apresuró a tomar las maletas. Al entrar al vestíbulo, Tamara se dijo que tal vez este país no era tan tosco como había temido.

El recepcionista la saludó con deferencia. Le habían preparado la *suite* más elegante, con una sala decorada en tonos esmeralda y cobre, y un ventanal que daba al río Monongahela. Desde allí podía verse una parte de la ciudad. Cerró las puertas tras el botones y se quitó los guantes lentamente. El teléfono sonó, imprudente.

—Mme. de Lempicka —dijo una voz del otro lado del auricular—, le habla la señora Worthington, del Carnegie Institute. Solo queríamos darle la

bienvenida. El señor Collins, el curador, irá a recogerla mañana para revisar los detalles de la exposición.

Tamara respondió cortés. La ciudad no era bella, pero tenía carácter: un rostro con cicatrices más fascinante que la cosmética perfección.

Esa noche cenó sola en el comedor del hotel. Pidió vino francés y un filete que le pareció demasiado grueso. Observó a los hombres de negocios a su alrededor. Nadie la miraba. «Así comienza la fama», pensó. «Primero te ignoran, luego te necesitan y finalmente te compran».

Era 1929, y Pittsburgh ardía con la promesa del acero y la novedad.

En el museo los técnicos hacían su trabajo. Tamara se detuvo frente al retrato de Romana de la Salle vestida de rosa, provocativa.

—¿Quién planeó la iluminación?

—Nuestro equipo de conservación trabajó con el escenógrafo del teatro. Queríamos que cada obra tuviera su propia atmósfera.

—Me agrada. Nada de luz directa. Ese cuadro debe aparecer casi oscuro.

El director del museo, acento del sur, apareció de pronto con una taza de café en la mano. «Los estadounidenses todo lo desean portátil», pensó.

—Madame de Lempicka, permítame felicitarla. Esta será la primera exposición individual de una artista extranjera aquí. No ocurría desde hace más de diez años. Estamos encantados de contar con usted.

Ella le agradeció con una leve inclinación de cabeza.

—¿Y el público de Pittsburgh entiende la pintura moderna?

—Digamos que la está descubriendo. Su trabajo, sin duda, marcará un antes y un después en nuestra ciudad industrial.

Tamara se volvió hacia su retrato de Renata Treves. Su rostro altivo mirando al más allá, esa melancolía infinita tras el abrigo y el vestido verde. Su escote enorme que no anunciaba nada.

—El arte no se entiende —dijo para sí—. No se explica, solo se le mira.

Agnes Merriweather, la asistente, anotaba algo en una libreta de tapas verdes. Tamara se acercó a ella, le colocó una mano en el hombro y le susurró:

—Ponga mi nombre en la pared con letras doradas y simples, nada cursi.

Esto es América.

La curadora asintió sin levantar la vista.

Tamara recorrió una vez más las salas. Observó cada detalle: los espacios entre cuadros, la disposición incluso de los bancos para sentarse. Era exhibida ahora en un museo estadounidense, con su obra desplegada en ese enorme museo. No era poco.

Al salir al frío, el sol ya descendía tras los edificios de acero. Salió al frío, envolviéndose en su abrigo de piel. Bajó los escalones del Carnegie con paso lento.

La exposición estaba lista. Y el continente, preparado para adorarla.

Por la noche, en la inauguración el vestíbulo era un hormiguero. Al fondo, detrás de una cortina de terciopelo verde olivo, aguardaban los cuadros de Tamara de Lempicka con su tono de manifiesto.

Llevaba un vestido gris humo, con cuello.

La curadora la acompañaba nerviosa, como si escoltara a una emperatriz. «Necesitamos mujeres como usted en nuestras paredes», le había dicho en París, con voz trémula. Ahora temblaba con entusiasmo.

Abrieron la cortina como en un teatro. Invitados locales, miembros del patronato del museo, periodistas culturales, una crítica de *The New Yorker* que había viajado especialmente se daban la mano con coleccionistas de Chicago y Nueva York y profesores universitarios.

—*Mesdames et messieurs...* —comenzó el director del museo— con ustedes, Tamara de Lempicka.

Aplausos prolongados. Ella inclinó la cabeza, apenas sonriendo lo necesario.

El primer cuadro colgado era un retrato de Suzy Solidor, la cantante andrógina de París, su antigua amante. Un crítico se detuvo frente a él con el ceño fruncido.

—¿Se trata de una inversión del canon tradicional? —preguntó, sin esperar respuesta.

Tamara lo escuchó unos pasos atrás, se le acercó con una copa en la mano.

—No invierto nada —dijo—. Pinto lo que deseo. Si eso le parece subversivo, es suya la interpretación.

El crítico sonrió.

Un grupo de mujeres se hallaba frente a su retrato de una joven con un pañuelo de seda. Una de ellas, elegantemente vestida, le susurró a otra:

—Hay algo descarado en sus ojos, como si supiera demasiado.

Tamara escuchó esa frase como una caricia. Caminaba entre los invitados con una copa de champán que apenas bebía. Sus cuadros hablaban por ella. Se le acercó un coleccionista.

—Señora de Lempicka, su *Velo verde* me ha perturbado. ¿Es deliberado?

—¿Lo he perturbado? El arte es siempre deliberado —respondió.

—Pero el ángulo, la mirada hacia el vacío...

—Mira con desdén, no quiere estar allí, no desea ser retratada.

El hombre le agradeció la explicación.

Los asistentes se dispersaban de sala en sala, maravillados o confundidos. Unos hablaban de un «cubismo suavizado», otros se atrevían a llamar a sus cuadros «futurismo erótico». Algunos simplemente miraban, sin pretender clasificarlos.

En una sala lateral, una mujer mayor se le acercó con un aire decidido.

—Soy Dorothy Kenton, profesora de historia del arte en Bryn Mawr. He seguido su obra desde hace años. Usted, señora, ha creado una nueva manera de mirar a las mujeres.

Tamara inclinó ligeramente la cabeza.

—Las mujeres siempre hemos estado ahí. Solo que antes eran los hombres quienes decidían cómo era nuestro deseo.

—Usted ha liberado a sus mujeres del deseo de los hombres.

—Eso parece escandalizar más que el desnudo.

Había una antigua complicidad entre las dos.

El piano en el vestíbulo comenzó a tocar piezas de Cole Porter y el sonido se mezclaba con las voces de los corrillos mientras se hacía de noche.

Se habían detenido ante el retrato de la duquesa de la Salle. Marika era su amiga, la había pintado en su traje de equitación y ahora con ese vestido

rosa y el rostro increpando al espectador. Parecía querer tocarlos.

—La gente dice que fue su amante—alguien se atrevió a comentar.

—No todas las mujeres que pinto me han pertenecido —dijo Tamara, sorprendiéndolos—. Algunas solo se me aparecen en los sueños.

El director del museo, eufórico, la abrazó.

—Lo logramos, madame. Pittsburgh la recibe con los brazos abiertos.

—Querido, me siento eufórica con tanto halago—le dijo—, espero que no se aburran pronto de mí.

Pletórica, Tamara de Lempicka caminó hacia la salida escoltada por la curadora. Una nieve fina comenzaba a cubrirlo todo. Le pareció una feliz coincidencia que se le ocurriera llevar precisamente esa noche su abrigo blanco. Solo deseaba regresar al hotel, abrir una botella helada de champán en su cuarto y darse un largo baño de tina.

Un viejo tren la llevaría de regreso. Pittsburgh era una nueva medalla.

Había algo en Estados Unidos que la atraía y la repelía con igual fuerza. Se trataba de un país impaciente, nuevo. Pero también su gente le parecía brutalmente ingenua. El traqueteo del ferrocarril sacudía sus pensamientos. Sentía una urgencia por París.

Habían llevado un periódico al hotel de parte del Carnegie. La reseña de su exhibición ocupaba media columna: «Tamara de Lempicka: cazadora de almas». Aunque el crítico no se atrevía al mero elogio, le gustó su elocuencia al describir sus pinturas. Abrió la libreta y comenzó a dibujar. Aparecía un rostro en su memoria, la de una joven camarera que servía los vinos en el museo. Sus labios gruesos, hasta descarados. Por primera vez desde su llegada a Nueva York se sintió sola. El paisaje plano contribuía a la sensación: una granja rojísima, una vaca detenida en el horizonte. El vacío del paisaje kilómetro tras kilómetro. Pensó entonces en Kizette y lo poco que podía verla ahora, con tanto viaje. Un internado sería lo mejor, no los mimos descarados de Malvina. Un cariño que su madre nunca le ofreció. Le dolía la separación de su hija, la casi infranqueable distancia.

Entró al coche comedor del tren poco después del mediodía. Se había vestido como para una gala, toda de gris plata, una pamelita nada discreta.

El vagón estaba casi vacío. Dos mesas ocupadas: una pareja que jugaba al bridge y en otra un hombre solo que picó su curiosidad. Era alto y leía el *New York Herald Tribune* con una copa de bourbon al lado. Chaqueta de *tweed* inglés, reloj de pulsera casi invisible bajo la manga.

Al verla entrar dejó el periódico sin doblar y le dedicó una mirada que Tamara juzgó altiva. La había reconocido.

—Es usted Tamara de Lempicka, ¿cierto?

Ella no se detuvo, pero lo miró apenas de lado, con una ceja suavemente alzada.

—Depende quién sea el que pregunte —bromeó, coqueta.

—Un admirador, en este caso —dijo él—. Fui a la inauguración en el Carnegie. Sus mujeres parecen salidas de un sueño.

Tamara vaciló.

—¿Me permite? —preguntó él, ofreciéndole la silla contigua.

—La buena compañía nunca hace daño —le respondió.

Pidió café. Él, otra copa de bourbon.

—¿Negro? —preguntó el camarero.

—Siempre. Lo dulce me aburre.

La conversación, al principio, avanzaba con monosílabos, lo que los americanos llaman cháchara pequeña. Hablaron del paisaje, de cómo el invierno parecía interminable en Estados Unidos. Él se atrevió a preguntarle, sin rodeos:

—¿A dónde va?

—A Chicago, solo un par de semanas. Luego regreso a Nueva York. Después a casa, a París.

—¿Chicago? —dijo él—. La urbe más gris del mundo. Incluso cuando nieva.

Ella lo observó con curiosidad. El hombre media sus palabras y el tono les otorgaba una autoridad extraña.

—¿Y usted?

—A Santa Fe. Tengo un rancho pequeño si lo compara con Texas. Hay caballos y buen vino. Allí nadie piensa en críticos de arte o museos.

—¿Está invitándome?

—No —dijo él—. Le comparto una posibilidad. Usted decide.

—¿Y qué haría yo en Santa Fe? —preguntó, sin ironía.

—Dormir bien. Montar a caballo si le gusta. Incluso pintar. Tengo una sala con ventanas enormes con una luz perfecta. Podría estar sola allí también si lo desea. La casa es grande. Como le dije, depende de usted.

Curiosamente la propuesta no le pareció insolente. Tamara miró fijamente al hombre.

—¿Usted es petrolero?

—¿Hace falta serlo para que acepte mi invitación?

—No, pero ayudaría un poco.

Él tomó un sorbo de su bourbon sin responder. El tren frenaba. Anunciaron la estación: Chicago. Tamara miró su bolso, pero permaneció inmóvil. Su acompañante ya no decía nada. Esperaba con paciencia, como un diestro jugador de póker. Cuando el tren volvió a ponerse en marcha, ella suspiró con un gesto apenas audible.

—No me gusta cambiar de planes —dijo.

—A mí me fascina no tener rumbo fijo, Tamara. No le he dicho mi nombre, por cierto. Me llamo Ernst —respondió él.

—Como personaje de Wilde. Puedo resistir a todo, excepto a la tentación. ¿Estás de acuerdo?

Ernst le solicitó al camarero que le trajera una copa a Tamara. Ella pidió un Manhattan. Brindaron y el hombre selló ese extraño pacto besando la mano enguantada de Tamara.

Querida Kizette:

Existe el lejano Oeste, no solo en las películas. Estaré un mes aquí. Necesito la pausa. Me alojo en una casa que parece diseñada para el silencio y la contemplación. Hay pájaros cuyos nombres desconozco, me rodean enormes montañas rojísimas. Nadie me hace preguntas y me dejan tranquila. Me gusta este cambio. Pasaré la Navidad aquí, lamento no poder estar contigo. Nos veremos para año nuevo.

*Con amor,
Tamara, tu madre*

17

CUERNAVACA

Tengo un par de máximas respecto a las fiestas. Nunca llegar demasiado temprano (no ocurre todavía nada interesante) y nunca irse después de los postres (todo lo que pasa entonces es evitable). Las verdaderas fiestas requieren cierta cantidad de alcohol para diluir los buenos modales, pero no tanta cantidad que no podamos recordar lo vivido. Cuesta mucho trabajo conseguir una mínima lucidez en la vida como para perderla por una copa de más, sé bien de qué hablo.

Apenas se veía la entrada, oculta por la vegetación. Nunca confié en Víctor al volante, particularmente de noche, pero no me queda más remedio, su automóvil era la única forma de llegar a esa casa escondida en lo más recóndito de la vieja Cuernavaca, último escenario de expatriados. Al bajar del auto, la brisa esparcía el inconfundible aroma de un arbusto de jazmín.

—Esto no es una fiesta, es un exorcismo colectivo —declaró Víctor nada más entrar y toparse con el delirio.

No lo contradije y solo le pedí que me ayudara a atarme la máscara de lentejuelas verdes. No podía hacerlo yo a tientas.

Deliraba quien había decorado el jardín. Un túnel formado con los arbustos de la entrada, luces de bengala en el suelo consumiéndose veloces y los mozos reponiendo su frágil arsenal. Unos tambores sonaban a lo lejos; luego supe que se trataba de unos concheros que buscaban reproducir también con caracoles la música prehispánica. Una mujer disfrazada de Coatlicue —según me dijo Víctor— nos ofrecía tequila servido en vasos tallados en jícamas y zanahorias. Imposible rehusarse.

Entendí que mi máscara veneciana no encajaba. Para mi tranquilidad, otra mujer ofrecía otras en cartón piedra, con motivos mexicanos: calacas, diosas ignotas. El único problema de llegar tarde consiste en que algunos ya han cruzado algunos umbrales sombríos. Cuerpos entrelazados, con disfraces múltiples. Un astronauta besaba a una monja, una mujer vestida de Cleopatra fumaba cigarros sin filtro. La confusión no existía, todo era posible.

—¿Ves eso? —dijo Víctor, señalando una escultura improvisada, también

de *papier-maché* : Un tigre hacía las veces de mesa. Dos velas extinguiéndose, frutas en medio—. ¡La ruina del arte!

—Es México —le respondí.

Me colgué de su brazo, sudaba copiosamente. Caminamos hacia el caserón en medio de la tibia oscuridad. Parecía que todo Cuernavaca estuviese a punto de incendiarse en su locura.

—Prométeme que no me dejarás sola esta vez —le dije.

—Te dejaré sola si me lo pides —respondió.

Entramos a la casa en medio de la música indígena. Reconocía una flauta, además de los monótonos tambores. Una mujer con la cara pintada y el cabello negrísimo hacía sonar su caracol. Los muros del lugar estaban cubiertos de mal gusto. Horror al vacío, el derroche del nuevo rico.

Habían retirado casi todos los muebles. No había cuartos definidos, ni comedor o sala. Solo cuerpos medio desnudos o completamente sin ropas. Se besaban con desacato. Nada tenía sentido. Una mujer le pintaba el pelo de rojo a otra sentada en un taburete. Más allá espasmos, el conocido sabor de la orgía. Había risas y gemidos, pero era como si hubiesen eliminado cualquier atisbo de armonía. Así debió ser el caos antes de la creación que narra Ovidio.

En medio de la locura, se incorporó una figura que reconocí tras el traje arrugado y la camisa abierta. ¡Dios mío, un muerto vivo! Era Émile de Rouvray. Lo había dado por muerto en París en el 47. Mecenas, coleccionista, amante de mis amantes. Lo que quedaba de él era un buitre cansado con el mismo ánimo de juerga de entonces.

—Baronesa —dijo con voz carrasposa—, Cuernavaca le sienta peor que el exilio en París.

—A ti también, Émile. No queda nada de tu antigua *grâce*.

Sonrió, dolorosamente desdentado.

—Me dijeron que vendrías, aunque lo dudé. Ni siquiera sé si aún pintas y amas.

—¿Tú sigues bebiendo?

—Siempre, la única manera de recordar que no estoy muerto.

Víctor ya no estaba a mi lado, el desgraciado. Tal vez se había fundido con el decorado o se había perdido entre las máscaras. Yo flotaba sobre el

suelo pegajoso. Una performance tenía lugar en ese momento. Una mujer completamente desnuda, cubierta apenas con un tocado de plumas, se frotaba el torso contra una tela blanca en calidad de pincel; su piel estaba cubierta de pintura, pero apenas y lograba humedecer el lienzo.

—Te envidio —dijo Émile—. Tú supiste reinventarte y yo solo desaparecí.

—Más bien, aprendiste a corromperte con elegancia.

—Tú, en cambio, a embalsamarte con lujuria.

Me crispó su último comentario. Alguien recitaba algo en un idioma que yo no conocía. En esa casa coexistían todos los idiomas y todos los silencios.

Siempre hay un lugar en las fiestas donde irrumpe la verdad. No en los salones donde la música ensordece ni en los jardines llenos de drama alquilado. La verdad, si es que se cuele en estas noches, suele esconderse en la cocina. Empujé una puerta a medias cerrada y encontré un refugio tibio, cubierto por un vaho denso que olía a marihuana. La cocina era amplia, de azulejos verdes y una mesa de madera enorme. Alguien había colgado sobre el refrigerador una máscara de luchador.

Las fiestas que se prolongan interminablemente se tornan peligrosas. Es como si cambiaran el órgano del cuerpo que las guía. Del corazón a algo más oscuro, o más primitivo.

Solo quedaba una larga mesa de todos los muebles que habían eliminado para hacer espacio a los cientos de invitados. Estaba cubierta de frutas, o de sus cáscaras y semillas, como si una manada de cerdos hubiese pasado por allí. Una mujer transgénero, atrapada en un corsé de cuero y larga peluca, declamaba versos. Víctor me dijo que eran de una monja mexicana, Sor Juana, y me los tradujo. Toda la escena parecía una naturaleza muerta pintada por Caravaggio. El arte sirve también para esto, pensé, para ser quien uno desea, sin ningún límite.

—Yo no estudio para saber más, sino para ignorar menos —soltó, salpicándonos literalmente con sus gritos.

Seguía corriendo el vino y la mujer bebía sin recato, mojándose los pequeños dedos.

Saludé a Marcela Olavarrieta, la feminista lesbiana fundadora del grupo Ácratas en Tepoztlán. No la había reconocido. Era una mujer fascinante. Había ido con Víctor a varias de sus reuniones, apoyándola. Se declaraba feminista anarquista, de allí el nombre de su grupo. Hablaba francés impecablemente, había vivido en París. Su cabello estaba atado casi con furia en una coleta.

—¿Te impresiona la actuación? —me preguntó, sin saludar.

—Me estimula, creo que es mejor.

—Todo en esta casa está diseñado para romper los límites. Pero el verdadero exceso —me dijo inclinándose hacia mí con su copa de mezcal— debería ser el silencio después del acto.

—¿Y cuál es el acto?

—Irnos sin avisar —bromeó.

Reí. Un hombre que no conocía se desplomó, ebrio. Muchos de los invitados eran de la Ciudad de México, no habituales de Cuernavaca. Los atraía la parranda, como dicen los mexicanos, el relajo.

—¿Dónde está el anfitrión? —pregunté.

—Arriba. Dicen que indispueto. Más que del cuerpo ha de ser del espíritu.

— Tú, en cambio, estás espléndida, querida Marcela, como si nada te pudiese inmutar.

—Bajé ya tantas veces que lo único que me queda es subir.

Tomó una cereza de su cocktail y me la puso en la boca.

Terminaba la declamación y la mujer fue ovacionada con silbidos y golpes de los pies en el piso. Lo sagrado era lo profano. Y lo profano, una forma de sobrevivencia.

—Lo profano se vuelve sagrado —dije.

—Creo más bien que lo sagrado ha sido profanado, son anarquistas sin saberlo—me corrigió Marcela.

Y tenía razón.

Afuera, el jardín parecía un cuadro del Bosco. Las luces de bengala se habían consumido y en su lugar ardía ahora una gran fogata al centro del

patio. Alguien tocaba un sitar sentado sobre una alfombra persa, rodeado de mujeres con túnicas doradas y alas falsas pegadas en sus espaldas. Un extraño culto tardío.

No hacía frío, parecía más bien que la tierra entera estuviera temblando. Me quité la máscara, que me hacía sudar y la arrojé al fuego ante la mirada atónita del sitarista.

Una mujer languidecía en una poltrona de madera. La toqué con miedo, sentía su respiración entrecortada. Se había cruzado entre el alcohol y la droga. Había visto tantas escenas como esta en la vida, que ya no me intrigaba en lo más mínimo.

—¿Está viva o perdida como todos nosotros? —preguntó alguien.

En ese instante sentí la mano de Víctor en mi hombro.

—Basta, Tamara. Es suficiente.

—¿Suficiente qué?

—Todo. Esta noche. Este delirio. No entiendo si es una fiesta o una pésima obra de teatro —murmuró Víctor.

—Es una estación del alma —le respondí—. Solo que no todos viajamos en el mismo tren.

Él sonrió, cansado. Me rodeó los hombros con su abrigo, aunque no tenía frío. Caminamos en silencio alejándonos del fuego, dejando atrás los cuerpos que aún danzaban ebrios.

Seguía obsesionada con la mujer transgénero. Le pregunté a Víctor y me explicó que se operaban en la Ciudad de México, pero se recuperaban los largos meses posoperatorios en Cuernavaca.

—Hay un par de doctores que realizan la cirugía. El doctor Daniel López Ferrer y Adolfo Pérez Moreno.

—¿Tú te operarías?

—Ni loco. Pero tampoco hace falta, Tamara. Yo estoy feliz con mi cuerpo, con el mundo que me he inventado para sobrevivir siendo maricón, como nos dicen aquí. Hay cinco mil en Cuernavaca, algún amigo ocioso hizo el censo.

Yo seguía pensando en las cirugías. En lo difícil en todos sentidos, no solo lo físico, sino lo espiritual del cambio.

—Tiene que ser muy doloroso.

—Me imagino, Tamara. Dicen que son, en realidad, dos operaciones. En la primera les emasculan los testículos y la otra convierte el pene en una neovagina. Les quitan muchas veces diez pulgadas del intestino delgado para la neovagina.

—Vale la pena, Víctor. ¿Te imaginas vivir toda tu vida en un cuerpo que no es el tuyo? Y luego la sensación de libertad, de despertarte al fin siendo lo que has sido siempre: mujer. Solo pienso en ella, en su declamación, en su fuerza. Cuando vivía en Nueva York se desató un escándalo por la transformación de Christine Jorgensen, en Dinamarca, y luego, pero aún peor, por la de Tamara Rees, quien había sido un paracaidista en la Segunda Guerra. ¿Te imaginas un soldado transgénero para la mentalidad gringa?

—Ay, Tamara, México se ha vuelto la nueva Dinamarca, y Cuernavaca, Copenhague. Mientras en los Estados Unidos sigue prohibido, aquí todos son felices. O mejor debiera decir: somos felices, querida.

Eran ya las cinco o seis de la mañana y el cielo sobre Cuernavaca era de un azul que no existe en París ni en Roma, solo en este rincón del mundo donde la luz es otra revelación.

Subí a la terraza en busca de aire o de alguna señal de cordura. Allí arriba, entre macetas volcadas y colillas aplastadas, los restos de la noche: cenizas después de un incendio.

Pasé entre los cuerpos dormidos sin tocarlos. Algunos respiraban pesadamente; otros parecían muertos.

Caminé por las ruinas de esa ordalía como quien sale de un templo profanado. Víctor me ayudó a subir al coche y nos alejamos de allí. Había máscaras colgando de los árboles. No ocultaban nada, el día las había vuelto transparentes.

18

PARÍS-VIENA

1932-1934

Lo vio por primera vez en una cena de coleccionistas para quienes el tedio solo se vencía en subastas millonarias. Era invierno, pero en el salón del hotel Bristol de Viena reinaba una calidez sofocante. Tamara, más que vestida, dibujada en un vestido de satén oscuro, escuchaba una conversación sobre especulación inmobiliaria en la costa dálmata. Alguien lo señaló: ahí está el barón Raoul Kuffner von Diószegh, el viudo más codiciado.

Ella volteó a mirarlo. Estaba sentado al otro extremo de la mesa larguísima: no era joven ni atractivo, pero era alto y tenía un hermoso bigote. Llevaba un traje oscuro y casi no hablaba. Parecía hartado del ruido social. Lo miró un instante de más y volvió a su copa. Ese tipo de hombres le resultaba familiar. Altivos, reservados, ligeramente melancólicos. La guerra les había quitado el entusiasmo, pero la riqueza los salvaba. Después del postre, entre café y habanos lo encontró junto a una ventana abierta, mirando las luces de la ciudad.

—Usted no dice ni pio —le dijo Tamara casi al oído.

—Solo lo necesario.

—Entonces, debe guardar cosas muy importantes aquí adentro —bromeó ella tocándole el pecho.

El barón no sonrió, pero tampoco se apartó.

—Hay una línea sutil entre lo importante y lo inevitable.

Ella lo observó. Había en su voz una elegante fatiga.

—¿Y qué es inevitable esta noche, barón?

—Que todos olvidarán lo que han dicho, salvo usted.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque he visto sus cuadros, y tienen un aire de saberlo todo.

Por primera vez la miró con algo más que cortesía. Había curiosidad, no deseo. Y eso la intrigó más que cualquier insinuación.

—¿Así que conoce mi pintura? —preguntó ella.

—He visto varias de sus obras, sí. Me gustaría adquirir alguna antes de que el precio me lo impida.

—Me agrada su confianza en mi futuro.

—Lo dicen todos, Tamara. Yo no soy crítico, pero tengo buen ojo.

La ventana dejaba entrar un aire glacial que le erizó los brazos. No se movió. Le gustaba que ese hombre parco usara la conversación como duelo.

—Puedo pintar un retrato suyo si lo desea.

—¿A mí? No, prefiero uno de sus desnudos.

—Veremos si después, entonces, puedo atrapar la textura de sus silencios.

Él la miró fijamente.

—Nos veremos pronto, se lo aseguro.

No hubo más palabras. Él se marchó de la cena sin casi despedirse de los demás hombres. No era el primero que la desafiaba, pero sí el primero que no intentaba conquistarla.

El segundo encuentro ocurrió semanas después, en una galería. Tamara había acudido por cortesía hacia un joven editor alemán que intentaba introducirla en la escena vienesa. No esperaba verlo de nuevo.

No la saludó. Tampoco ella hizo mayor esfuerzo. En algún punto se encontraron sus miradas.

—¿Le gusta? —preguntó Tamara, señalando un grabado.

—No me perturba en lo más mínimo.

—¿Le gusta que el arte lo incomode?

—No lo sé, al menos que no me adormezca.

Esta vez le ofreció el brazo y caminaron juntos por el resto de la sala. Hablaban bajo, pero había menos reticencia por parte del barón.

—¿Sabe qué extraño de la antigua Europa? —dijo él—. El peligro. Antes todo entrañaba un riesgo, ahora todos buscan una vana seguridad.

—No es mi caso, barón. Yo pinto con navajas en los ojos.

—Es precisamente eso lo que me atrae de su pintura. Parece no dar nada por sentado.

—Me agrada. Busco romper con el realismo, el arte no reproduce nada.

El barón se detuvo frente a un dibujo. Lo miraba apenas de reojo, detenido en el perfil de Tamara y esperando el dictamen lapidario.

—Como esta obra, técnicamente impecable, pero sin otra alma que la perfección —dijo Tamara sin crueldad.

—¿Usted no busca eso algunas veces? ¿Quizá no la perfección, pero sí una sobria precisión? ¿Para qué pinta?

—Quizá para vengarme —la frase se le escapó de los labios.

—¿De quién?

—De todos los que creyeron que podían explicarme. Así son los hombres, creen que pueden saberlo todo.

Antes de despedirse, él le entregó su tarjeta. No llevaba dirección, solo un número de teléfono y un nombre: Kuffner, Raoul.

—Por si alguna vez quiere conversar sin testigos.

—O sin testigos innecesarios —corrigió ella.

No se llamaron, quizá porque no había cortejo. En los meses siguientes coincidieron en una subasta benéfica y un concierto. Un mínimo vínculo parecía tejerse. Él nunca decía nada explícito, ni ofrecía una invitación.

Tamara, acostumbrada al asedio, encontraba en esa parquedad una forma de seducción. No era el deseo lo que la impulsaba, sino la intriga. ¿Qué escondía ese hombre detrás de sus modales antiguos y sus frases sentenciosas? ¿Qué parte de sí mismo le negaba al mundo y a ella?

Una tarde, por fin, él la llamó por teléfono. No hubo saludo, solo una pregunta a bocajarro:

—¿Está ocupada el jueves?

—Depende de quién pregunte.

—¿Le gustaría ver mi colección privada?

—¿Y qué más incluye la invitación?

—Conocerá usted a una española misteriosa.

—¿Misteriosa?

—Lo verá usted misma.

Colgó.

La casa del barón estaba en las afueras de París. Un adusto mayordomo la condujo al salón.

Él la esperaba allí, de pie, junto a un óleo oscuro de Böcklin.

—Pensé que prefería a los simbolistas —dijo Tamara nada más entrar.

—*La isla de los muertos* me recuerda que el futuro no es, necesariamente, una obligación. Gracias por venir.

Sonrió apenas y luego le señaló el fondo del pasillo.

—Ella está allí —dijo—. La española, como le prometí.

Tardó unos segundos en reconocer que se refería a una mujer viva.

Estaba sentada frente a una enorme ventana. Morena, de cabello oscuro. Un cuerpo anguloso y firme. Leía un libro, ignorándolos. Tenía los pies apoyados en una otomana.

—¿Quién es? —preguntó Tamara, en voz baja.

—Se llama Nana. Nació en Córdoba. Fue bailarina en Madrid y París; ahora, digamos que habita en esta casa.

—¿Me trajo a conocer a su amante?

—No, no sería tan grosero. A pedirle que la pinte.

Tamara no dijo nada. Caminó hacia la ventana. La mujer joven levantó la vista con una serenidad provocadora, como si nada en el mundo fuera capaz de perturbarla.

—Madame Lempicka —dijo con marcado acento—. Me encantan sus retratos. El de la condesa de Noailles me hizo llorar.

—¿Tienes idea de lo que provocas sentada así?

Nana sonrió, sin bajar la mirada.

—Me gusta que me miren como mujer, no como posesión.

Tamara se giró hacia el barón. Él no intervino. El barón observaba la escena con naturalidad.

—Raoul me asegura que usted me pintará —preguntó Nana.

—Podría hacerlo, no lo sé aún.

—¿Algo se lo impide? ¿Está muy ocupada?

Tamara no respondió enseguida. Se le acercó y tocó, sin pedirle permiso, la línea de cuello de Nana.

—Me gustaría saber si estás desnuda o disfrazada.

La mujer la miró, aturdida. Kuffner intervino entonces:

—Si lo desea, Tamara, puedo disponer un estudio para usted aquí mismo.

Ella asintió, con cierta molestia. Algo atávico la alteraba.

No sentía celos. Se trataba de otra cosa, más compleja: una atracción hacia la belleza oscura de esa mujer y al mismo tiempo una sensación de haber sido desplazada del interés de Kuffner. Tamara se decía que él nunca mostró nada, salvo distancia.

—Necesitaré tres sesiones —ordenó.

Tamara supo, desde ese momento, que esa pintura sería una batalla.

—¿Por qué estás aquí, con él? —preguntó Tamara, al fin, durante la segunda sesión.

—Raoul me salvó de un final barato.

—¿Lo amas?

—Lo respeto. Me dejó quedarme y nunca me ha tenido lástima.

—¿Y tú a él?

Nana la miró sorprendida.

—De la misma manera que tú. No lo amo, pero me protege.

Tamara la detestó por haber dicho en voz alta lo que ella aún no se atrevía a pensar.

El estudio improvisado había sido dispuesto en una de las salas más luminosas de la casa. Tamara eligió muebles exóticos de la propiedad a manera de escenografía. Le pidió a Nana que portara un velo blanco de encaje. La luz al inicio la molestó. Necesitaba domesticar su brutalidad. Tamara sabía que pintar es, de alguna manera, imponer tu mirada sobre la materia viva hasta hacerla obedecer.

Nana posaba con naturalidad. Tamara sentía desdén por ella. ¿Cómo negar que era una gran modelo, siempre dispuesta a seguir sus instrucciones? Se sentaba, se recostaba, se curvaba con la gracia de quien ha vivido más de la carne que de las palabras. La pintaba en silencio, o con la música de un gramófono con Debussy de fondo.

—¿Siempre pintas así? —preguntó Nana ya tuteándola en la tercera sesión—. ¿Tan lento?

—No siempre, solo cuando quiero mirar más allá de la piel.

—¿Y lo estás logrando?

Tamara no contestó. Caminó alrededor del caballete buscando un nuevo ángulo. Evitaba la mirada de Nana. La mujer no se ofrecía, no se rendía. Aún la cubría una muralla.

—No quiero que parezcas hermosa —dijo Tamara—. Quiero que seas.

—Entonces tendrás que aceptar que no puedes controlarlo todo —le dijo

Nana, adivinando su ordalía interior.

Al terminar, Tamara firmó el lienzo y lo cubrió con una sábana como sudario. Fue a buscar al barón, quien se hallaba en la biblioteca, firmando unos papeles.

—¿Y bien? ¿Está lista la obra maestra? — bromeó sin alzar la vista.

—Es la mujer más difícil que he pintado —dijo Tamara; el barón le ofreció una copa.

—Reconozco que tiene un rostro extraño, de una belleza poco clásica.

Ella lo miró cansada:

—¿Y tú qué pones en juego, Raoul? No es su cara, ni su cuerpo. Es todo lo que está en juego.

Se hizo un largo silencio.

—A veces, Tamara, lo único que tenemos para dar es lo que estamos dispuestos a perder.

Meses después se presentó en el departamento de ella en París con vino y flores. Y el cheque por sus servicios.

Ella no le ofreció nada de tomar. Lo invitó a sentarse en un largo sillón y le dijo, a botepronto:

—¿Por qué no te casas?

—Lo intenté una vez: el amor termina antes que el primer banquete. Además, la guerra acabó con el resto de mis esperanzas.

—¿Y Nana?

—Pensé que sabías: se ha ido. Lo único que me queda de ella es tu retrato.

—Tienes una mirada cínica, Raoul.

—Por eso nos entendemos.

—¿Nos entendemos? No tengo idea de quién eres.

—Nos reconocemos, incluso, más allá de las palabras. Te invito a montar el fin de semana.

Esa noche no se besaron.

Sucedieron esa y otras visitas. Con sus caballos de Moravia, en los establos. También hubo comidas fastuosas y caminatas por el campo. Tamara resentía

la lentitud del cortejo.

Finalmente ocurrió después de una noche en un bar donde cantaba Josephine Baker. Ella lo sentía menos tieso, incluso dicharachero. Sintió que por primera vez se acercaba a ella sin armadura, ni títulos nobiliarios ni propiedades por todo Europa. La besó con ternura y le preguntó si podía quedarse esa noche.

—¿Tú quieres quedarte conmigo mucho más tiempo que una noche? Solo así me interesa—respondió Tamara.

—Querría quedarme contigo siempre, si me dejas.

Ella lo besó entonces, reconociéndolo. Un beso suyo que era también un acto fundacional. Lo llevó a su cama sin urgencia. El amor fue sencillo, casi silencioso, como si lo hubieran hecho antes o en otra vida, y esta vez lo repitieran para recordarlo.

Ante el retrato de Nana ella ya no sentía celos, solo gratitud. Raoul le preguntó, sabiendo de antemano la respuesta:

—¿La pintaste para mí?

Ella sonrió. Había vino blanco en su copa y un jazmín solitario flotando en un cuenco de agua.

—No para ti, por ti. Para entenderte.

Entonces el barón Raoul Kuffner von Diószegh tomó conciencia de que, aunque Tamara de Lempicka jamás le pertenecería a nadie, ella lo había admitido en el lugar máspreciado: en su pintura. A mediados de 1934, Tamara de Lempicka se casó con él, convirtiéndose para siempre en baronesa.

19

CUERNAVACA

Hay algo de incierto en la forma en que la luz cae de lado a medio día en Tres Bambús. Víctor me había regalado una escultura que instalamos cerca de la alberca. El jardinero removía la tierra de los parterres y el olor a humedad por alguna razón me regresaba a la infancia. Los árboles floreaban vanidosos.

Asoleaba mi rostro cerca del agua. Una kimona cubriéndome y una copa de vermut con hielo. Todo lo había preparado para que pareciera casual, aunque me daba cuenta de que ya nada de lo mío era realmente espontáneo. Méndez Arceo me había telefoneado para decirme que Lemercier estaría de paso de nuevo en Cuernavaca y le parecía necesario que yo lo conociera. Así dijo, necesario, como si me estuviese ofreciendo la extremaunción. Me sentí intrigada por ese antiguo monje. Le pedí a Víctor y a su amigo Nicolás Sánchez Osorio que ellos organizaran el encuentro. Hacía tiempo que necesitaba un tanque de oxígeno a ratos y detestaba salir con él y contemplar la lástima de quienes me miraban.

No sabía qué esperar del abad benedictino. Leí su historia, sus experimentos con el psicoanálisis y su excomunión. Ahora visitaba Cuernavaca con su esposa. Me pareció absurdo su experimento, someter al diván a monjes de clausura, quizá por eso me picaba la curiosidad. Le habían colgado todos los motes en los periódicos locales que me trajo Víctor: loco, hereje, iluminado.

Tenía el cabello corto y gris, la piel delgada como papel arroz. Me desconcertó su mirada, ni inquisitiva ni compasiva. Una mirada que hubiese hecho todas las preguntas, aunque no hubiera respuesta. Solo estaba esperando decirlas en voz alta. Todo vestido de blanco, del brazo de su esposa.

Ella era pequeña, discreta. Un pajarito con falda azul y blusa verde. Lo miraba con admiración. Me recordó a las mujeres de los campesinos en Polonia, rezando con sus rosarios en sus manos toscas.

—Tamara —dijo Lemercier al llegar—, qué lugar tan hermoso. Un santuario.

No supe si se refería a la casa, al clima o al momento. Acepté su elogio.

—Gregorio, Graciela —respondí, dando órdenes de que les sirvieran dos copas—. Llegan justo en la que España llama la hora del vermú.

Lemercier observaba mi casa con embeleso, buscaba que la arquitectura o el jardín le revelaran algo. Caminamos hacia adentro, con nuestras copas en la mano para sentarnos más cómodos en la sala, cubiertos del sol inclemente.

—Este lugar —dijo— no es solo una casa. Es casi un museo. Veo que tiene una pequeña capilla.

—A veces rezo, creo que por costumbre —mentí.

—He visto un catálogo con sus cuadros. Usted ya se ha ganado la salvación.

No era un hombre fácil de leer. No era un sacerdote disfrazado de psicoanalista ni un psicoanalista con nostalgia clerical. Lo que me apasionaba de él era que había atravesado el dogma y el silencio, y seguía interrogando.

Lemercier abrió los brazos, como si quisiera abrazarlo todo. Yo no tenía tiempo para rodeos:

—¿Aún crees en Dios? —le pregunté.

—Sí, en el Dios de Spinoza, que está en todas partes, pero no es un alguien.

—Ese podría ser también el dios de la pintura, o el de los árboles. Huelo un panteísta.

—Pues es admirable tu olfato.

Brindamos sin falsas sonrisas.

Su esposa, mientras tanto, sacó un ovillo de hilo y comenzó a tejer, olvidada de nosotros.

—¿Sabes lo que ocurre cuando se le pide a un monje que hable de sus más íntimos deseos? —preguntó de pronto.

Me incliné hacia él, apoyando el vaso vacío sobre el brazo de la silla, y le dije:

—A mí también me hubiese gustado analizar a mis modelos, más allá de los pinceles o la carne.

Lemercier me miró sin sorpresa. Me escuchaba.

—Hay cuerpos que no pueden mentir, por ejemplo —le dije—. Hay algo

en la tensión del hombro, o cómo bajan el mentón. Ahí el pintor puede escuchar todo lo que no cuentan; la culpa, los deseos torcidos.

Él asintió.

—El cuerpo es el evangelio anterior a toda palabra —murmuró.

—Un modelo puede ser una estatua parlante, si sabes ver.

—El inconsciente también dibuja imágenes —dijo él—. Usa lapsus, repeticiones, incluso recuerdos inventados.

—No me imagino lo difícil que habrá sido tener que cerrar el monasterio —añadí, tal vez sin medir mis palabras—. El peso del fracaso.

Volvió a asentir.

—¿Tamara, alguna vez sentiste que hacías algo que no era tuyo? —me preguntó entonces.

—Sí —respondí, sin vacilar—, durante años. Repetía a mi madre y su distancia. También su forma de manipular con una sonrisa y su desprecio elegante. Quizá también a mi padre y su forma de desaparecer.

Lemercier me miró intensidad, pero sin juzgarme.

—¿Y cuándo dejaste de hacerlo?

—Cuando me quedé sola con un lienzo y no supe qué pintar. Todo blanco. Enmudecí.

Se hizo un silencio. El tipo de silencio que no pesa.

—En el fondo —dijo él—, pecar es repetir lo que uno no ha entendido. Redimirse es mirar las cosas de frente y atrevernos a transformarlo.

—Eso no lo leíste en Freud.

—No, claro que no. Eso solo lo enseña la vida. O los fracasos, como dices.

Sentí algo parecido al alivio conversando con ese desconocido que parecía entenderlo todo. Le hablé de mis cuadros más recientes, de cómo me costaba tanto terminarlos, como si se me escaparan sus verdades.

—Querría volver a empezar —le dije—. Desde el error, sin buscar la perfección. O desde el más profundo temblor.

—Ese es el principio de toda fe verdadera —me dijo.

—Pero ahora todo me parece negación. No puedo.

—Tal vez calles por ahora, sanando en el silencio.

—Nunca he podido con el silencio.

Como si esa declaración lo impeliera a hablar, me contó entonces la ordalía que vivió en Cuernavaca en el monasterio de Santa María de la Resurrección. Yo había visto ese edificio blanco y áspero encaramado en el cerro.

Allí, en los años sesenta, propuso lo impensable: que todos los monjes, él incluido, se sometieran a una experiencia psicoanalítica colectiva. Más que una terapia, una forma de llegar a la verdad última, a lo sagrado.

—Yo quería saber si la verdad terrenal, no la divina, podía escrutarse. Llegar hasta el sótano —dijo—. Quería saber si esa indagación en la profundidad era compatible con el silencio de la vida monástica.

—¿Qué contraste en esos sótanos, Gregorio?

—Pocos jardines intactos. Escombros, heridas. Entendí que muchos eran monjes por miedo. Y ellos lo supieron también.

Me habló de las resistencias, de la vergüenza y de cómo algunos monjes empezaron después de décadas de silencio a hablar de sus padres, de sus masturbaciones secretas, de los íntimos terrores de sus infancias. Me dijo que a veces la vocación no era sino un refugio para un dolor innombrable.

—¿Y la Iglesia? He leído que al principio pudiste resistir toda intromisión.

—Para la iglesia éramos una célula enferma que había que extirpar. Me recomendaron prudencia y detener del todo el psicoanálisis.

—¿Finalmente te rendiste?

—Nos rindieron. Fuimos expulsados de su seno, aunque nos hubiésemos encontrado a nosotros mismos. Había algo profundamente lúcido y peligroso en lo que decía. Algo que resonaba con mi propia vida, mi lucha denodada para romper con la forma, con todo dogma plástico. Ambos habíamos vivido más allá de la norma.

—En esa época nos visitaba muy seguido Erich Fromm —continuó—, hablándonos de marxismo humanista y yo de cristianismo crítico. Me parecía radical, porque nosotros solo buscábamos un conocimiento que nos hiciera más compasivos, no reconciliar lo irreconciliable.

—¿Por qué llevas esa libreta?

—Antes usaba un rosario, ahora mi única forma de oración consiste en anotar mis pensamientos.

—¿Y ahora quién eres, Gregorio? —le pregunté con franqueza. Habíamos ya cruzado ese umbral.

—Alguien que ya no cabe en ninguna institución. Ni en la Iglesia ni en la academia ni en el psicoanálisis. Alguien que sigue creyendo que lo más sagrado es la pregunta.

El viento agitaba los bambús.

Me incliné hacia él.

—Entonces estamos del mismo lado. Yo también me cansé de las galerías, los museos, la crítica. Pinto desde lo que ya no sé nombrar.

Él asintió; miró a su esposa, que seguía tejiendo en silencio. Había en esa imagen algo profundamente conmovedor: todo lo que no necesita decirse.

El exabad tomó otro sorbo y apuntó algo rápido en su cuaderno. Cuando lo miré, me ofreció una frase sin contexto:

—El inconsciente también quiere ser redimido.

Había algo en la quietud de su esposa que me agitaba más que cualquier discurso. No era sumisión, ni indiferencia, como si entendiera que lo que estábamos diciendo ya había sido pronunciado antes.

—¿Siempre teje? —le pregunté.

—Me mantiene en paz, me obliga a pensar.

Graciela alzó la aguja y giró el ovillo con los dedos.

Su voz era suave.

—Yo quizá siempre pinté para ser vista —le dije—. Tal vez por eso nunca supe qué hacer con el silencio.

Ella volvió a sonreír. Luego dejó las agujas, se limpió las manos con un pañuelo blanco.

El sol comenzó a descender tras los árboles del fondo. Los mosquitos empezaban su ronda.

—Debemos irnos —dijo él, levantándose.

No hizo ademán de besarme la mano ni de abrazarme. Solo se acercó a la mesa donde había dejado su libreta y me ofreció un libro de memorias en inglés.

—Esto es para ti. No necesitas leerlo de inmediato. Pero cuando lo hagas, procura no cerrarlo hasta el final.

—¿Qué contiene?

—Semillas de contemplación. Son las huellas de Merton, un monje trapista.

Nos despedimos sin palabras. Graciela me dio un beso suave en la mejilla. Los vi alejarse, abrazados. Había conocido a los herejes mayores de Cuernavaca, como si tuviera un imán para los descarrilados. Ilich y Lemercier me regalaron libros como despedida; quizá pensaban que la mía era un alma necesitada de consuelo.

Pedí un té amargo y me senté sola en el patio, admirando las flores. Comencé a leer el libro que me había obsequiado. Había una dedicatoria de Gregorio: «Para Tamara, con especial afecto. La única redención consiste en conocerse».

Cuánta verdad en seis palabras.

20

HOLLYWOOD

1940

Hollywood los recibió con su mezcla de empalago y maquillaje, Tamara de Lempicka y Raoul Kuffner habían dejado atrás una Europa colapsando. Buscaron refugio en la promesa brillante del Atlántico. California la atraía por ignota, pero también por luminosa. Pronto descubriría que se trataba de una trampa.

Tamara intentó adaptarse desde el inicio. Se vestía como estrella de cine hasta para ir a comprar naranjas. Acompañaba a su esposo a cenas donde el menú era más sofisticado que los anfitriones. Pronto se dio cuenta de la diferencia: si en Europa ella se estaba convirtiendo en mito, en California era una mera curiosidad.

Por ello abrazó su oficio con obstinada disciplina. Pintaba con la misma furia silenciosa que le había ayudado a sobrevivir a la ruina y al hambre. Se trataba de otro exilio. Los colores eran más limpios, pero los sentía vacíos. Sus cuadros parecían instantáneos, sin historia. Sufría ante la mirada blanquísima del lienzo.

Los periódicos llegaban con malas noticias de Europa, igual que las cartas. Amigos en fuga, galerías cerradas. Misivas desesperadas desde Lisboa o Ginebra. Tamara intentaba responderlas, pero la herían. Vivía en una distancia que a un tiempo la protegía y la condenaba. Kizette en un colegio particular, más segura. Adrienne se escuchaba cada vez más asustada.

California era puro sol. No existían las sombras, los claroscuros. Tamara se sentía ajena a su belleza límpida, extrañaba las grietas, el pasado. Este nuevo mundo la envolvía con un manto de hipocresía que se estaba volviendo insoportable.

La vida social en Beverly Hills era un desfile de celebridades y expatriados. Fiestas y bailes en los jardines, todo olvidable. Tamara asistía, con el barón al brazo, vestida de noche, perfumada. Le decía a Raoul que era como repetir el mismo salto al vacío.

En el Beverly Hills Hotel le presentaron a Samuel Goldwyn, uno de los hombres más poderosos del cine. Le estrechó la mano sin siquiera mirarla a los ojos.

—Ah, la famosa baronesa que pinta. Encantado —dijo, antes de

desaparecer entre risas y copas.

Ella se quedó un instante en pie, como una escultura fuera de lugar. En París la reverenciaban. En California, era anónima, o un pie de foto.

En otra fiesta, una joven actriz se le acercó con una copa de champán en la mano diciéndole con voz gangosa:

—Quiero ser como una de sus mujeres.

Tamara la observó sin ocultar su desgano. El pelo teñido, un vestido demasiado apretado.

—¿Sabes qué necesitas para que eso suceda? —le preguntó.

—Ser independiente, deseada.

—No, hija. Significa que estarás desnuda incluso con la ropa puesta y no podrás esconderte nunca más.

La actriz soltó una risita, confusa. Tamara bailó una última pieza con el barón y le suplicó regresar a casa. Moría de aburrimiento.

Escuchaba las conversaciones con una mezcla de hastío y fascinación. Productores judíos hablando de la ruina de Europa, guionistas mediocres buscando conquistarla. Chaplin, menos gracioso que en la pantalla, pero al menos un caballero. Hollywood era un set diseñado para que todos parecieran inteligentes, sin tener que serlo de verdad.

Tamara, como tantas veces en la vida, actuaba su papel. Pero, por dentro, sentía que se marchitaba como una flor trasplantada a un clima equivocado. La casa en la que vivieron había pertenecido a King Vidor, en Coldwater Canyon. Tenía enormes paredes blancas, ventanas que se abrían al vacío y una piscina enorme donde el sol mostraba pleno su arrogancia. Todo parecía recién pintado, suspendido en un estado perpetuo de perfección inverosímil. Los vecinos se saludaban sin mirarse. Tamara a su vez organizaba cocteles de cuatrocientas personas para aburrirse menos o para volver a ser el centro de atención. El barón, en cambio, volvió a su cruenta afición por la caza. Viajaba a Montana, a Wyoming, a las montañas de California.

A pesar de la desilusión, Tamara seguía pintando, con una necesidad vital por crear. Le ofrecían encargos y decidió que no los pasaría por alto. Cobraba altísimas sumas a mujeres que querían la inmortalidad o a herederas abúlicas. Ella las plasmaba distintas, con vida.

Un encargo vino de la esposa de un magnate petrolero de Texas. Llegó en un Cadillac blanco, con un vestido azul, vaporoso. Cruzaba las piernas con el esmero de quien posa ante una cámara invisible.

—Quiero que me pinte como una Venus moderna —dijo.

Tamara, que había retratado a duquesas, prostitutas y bailarinas, alzó simplemente una ceja y sin ocultar su ironía le preguntó:

—¿En una concha de mar o con fondo *art déco*?

La mujer no entendió la alusión. Sacó una vieja foto de sí misma y la deslizó sobre la mesa.

—Así, pero con más busto. Sin estas arrugas, claro. Odio parecer cansada.

Tamara aceptó el encargo para probarse a sí misma, para saber si el pincel obedecería a la mentira. Trabajó durante días sin embellecer, ni ocultar, respetando la proporción con fidelidad. Pintó lo que había, lo que esa mujer quizá no podía atreverse a mirar.

Cuando entregó el cuadro, la clienta lo miró durante varios minutos sin decir palabra.

—¿Le gusta? —preguntó Tamara, encendiendo un cigarro.

—Siento que no soy yo, pero me encanta, me veo tan moderna.

—¿Lo colgará en su sala? —preguntó bromeando Tamara.

—No, en la oficina de mi esposo, para que se sienta culpable de todas sus infidelidades.

Ese día, al volver a casa, Tamara pensó en los retratos de Kizette, tan verdaderos, tan sutiles. El cuadro que acababa de entregar, pese a su calidad, era plano, vacío. Había pintado a esa mujer como si la vida no le hubiese dejado huella alguna.

Y Tamara no sabía o no podía pintar sin mostrar las heridas.

Cuando las fiestas se volvían insoportables y el aire acondicionado de las

mansiones comenzaba a oler a encierro, Tamara salía a caminar. Le gustaba sentir la ciudad bajo sus pies. Se calaba un sombrero amplio, gafas oscuras y recorría en silencio los márgenes de Sunset Boulevard buscando una fisura en la escenografía perfecta de Hollywood.

Caminaba sola, casi siempre al atardecer. Observaba las tiendas cerradas, las marquesinas anunciando las nuevas películas de amor, los cafés donde jóvenes actrices estudiaban guiones en los que nunca actuarían. Había algo trágico en esa juventud paralizada ante tanta belleza. Tamara miraba a esas mujeres con una mezcla de lástima y reconocimiento. Ella había sido así, en otro continente, en otra década. En París, frente al hambre su urgencia había sido verdadera.

Por las noches escribía cartas que solo en ocasiones se atrevía a enviar. A Kizette, su hija, a quien sentía más lejana con cada amanecer californiano. A su hermana. A algunos galeristas que todavía pedían cuadros suyos. Las que dirigía a su hija eran largas, contándole su vida para intentar ser comprendida. Las metía en sobres sin sellar y arrojaba en una cajita azul que guardada en el armario. Algunas, las más cortas, viajaban a Europa.

Una mañana, mientras caminaba por Sunset Boulevard, se detuvo frente a un mural publicitario recién pintado. Una actriz que ella desconocía sonreía con sus enormes labios escarlata. «La nueva cara de América», rezaba el eslogan. Tamara encendió un cigarro y pensó: «El *nuevo* rostro de América cambia cada seis meses».

A diferencia de Tamara, el barón Kuffner se adaptó con naturalidad a la superficie brillante de Beverly Hills. No se resistía, ni interrogaba, dejándose llevar por la inercia amable de los almuerzos prolongados en los clubes de campo, las conversaciones anodinas sobre política internacional.

Jugaba al golf tres veces por semana. Había aprendido los nombres de los vinos californianos y sabía citar, con soltura diplomática, las posiciones de Roosevelt o Chamberlain según el interlocutor. Tamara lo observaba y le parecía ver una versión simplificada del aristócrata centroeuropeo con el que se casó.

Raoul sonreía apenas, pero sabía cuándo levantar la copa y cuándo callar. Nunca decía nada indebido.

No era que se hubieran distanciado de manera hostil. Lo que había

ocurrido era más bien un silencioso pacto de pareja madura. Compartían aún la cama, los desayunos y las escasas confidencias. El aire entre ellos se volvió ligero. Tamara, que siempre había necesitado huir de la levedad, comenzó a sentir que también él se convertía en parte del decorado.

Una tarde lo encontró en la biblioteca de la casa, hojeando un libro de arte estadounidense.

—¿Te interesa ahora el expresionismo californiano? —preguntó sin ironía.

—Me interesa entender dónde estamos —respondió él.

—¿Y lo has descubierto?

—Todavía no. Lo importante no es entender, sino encajar.

El barón no había cambiado, era el contexto el que lo había vaciado, creía Tamara. Como si al hombre que ella conoció se le hubiesen terminado las fuerzas para luchar. Tamara nunca supo amar en la paz. En su cuaderno habitual escribió: «La costumbre es la forma más elegante del olvido».

Una tarde, mientras ordenaba el estudio, Tamara encontró entre sus carpetas un boceto antiguo. Era un estudio a lápiz de una modelo parisina, fechado en 1928. El trazo era rápido, seguro, lleno de esa energía contenida que antes surgía de su mano sin ningún esfuerzo. Todo era sugerencia. Lo sostuvo largo rato entre las manos, como si fuera una carta extraviada en el tiempo.

La imagen la golpeó con fuerza. Recordó el estudio en Montparnasse, las discusiones con otros artistas sobre lo que debía romperse para que algo nuevo naciera. Recordó el frío de las mañanas, el olor de los cafés. Recordó su inocencia y su pasión desbordada.

Comparaba, sin querer, los tres mundos que habitaba: el de su origen trágico, el de su refugio luminoso, y el actual, cómodo pero hueco. Comprendió que lo que le faltaba en California no era solo Europa, sino una razón para vivir.

Estaba obsesionada con lo que había dejado atrás, aun a sabiendas de que Europa estaba vetada para ellos. Tuvo un sueño extraño, sin palabras. Una mujer semidesnuda, envuelta en tules, le pedía que la pintara. Cada vez que Tamara comenzaba a trazar el contorno, el cuerpo se deshacía como

humor. Al despertar lo supo con claridad. Cuando pudiera debería irse de allí. Pedirle a Raoul que buscara otra ciudad menos inocua. Ya habría una ocasión, por ahora lo único que la ocupaba era que Kizette y la hija del barón, Louisanne, habían escapado de Francia con documentos falsos; tras una breve escala en Nueva York los alcanzarían en Beverly Hills.

¿Cómo habría de continuar la farsa pública —absurda, lo sabía, pues la comenzó solo como un juego— de que ella no tuvo hijos? Esos ataques de vanidad o mitomanía la obligaban a seguir el juego: presentaría a Kizette como su hermana, tendría que explicárselo. Una mentira más en Hollywood no tendría importancia.

La noche y su fulgor casi líquido; luces cálidas, suspendidas sobre la piscina, se reflejaban sobre el agua quieta. Era la fiesta más brillante del verano en Beverly Hills. Una velada en beneficio del British American Ambulance Corps. Patriótica y frívola.

Tamara comenzó a organizarla con semanas de anticipación. Había escogido cada flor, cada marca de champán, cada pieza del cuarteto de cuerda que ahora ejecutaba a Schubert en un rincón del jardín, como si el desastre europeo pudiera conjurarse. A su lado, Douglas Fairbanks Jr., con su esmoquin blanquísimo y su sonrisa diplomática, conversaba sobre *The Corsican Brothers*, recién estrenada. Merle Oberon, con un vestido blanco con perlas bordadas, fumaba y se dejaba tomar fotos. Samuel Goldwyn se paseaba por la terraza como un general que ha conquistado al fin territorio enemigo. Tamara había dejado de ser para él anónima.

—Deberíamos hacer una película sobre su vida, baronesa —le dijo Goldwyn a Tamara, tomando un trago largo de bourbon— Pasión, caída de los zares, exilio. Tendría que tener un final feliz.

—¿Y quién interpretaría mi papel? —preguntó Tamara, sin sonreír.

—Greta Garbo, por supuesto. O si no, Claudette Colbert. Tiene su mandíbula.

Tamara no respondió.

Camareros con guantes blancos servían champán Taittinger y bandejas de *foie gras* sobre pan trufado. Las conversaciones fluían con ligereza: sobre

Churchill, o sobre el nuevo guion de Preston Sturges. La guerra podía inspirar una buena comedia, decían, ilusos.

Tamara apareció en la escalinata, anunciando:

—Quiero presentarles a mi hermana —habló en voz alta, clara, sin lugar a discusión—. Se llama Kizette.

La joven llevaba un vestido celeste de corte imperio, los rizos rubios recogidos. Su rostro se miraba incómodo. Era hermosa, con una innegable tristeza en los ojos.

Fairbanks Jr. besó su mano.

—Encantado, señorita... ¿de Lempicka?

—Stifter —mintió Tamara, con elegancia glacial.

Nadie cuestionó nada. Kizette se movía entre los invitados en un sueño lento. Tamara la seguía con la mirada. Presentarla como hija habría sido una concesión, un acto de vulnerabilidad que su personaje no podía permitirse. En cambio, una hermana le pareció elegante, aunque no le preguntó a Kizette su opinión.

Poco antes de las nueve, Tamara subió a una tarima improvisada.

—Queridos amigos —dijo, levantando su copa—, esta noche nos reúne una causa noble. Una causa que nos recuerda que, aun en tiempos de ruina, hay belleza y sobre todo solidaridad.

Kizette se retiró discretamente. Nadie lo notó, salvo Tamara, que la siguió con la mirada mientras cruzaba el vestíbulo, subía la escalera y desaparecía entre las sombras.

En su cuarto, Kizette se sentó en la cama, sin quitarse el vestido. Lloró, sin atreverse a reclamarle a su madre.

Mientras los invitados comenzaban a despedirse y la música se apagaba lentamente, Tamara pensó que esa era la mejor mentira de la noche: una hija disfrazada de hermana y ella rodeada de admiradores que desconocían su historia. El mundo afuera, incendiándose. Raoul no estaba en casa de nuevo esa semana, se había ido a cazar osos.

21

CUERNAVACA

A veces, harta de los mismos lugares, prefería desayunar en El Universal, bajo un toldo blanco, en el jardín. Abril es realmente el mes más cruel. Aquí en Cuernavaca hay apenas brisa, las jacarandas manchan de púrpura las aceras y hay flores por doquier recordándome que solo yo tengo contadas estaciones por delante.

Me senté en una silla demasiado incómoda, y pedí que me la cambiaran por una del comedor. Me sirvieron un jugo de naranja rico, dulcísimo. En El Universal siempre había periodistas con sus grabadoras y libretas, pero yo no era noticia, así que me miraban como a una esfinge con sombrero. Clementine me llamaba también así, se reiría al saber que no he podido resolver el enigma del oráculo. Un joven poeta dirigía la Casa de la Cultura y me había pedido que lo alcanzara allí, pero seguramente se le había hecho tarde.

Llegó disculpándose por su impuntualidad. Parecía estudiante, con sus nervios, sus lentes redondos. Se sentó y luego de pedir un café cargado me preguntó, a bocajarro, qué opinaba de Picasso. Le dije que hay hombres que hacen daño, pero al menos tienen gracia. No sabía si era una broma, por lo que ni siquiera sonrió. Me habló de las vanguardias pictóricas en México, de Julio Galán, a quien pronto exhibiría en su recinto.

—¿Ha oído hablar de Nahum Zenil, baronesa? —me dijo; yo solo negué con la cabeza. Se lo había comentado a Víctor recién, lo que me hacía falta era ver exposiciones, conocer nuevos artistas. A cierta edad la juventud solo se consigue por contagio.

El camarero nos ofreció más café. Asentí.

—¿Y mujeres? —le pregunté—, ¿a quienes debería conocer?

—Marisa Lara, seguro. Tiene una forma de representar la subjetividad femenina que a usted le encantaría.

Hablaba rebuscado, comiéndose el mundo con sus palabras; me recordaba a los jóvenes artistas con los que tomaba clases en París, siempre articulando sus ideas. Yo siempre prefería plasmarlas. Además, pensaba en algo más simple: las risas de mis nietas corriendo por el jardín. Más bien mis bisnietas, pero no iba a llamarlas así, me convertiría en un vejestorio. Veía

sus rostros felices, mojándose en la alberca de Tres Bambús, correteando por el jardín.

Pensaba en el olor a cloro de la piscina al mediodía, en los vestidos que les cosí con mi vieja máquina, en el ajedrez sobre la mesa del corredor.

El joven sacó una cámara de un morral tejido y me pidió una fotografía, sacándome de mi ensueño. Me acomodé en la silla, cruzando las piernas y levantando la barbilla por instinto, pensando en que al menos podía ser un gran retrato.

La ciudad ardía con ese calor seco que solo Cuernavaca conoce. Y allí, sentada bajo ese toldo inútil, entre voces jóvenes que aún no sabían de qué estaban hablando, entendí que solo me quedaba sobrevivir, terminar de envejecer con estilo. Puse un cigarrillo en la boquilla y el joven poeta se ofreció a encendérmelo.

La semana anterior la casa se había transformado. Llena de risas agudas, preguntas disparatadas. Mis bisnietas —Cristina y Marisa— habían venido a visitarme desde Buenos Aires, con su madre, Victoria, y Kizette, desde Houston. Con ellas entró la vida en una ráfaga que borró el polvo de las fotografías y la languidez de mis días.

No sé cuántas veces había soñado con verlas correr por mi jardín, de conocerlas. Vivían tan lejos y yo quería que supieran quién era Tamara, su abuela. No la pintora, de esa sabrían inevitablemente con los años, sino la mujer que había engendrado a Kizette, que no había sabido ser madre, o no había podido, pero le enseñó a sobrevivir.

Las recibí en la entrada de Tres Bambús con mi enorme pamelita y un vestido de lino bordado. Bajaron del coche con sus ojos enormes y sus pequeñas maletas.

—¿Tú eres nuestra bisabuela? —preguntó la más pequeña, Marisa.

—Soy Tamara. Pero si quieren, pueden decirme solo abuela, es menos dramático. No quiero que me hagan sentir vieja. Díganme mejor: *chérie*.

—¿Tú eres la pintora? ¿Nos harías un retrato?

—Podríamos intentarlo si saben quedarse quietas.

Marisa me tocó el anillo con forma de serpiente que llevaba en la mano derecha.

—Parece mágico.

—Lo es —le dije—. Pero hay que saber cuándo usarlo.

Se rieron y se miraron con complicidad, luego corrieron adentro, buscando aventuras.

No tardaron en apropiarse de la casa. Entraron a mi estudio imaginándolo su cueva secreta: buscaban tesoros en cajones que nadie abría. Yo las dejé hacer. Observaba desde el porche con mi cigarro encendido y una copa de vermut. Me gustaba verlas moverse tan libres. Todo volvía a ser nuevo.

Esa primera tarde me senté frente a la máquina de coser, una vieja Singer que conseguí prestada con la cocinera, y les confeccioné vestidos sencillos con telas que compramos en el centro. Hermosos algodones de lunares. Les tomé las medidas a simple vista. Siempre supe leer cuerpos, vestirlos y desvestirlos con la mirada.

Cuando se los probé, se miraron en el espejo con asombro. Cristina murmuró:

—Parezco una pintura. Me parezco a ti.

Le acaricié el cabello. Pensé en las mujeres que retraté para que nadie pudiera borrarlas del mundo o de su historia. Ahora tenía una aguja y mucho amor para ellas. Tres Bambús no era una casa, se había convertido en un castillo encantado. Un lugar sin reglas fijas. La casa crujía, hablaba, no tenía secretos.

Jugaban a las escondidas. Gritaban entre los bambús pensándose princesas exiliadas o exploradoras. Se inventaban nombres, me pedían mis sombreros y las estolas y se disfrazaban de *flappers*, sin saberlo. Cuernavaca me sonaba distinto.

En las tardes, cuando el sol se ocultaba les enseñaba un catálogo con mis pinturas. La pequeña me preguntaba si conocía a todas esas mujeres o si las había inventado. Se asombraban con sus cuerpos mostrando los senos, o desnudas.

—Algunas me conocieron demasiado —respondía.

—¿Y ellas también eran tus nietas? —cuestionaba Marisa, con tanta gracia.

—Ustedes son mis únicas nietas.

Luego se quedaban calladas, porque, a esa edad, el misterio es más valioso que cualquier vana explicación de los adultos.

Por las noches accedían a mi ritual. Les preparaba leche con miel, una costumbre que yo misma despreciaba en mi infancia, y les contaba cuentos que apenas recordaba. Los mismos que me había leído o contado Clementine en Varsovia. Ellas no me entendían, pero igual se dormían plácidamente con el susurro de mi voz.

Una madrugada las encontré en el pasillo, envueltas en mantas, explorando la casa con una linterna. Me dijeron que buscaban «el cuarto secreto». Les dije que no lo iban a encontrar porque ese cuarto está dentro de cada una y solo se abre cuando uno deja de buscar. Se quedaron pensando, y desaparecieron detrás del biombo del salón. Yo volví a la cama, sin poder dormir. Pensé que tal vez ese era mi legado: no mis cuadros colgados en museos o en casas de millonarios, no mi tumultuosa biografía sino una simple caricia, una pregunta sin respuesta, un par de vestidos cosidos con prisa y la sensación de haber sido con ellas, por unos días, la protagonista de una historia que volverán a contar una y otra vez, aunque no la entiendan del todo.

En esa casa que ya no me exigía nada, ellas trajeron de vuelta el vértigo de vivir.

Las mañanas eran de piscina. El agua, tibia y azulísima bajo el cielo sin nubes de Cuernavaca, se convertía en el escenario de gritos, las dos salpicándose con Victoria también dentro. Kizette y yo observando, bebiendo mimosas bajo la sombra de un parasol amplio.

Se lanzaban al agua con una despreocupación envidiable nada más terminando de desayunar. Su mamá las reprendía, les hablaba de la necesidad de hacer la digestión. A ellas nada les importaba. Jugaban a ser sirenas, a salvarse una a la otra, a desaparecer buceando. Nadar parecía su lengua materna.

—¡Abuela, ven, juega con nosotros!

Yo reía, negaba con el dedo. Una mañana les hice caso. Fui a ponerme un bañador y con mi bastón me acerqué a la orilla. Kizette me ayudaba, con

miedo de que resbalara. Me senté solo en la orilla.

—¿Tú también eras sirena antes de hacerte vieja? —preguntó Marisa.

—Yo fui de todo, mi amor: sirena, bruja, hasta reina.

Ellas volvían a reír, imaginándome en todos esos papeles inventados, quizá incluso pensando en cómo iba vestida al hacer mis hechizos o sentarme en un trono.

Les propuse ir al Salto de San Antón. Victoria frunció el ceño, porque sabía de la dificultad del camino, pero nadie pudo oponerse. Cargaron canastas con fruta, toallas y sombreros.

El trayecto no era largo, entre calles somnolientas y anuncios descoloridos. Cuando por fin escuché la caída de agua, sentí en la garganta la misma punzada que sentía de niña, en Marienbad, cuando Malvina me llevaba de la mano hasta la alberca termal.

Marisa y Cristina corrieron adelante, con su madre. Yo las seguía despacio, midiendo cada raíz traicionera. El mirador era tosco, con una baranda pintada de verde.

—¿Aquí podemos nadar, abuela? —preguntó Marisa, con los pies ya descalzos, hundidos en la grava húmeda.

—Aquí se nada, pero con cuidado.

Victoria, Kizette y las niñas saltaron al agua. Todas parecían tener cinco años. Yo solo metí los pies descalzos.

Sentí unas manos menudas tocándome la pierna. Marisa se sujetó de mí, un pececillo asustado. La levanté entre risas.

—¡Abuela, mira! —gritó Cristina, enseñándome una piedra negra y lisa—. ¡Es mágica!

—Todo lo que el agua toca se vuelve magia —le dije—. Nunca la pierdas.

Se quedaron allí, chapoteando hasta que los dedos se les arrugaron. Kizette me envolvió en una toalla, con ese gesto casi maternal que a veces me conmueve y a veces me irrita. Parecía asombrarle que siguiera viva.

No solo seguía viva, estaba nadando aún en Marienbad. Y mientras esas niñas me miraran así, asombradas, el agua nunca terminará de soltarme. Nos sentamos a comer en una planicie de piedra apenas a unos metros de donde el agua seguía cayendo, majestuosa. Kizette les cortaba mangos y sandía y las niñas devoraban la fruta como salvajes, mojándose con su jugo

las barbillas y el cuello. Una de ellas me puso una rebanada en la boca, riéndose. Compartí con ellas la dulzura del mango, mirando la cascada y el río imparable. ¿Será que sí nos bañamos dos y más veces en la misma agua, la presente y la del recuerdo?

—Deberíamos venir más seguido —dijo Marisa.

—No —respondí sin levantar la vista del agua—. Si se repite, se vuelve costumbre, y la costumbre mata el asombro.

Victoria suspiró, harta de mis frases contundentes. No sabe que son guijarros que arrojo para no naufragar.

Marisa jugaba con una piedra negra, la pasaba de una mano a la otra. Cristina recogía ramitas y hojas, construyendo una especie de balsa barquito que se le escapó y vimos irse, dando tumbos, hasta perderse tras la espuma.

El ascenso fue lento y pesado.

—Sigues siendo temeraria —me dijo Kizette mientras me ayudaba a subir con dificultad.

—¿Tú sueñas, abuela? —preguntó Marisa cuando llegamos al coche.

Me detuve un segundo, antes de responderle.

—A veces —Le acaricié la cabeza mojada—. Pero hoy no necesito soñar. Hoy ya soñé despierta.

Subieron al auto cargando el rumor del agua en su cabello. El Salto de San Antón desapareció, aunque yo seguía escuchando el estruendo de su caída.

Cuando regresamos a Tres Bambús, la tarde ya tenía esa luz dorada que embelesa. Bajaron a las niñas del coche medio dormidas, cargando la piedra negra como un talismán. Victoria descargó las toallas húmedas, las dejó apiladas junto a la piscina.

Yo entré después, con el bastón resonando sobre el mosaico, marcando con su arritmia mis pasos cansados. Las niñas medio mojadas entraron a la casa, dejando charcos en el piso. Victoria las reprendía, pero me gustaba ver las huellas que iban dejando sus pequeñas.

En el comedor, Victoria había preparado café caliente. Sirvió las tazas con su cuidado metódico. Era amargo y reconfortante. Las niñas aparecieron envueltas en toallas, recién bañadas. Se sentaron a mis pies, dos gatas domesticadas por el cansancio. Marisa me puso la piedra negra en la

palma.

—Para que no me olvides —dijo.

La miré a los ojos. Tan enormes, resueltos. Cerré la mano en torno a la piedra fría.

—No se preocupen —les dije—. Nunca las olvidaré.

Kizette encendió la radio. Una canción en español se mezcló con el canto de los grillos. Me recosté en el sillón, con la piedra apretada contra el pecho. Oía sus voces absortas en nuevos juegos nuevos, comprendí que nunca dejamos del todo la infancia.

Después de nadar, solíamos jugar ajedrez, les estaba enseñando. Les fascinaba verme mover las piezas con elegancia. Victoria era mi oponente pero las dos, con los codos sobre la mesa, miraban inquisitivas y preguntaban por qué el caballo se movía tan raro. Yo les enseñé a leer el tablero, ver el campo de batalla, entender la estrategia y el sacrificio. La reina, comprendían, es la más poderosa figura entre todas.

—Porque el poder más grande es el más torpe —les expliqué—. Las reinas tienen que adelantarse y protegerlos.

No les dejaba dinero, ni propiedades. Tampoco les daba consejos. Quería transmitirles algo máspreciado: la posibilidad de entender que se puede seguir en pie, incluso cuando el mundo se derrumba. Les regalaba mi ironía, mi manera de no pedir permiso. Algo más valioso que cualquier herencia.

Una de ellas me dijo, mientras cenábamos pan con mantequilla en el corredor:

—Cuando sea grande, quiero ser como tú.

—No —le respondí, mirándola a los ojos—. Cuando seas grande tienes que ser como tú.

Yo sabía que no hay forma de protegerlas de la vida, que su *Chérie* les estaba enseñando a no temerle.

Una mañana, Cristina entró sin avisar en mi estudio.

Era temprano, la luz caía en ángulo agudo desde la ventana. Yo tenía un pincel en la mano y el cigarro apenas encendido. Llevaba una bata manchada de pintura y mi concentración era feroz, casi animal.

La vi en el umbral, descalza, con una muñeca de trapo colgando de la mano. No decía nada al principio, pero su mirada me desconcentraba.

—¿Estás pintando? —preguntó, al fin, con una timidez que no le conocía.

No respondí. Me limité a dejar el pincel sobre la mesa. Caminé hacia ella, la tomé suavemente por los hombros y la llevé de vuelta al pasillo. Cerré la puerta, dejándola sola. La escuché llorar del otro lado. Proteger lo que siempre creí sagrado irremediablemente me había traído lágrimas.

La casa se volvió súbitamente más callada. Las niñas se fueron a jugar al jardín. Oí sus risas lejanas y seguí pintando, ensimismada.

Al rato encontré una hoja doblada bajo la puerta del estudio. Era un dibujo de una figura alargada, vestida de rojo y con un gran sombrero. Al fondo, un volcán con ojos.

Abajo, con letras grandes y redondas, decía: «Perdón».

Me quedé un rato en silencio. Encendí otro cigarro, apreté el dibujo en mi pecho. Los niños no necesitan entenderlo todo, basta con que lo sientan.

Yo no era una bisabuela tierna. No lo fui como mi madre con Kizette ni como abuela de Christine y Victoria, en Houston. No sabía cómo serlo ahora con ellas, aunque las amaba tanto. La mañana en que se marcharon el azul de Cuernavaca era un insulto. Odié su claridad.

Ayudé a doblar sus vestidos. Les peiné el cabello con delicadeza.

La camioneta que las llevaría a la Ciudad de México llegó, cosa rara, puntual. No dije mucho, las abracé con fuerza y les regalé un par de pulseras que ellas inmediatamente pidieron que les pusieran, aunque les quedaban grandes.

—¿Y esto es de verdad? —pregunto Marisa.

—Todo lo que se da con el alma es de verdad —le respondí.

Esperé a que el coche desapareciera entre las buganvillas antes de regresar adentro.

Me senté, con mi ahora prohibido cigarrillo. Cada calada me permitía aguantar el llanto. Nunca he llorado por las cosas bellas.

Pasaron horas antes de que pudiera moverme de allí. El jardín volvió al silencio, el agua de la piscina a la quietud. De lejos, Cuernavaca respiraba tranquila, ignorante del pequeño terremoto que acababa de suceder en mi

casa.

Esa tarde, al volver del desayuno en El Universal, el jardinero me esperaba con alcatraces frescos, recién cortados. Tomé las flores en silencio. Habían limpiado la casa, todo parecía ajeno, como si el amor de esos días no me hubiese pertenecido. Estaba equivocada. Sentía el eco de sus risas, la partida a medio jugar en el tablero de ajedrez y la certeza hermosa de que al menos por unos días fui su abuela, la que les enseñó todo sin pronunciar palabra.

22

NUEVA YORK

1943-1945

Era 1943 y un frío invierno. Nueva York tampoco les daba la bienvenida. Tamara descendió del taxi con un nuevo abrigo de visón. Raoul la ayudaba con su habitual aplomo, como si la guerra no hubiera ocurrido.

El edificio en el Upper East Side tenía ladrillos rojos, altas ventanas y un viejo ascensor. El portero los recibió sin cortesía.

—¿Nos mira mal el portero o la ciudad entera nos es hostil, Raoul? —preguntó Tamara, apretando los labios y encendiendo un cigarro con dedos aún enguantados.

—Nueva York siempre juzga antes de admitirte —respondió el barón—. Descuida, estás hecha para este lugar.

El departamento ofrecía una vista parcial del Hudson. Tamara miró el río, las barcazas, la luz casi cruda inundándolo todo.

—Siento que ya adoro esta ciudad. Voy a poder pintar, amor.

Pasaron el resto del día abriendo cajas, redescubriendo objetos que sobrevivieron a Europa y Beverly Hills. Su preciado samovar, su caballete.

—No quiero que mandes a colgar nada aún, por favor —pidió.

—¿Por qué?

—Necesitamos otro orden, uno que signifique comienzo, no regreso.

Cenaban en silencio; el barón se servía copa tras copa de vino, Tamara fumaba en exceso. Aprendían a estar, de nuevo, en un lugar distinto. Raoul leía a Rilke, ella seguía desempacando, acostumbrándose a las sombras de los edificios proyectándose en el enorme salón.

—¿Crees que aún importa todo lo que trajimos cargando? —preguntó sin mirarlo.

El barón tardó en responder.

—Tal vez no. Pero se trata de lo único que no pudieron quitarnos.

Tamara había comprado una libreta nueva, como un talismán. Escribió: «Luz helada en Nueva York. Tal vez esto sí sea un comienzo».

Tenía que hacer suyo el espacio, era un acto de resistencia. No solo su estudio, que aún parecía improvisado, sino la sala, el comedor. El

departamento tenía dos pisos y Raoul había decidido que durmieran separados, en lo que ella sintió al inicio, eran dos territorios infranqueables. Él había leído un artículo sobre la importancia de habitaciones distintas para aumentar la longevidad. Él ocuparía el segundo piso. Sus primeros cuadros evadieron la figura humana, en su lugar la geometría, el color, lo conceptual.

—¿Ya no pintas mujeres? —le preguntó un galerista en una recepción.

—Quizá necesite saber de nuevo quiénes son, antes de dibujarlas —le respondió Tamara—. Mi mundo se ha vuelto abstracto.

Pintaba en silencio durante horas. Había también cambiado de colores. Su paleta parecía reducirse al gris, a los distintos tonos de negro o a un rojo oscuro, casi marrón. El barón observaba desde el umbral con una copa en la mano, en silencio.

—¿Y esto qué es? —se atrevió al fin, señalando algo que parecía una torre deshaciéndose.

—Europa.

—¿Y esas sombras que huyen?

—Tú y yo, Raoul, tú y yo.

Le costaba trabajo exhibir, vender las obras. Peggy Guggenheim, a pesar de la amistad, pretextó que la galería estaba ocupada los siguientes dos años. Le dolía, aunque se consolaba creyendo que ya no pintaba para otros, sino para dejar constancia de estar viva. O para la inmensa minoría, ironizaba. La guerra podía haber terminado en Europa, pero ella no sentía paz alguna.

Incapaz de dormir, salió a caminar hacia Central Park, abrigada y con la cabeza cubierta con una pañoleta. Una espesa niebla cubría el paisaje. Se sentó en una banca solitaria, sintiéndose un fantasma en Nueva York. Era su segunda vez en la ciudad, pero todo se sentía tan distinto de cuando vino a retratar a la prometida y los periódicos se deshacían en elogios a su mujer moderna. Raoul la esperaba, preocupado, en el departamento. Le sirvió un whiskey. Sentía compasión viéndola luchar sin tregua para adaptarse a la nueva vida.

—¿Te sientes sola aquí? Estoy yo.

—Estás sin estar, me gusta que no me vigiles, pero me hace falta tu

compañía. Estás planeando otra cacería mientras yo me rompo los nudillos contra la tela. Me siento seca.

—¿Te arrepientes de algo?

Tamara lo miró largo rato, buscando la respuesta.

—De no haber empezado antes.

—¿Empezado qué cosa?

—Una vida sin fingimiento, verdadera. Para mí, no para los demás.

—Siempre me pareciste auténtica, nunca una falsa actriz, Tamara.

—Será que la guerra me quitó los disfraces, entonces.

—Creo que no he sabido cómo ayudarte.

Tamara se le acercó, le mesó el cabello:

—No era tu tarea. Estabas y eso era suficiente.

Se tocaron las manos como si firmaran otro armisticio. Era junio de 1945 y la radio anunciaba también el fin de la guerra, con euforia transmitiendo las palabras de Roosevelt. Tamara no podía perdonar que Peggy Guggenheim no aceptara exhibirla en su galería, pero Man'ha había insistido en que debería asistir a la cena con la que celebrarían. Peggy resplandecía con un broche de Tiffany en el costado de su vestido rojo. El esposo de Man'ha había combatido en la resistencia, era un héroe. Ella y el barón, en cambio, se habían limitado a huir del horror.

—Esta noche somos todos sobrevivientes—anunció triunfal la anfitriona—. Que nos sea propicia la paz y el arte nos vuelva a cobijar.

Flanqueaban el salón dos esculturas de Giacometti. Las mesas atiborradas de libros de arte con pisapapeles de Murano.

Arthur Rubinstein tocaba al piano. Man'ha les presentó a David Rockefeller, quien pronto se enfrascó con el barón en una larga conversación sobre la importancia de reconstruir una Europa en ruinas.

Tamara observaba. Llevaba un vestido negro, como si aún siguiera de luto por Europa.

—Por el final de la pesadilla —brindó Peggy.

Le pidieron unas palabras a Tamara. Se levantó.

—La guerra ha terminado, pero a nosotros nos corresponde recoger los

trozos tirados. Brindemos, sí, pero sin olvidar que nuestras copas nunca estarán del todo llenas. Algo se nos ha perdido en el camino, quizá para siempre.

Se hizo el silencio. No sabían cómo responder. Sonaron unos tímidos aplausos y Peggy la besó en la frente.

Al final de la velada, mientras esperaban fuera del departamento a su conductor, el barón le preguntó:

—¿De verdad crees que el arte nos va a salvar?

—No lo sé. Es mi única fuente de esperanza, Raoul. No me la quites.

Ante la extraña calidad de la luz en Manhattan Tamara pensaba en todo lo que había dejado atrás: la casa en Coldwater Canyon, el departamento *art déco* de la rue Mechain, a su querida hermana Adrienne. Toda una vida. Su dúplex en la 57 era enorme, elegante, funcional. Las paredes recién empapeladas en seda gris perla. Había elegido muebles nuevos, para no usar solo los del barón, que reservó para su oficina: el escritorio del siglo XVIII y las tablas flamencas.

Estaba muy contenta, por fin en meses sonreía. Había quedado a comer con Arthur Rubinstein en el Waldorf.

—Nueva York no tiene memoria —le dijo el pianista, removiendo el azúcar en su taza con una lentitud casi musical—. Eso la hace cruel, pero la mantiene viva, como una recién nacida.

Tamara quería guardar sus palabras, atesoraba la elegante sabiduría del pianista.

—París sí tenía memoria —se atrevió ella—. Pero todos la traicionamos sin entusiasmo.

Rubinstein había envejecido bien, su rostro de niño travieso, y su mirada entre hedónica y cortés que desarmaba a todos. Usaba gemelos de alabastro en sus puños con monograma. A pesar de conocerlo de tantos años, a Tamara le impresionó su actual delgadez, como si su cuerpo se escapara del cuello de la camisa.

—No estoy de acuerdo contigo, Tamara querida. En París, todos buscábamos dejar huella, existir —añadió él—. Este país es poco romántico,

pero muy eficaz. Todo funciona bien.

Tamara bebió un sorbo de café. En el fondo le fastidiaba que Rubinstein tuviera razón. La poca memoria de Estados Unidos la irritaba. En San Francisco, un artículo del *Bulletin* la había descrito como «una aristócrata aferrada a una estética muerta». La galería Courvoisier, en Geary Street, había estado casi vacía el día de la inauguración cuando por fin pudo volver a exponer. Los estadounidenses se le resistían a pesar de la técnica intacta, de los nuevos experimentos con el color. Odiaba el silencio de los críticos. Por lo visto, el público californiano no sabía si debía admirarla o disculparse por no entenderla. La misma historia en Los Ángeles, en la Julien Levy Gallery.

—Arthur —dijo de pronto—, ¿cuál fue tu peor concierto?

Él la miró, divertido.

—San Sebastián, 1912. Un piano horrible, desafinado. El público parecía dormido, yo también. ¿Y tú, Tamara? ¿Tu peor cuadro?

Tamara lo pensó un instante. Luego, con un suspiro imperceptible, respondió:

—Uno que vendí en París en 1934. El retrato de un millonario suizo que posaba exageradamente, queriendo ser viril. Lo pinté en tan solo unos días y me pagó en efectivo, pero lloré al entregárselo. Ojalá se haya perdido.

Rubinstein dejó la cuchara sobre el platito.

—Entonces no fue el peor, quizá fue sincero. El fracaso solo duele si aún importa. Ni mi concierto ni tu cuadro fueron memorables. Deberías pensar en el presente, hija. Olvídate de todo lo demás.

¿Cómo no recordar? Casi por vía negativa su cabeza se fugó de allí y de pronto estaba en su estudio de la rue Méchain. Se superponían los días y los años. En esa época todo le pertenecía: los coleccionistas hacían fila, su nombre en las grandes galerías: Bignou, Bernheim-Jeune, la renombrada exposición en el Musée des Beaux-Arts de Nantes en el 37, el retrato de la condesa de Noailles, los inolvidables almuerzos con Gide. En París ser moderna era una virtud. Ser mujer, mérito doble.

Ahora, en ese comedor privado del Waldorf con Arthur, todo aquello le parecía un espejismo. Había sido deseada, sí. Pero no comprendida. Y Estados Unidos, con su vulgaridad resplandeciente, ni la entendía ni la

necesitaba.

—¿Crees que el piano se puede cansar de la música? —preguntó, por no dejar al regresar de su ensoñación.

—Nunca —respondió Rubinstein sin dudar—. Pero el pianista sí puede hartarse de tocar para oídos sordos.

Y allí quedó suspendida su respuesta.

Tamara cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, el camarero se les había acercado con una bandeja de plata. Ella negó con la cabeza: no más café.

Rubinstein se fue a su habitación y Tamara descendió sola por el vestíbulo del Waldorf, envuelta en su abrigo de visón y un pañuelo de seda atado al cuello. No quiso que le pidieran un coche. El barón había salido de cacería a Alaska en un yate rentado con su nuevo amigo, Robert Lambert, el dueño de la cervecería Heineken. Raoul se solazaba buscando matar bestias y ella se sentía sola, vulnerable, fuera de lugar. Al borde de un nuevo episodio de crisis nerviosa.

Tamara encendió un cigarro. Caminó despacio, sin rumbo fijo. En las vitrinas, los maniqués vestían chaquetas con hombreras marcadas. Le pareció que los faroles emitían un brillo cansado. No podía dejar de pensar en el revés de San Francisco, una bofetada: la galería Courvoisier casi vacía y el artículo hiriente del *Bulletin*.

¿De qué le han servido todas esas paredes cubiertas con sus cuadros, todas esas recepciones, los catálogos brillantes, su nombre pronunciado con respeto? En la esquina de Lexington Avenue, una pareja se besaba bajo la marquesina de un cine.

Saludó con una inclinación mínima al portero y subió al ascensor. En su departamento no la esperaba sino el silencio. Y una botella de armañac. Encendió la luz del vestíbulo, donde había colgado su *Maternité*, el primer cuadro que le había comprado Raoul. La mujer daba el pecho a su hija, trise, el cabello cortísimo. Se trataba de un autorretrato velado. De ella y de Kizette con sus cachetes inflados, succionando satisfecha. Las figuras del cuadro parecían salirse de él y cobrar vida: «¿Y si el verdadero fracaso no es que te olviden, sino que tú recuerdes demasiado?», se dijo. Encendió otro cigarro y pensó en escribirle a su hija, que se había quedado en California,

estudiando en Stanford. No tuvo la fuerza suficiente.

Esos años casada con el barón habían sido felices por la libertad que ambos se habían regalado. A Raoul le gustaban los hombres y las mujeres; a ella, las mujeres y los hombres sin ningún orden en particular. Raoul incluso llevaba en el yate a un doctor para que revisara a las mujeres que conquistaba en su largo viaje de cacería. Se acordaba ahora de cuando los dos viajaban por un mundo que les era propio y que se ensanchaba ante sus caprichos. Luego Hitler invadió Polonia y todo se fue a la mierda.

23

CUERNAVACA

Amanecí con un horrible dolor de cadera. Los huesos protestaban sus años. Un dolor sordo que no mejora con pomada ni masajes. Me había despertado temprano, ya era costumbre. A los ochenta y tantos el sueño es un lujo. Caminé hasta la cocina arrastrando los pies para prepararme un café negro.

Estaba hojeando el periódico cuando escuché el timbre. Me levanté con esfuerzo, apoyada en el bastón.

Era Kizette. Llevaba unas gafas oscuras que no escondían su dolor. No traía más equipaje que un bolso enorme. La sentí derrotada y tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Vienes sola? —pregunté, torpe.

Asintió sin decir nada más. La abracé y la sentí temblar.

Le preparé un té de menta y ella se dejó caer en la poltrona.

Se quitó las gafas, los ojos hinchados y secos.

—No sé por qué vine —dijo.

—Porque aquí nadie te va a pedir explicaciones, querida.

Asintió, llevándose la taza a los labios.

—Murió como vivió, sin protestar nunca —susurró.

Su esposo, ese tejano simplón a quien terminé queriendo, había muerto de cáncer semanas atrás.

Kizette siempre había vivido entre el reproche y la distancia, entre la necesidad de mí y la furia de mi ausencia. Nos quedamos calladas largo rato. Dos soledades compartiendo sus propios dolores.

—Me quedo unos días.

—Los que necesites, esta es también tu casa —respondí.

Pasaban los días lentos. Ella se despertaba tarde y luego se iba a la piscina. Después de refrescarse leía novelas baratas en inglés. Hablábamos poco, porque entre nosotras las palabras siempre fueron frágiles.

Llovía con una furia inédita, lo que empeoraba mi dolor. Me quedé dormida en la sala, con un cuaderno de apuntes. Abrí los ojos cuando sentí la mano de Kizette en mi frente.

—¿Puedo quedarme aquí un rato?

Se acurrucó a mi lado y me mostró una hoja doblada en cuatro.

—La encontré entre sus camisas. No la había visto antes.
Me la tendió, pero no me atreví a tomarla. Me la leyó, entre sollozos:

Kizette:

No sé cuándo leerás estas palabras. Hay cosas que uno no sabe decir en vida o cuando intenta decirlas ya es tarde. Yo nunca supe qué hacer con tu fuerza, me asustaba. Todo lo que fui capaz de amar, lo amé en ti. Perdóname por las veces que no dije nada, o que no supe amarte.

Foxy

—Era bueno y me hacía reír. No tengo idea de dónde sacó que nunca supo amarme.

—Fue suficiente para ti —susurré.

—Más de lo que tú tuviste con papá.

Esa frase me atravesó como una daga. Preferí guardar silencio. Su rostro mostraba dolor por la pérdida de su marido, pero también una rabia contenida hacia mí. Ese reproche sordo por no haber sido una buena madre.

—¿Quisiste a Tadeusz? —preguntó ella, de pronto.

Tardé en responder; un error, porque siguió cuestionando:

—¿Me quisiste al menos a mí?

—Quise que fueras libre.

—Yo no necesitaba libertad, necesitaba una madre. Una madre que me regañara, que estuviera conmigo. A un niño le tiene sin cuidado la libertad.

—Siento mucho no estar de acuerdo contigo, Kizette. La libertad es el bien máspreciado, más que las joyas, incluso más que el amor.

La lluvia golpeaba los cristales. El jardín era un inmenso charco.

—¿Qué hago con una carta así, mamá? Siempre me va a doler no haber podido contestarle cuánto aprecié su amor. ¿Alguna vez tuviste una carta así? —me preguntó.

—A mí nunca me escribieron, solo me abandonaron.

Dejó de llorar y me tomó la mano. Por primera vez en años nuestras manos se tocaban sin pedir nada. Nos quedamos así, abrazadas, sin escuchar el ruido del mundo.

En la sobremesa, esa misma noche, le leí en voz alta un fragmento de *La retraite sentimentale*, de Colette. Era una escena de duelo, de esas que terminan sin aflicción. Ella escuchó en silencio, con los ojos cerrados.

—Tú leías eso cuando me fuiste a dejar al internado —me dijo, de pronto—. Lo llevabas en la mano.

No recordaba ese detalle. Bajé el libro. El silencio se volvió denso.

—Pensé que sería mejor para ti —susurré.

—Más bien para ti, era una forma elegante de deshacerte de mí.

—No, era mi única forma de protegerte. Darte la educación formal que yo no tuve. Una mujer, de lo contrario, tiene que defenderse con todo, con los dientes si es preciso. Tú tienes tus títulos, igual que proveeré para que tus hijas y tus nietas los tengan.

Kizette bebía lentamente un Martini. Yo mi dulce vermut. A mis años, el cuerpo se cobra todos los excesos previos. Cada vez me costaba más trabajo respirar.

—Cuando llegamos a vivir a París era tan pequeña que no recuerdas que iba a los mercados de pulgas a vender mis joyas para sobrevivir. No tenía como defenderme, no era nadie y lo había perdido todo. Cuando logré tener un trabajo, ilustrando revistas, apenas alcanzaba para el alquiler, leche y pan. Es bueno que recuerdes eso cuando pienses que no fui una buena madre.

Ella guardaba silencio, creía que mis palabras la habían ablandado, pero me reprimió:

—Aun así me dejabas tanto tiempo sola, o con Malvina. Sabía de ti por los periódicos, por tus escasas cartas.

—No supe ser madre, ya te lo he dicho —dije, y me sorprendí a mí misma pronunciándolo.

Ella dejó la copa sobre la mesa.

—Y yo no he sabido perdonarte.

No podía quedarme quieta bajo esa confesión.

—No te pedí perdón antes porque creí que era innecesario —dije sin girarme.

—Y yo nunca te lo di, porque esperaba a escucharte, mamá. Una vez al

menos, ofreciéndome disculpas por tu ausencia.

Se acercó aún más, en un abrazo total.

—Tadeusz te adoraba —dijo—. Aunque no te lo decía.

—Yo también lo quise, muchísimo, no sabes cuánto. Pero luego se murió en mí para siempre. No supo sobrevivir.

Y en eso, por fin, coincidimos. Una grieta en mi corazón por la que podía escuchar la voz de mi hija. No porque necesitara redimirme; de qué, si solo había conseguido que las dos saliéramos adelante. No, para al menos enseñarle que yo también era humana.

El día de su partida, Kizette se levantó antes que yo. Tenía prisa por volver. Desayunamos frugalmente. No nos mirábamos, quizá porque ya lo habíamos dicho todo. La acompañé hasta el portón donde la esperaba un taxi. Antes de subirse, me dio un beso y me abrazó con fuerza.

—Gracias por no decirme que todo estará bien —me dijo, quitándose las gafas oscuras.

—Puedes volver cuando quieras, Kizette.

—Volveré pronto.

—No hace falta —respondí.

—Hace más falta que nunca.

Cada vez me cuesta más trabajo respirar. Odio tener una enfermera viviendo en casa, pero no me queda más remedio. Víctor la consiguió con sus amigas las monjas. Ella me ayuda a arrastrar el tanque de oxígeno. Sigo fumando, de algo he de morirme. Les dejaré algo a ella y a Víctor. Me queda muy poco tiempo por delante.

Es inevitable que la pregunta de Kizette me deje pensando. ¿Amé a Tadeusz? Vuelvo entonces a la pregunta de siempre, la cuestión de Chéjov en su alucinado cuaderno. ¿Quién ama más? ¿Un hombre o una mujer? Siempre supe que las mujeres amamos más, amamos incluso cuando ya no queda nada que amar, cuando se ha perdido todo. Yo amé, y mucho. Me rompí tantas veces que no creo que exista artesano alguno en el mundo que pueda

juntar mis pedazos. ¿Fui feliz? Es otra pregunta estúpida. Algunas veces, por momentos. Escasos, pero intensos. Fui feliz cuando fui libre y no intentaba nada más sobrevivir. Raoul me dio eso, a manos llenas: libertad. Deseé también muchísimo, a Rafaela, a Ira; pero siempre regresan los años locos con Suzy Solidor, con quien supe lo que era el verdadero placer, pero también la necesidad de ponerle un límite al exceso.

En marzo de 1932, recibí la noticia de que Tadeusz se había casado con Irene en Lodz. Suzy llegó como bálsamo. Ella y su cabaret solo para mujeres, *La Vie parisienne*. Ahí Suzy me cantó a mí, directamente, por vez primera. Vestía un esmoquin blanco, el cabello platinado. Su voz hermosa: «*Et si je t'aime, prends garde à toi*».

Nos fuimos del cabaret antes de que cerrara. Ya no recuerdo bien el camino de vuelta a casa, solo su risa enloquecida que me revolvía algo por dentro. En mi estudio, descalza, me empujó contra el diván. No exagero si digo que me desgarró la blusa. Suzy tenía manos de marinera y boca de hereje. Me besaba como si supiera que no sobreviviríamos al amanecer. Me mordió los muslos, los pechos. Yo le ofrecí mi cuerpo sin ninguna reserva. Ella lo aceptó sin piedad alguna.

Y luego, mientras yo fumaba ella se puso a cantar, aún desnuda. Me susurraba la letra al oído y luego me lamía las costillas. Sacó droga. Me puso el polvo en el pezón y me dijo que la comiera como si fuera cierta esa noche. Claro que era todo verdad. Caímos exhaustas hasta la mañana.

Las noches con Suzy eran una ceremonia religiosa. Pintarla era otra forma de tocarla. Dejar que la luz la bañase, dibujar su mandíbula en carboncillo, sugerir con las sombras todo lo que no pueden decir las palabras.

—Hazme eterna, pero no fiel —me decía.

Luego de las sesiones íbamos al cabaret. Yo la escuchaba cantar con el pulso frenético.

En una de esas ocasiones, Suzy bajó del escenario, tomó mi mano y salimos por la puerta lateral, como ladronas. No me explicó nada. Un coche negro nos esperaba. No hablamos durante el viaje en automóvil. Me tocó por debajo del vestido, me lamió hasta hacerme perder la respiración. Llegamos a su departamento. Me ató con su corbata de hombre y cubrió mis

ojos con un pañuelo.

—No necesitas mirar. Solo necesitas obedecer.

La lengua de Suzy rápida. Me penetró también con los dedos, con su voz, con la seguridad de que el placer se exige, no se pide.

Al amanecer fumamos en su bañera. Me ofreció un gotero de láudano y me dijo que ningún hombre la ha mirado como yo. Le contesté que a nadie he tocado con tanto delirio. Nos reímos.

El cuadro que le hice no es de mis mejores, aunque sea honesto. No refleja el incendio que fuimos. Jamás me pidió que la quisiera, quizá por eso perduró el deseo.

Por ella crucé París como loca, cuando supe que estaba mal. Me llamó por teléfono, amenazante. Subí las escaleras con un nudo de vidrio en el pecho. La puerta del departamento estaba entornada. Un caos me esperaba dentro: botellas rotas, la ropa desparramada, un espejo hecho añicos. La encontré en su habitación, semidesnuda, delirando. Respiraba, sí, pero con dificultad. Me senté a su lado. Observé su espalda, la curva rota de sus hombros.

La desperté lentamente, como si fuese mi hija. Repetí su nombre sin respuesta. Tenía los ojos abiertos, pero no me veía. Le sostuve la cara entre mis manos y reaccionó. La llevé al baño obligándola a vomitar. Es una niña enferma. Le lavé los labios mientras ella permanecía en silencio.

La arropé, abrí las ventanas y apagué casi todas las luces. Luego recogí los cristales rotos y la basura. Pude al fin observarla dormir. Era hermosa en su ruina como lo era en la grandeza cuando cantaba. Me senté en el salón y fumé. Me cruzaron tantas cosas por la cabeza. Sabía que, a pesar del exceso y la droga, Suzy estaría bien esa noche. Algo mío moría, en cambio. Se acababa esa tonta certidumbre de que nuestra relación podría continuar. Ahora me viene todo a la mente como el vendaval que sigo siendo. La memoria es traicionera, especialmente a esta edad. Nunca agradecí la nostalgia. Le pido más bien a la muerte que no me olvide y me libere de este infinito dolor.

24

NUEVA YORK

1961

Era noviembre y la ciudad comenzaba a prepararse para un largo invierno. Tamara estaba pintando, obstinada a pesar de los repetidos rechazos.

Sonó el teléfono:

—¿La señora Kuffner? —preguntó, en francés, una voz formal, contenida.

Ella identificó al instante el tono, la pausa antes de la infausta noticia.

—Sí, soy yo —respondió, aún con el pincel en la mano. Escuchó solo retazos, paralizada.

—Lo siento... el barón Kuffner... fallecimiento repentino... infarto a bordo, en camino a Lisboa... el capitán decidió entierro en el mar. Lo sentimos mucho.

«Entierro en el mar». Esa frase la descompuso. Alcanzó a sentarse.

No gritó, ni lloró. Todo se quedó en silencio.

El barón Raoul Kuffner estaba viajando solo. Él y Tamara hacía un par de años que no salían juntos. Una especie de superstición que a él se le había metido en la cabeza. Incluso si iban al mismo sitio, llegaban con dos días de diferencia. Luego sí compartían todo: los museos, las galerías, las largas y copiosas comidas.

Raoul esta vez había ido a Europa preocupado por su situación económica. Había vendido parte importante de su colección y ahora también varias de sus propiedades.

El testamento era escueto. Lo había firmado hace años y Tamara lo conocía. La mitad de todo para los hijos de su primer matrimonio, la otra parte para ella. Nada para Kizette. «Ya le darás tú lo que quieras».

Tenía acciones en la bolsa, una cuenta en Basilea y parte del castillo en Diószegh.

A los tres días de esa llamada funesta, Tamara aceptó recibir a su abogado. Firmó los papeles sin preguntar nada, vestida de luto y con lentes oscuros dentro del departamento. Solo atinaba a pensar en Raoul, muerto en el atlántico, arrojado al mar, sin una tumba donde llorarlo. «El agua no tiene

memoria», se dijo. Como si no supiera hacer otra cosa, al quedarse de nuevo sola volvió a su cuadro inconcluso. La *Quinta* de Mahler en el tocadiscos. Una copa generosa de armañac.

Pasaron semanas. Tamara se encerró. No respondía a invitaciones y dejó a propósito descolgado el teléfono. Dos meses enteros rumiando su inesperada soltería, pensando qué hacer con su vida. A principios de enero accedió al fin a salir. Un concierto de Rubinstein. Arthur además la había invitado a cenar con él después de la función.

—Lamento tanto lo ocurrido, Tamara —le dijo, ya en el comedor—. A pesar de que no vayas de luto el duelo se te escurre por los ojos.

—No llevo luto, es cierto —respondió ella—. Son solo costumbres; además cuando te vistes de negro invitas a que te tengan compasión.

Él la miró con cariño.

—¿Sabes? —comentó—. En música, cuando se pierde el compás, uno puede improvisar. Pero en la vida no. Solo queda volver a medir el tiempo, empezar desde un compás distinto. Darnos cuenta de que la melodía ha cambiado, que lo ocurrido no es una mera disonancia.

Tamara asentía.

—Ni siquiera me nace pintar, Arthur. Eso nunca me había pasado.

—Entonces vete de viaje, recorre el mundo. Raoul seguro te dejó suficiente dinero como para esa aventura.

La ausencia de Raoul se sentía en cada cuarto del departamento. Su amigo tenía razón. No se trataba de huir, sino de aprender a olvidar y eso nunca podría conseguirlo quedándose allí.

Febrero llegó con sus ventiscas heladas. Tamara aún no se decidía a dar el siguiente paso en su vida. La viudez le sentaba mal, no le parecía simpática en lo más mínimo. No podía dormir. El ruido del radiador, una sirena, todo la alteraba. Su hija la había invitado a vivir con ella en Houston. Le hacía ilusión, pero sabía que tendría que irse a vivir a un hotel, o comprar una casa. No pensaba depender de nadie, menos ahora. Se había quedado con

dos cuadros que el barón le había comprado cuando se conocieron y con el retrato que ella le había pintado. Prefería verlo en el lienzo a las fotografías. Le daba una gran pereza mudarse, volver a embalar los muebles. Podía también regresar a París, su departamento en la rue Mechain era una opción segura, y estaba Adrienne. Su cabeza era un revoltijo de dudas. Finalmente ganó Houston. Se dijo que era hora de aprender a envejecer. Quizá era la última oportunidad de estar cerca de Kizette.

Tenía que despedirse de Nueva York y de Man'ha, la primera que le llamó para darle el pésame. Quedaron de verse en el vestíbulo del MoMA. Se puso un vestido Chanel y su mejor pámela negra. Parecía una escultura con sus guantes de cabritilla y la mascada atada apenas al cuello.

Su amiga, en cambio, vestía sin esfuerzo, con un abrigo larguísimo y unos pendientes enormes.

—Tamara querida, perdona el retraso. El perro se negaba a orinar y no podía dejarlo así en el departamento.

Se tomaron del brazo sin ternura y caminaron por el museo. Dos mujeres que no se debían nada, con su cariño de hermanas a prueba de todo, dejándose llevar.

Se quedaron frente a un Max Ernst. Man'ha le confesó por vez primera que no le gustaba la pintura moderna.

—Para mí todo se terminó con los impresionistas.

—¿Y dónde quedo yo? —le preguntó Tamara.

—Tú eres una pintora que se escapó del renacimiento. Eres clásica, eterna. No estas modas pasajeras.

No tenía caso discutir con su amiga sobre arte, prefirió bromear:

—Igual y estoy tan muerta como Caravaggio, Man'ha—. Ambas se quedaron en silencio y buscaron dónde sentarse.

—¿Sabes? —se atrevió de nuevo Man'ha, jugando con sus anillos—. A veces pienso que el arte no es más que una forma elegante de evitar el suicidio. Mira a todos los coleccionistas. Acumulan y ya no miran lo que antes les asombraba. Son cuadros, pero podían ser lingotes de oro o propiedades.

Tamara se quitó los guantes.

—Hoy estás muy aguda, querida.

Man'ha le propuso ir a cenar a The Colony.

—Me muero por un trago. Después de nuestra conversación parece que te exiliaron del Louvre.

—¿Sabes qué pienso cuando paso por la sala del Louvre donde está *La Gioconda*? —dijo Tamara.

—Que es una estafa —dijo Man'ha sin pensarlo.

—No exactamente, pienso cuando era loca e inconsciente y le seguí el juego a Marinetti.

—¿No me digas que la vandalizaron?

—No, querida. Casi, pero terminó en una simple *boutade*.

—Cuéntamelo todo.

Tamara se acomodó con gusto, apoyándose en una pared mientras esperaban al chofer de Man'ha.

—Fue en el veinticuatro. Marinetti y yo coincidimos en una cena interminable, uno de esos encuentros de vanguardistas donde queríamos dinamitar el tiempo, borrarlo todo. Tal vez solo éramos estúpidos. Bueno, después de varias copas, Marinetti se levantó y gritó que el Louvre debía desaparecer, que todo ese arte estaba muerto. Quería incendiarlo.

—¿Y tú lo secundaste?

—Claro, le dije: «Filippo, yo pongo el coche». Tenía entonces un Renault amarillo. Horrendo.

Man'ha soltó una carcajada.

—¿Un Renault? Siempre te imaginé en tu Bugatti verde.

Tamara sonrió.

—Ah, el mito. El Bugatti fue un invento. Era mi Renault el que manejaba también en Montecarlo, por eso me imaginé un auto más veloz, más moderno. Pero ese es otro cuento. Aquella noche, el Renault estaba aparcado justo frente a Le Select. Marinetti ya había escrito un manifiesto improvisado en servilletas. Salimos entonces a prender fuego al Louvre.

—Pero no lo hicieron, ¿los aprehendieron antes?

—No, cómo crees, querida. Algo más estúpido: el coche no arrancó. Ni con las arengas futuristas de Filippo. Marinetti se hizo el ofendido y se fue a

dormir.

—Sublime, Tamara, deberías escribir tus memorias. Serían deliciosas.

—Mis memorias están en mis cuadros, a nadie le interesa mi vida.

—Esa noche fue más futurista de lo que ustedes imaginaban. Fallar gloriosamente es la forma más moderna de destruir algo.

—Lo único que queríamos era parecer peligrosos, ojalá hubiésemos tenido las agallas.

—No lo dices en serio. Serías recordada como pirómana, no como artista.

Llegaron a The Colony. Aún quedaban rastros de su antigua gloria: camareros que sabían bajar la voz cuando pasaban mujeres importantes, cortinas gruesas que ahogaban el murmullo de Manhattan y una carta de vinos que parecía redactada por un cura libertino. El *maître* las saludó quizá creyendo que venían de regreso del exilio.

En The Colony les dieron una mesa junto a la entrada. Caviar, champán. A Man'ha el lujo le parecía una elegante manera de resistir.

—Así que dejas Nueva York, quién iba a pensarlo—dijo Man'ha—. ¿Regresas a París?

—No, cariño. Me voy a Texas.

—¿Texas?

—Houston, con Kizette. Me quedaré en la *suite* de un hotel, como una noble decadente.

—Te vas a morir de hastío entre petroleros y mesas de formica.

—Prefiero eso que morirme aquí, sola salvo por un par de amigas como tú. Siento que Nueva York nunca me quiso recibir.

—Ven conmigo a Cuernavaca —dijo Man'ha, de pronto—. Barbara Hutton me ha invitado a pasar una temporada allí. El clima es indulgente y está lleno de artistas. México me encanta, estuvimos allí con mi esposo en misión diplomática hace años.

Tamara no quería ser grosera. Man'ha era siempre generosa.

—Lo consideraré. Pero temo que en México la belleza venga acompañada de violencia. Yo ya no estoy para aguantar más revoluciones.

—Tamara, por favor—dijo Man'ha—. En Cuernavaca estarás más segura que en Houston. Te vas a aburrir, yo lo sé.

—Ya estoy aburrida aquí y no puedo pintar—respondió Tamara.

Antes de despedirse Man'ha le insistió:

—Prométeme que lo vas a tomar en cuenta, me encantaría que viajáramos juntas.

Tamara se acomodó el sombrero:

—Te prometo que si me muero de aburrimiento te alcanzo allá. Dios, la última vez que vi a Barbara fue en Venecia con Peggy. Si no te alcanzo, por lo menos me mandas una tarjeta postal.

Se alejó sola por Madison Avenue. Le quedaban tantos pendientes para por fin irse de la ciudad, del frío de Nueva York. No precisaba más despedidas.

25

CUERNAVACA

El cuerpo iba cobrándome lentamente, se diría que con elegancia, el peso de los años. Los huesos, después de los pulmones, finalmente cada músculo: un pinchazo al levantarme de la silla, a pesar de la ayuda del bastón, la enfermera siguiéndome con el oxígeno por todos lados. Los sabores dejaron también de interesarme, nada me sabía bien, ni mi amado té del samovar, ni las salsas espesas de México. Me estaba convirtiendo de nuevo en una niña melindrosa. Los días en Cuernavaca se me hacía largos y yo me movía por mi pequeña casa en Tres Bambús como si fuera un palacio sin corte ni súbditos.

En Cuernavaca todo florecía impúdicamente mientras yo me marchitaba. Tal vez era tiempo deirme despidiendo de los lugares que quise en estos últimos años de mi vida. Decidí empezar con el hotel de mi llegada, el Casino de la Selva, ese templo contradictorio donde convivían los murales de Siqueiros con la historia prehispánica y los delirios de Candela y sus cúpulas. Algo en mí —quizá la costumbre de no rendirme, o el capricho de desafiar la decrepitud— me empujó a salir. Me puse un vestido negro sin mangas, el collar de perlas de siempre, y unas sandalias que ya no debí calzar. Caminé hasta el coche como quien se lanza al vacío. El chofer me miró por el retrovisor con disimulo. Yo asentí. Que arrancara. Que me llevara al lugar donde aún creía que el arte tenía sentido, aunque solo fuera por unas horas.

Leía con cierto desdén *Under the Volcano*, un canto de cisne a esta ciudad. Desde que Víctor me la había prestado la había abierto y cerrado muchas veces. Me parecía densa, delirante. Hasta que me atrapó, como suele decirse, y no me dejó escapar de sus páginas enloquecidas. El cónsul Geoffrey Firmin había caminado estas mismas calles, como en el escenario de un teatro, preparándose para la muerte. Su descenso a los infiernos me repelía y me fascinaba de igual modo. La belleza de la devastación.

—Firmin podría estar sentado aquí con nosotros—le dije a Víctor.

—Claro, es una de las tantas leyendas de Cuernavaca. Lowry venía aquí a

tomar mezcal y hablar con los fantasmas.

—Yo lo he intentado, pero se rehúsan a acompañarme en estos mis últimos días.

—Te has vuelto dramática, Tamara.

—Realista, Víctor. ¿No me miras?, me he vuelto una reliquia.

Le leí en voz alta un pasaje donde el cónsul se extravía por callejones después de haber estado en la Plaza de Armas calentándose al sol. ¿Qué buscamos Lowry y Firmin y yo en este pueblo?

—Te tardaste mucho en leerlo. Yo creo que te lo di hace un año —dijo Víctor.

—Nunca es tarde para descender a los infiernos —repliqué.

—¿Y qué has encontrado entre las brasas?

—Que todo está perdido, de antemano, aunque nos aferremos en salvarlo.

—Lowry era un Dante sin Beatriz —repuso Víctor—. Su libro es una *Divina comedia* ética.

—¿Sabes qué me aterra? —le dije—. El olvido, más que la muerte.

—Tú serás recordada, Tamara, aunque nadie te comprenda.

—¿Te parece suficiente consuelo?

—No lo sé. Es algo al menos. A mí en cambio, un escultor de medio pelo, sí me van a olvidar del todo. O seré una nota al pie en tu biografía.

El cielo se había teñido de púrpura. Me imaginaba al Cónsul caminando por la avenida Morelos con el sombrero ladeado y los ojos vacíos de un cadáver. Me hubiese gustado conversar con él antes de que se perdiera para siempre en la barranca, con un perro callejero que no podría llevarlo al otro lado del río del olvido. Como él yo tampoco creía en barcas y Aquerontes.

Era primero de noviembre. Los Ortiz Monasterio me invitaron a visitar el cementerio municipal. Me sorprendió el bullicio. Familias enteras limpiaban las tumbas, encendían veladoras, comían tamales. Los niños corrían traviesos por los pasillos de tierra y algunos cantaban y tocaban sus guitarras. No había tristeza alguna en ese canto alegre por la muerte.

—¿Esto es duelo o carnaval? —pregunté a Gaby, la bella esposa de Felipe.

—No hay diferencia alguna —me respondió—. La muerte es una fiesta a la que todos estamos invitados.

Me senté en una lápida. Perros famélicos, mezcal, flores amarillas, olor a incienso.

Pensé en Lowry y recordé a Raoul. No tenía a nadie. Kizette sola también, en Houston. Ella al menos tenía la tumba de Foxy. Yo no tenía adónde llorar al barón.

¿Y si el infierno no fuera otra cosa que la repetición idiota de los días?, me pregunté.

Por primera vez en semanas me sentí ligera, nunca pensé que eso ocurriría en un cementerio, después de haber leído a Lowry. Aunque su libro nunca se termina, queda en ti, como un tatuaje.

Cuernavaca. Mi última ciudad. Mi verdad final.

Dejé de medir el tiempo, dormía mal y me despertaba a las tres de la mañana, soñando con trenes vacíos, detenidos en estaciones que conocía: Varsovia, Petrogrado, Roma. Alguien me llamaba por mi nombre, con voz de niña. No era ni madame, ni baronesa, ni Lempicka, solo Tamara.

En las mañanas, tan pronto lograba levantarme me obligaba a caminar a mi estudio. Tenía que seguir pintando, aunque fuese lo último. A pesar de los regaños de la enfermera y de Víctor, seguía fumando y tosiendo. Intentaba atrapar aún formas, el brillo de un magenta, geometrías abstractas e incluso naturalezas muertas. Era una forma de meditación, de ejercicio. Ninguna pretensión, porque a pesar de la técnica la chispa me había abandonado también. No requería ni el amor ni el aplauso, y eso era un alivio.

Un joven periodista vino a entrevistarme para una revista francesa. Hablaba de legado y se le llenaba la boca. Me sorprendió, sin embargo, que me preguntara por qué había abandonado el *art déco*. Le respondí que el *art déco* me había abandonado a mí, su sacerdotisa.

Me dio ternura su confusión, las tantas preguntas insulsas. Pensé en todos los críticos que alguna vez me destruyeron: los que me llamaron frívola, superficial, masculina. No entendían tampoco que pinté quizá a una sola mujer, soberana de sí misma, sobreviviente.

Quise revisar mis cosas, poner en orden mi archivo. Cartas, fotografías, recortes de revistas y muchas mentiras impresas. Unas cuantas verdades. Una carta de Tadeusz, escrita desde París en los años treinta, en la que me

reclamaba porque decía que Kizette merecía una madre, no una mujer con alas. Víctor me ayudaba a clasificar, con silencio, su devota paciencia. Muchas veces le inventaba historias para dejar de recordar.

—¿Y este? —me preguntó señalando la foto de un cuadro que él no conocía.

—Se perdió en la guerra, igual que yo.

Me preguntó si temía morir.

—Ya morí muchas veces —le dije—. En San Petersburgo, en París, en Hollywood, en Nueva York. Esta sería la salida final, la última.

—Igual y resucitas, baronesa.

¿Sería este el final del último acto? ¿Caería la cortina sin aplausos? Quedaría el silencio, porque incluso mi memoria se difuminaba. La mayoría de los rostros de quienes quise los había olvidado. Solo volvía a verlos si los había retratado. ¿Habría un último cuadro, una confesión póstuma?

Nos quedamos en silencio. Un gato cruzó el jardín, veloz. Había escampado. El animal estaba persiguiendo algo. Víctor dijo el nombre de la presa: «tlacuache». No pude pronunciarlo, pero me encantó el sonido, la música del nombre.

—Es una especie de topo —me dijo—, muy común en Morelos.

Esa noche soñé con mi madre. No con la mujer que fue, sino con la que yo hubiera querido que fuera. Me peinaba frente a un espejo diciéndome que todo saldría bien. Desperté con lágrimas en los ojos. El pasado era una caja de música rota que se empeñaba de pronto en volver a sonar.

Me di cuenta entonces de que había empezado a vivir en el pasado, anticipando la despedida.

No sentía miedo. Solo una calma extraña, como cuando se desmonta una exhibición. No sentía ya rencor ni esperanza. Solo quedaba una certeza: todo lo hecho, lo vivido había ocurrido para llegar a este instante: la baronesa exótica y sola en su refugio tropical, brindando con mezcal, no con coñac, con el fantasma del cónsul Firmin que me toca el hombro con su

mano fría. Le susurro:

—Es el final. Sé que no puedes cuidar de mí, ni siquiera de ti mismo, George, pero tómate la mano y condúceme, de una buena vez, hacia el infierno.

26

HOUSTON

1963-1977

El sol texano entraba con suavidad por las altísimas ventanas del hotel Warwick. Era octubre, y Houston al fin se había quedado sin mosquitos ni calor. Tamara permanecía de pie junto al balcón de la *suite*. Un vestido morado, una copa de champán para hacer más llevadera la pesadez de una ciudad que detestaba.

—No está del todo mal este lugar.

Kizette había dejado a las niñas en la escuela y a Foxy en su laboratorio. Su madre la esperaba con una pila de cartas para contestar y su libro de cuentas.

—¿Trajiste el extracto del Chase Manhattan? Quiero saber si esa transferencia de Nueva York finalmente entró.

Kizette se la tendió: asintió, desplegó carpetas, comprobantes, un folder con bordes dorados donde todo estaba ordenado al milímetro.

—Ocho mil dólares, mamá. Nos alcanza para pagar tus deudas en París y tus gastos aquí por varios meses, pero dudo que para tu viaje a Londres.

Tamara frunció los labios.

—Habrá que sacarlo de otra parte. Llama a Gene Barnes para que nos haga un depósito mientras vuelco mis entrañas en nuevos cuadros. Sigo experimentando con minerales.

Hablaba en serio. Sus pinturas eran más abstractas, usando solamente espátula. Foxy, su yerno, le ayudaba a identificar óxidos, tierras volcánicas, pigmentos no vegetales, —Me estoy volviendo más alquimista que pintora.

Una vez al mes salía a pasear con sus nietas, a quienes en ese entonces no llamaba Christine y Victoria, sino cariñosamente Putti y Chacha. Una ceremonia necesaria: mezcla de fiesta y educación cosmopolita. Iban a Brennan's o al River Oaks Country Club, donde Tamara corregía la postura de las chicas y les contaba historias increíbles de su juventud. Según ella, había bailado con Nijinsky, bebido champán con Coco Chanel y rechazado una proposición indecente de Alfonso XIII.

—¿Y ese quién es, abuela?

—Un rey, querida. Un rey sin corona y no tan guapo como tu abuelo.

Les exigía que aprendieran francés, que supieran cómo contestar la correspondencia. Pero, sobre todo, que supieran mirar.

—Putti, no mastiques al estilo de una turista. Chacha, enderézate.

En 1972, llevó a sus nietas a Nueva York a ver *Hair*. Tamara estaba entusiasmadísima. Había leído sobre el escándalo y los torsos desnudos. Volaron porque las niñas no querían ir en tren, les parecía una pérdida de tiempo. Ella cedió diciéndoles que se perderían el paisaje, ver Estados Unidos: «El país que destruye el tiempo mientras finge inventarlo».

Se hospedaron en el Plaza. Al llegar ordenó champán y fresas para ella; chocolate caliente para Putti y Chacha.

La noche del musical llevaba un vestido plateado. No recordaba cuándo lo usó por vez primera, ¿quizá en Capri? Las niñas iban nerviosas. Habían leído que había drogas, música fuerte, sexo, caos.

—¿Están listas para entender el alma de su tiempo, niñas? —les preguntó.

Un torbellino de cuerpos, gritos, luces estroboscópicas y manifiestos sobre el amor libre. Cuando el elenco se desnudó, Tamara aplaudía con entusiasmo y se inclinó hacia Putti:

—¿Has visto cuánta verdad puede mostrar el cuerpo humano?

—¡Abuela! —susurró la nieta, escandalizada.

—Mis modelos posaban con menos ropa, no se asusten —dijo Tamara, sonriendo.

A la salida comieron ostras en Grand Central Oyster Bar. Tamara hablaba sin parar: les decía que el teatro era el último refugio de los artistas, que los actores de *Hair* eran como los soldados de Marinetti, seguros de la revolución de la belleza.

—¿Tú crees realmente en todo eso? —preguntó Chacha, la más cínica.

Tamara la miró sin desdén:

—Lo hice, aposté todo por ese mismo evangelio.

Años antes había llevado a las niñas a París para escuchar a los Beatles. Se alojaron por última vez en su amado departamento de la rue Méchain, lo

que le permitía compartir con sus nietas la vida de los años locos. Les enseñaba fotos, les hablaba de sus amigas y salían a cenar con Ira Perrot. Nunca les dijo que habían sido, la mayoría, también sus amantes.

La noche del concierto se puso lentes oscuros y un abrigo larguísimo. No entendía del todo los gritos, pero le fascinaba el frenesí, esa histeria dulce de las adolescentes en trance. Christine y Victoria no podían creer que su abuela, a los casi setenta, coreara *Help!* con voz su voz ronca de fumadora.

—Estos muchachos podrían ser mis herederos espirituales —les dijo a la salida—. Sienten que el amor nos puede salvar. Ustedes también crean en eso.

Ese viaje fue el último donde las niñas la vieron realmente feliz.

Mucho después, Christine diría que en esa noche en París comprendió por qué Tamara había sobrevivido a todo y a todos: sabía mirar al mundo con el descaro de quien ya lo ha perdido todo.

Kizette no viajaba con ellas, se quedaba en casa, disfrutando Houston sin su madre y ocupadísima con los asuntos de sus cuadros, la venta del departamento de la rue Méchain. Ese viaje no era solo un regalo para las niñas, su madre necesitaba huir de la tristeza de ya no vender como antes. Mientras su mundo se encogía, también su humor.

Durante aquellos años en Houston, Tamara de Lempicka se hizo de una limusina blanca. Llegaba a Texas Art apenas abrían la tienda.

Nancy Couch la conoció en el otoño de 1973. Tamara entró cubierta con una pamea negra y un cigarro humeante en la boquilla de carey.

—Niña —dijo Tamara, sin mirar a Nancy—, tráigame todos los pigmentos verdes que tenga. Necesito todos los tonos posibles.

Nancy no discutió. Escuchaba la tos de Tamara, seca.

—¿Sabe usted? —le dijo señalando dentro de su boca—. El año pasado me abrieron la lengua. Un tumor. Dejé de fumar por tres semanas, como una santa. ¿Y para qué? —Soltó una carcajada.

Se hizo costumbre que Nancy la atendiera y le llevara toda su compra. Tamara la reprendía, le daba órdenes absurdas. A Nancy le fascinaban las pulseras que le cubrían el brazo, la excentricidad y un enorme topacio en su

índice.

—No quiero que nadie más me atienda. Solo usted.

Así fue como Nancy perdió el empleo. El gerente la despidió por desatender a los demás clientes. Cuando Tamara lo supo la citó en su casa. La recibió en el salón, esta vez sin pámela. Nancy nunca había visto su cabello.

—No me venga con llantos —ordenó Tamara, con una risa áspera—. La piedad es para los débiles.

Nancy no abrió la boca.

—Venga, quiero que vea algo.

Nancy vio su rostro plasmado en el cuadro de Tamara.

—Se llama *Retrato de una joven dama*. Lo pinté para usted.

Nancy balbuceó algo.

—No me dé las gracias. —Tamara encendió otro cigarro con el cigarro moribundo—. Ya bastante tiene con haber perdido el empleo. ¿Puede trabajar para mí? Necesito una asistente personal.

Nancy tragó saliva.

—¿Y si fallo?

Tamara se inclinó, exhaló humo en forma de interrogación.

—Entonces tendrá algo nuevo de lo que arrepentirse.

Nancy no se lo esperaba, pero aceptó el regalo y su nuevo trabajo. Siempre estaría agradecida con la extraña oportunidad. La veía pintar, aprendía y le ayudaba a ponerse al día con su correspondencia.

Sin decirle nada a su hija mandó pintar la casa de Kizette y Foxy en West University Place. Odiaba el color crema de la fachada, tan vulgar. Aprovechó unas cortas vacaciones de la familia para perpetrar su fechoría. La reacción de su hija la desarmó:

—¿Qué has hecho? —le gritó Kizette, con lágrimas de furia.

—Rescatarlos del mal gusto. Nadie me lo agradece, pero con el tiempo se darán cuenta. Está mucho más hermosa ahora.

Así era, tiránica, demandante. Kizette se arrepentía de haberle propuesto vivir en Houston. En el Racquet Club se había hecho presidenta honoraria,

gracias a sus donaciones. Se aburría allí a los veinte minutos. Iba a las canchas de tenis y le pedía a su hija que terminara pronto. Disipaba el hastío con champán o belinis.

—¡Te pinté vestida de tenista de niña, sin saber que un día sería lo único que te interesaría hacer!

Jane Owen, una rica heredera texana que se había hecho amiga y coleccionista de Tamara, estaba escandalizada con el trato. Se atrevió a increparla:

—Tamara, ¿sabes lo que es la gratitud? —le dijo.

—Un color que nunca cupo en mi paleta.

Un día, un galerista local visitó el Warwick. Era un hombre de sonrisa floja, de esos que huelen las oportunidades, pero no las comprenden. Tamara le mostró sus cuadros recientes, todos trabajados con *palette-knife*, llenos de texturas minerales. El hombre sonrió cortés.

—Muy interesantes... aunque algo... fríos.

Cuando se fue, Tamara lo maldijo en polaco y rompió uno de los cuadros con el canto del cuchillo.

—¡No entienden nada! ¡Nada!

Gene Barnes llamó desde Nueva York para poner fecha de la exhibición en su galería. Era un comerciante hábil que confiaba en el regreso de Tamara. Mayo estaba tan cerca. Como siempre, Kizette se ocupó de todo lo práctico.

La exposición fue un éxito discreto. Casi no hubo ventas, pero sí artículos en *Art News* y *Vogue*, incluso un retrato en blanco y negro para *The New Yorker* que Tamara pidió enmarcar para verlo por las mañanas.

Sintió que en su ausencia Houston se había vuelto más fea, más húmeda. Volvía el hastío. A su nieta Victoria la pidieron en matrimonio en su ausencia. Una afrenta. Ella era la matriarca, debieron haber solicitado su opinión.

—¿No tengo voz alguna en esta familia?

No asistió a la cena de compromiso. Estaba furiosa, necesitaba que

notaran su enfado. Se le ocurrió entonces donar sus joyas a la Rice University.

—Que aprendan a educarse sin diamantes.

La misma Jane Owen intentaba que recapacitara.

—Tamara, a veces es mejor pedir perdón, como un gesto de grandeza.

—Querida, lo único importante es no necesitar ningún perdón.

Nada podía hacerle cambiar de opinión, la habían hecho a un lado y le dolía.

—Texas me asfixia —concluyó—. No tengo nada que hacer aquí. Y si a esas vamos, tampoco Kizette.

—Ella tiene una vida, un esposo, sus hijas. No te entiendo, de verdad.

—Me voy a Cuernavaca, está decidido. El clima le hará bien a mis pulmones.

Se los comunicó teatralmente. Llevaba puesta una bata de lino egipcio, gafas oscuras y una caja de puros Montecristo bajo el brazo.

—He decidido partir en octubre. Foxy, necesito que me ayudes a embalar mis cosas. No pienso volver. Y tú, Kizette, entrégame todos los documentos bancarios. Me tendré que hacer cargo de todo, como siempre.

Llamó a Ira, que envejecía en París. Le habló durante treinta minutos, casi sin pausa. ¡Lloró, se quejó de Kizette! Le dijo que Houston era una cárcel con aire acondicionado. Antes de la partida le dijo a Putti que necesitaba conversar con ella.

—Abuela —dijo quizá citando a sus padres—, ¿tú crees que el arte vale más que la gente?

Tamara sonrió con displicencia.

—La gente pasa y el arte permanece. Es lo único que sé. ¿Te digo algo? Cuando salí de San Petersburgo no pude llevarme nada. Por eso decidí que cada que vendiera un cuadro compraría un brazalete. Míralos en mi brazo. Si tengo que volver a huir, como ahora, los llevo conmigo. Nunca me va a faltar nada.

Putti la miró con lástima:

—Me vas a faltar tú —le dijo.

El día de la partida, Foxy la llevó al aeropuerto después de una seca despedida de Kizette.

Sentía que Houston la dejaba ir, indiferente. En el avión cerró los ojos y recordó a Clementine enseñándole a mirar y a ser fuerte, a no depender nunca de los hombres. A pesar de los años el mundo seguía siendo extraño. El alivio y el castigo de ser mortales.

EPÍLOGO

El 4 de abril de 1980, a las 9:47 de la mañana, un helicóptero Bell 206 de la Compañía Agusta despegó desde el Raquet Club. El cielo estaba cubierto obstinadamente de gris, y un viento frío descendía desde las laderas del Popocatepetl. Habían pospuesto el vuelo desde el 27 de marzo esperando que el mal tiempo cediera. Aquel viernes, finalmente, pudieron cumplir su promesa.

Solo tres personas iban a bordo: el piloto Herminio Martínez, Kizette de Lempicka-Foxhall —hija única de Tamara— y Víctor Manuel Contreras, el último confidente de la baronesa. En una sencilla urna de cerámica viajaban las cenizas de la baronesa Tamara de Lempicka, fallecida el 18 de marzo en Cuernavaca. Kizette no pudo llevar el cuerpo de su madre a la Ciudad de México para ser cremado, le faltaban fuerzas. Víctor Contreras se encargó de hacerlo, de presenciar el momento terrible en el que el cuerpo de su amiga entraba al horno para convertirse para siempre en polvo. Le había organizado un novenario en la catedral y las misas las ofrecía el propio obispo Méndez Arceo, recordando en la homilía siempre algún detalle de la excéntrica pintora y sus enormes pamelas.

Horas antes del vuelo, Kizette y Víctor se habían detenido frente a algunas obras de Tamara terminadas y un cuadro inconcluso.

—¿Te llevarás todo esto? —preguntó Víctor.

Kizette, aún vestida de luto, respondió:

—Tamara nunca quiso que su obra se quedara quieta —dijo—. Si no dejó otras instrucciones, tendremos que conservarlas en la familia.

Lo miró, con el cansancio de quien ya ha llorado demasiado.

La urna no pesaba mucho, aunque una densidad distinta los hacía sentir su peso casi centenario. Esos gramos de ceniza, pensó Kizette, no eran solo polvo, sino el recuerdo de toda una vida de contradicciones, belleza y furia.

El Popocatepetl aparecía y desaparecía entre las nubes. Las hélices cortaban el viento, el helicóptero se movía fuertemente. A través de la ventanilla, Víctor observaba el cráter del volcán. La nieve cubría el labio

superior.

El piloto indicó que tendrían apenas unos segundos. No podía sobrevolar más allá del borde debido a los vientos.

Kizette se inclinó abriendo la tapa de la urna.

Víctor la sostuvo por la cintura para que no perdiera el equilibrio. Las cenizas se dispersaron dibujando un último cuadro, caprichosas. Algunas se elevaron y otras desaparecieron hacia el cráter. Un puñado golpeó la ventanilla, como un último saludo.

—*Au revoir, maman* —susurró Kizette—. *C'est fini, Chérie.*

Víctor solo repetía una frase de Tamara: «Cuando muera, que el mundo no me entierre, quiero ser devuelta al cielo».

La casa en Cuernavaca quedó en manos de Víctor, según constaba en el testamento. Kizette regresó a Houston. Nunca más volvió a dormir en Tres Bambús, la última morada de su madre.

En Día de Muertos ese año, Cuernavaca se llenó como siempre de ofrendas. En el jardín, Víctor colocó una mesa con flores, una copa de armañac y el atril de Tamara. Encendió con devoción tres veladoras.

Sus cuadros permanecen en museos, subastas, salones de coleccionistas. Es su mirada la que perdura. Las mujeres que pintó no piden permiso, no suplican; más bien interrogan el mundo. Lo juzgan y salen victoriosas de sus tantas batallas. Tampoco Tamara se disculpó nunca por la audacia de existir; transformó su osadía en arte, el artificio en verdad.

«No hay milagros, solo existe lo que uno hace», le gustaba decir. En lo más hondo del volcán, en ese instante suspendido en la nada que no pertenece a nadie, quedó su último trazo. Y Tamara Rozalia Gurwik- Górska pudo al fin dispersarse en el vacío.

TABULA GRATULATORIA

Esta es una obra de ficción, no una biografía. Fernando del Paso sostenía que al novelista le interesa más la verdad simbólica que la histórica. Creo, más bien, que se trata de conseguir un equilibrio entre lo factual y lo imaginado. El biógrafo o el historiador narran, representan, pero los documentos con los que trabajan inevitablemente poseen lagunas en las que no pueden penetrar. El novelista histórico utiliza esos huecos, precisamente, para escarbar en la ambigüedad, en la duda, en lo incierto. Esos son sus materiales, con ellos reimagina y puebla las páginas.

En el caso de Tamara de Lempicka, el asunto es aún más complejo porque ella misma se encargó de ficcionalizar su vida, la cambió varias veces a su antojo o según las necesidades de los diversos tiempos que le tocó vivir. Mintió sobre su edad múltiples veces, borró a su padre —a toda su sangre judía— del árbol genealógico y fingió que su hermano murió en la guerra, aunque lo más probable es que Stanislaw se haya quedado en Polonia y adoptado el comunismo. Son tantas las modificaciones que fue tejiendo en su pasado que quizá terminó creyéndolas. Hoy sabemos que probablemente nació en Moscú y que allí pasó su infancia, no en Varsovia. Sabemos también su verdadera fecha de nacimiento, 1894 (seis u ocho años antes de lo que afirmaba, según la época). Ajustando los calendarios, el gregoriano al nuestro, lo cierto es que no se casó tan niña como afirmaba ni llegó a París tan joven. Es lo de menos. Insisto: las novelas ahondan en lo profundo del alma humana y nos devuelven personajes complejos, contradictorios, humanos. Me he tomado algunas licencias que permiten construir mejor la curva dramática. Son mínimas. Por ejemplo, en esta novela Tamara pinta su *Eva y Adán* en 1925 y no se atreve a exhibirla. Sabemos que la pintó después y que se mostró al público en 1932. Igualmente hago que sea ella quien construya Tres Bambús, comprando un terreno y no una casa ya hecha. Primero rentó y luego le compró la casa, según parece, a Lee de Landes. Pero me pareció de una mínima justicia que su última morada fuera también un íntimo proyecto lleno de esperanza para que Cuernavaca fuera esa fiesta que le diera la misma libertad y felicidad del París que la vio emerger como pintora, donde descubrió su sexualidad y quizá a la persona que más amó,

Ira Perrot. Peggy Guggenheim pertenecía al mismo círculo social que Tamara, sin embargo, la ignoró como pintora y nunca expuso en su galería de Nueva York. Me tomo la libertad aquí de incluirla en su primer viaje a México. El desfile de personajes públicos y privados que pasa por su casa o que ella conoce en las tantas fiestas de los fines de semana en Cuernavaca sí es real, aunque hoy nos parezca imposible la convivencia, la amistad y el desparpajo de esos años locos en la Ciudad de la Eterna Primavera. Faltan incluso más personajes, amigos, visitantes inesperados, pero fue necesario seleccionar por razones de equilibrio estético. Esta no es una biografía, es una ficción que busca penetrar en el alma de su protagonista; lo hace con las armas de la imaginación y la palabra, otra forma de pintar. El novelista, curioso vampiro, recrea con esas herramientas y busca devolverles la vida a sus personajes.

No se trata de contar la Historia, con mayúscula, pues esta no existe así para quienes la viven. Se trata de estudiar, en la psicología de los personajes y en sus elecciones (qué otra cosa es la vida que elegir), cómo los sucesos históricos modifican, trastornan, viran para un lado u otro las vidas de los seres humanos que poblamos la tierra y las páginas de los libros. Sofía Tolstói —que se tomaba en serio a su marido, pero no tan en serio como sus discípulos religiosos finales, los tolstoianos— cuenta en su diario cómo, al terminar de leer *Un viaje sentimental*, de su adorado Lawrence Sterne, Lev se asomó a la ventana, asombrado por lo que ocurría en la calle: «Ahí viene un panadero. ¿Qué tipo de persona será? ¿Cómo será su vida? Allí atrás corre un carruaje, ¿quién vendrá dentro? ¿A dónde irá sin pensar en nada particular? ¿Quién vive en esa casa de más allá? ¿Cómo será la vida dentro de ella? ¡Qué interesante sería describir estas cosas, qué interesante libro podría resultar de ello!». *Voina i mir, Guerra y paz*, es su respuesta. Está llena de digresiones, como el *Tristram Shandy*. Se detiene, cambia de tema, se repite incansablemente. La vida real no avanza continuamente —la continuidad histórica es también una ilusión, por cierto—, se detiene caprichosamente. Da la vuelta, no toma en cuenta las señales de tránsito. A la vida real no puede entendiérsela. No es por ello papel de la novela el conocimiento, sino la experiencia. Y solo se experimenta, en literatura, el desastre. Tolstói escribe no una novela sobre la historia, sino sobre la

ignorancia, ese es el gran tema de la novela histórica.

En la travesía que significó la escritura de esta novela, como en todas las otras históricas que he escrito, la investigación de lo factual es la columna vertebral de la narración. Por ello abrevé por más de tres años en todas las biografías de Tamara (sus biógrafos y los críticos literarios hasta hace poco repetían los mitos que ella había inventado). Me fueron de particular ayuda la de Laura Claridge: *Tamara de Lempicka, A Life of Deco and Decadence*, por la abundancia de información de primera mano y el contexto de la vida de la pintora. Así mismo, la que dictó su propia hija, Kizette de Lempicka-Foxhall: *Passion by Design, The Art and Times of Tamara de Lempicka*, en su edición revisada. También la clásica *Lempicka* de Patrick Bade, o la escrita por su nieta Marisa de Lempicka y Maria Anna Potocka, editada en Polonia por Bosz, y la de Anne Paddy: *Tamara de Lempicka, Behind the Scenes*. Este último libro es excepcional, pues cuenta la historia de cada cuadro y además discute el legado de Tamara en tanto ícono cultural, revisando todas las obras que ha producido y las múltiples exhibiciones desde 1925 a nuestros días. Cuando ya terminaba la última versión de la novela, apareció *The Last Tsar*, de Tsuyoshi Hasegawa, el más exhaustivo recuento de la caída y abdicación de Nicolás II. El libro fue fundamental para revisar ese periodo de la vida de Tamara.

Pocas artistas contemporáneas se han convertido en íconos de la cultura popular. Tamara ha sido recreada en una obra de teatro que estuvo por muchos años en cartelera, con Anjelica Huston en el papel de la artista. Un reciente musical de Broadway intentó atrapar su leyenda con desigual éxito. Virginie Greiner y Daphné Collignon publicaron una hermosa historia gráfica para Glénat en 2017 que la retrata en su plenitud, en los años locos parisinos de entreguerras. Ha sido, sin embargo, la crítica de arte italiana Gioia Mori quien más ha contribuido a clarificar datos biográficos y a recuperar la plenitud de su obra en sendas retrospectivas y catálogos razonados. Tengo aquí, en mis manos, mientras escribo estas últimas líneas de la novela, su *Tamara de Lempicka* (editado junto con Furio Rinaldi), el catálogo de la retrospectiva del Fine Arts Museum de San Francisco de 2024. También su *Tamara de Lempicka. The Queen of Modern*, editado hermosamente por Skira, en Milán, en 2011. El libelo de Aëlis Mazoyer que

reveló con saña los encuentros de Tamara con Gabriele D'Annunzio pude consultarlo en la edición curada por Piero Chiara y Federico Roncoroni de 2006. Para recrear el mundo de la alta burguesía polaca me fascinó leer a Zofia Nalkowska, particularmente sus novelas: *Mujeres*, y también *Invierno en los Alpes*. Así mismo, el hermoso ensayo de Jan Brokken: *Baltic Souls*. Casi al final de la investigación apareció el excepcional documental de Julie Rubio: *The True Story of Tamara de Lempicka and the Art of Survival*. Pude entrevistarme con ella y sus iluminaciones fueron esenciales en la revisión de esta novela.

Para poder contar y recrear la vida de Tamara en Cuernavaca, el eje de esta novela, tuve en cuenta el libro de Todd Hartch *The Profet of Cuernavaca, Ivan Illich and the Crisis of the West*, así como *Mingus, Cuernavaca*, la obra de teatro de Enzo Cormann, o el excepcional estudio de Rebecca M. Schreiber: *Cold War Exiles in Mexico, U.S.: Dissidents and the Culture of Critical Resistance*, y el no menos luminoso, de Diana Anhalt: *A Gathering of Fugitives, American Political Expatriates in Mexico, 1948-1965*. Claro que también consulté el libro de Andrea Martínez Baracs: *Repertorio de Cuernavaca*. Pero el trabajo hemerográfico y las entrevistas fueron el complemento ideal. Víctor Macías González, primero como guía luminoso por el mundo cuir de Cuernavaca y de la Ciudad de México en esos años, y luego los hermanos José y Manuel Martínez Garrigós me ayudaron a recopilar artículos, crónicas, memorias. Incluso a revisar con lupa cualquier imprecisión histórica sobre la ciudad que tanto aman. Alberto Castellanos Barragán, Ignacio Sánchez Prado y Juan Gerardo Sampedro, sus primeros lectores, me ayudaron en la fase final de composición. Les debo montones.

Mis editores, Carmina Rufrancos y Gabriel Sandoval, han estado cerca de este proyecto. Ellos son parte central de esta añorada novela sobre Tamara, pero también sobre una Cuernavaca y un México que hoy ya no existen, lamentablemente. Una Cuernavaca en la que se vivía la misma libertad y creatividad que en el París de los años veinte y que tan esencial fue para que la baronesa se despidiera del siglo enloquecido y convulso que le tocó vivir. Espero haber hecho justicia a ese espacio no solo geográfico, sino cultural y humano al que tanto, aún hoy, le debemos. Y todo el resto, como decía Verlaine, es literatura.

Parte de este libro se escribió con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Puebla, Cuernavaca, Boston
2022-2026

Acerca del autor

PEDRO ÁNGEL PALOU (Puebla, 1966) ha sido vendedor de ropa, árbitro de fútbol, chef, funcionario público, administrador de educación superior y conductor de televisión. Actualmente vive cerca de Boston. Escribe y enseña literatura de tiempo completo en Tufts University, donde es jefe del departamento de Lenguas Romances. En México forma parte del Sistema Nacional de Creadores.

Sus obras gozan de gran éxito entre los lectores y la crítica, y se han traducido al francés, italiano, portugués, inglés y coreano. Ha sido ganador del Premio Xavier Villaurrutia y finalista del Rómulo Gallegos y del Planeta-Casamérica, este último con su novela *El dinero del diablo* (Planeta, 2009). Su trilogía histórica sobre Cuauhtémoc, Morelos y Zapata, y sus novelas sobre Porfirio Díaz, *Pobre patria mía* (Planeta, 2011), y Pancho Villa, *No me dejen morir así* (Planeta, 2014), forman parte sustancial del renacimiento de la novela histórica mexicana. Asimismo, es autor de los libros *Varón de deseos* (Planeta, 2011); *Tierra roja* (Planeta, 2016); *En la alcoba de un mundo* (Seix Barral, 2017); *Mar fantasma* (Seix Barral, 2017), una colección de novelas cortas; *Paraíso clausurado* (Tusquets, 2017), al que la crítica ha calificado como un clásico; *Todos los miedos* (Planeta, 2018); y *México* (Planeta, 2022).

© 2026, Pedro Ángel Palou

Fotografía de portada: «*Portrait de Romana de la Salle*», 1928, by Tamara de Lempicka, © Tamara de Lempicka Estate, LLC/ Adagp, Paris

Diseño de colección: © Compañía

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2026

ISBN: 978-607-39-4242-3

Primera edición en formato epub: agosto de 2026

ISBN: 978-607-39-4416-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE